

ÁGUILAS
EN LA
TORMENTA

BEN KANE

ÁGUILAS EN LA TORMENTA

Ben Kane

Traducción de Mercè Diago y Abel Debritto



GERMANIA 15-16 A. C.

LEYENDA

- IMPERIO ROMANO
- ACAMPAMIENTO ROMANO
- BARRIO ROMANO

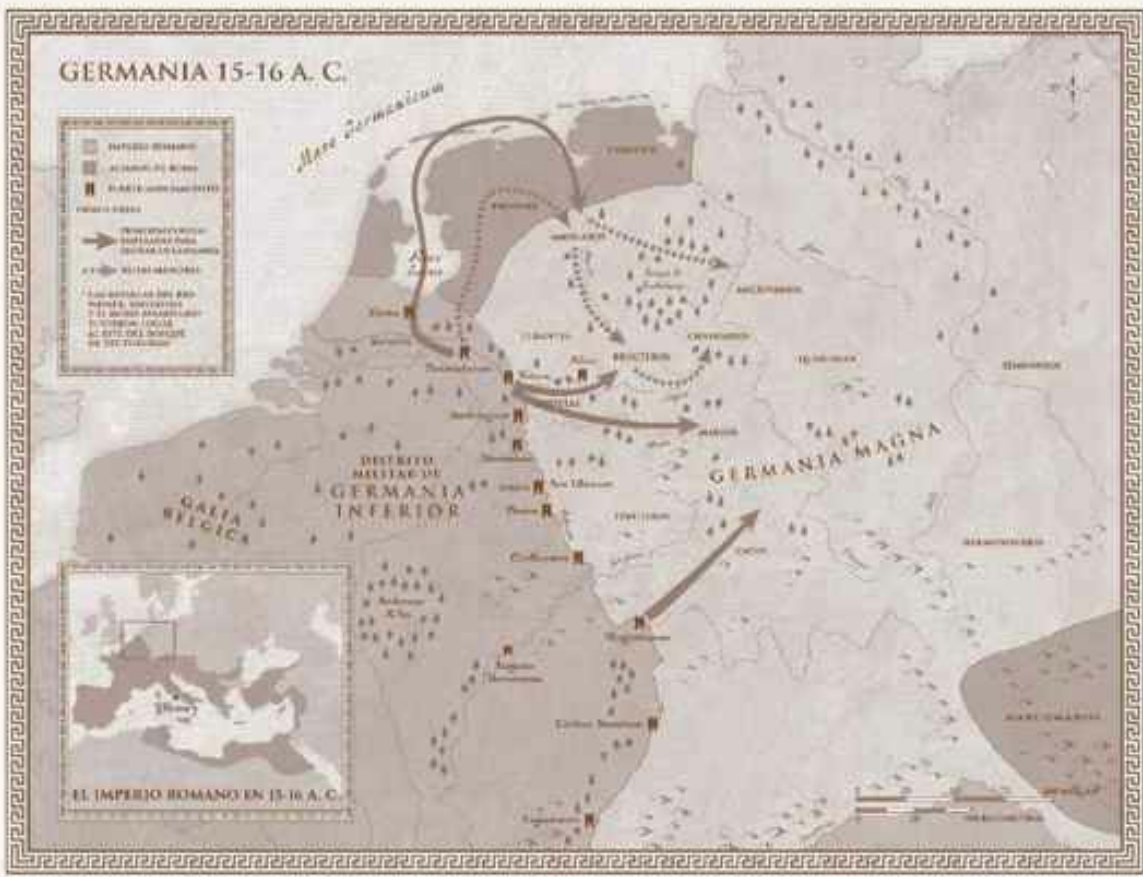
TIPO DE BARRIO

- ➔ BARRIO DE GUERRA
- ➔ BARRIO DE COMANDO
- ➔ BARRIO DE ALMACÉN

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO ROMANO EN 15-16 A. C.

- ➔ LEGIÓN
- ➔ COHORTA
- ➔ CENTURIA
- ➔ TIBURNA

EL IMPERIO ROMANO EN 15-16 A. C.



A todos los jugadores de rugby de Irlanda, pasados y presentes. Habéis dado y seguís dándolo todo por las cuatro orgullosas provincias, y os adoramos por ello. El año 2016 pasará a la historia como un hito en el rugby irlandés, gracias a las victorias obtenidas contra Nueva Zelanda, Australia y Sudáfrica.

Sin embargo, la alegría está teñida de tristeza debido a la muerte prematura, a los cuarenta y dos años, de Anthony Foley, exjugador del Shannon, el Munster y la selección irlandesa. Este libro también está dedicado a él, un gigante de este deporte, que nos dejó demasiado pronto.

Lista de personajes



(Los que están marcados con un * son personajes históricos)

Romanos/aliados

LUCIO COMINIO TULO: centurión veterano. Había pertenecido a la legión XVIII y ahora está en la V.

MARCO CRASO FENESTELA: *optio* de Tulo o segundo al mando.*

GERMÁNICO JULIO CÉSAR: nieto adoptivo de Augusto, sobrino de Tiberio y gobernador imperial de Germania y las Tres Galliae.

LUCIO SEYO TUBERO: noble romano, legado de los legionarios y enemigo de Tulo.*

MARCO PISO: uno de los soldados de Tulo.

METILIO: otro de los soldados de Tulo, y amigo de Piso.

CALVO: otro de los soldados de Tulo.

DULCIO y RUFO: más soldados de Tulo.

BASIO: *primus pilus* de la legión V.

TIBERIO CLAUDIO NERÓN: emperador y sucesor de Augusto.*

LUCIO ESTERTINIO: uno de los generales de Germánico.*

AULO CECINA SEVERO: gobernador militar de Germania Inferior.*

CAYO SILIO: gobernador militar de Germania Superior.*

LUCIO APRONIO: uno de los legados de Germánico.*

POTICIO: uno de los centuriones de Tulo.

FLAVIO: hermano de Arminio.*

EMILIO: *primus pilus* de la legión I.

CARIOVALDA: jefe de la tribu de los bátavos y aliado de Roma.*

CEDICIO: prefecto del campamento y amigo de Tulo.*

PUBLIO QUINTILIO VARO: el difunto gobernador de Germania que cayó en una terrible emboscada tendida a su ejército en el 9 d.C.*

NERÓN CLAUDIO DRUSO: padre de Germánico y general que lideró numerosas campañas en Germania.

GAYO: soldado que debe dinero a Piso.

CNEO ELIO GALLO: soldado a quien los marsos toman prisionero.

ARIMNESTOS: médico griego del ejército.

Germanos/otros

ARMINIO: jefe de la tribu germana de los queruscos, cerebro de la emboscada tendida a las legiones de Varo y enemigo acérrimo de Roma.*

MAELO: mano derecha de Arminio.

DEGMAR: miembro de la tribu de los marsos y exsirviente de Tulo.

TUSNELDA: esposa de Arminio.*

MALOVENDO: jefe de la tribu de los marsos.*

HORSA: jefe de la tribu de los angrivarios.

IINGUIOMERO: tío de Arminio y aliado reciente, jefe de una facción muy numerosa de la tribu de los queruscos.*

GERULF: jefe de la tribu de los usipetos.

OSBERT: uno de los guerreros de Arminio.

GERVAS: guerrero usipeto que se alía con Arminio.

TUDRO: guerrero dolgubno.

SEGESTES: padre de Tusnelda, aliado de Roma y jefe de una facción de la tribu de los queruscos.*

ADGANDESTRIO: jefe de la tribu de los catos.

ARTIO: niña huérfana que Tulo rescata en *Águilas en guerra*.

SIRONA: mujer gala que está a cargo de Artio.

MACULA: perro callejero que Piso adopta.

SCYLAX: perro de Artio.

Prólogo



Otoño, año 15 d.C.

Cerca del fuerte romano de Vetera,
en la frontera con Germania

Unos rayos de sol se colaron entre el espeso manto de nubes otoñales e iluminaron el águila de la legión V, que brilló con un fulgor que muchos interpretaron como una señal de los dioses. Fuera o no una señal divina, lo cierto era que el resplandeciente animal atrajo hacia sí todas las miradas. El centurión veterano Lucio Cominio Tulo la contempló embelesado, ajeno al gélido viento del oeste. Era incapaz de apartar la vista de la esplendorosa ave dorada que sostenía en alto un *aquilifer* con la cabeza descubierta. Encaramada a dos rayos entrecruzados y con las alas engalanadas hacia atrás, el animal emanaba poder; era la viva imagen del espíritu de la legión y del sacrificio de sus soldados y, por ello, exigía reverencia y devoción.

«Tu sirviente soy. Siempre lo seré», juró Tulo al águila.

Como era habitual, no hubo respuesta.

No obstante, Tulo continuó observándola sin perder la esperanza. Al cabo de unos diez segundos, llegó la respuesta: en cuanto el *aquilifer* cambió de posición, el sol asomó de nuevo entre las nubes y el fulgor del animal le quemó los ojos. Sobrecogido, el centurión parpadeó y le juró otra vez que sería su siervo hasta la muerte, aunque no pudo evitar una punzada en el corazón mientras finalizaba su promesa silenciosa. A pesar de su lealtad inquebrantable hacia el emblema de la legión V, no era esta el águila que

aparecía en sus sueños todas las noches y lo despertaba bañado en sudor y con el pulso acelerado.

El corazón de Tulo siempre pertenecería al águila de la legión XVIII, la que fue su legión durante quince años, antes de ser derrotada y exterminada —junto con otras dos— por Arminio, jefe de los queruscos y antiguo aliado de Roma. Si bien Tulo había sobrevivido a la masacre con unos cuantos soldados, esa derrota era una herida abierta que continuaba provocándole gran sufrimiento. Su vida se regía por el deseo de vengarse de Arminio, pero mayor todavía era su deseo de recuperar el águila de la legión XVIII, un deseo que se había avivado tras la recuperación de una de las tres águilas perdidas.

El sonido de una tos a sus espaldas devolvió a Tulo al presente y al desfile. Detrás de él se desplegaban, a derecha e izquierda, las cohortes de la legión V, a cuya derecha se hallaban los soldados de la XXI, la otra legión de Vetera. El tercer vértice del cuadrado lo constituían los auxiliares del fuerte, formado por escaramuzadores y soldados de infantería y caballería. Únicamente estaban exentos del desfile los centinelas, los soldados ausentes por exigencias del servicio y los enfermos del hospital.

Los hombres aguardaban preparados, pero sin entusiasmo alguno. ¿Acaso podía culparles?, se preguntó Tulo mientras estudiaba sus rostros encogidos. A pesar del frío desgarrador, se había prohibido el uso de capas porque Germánico deseaba pasar revista a las tropas en todo su esplendor, con la armadura y las armas relucientes. El desfile tenía por finalidad celebrar el fin de la feroz campaña de Roma en Germania el mes anterior. Además de rendir tributo a algunos oficiales que habían destacado por sus acciones en campaña, el gobernador también homenajearía a algunos soldados por sus actos de valentía en la batalla. Aunque Tulo no era amante de las ceremonias, el desfile ayudaría a elevar la moral de los hombres, sobre todo después de las cuantiosas bajas sufridas durante el verano.

Una nueva ráfaga de viento le puso la piel de gallina en los brazos y las piernas. Lo último que deseaba el centurión era que sus hombres enfermaran, así que les ordenó que patearan el suelo y movieran el cuerpo sin dejar su sitio. Tulo hizo lo propio durante unos segundos para entrar en calor y, tras comprobar que no hubiera señales de Germánico, decidió aprovechar la

ocasión para pasearse entre los soldados e intercambiar impresiones con los otros cinco centuriones de la cohorte.

La vida no había sido fácil para los soldados que sobrevivieron a la emboscada de Arminio, pues muchos habían sido transferidos a otras unidades y separados de sus compañeros. Tampoco Tulo había tenido las cosas fáciles, sobre todo a causa de Tubero, un malintencionado tribuno que se la tenía jurada. Tras ser despojado del rango de centurión veterano de la legión XVIII de la segunda cohorte, había sido degradado a simple centurión de una cohorte inferior, la séptima de la legión V, y tuvo que esperar cinco años a ser ascendido a su puesto actual, y todo ello gracias a Germánico, que supo reconocer su valía.

Después de la terrible emboscada del jefe querusco, Tulo también había sido separado de casi todos los hombres a los que había salvado, pero Cedicio, uno de los pocos oficiales de alto rango con los que tenía amistad, le aseguró que no todos habían sido transferidos a otras unidades, una bendición por la que daba gracias a los dioses día tras día. De sus antiguos soldados, Tulo sentía especial aprecio por su *optio*, Marco Craso Fenestela, un hombre delgaducho y pelirrojo, y por Piso y Metilio, dos valientes soldados con los que intercambió unas palabras antes de seguir avanzando por el resto de las filas.

Los hombres que conformaban su nueva centuria en nada se diferenciaban de los demás soldados que había tenido bajo su mando en el pasado, pensó Tulo mientras estudiaba sus rostros: un puñado de individuos destacaba sobre el resto y había un núcleo de buenos soldados, pero la mayoría eran reclutas normales y corrientes, aunque también tenía, como cabía esperar, un grupo de soldados holgazanes y descontentos que debía llevar con mano de hierro pero que, pese a todo, cumplían con su deber. En términos generales, era una unidad formidable que había servido con honor y no poco valor en la recién finalizada campaña de represalia contra los germanos. Tulo se sentía orgulloso de ellos, aunque en raras ocasiones lo admitía, ya que la escasez de alabanzas era más eficaz que la abundancia de elogios.

De pronto oyó el toque de las trompetas en las murallas del fuerte, a un cuarto de milla de distancia.

—¡Barbillas arriba! ¡Los escudos rectos y clavad las jabalinas!

¡Germánico está de camino! —ordenó Tulo.

—¿Crees que nos regalará algo, señor? —preguntó una voz desde las últimas filas.

—¿Quizás unas cuantas monedas? —aventuró un segundo soldado—. ¿O un poco de vino?

Muchos centuriones castigaban a los soldados si hablaban fuera de turno, pero Tulo estaba hecho de otra pasta: hacía frío y los hombres llevaban más de una hora esperando, así que consideró que las preguntas eran razonables.

—No esperéis dinero, hermanos —sonrió ante los lamentos de protesta—. Esta centuria, esta cohorte, no ha hecho méritos suficientes para ello; sin embargo, no descartaría la posibilidad de algo de vino. —A los hombres se les iluminó el rostro y murmuraron su aprobación cuando les prometió que él mismo se lo regalaría—. Es un pequeño detalle por el buen trabajo de este verano —explicó Tulo mientras regresaba a su puesto, en el extremo derecho de la primera fila.

Todas las miradas estaban puestas en el sendero del fuerte, por el que se acercó un grupo de jinetes seguido de una cohorte de pretorianos, los guardaespaldas imperiales de Germánico. Cuando los primeros se hallaron a unos doscientos pasos, el prefecto del campamento hizo la señal acordada y Tulo y el resto de los centuriones veteranos dieron la orden correspondiente a los trompetas de cada cohorte: una fanfarria de bienvenida resonó en la fría mañana otoñal, que fue repitiéndose hasta interrumpirse con perfecta precisión en cuanto Germánico llegó a la tarima colocada en el cuarto vértice de la gran plaza de armas y los pretorianos ocuparon sus posiciones a ambos lados.

Un suspiro colectivo recibió al comandante, cuyo regio porte infundía respeto, incluso cierto temor. Tulo no tenía más remedio que reconocer que impresionaba verlo. Con su elevada estatura y complexión fuerte, Germánico era una figura imponente, incluso visto desde lejos. Llevaba una armadura tan reluciente que parecía pulida por los propios dioses. En la cintura lucía la banda roja de general, pero también era el gobernador de las Tres Galias y la Germania. Sus detractores decían de él —a sus espaldas— que era el chico guapo de la nobleza que jugaba a ser soldado, pero no era cierto. Provisto de grandes dotes de liderazgo, valentía y carisma, e implacable como las aguas

del Rhenus, Germánico era un líder excelente.

En ocasiones menos formales, los legionarios le hubieran vitoreado, pero guardaron un silencio reverente mientras subía las escaleras de la tarima y era saludado por los altos mandos.

Tulo sonrió cuando el prefecto del campamento le ofreció asiento y lo rechazó. El general estaba a punto de dirigirse a las tropas, ¿qué tipo de comandante arengaría a sus hombres con las posaderas colocadas sobre una silla?, pensó Tulo con orgullo.

—Valerosos legionarios de las legiones V y XXI y valientes auxiliares de Roma —comenzó Germánico y sus palabras fueron transmitidas por el viento—. Magníficos soldados del Imperio, ¡yo os saludo!

—¡GER-MÁ-NI-CO! —aclamaron al unísono doce mil voces, incluida la de Tulo—. ¡GER-MÁ-NI-CO!

—En primavera, cruzamos el Rhenus con muchos soldados más; éramos cuarenta mil soldados imperiales con un único objetivo: adentrarnos en territorio enemigo para vengar a nuestros muertos —al general Varo y sus legiones—, todos ellos cruelmente asesinados por el traicionero Arminio y sus secuaces. Nuestro propósito era aplastar a las tribus que todavía se resisten a Roma, matar a Arminio y recuperar las tres águilas perdidas a manos del enemigo. —Germánico levantó la mano para acallar el clamor de los soldados—. En cierta medida, cumplimos el objetivo, puesto que aniquilamos varias tribus —los marsos, los catos y los brúcteros— y, además, hemos podido celebrar el retorno del águila de la legión XIX.

Los soldados gritaron entusiasmados y Germánico, todo un maestro controlando a las multitudes, dejó que dieran rienda suelta a su alegría.

No obstante, Tulo no pudo evitar sentir una punzada de amargura ante el trabajo inacabado. El centurión no descansaría hasta recuperar el águila de la legión XVIII y acabar con Arminio, el artífice de su pérdida y el responsable de la masacre de sus hombres. Su sangre por la de ellos, pensó mientras imaginaba a Arminio bajo su espada. El traidor —Arminio había sido aliado de Roma— pagaría por lo que había hecho.

—No obstante, a pesar del éxito obtenido y de la buena fortuna que acompañó a los soldados en el camino de regreso, todavía nos queda mucho por hacer —continuó Germánico cuando se mitigó el alboroto—. Por lo

tanto, en primavera cruzaremos de nuevo el río para matar a Arminio y a sus malditos seguidores y recuperar las dos águilas restantes de una vez por todas. ¡Roma triunfará! —exclamó el comandante con el puño derecho en alto.

—¡RO-MA! *VIC-TRIX!* —aulló al principio un centenar de voces de la legión V, pero el alarido se propagó con rapidez y su eco resonó en el cielo como un gran clamor a los dioses—. ¡RO-MA! *VIC-TRIX!* ¡RO-MA! *VIC-TRIX!*

Germánico contempló satisfecho la escena. El general era muy listo, pensó Tulo. Sabía medir sus palabras y la devoción de los soldados aumentaría tras la presentación de las condecoraciones al valor y la posterior celebración, regada con vino abundante. Después de eso, Germánico contaría con el apoyo incondicional de sus tropas durante meses.

Los oficiales de alto rango fueron los primeros en ser condecorados. Para empezar, Cecina, el veterano comandante del bajo Rhenus que durante el regreso de la campaña había salvado a cuatro legiones de una terrible emboscada, recibió todos los honores que correspondían a un general victorioso: la corona de laurel de oro, el bastón de marfil, la túnica bordada y la toga violeta, que aceptó con evidente satisfacción. A continuación, Apronio, uno de los legados de la legión, recibió honores similares, mientras que Tubero —recién asignado legado de la legión V— fue premiado con una diadema de oro, para gran enojo de Tulo.

Si bien los soldados aclamaron a todos los altos mandos que fueron homenajeados, sus vítores fueron mucho más audibles cuando Germánico reconoció el valor de los centuriones y los oficiales de menor rango. Tulo contempló feliz a los más de doce hombres que fueron llamados por el comandante para recibir de sus manos torques de metales preciosos o las *phalerae*, unos adornos en forma de disco que se llevan colgados de un arnés en el pecho. Tras condecorar al último de ellos, Germánico hizo una pausa y un silencio expectante se impuso en la plaza. Había llegado el momento de honrar a los legionarios y auxiliares más valientes, pensó Tulo, que recorrió con la mirada los rostros ansiosos de sus soldados.

—Antes de rendir homenaje a los valerosos soldados de Roma, quisiera llamar a un último oficial —anunció Germánico y volvió a hacer una pausa. Esta vez, el silencio fue sepulcral, interrumpido únicamente por el silbido del

viento.

Tulo aguardó intrigado junto al resto de los asistentes. Germánico iba a entregar una condecoración distinta de la de los centuriones, y ello se salía de todo protocolo.

—Centurión veterano Lucio Cominio Tulo, ¡preséntate! —resonó la voz de Germánico en el campo de entrenamiento.

Estupefacto, Tulo se preguntó si había oído mal mientras percibía las miradas de sus hombres, que le observaban deleitados sin dejar de murmurar.

«Mierda, no estoy soñando», dedujo.

Pasaron seis segundos y Germánico continuó esperando.

—Yo me acercaría a la tarima, señor —susurró Piso.

El centurión regresó al presente. Cohibido y preocupado por hacer esperar al general, dio un paso al frente con la espalda recta y el estómago encogido y se aproximó a la tarima seguido por la atenta mirada de miles de soldados.

A los diez pasos de rigor, se cuadró para saludar, la vista clavada en la cintura del general.

—¡Centurión veterano Lucio Cominio Tulo, séptima cohorte, legión V, señor! —se presentó.

La figura de Germánico todavía era más imponente sobre el estrado, cuya altura superaba con creces la de Tulo.

—Te has tomado tu tiempo, centurión mayor —comentó el gobernador con el ceño fruncido.

—Sí, señor —titubeó Tulo—. Me ha sorprendido que pronunciaras mi nombre. Mis disculpas.

—Disculpas aceptadas —respondió el general con el labio tembloroso.

«¡Se está riendo!», observó Tulo, que no supo si sentirse aliviado o enfadado.

Germánico volvió a adoptar una expresión formal.

—¡Soldados de Roma! Muchos ya conocéis a Tulo. Este veterano centurión lleva más de tres décadas sirviendo al Imperio. Hace seis años estaba en la legión XVIII cuando su unidad cayó, junto con otras dos, en la emboscada de Teutoburgo, en la que casi todos los soldados de Varo perdieron la vida o fueron tomados prisioneros, pero Tulo no, porque, al igual que los héroes de antaño, luchó sin tregua durante días, por mucho que los

dioses parecían empeñados en que todos los romanos murieran en ese maldito bosque. Menos de doscientos hombres lograron escapar de la masacre, la mayoría solos o con un compañero, pero Tulo logró salvar a quince hombres. ¡Quince! Quince legionarios que sobrevivieron con el honor intacto para proseguir con la lucha.

Las palabras de Germánico fueron acogidas con nuevos vítores.

Tulo jamás se había sentido tan cohibido y albergaba la vana esperanza de que el discurso del general hubiera tocado a su fin, pero no fue así.

—Además, el centurión y sus hombres demostraron su lealtad durante los duros tiempos que siguieron a la muerte de nuestro divino padre Augusto, hasta el punto que Tulo incluso arriesgó su vida para salvar la mía —explicó Germánico sin adentrarse en el peliagudo asunto del sangriento motín del año anterior—. En la campaña que acaba de terminar, Tulo se ha distinguido por su valentía en más de una ocasión, sobre todo en la ardua batalla de los Puentes Largos, pero no es esta la primera ocasión en que muestra su madera de líder, tal y como corroboran las numerosas *phalerae* que cuelgan de su arnés. Tulo es un verdadero hijo de Roma al que sus soldados idolatran. ¡Le seguirían hasta el infierno si él se lo pidiera! También cuenta con el respeto de todos los centuriones, así como con la estima de los tribunos y legados de más de una legión. No hay mejor oficial que Tulo y no se me ocurre mejor representante que él de la *virtus* romana —sentenció Germánico extendiendo las manos hacia Tulo con las palmas abiertas a modo de reconocimiento.

Tras una breve pausa, su nombre retumbó con fuerza en el campo de entrenamiento.

—¡TU-LO! ¡TU-LO!

Tulo reconoció las voces de sus hombres y se le encogió el corazón. Estaba seguro de que eran ellos, hubiera apostado lo que fuera, pero de pronto el cántico fue retomado, para su gran sorpresa, por el resto de la legión V y, seguidamente, por la XXI. Incluso los auxiliares se unieron al griterío.

—Tulo —dijo Germánico con un tono imperativo que era imposible de ignorar.

El centurión levantó la cabeza y se encontró con la mirada del general.

—¿Señor?

—Con diez mil hombres como tú, Roma podría conquistar el mundo.

—Gracias, señor —respondió Tulo azorado, con emoción contenida.

Cuando se mitigaron los vítores de los soldados, Germánico alzó la mano para ordenar silencio.

—Por todo ello y, en reconocimiento a su valeroso servicio al Imperio, ¡Tulo es ascendido a centurión de la segunda centuria, primera cohorte, legión V!

—¡TU-LO! ¡TU-LO!

De no ser por la tremenda algarabía y por el viento que le helaba la cara, Tulo hubiera jurado que estaba soñando.

—Es un gran honor, señor —respondió dedicando al general el mejor de sus saludos.

—El honor es mío, Tulo —replicó Germánico solemne—. En primavera precisaré otra vez de tus servicios para derrotar a Arminio y a sus aliados y recuperar el águila perdida de tu legión.

—Cuenta conmigo, señor —contestó Tulo, henchido de orgullo.

PRIMERA PARTE



Invierno, año 15 d.C.

CERCA DEL FUERTE ROMANO
DE VETERA,
EN LA FRONTERA GERMANA



Tulo paseaba por el asentamiento cercano a Vetera, su campamento. Si bien lucía el sol en el cielo azul, era un gélido día de invierno con un aire tan frío que resultaba doloroso respirarlo. Una espesa capa de nieve adornaba de blanco tanto los tejados de las casas como los estrechos pasajes que las intercalaban, mientras una pátina de nieve marrón medio derretida cubría las calles. Todas las personas, fueran civiles o militares, iban abrigadas con una capa para protegerse del frío y los perros deambulaban con el cuerpo encogido, como almas en pena. Sin embargo, a pesar de las inclemencias del tiempo, Tulo estaba de buen humor. Era su día de descanso y, en el fuerte, todo iba como una seda; pero no era ese el único motivo. Desde que había regresado del otro lado del Rhenus hacía tres meses, su vida había transcurrido de forma lenta y fácil, diríase incluso que tediosa.

De todos modos, una vida aburrida era mejor que vivir bajo la amenaza constante de un posible ataque —tanto de día como de noche—, tal y como había sucedido a lo largo del verano. Tulo borró de su mente los recuerdos sangrientos de la campaña. Ese día había decidido disfrutar de una jornada relajada. En primer lugar, iría a las nuevas termas del asentamiento para darse un baño y un masaje y, a continuación, disfrutaría de la buena comida y la bebida de su taberna favorita: «El Buey y el Arado.»

Sonrió al pensar en la dueña, Sirona. De origen galo, era una mujer alegre y de gran corazón dotada de una buena figura y de un temperamento equiparable al de un centurión. Tulo la había cortejado de forma intermitente durante años, pero al final se había rendido ante sus desplantes continuos.

Había decidido que Sirona era una causa perdida y que un hombre debía conservar el amor propio. A pesar de todo, mantenían el contacto porque Sirona se ocupaba de Artio, la hija putativa de Tulo. Además, aunque hubiera cesado en sus intentos de cortejo, la llama de la pasión seguía viva en su interior.

A su regreso de Germania tres meses atrás, los hados le habían acompañado y Sirona le dio la bienvenida en el puente con una sonrisa capaz de iluminar la más oscura de las cavernas. Envalentonado por semejante recibimiento, Tulo se lanzó de nuevo al ataque, pero cometió dos errores imperdonables: el primero, consumir una cantidad ingente de vino para hacer acopio de valor y, el segundo, tratar de besar a Sirona en ese estado. Todavía recordaba la sonora bofetada que le había propinado. Tuvieron que pasar diez días hasta que el humillado Tulo fue autorizado a regresar a la taberna y veinte más hasta que logró recuperar cierta cordialidad con Sirona.

«A más prisa, menos velocidad», musitó Tulo y dio un puntapié a un montículo de nieve impoluta. El centurión había llegado a la conclusión de que era más fácil ir a la guerra que comprender a las mujeres.

—Centurión —saludó un legionario que pasó por su lado.

Tulo olvidó a Sirona por un momento y recordó la ceremonia de homenaje del mes anterior. Todavía le costaba creer que Germánico le hubiera concedido el rango de segundo centurión de la primera cohorte, pero así era. Años atrás, cuando Tulo había dirigido la segunda cohorte de la legión XVIII, semejante ascenso le hubiera parecido factible, pero la ignominia de haber sobrevivido a la emboscada de Arminio había dado al traste con su carrera militar. No obstante, Germánico había visto algo en Tulo y le había ascendido por encima de todos los centuriones de la legión, excepto el *primus pilus*.

El fragoroso clamor de los soldados cuando el gobernador anunció la noticia le había llegado a lo más hondo del corazón y el mero recuerdo del momento le hizo sentirse cohibido de nuevo. Tulo miró en derredor, pero nadie lo observaba y rio para sí. La herrería se encontraba a cierta distancia y el herrero estaba demasiado absorto en su martilleo, bajo la atenta mirada de su aprendiz, como para prestar atención a nadie, al igual que el tonelero que colocaba los flejes de hierro del barril o el carpintero que maldecía la sierra

que se le había resbalado de las manos y le había rascado los nudillos. Tampoco le prestaron ninguna atención los transeúntes que pasaron por su lado envueltos en sus capas y con la capucha puesta, presurosos por llegar a su destino cuanto antes.

Incluso el pequeño muchacho descalzo que se le acercó estaba demasiado absorto en su propio cometido.

—¿Una moneda, señor? —suplicó.

En circunstancias normales, Tulo lo habría mandado a paseo con un improperio, pero las mejillas hundidas, la piel enrojecida y las piernas de palillo del muchacho despertaron su compasión. La edad lo había ablandado, pensó Tulo mientras rebuscaba en el monedero no solo un *as* de bronce, sino también un *denarius* de plata.

—Come algo caliente y cómprate una capa o unos zapatos. —El sol se reflejó en las monedas cuando las lanzó en el aire.

—¡Que los dioses te bendigan mil veces, señor! —replicó el chaval, feliz, pero mientras recibía la limosna miró de reojo a la izquierda.

Tulo siguió la mirada del chiquillo y masculló una maldición. Apoyado contra la pared de una tienda había otro chico, pero este estaba bien alimentado y triplicaba en tamaño al niño que Tulo tenía delante. Por su sonrisa burlona adivinó que había sido testigo de la limosna y, en cuanto se alejara, robaría el dinero a Dos Palillos, que no podría defenderse.

Enfadado, Tulo se acercó en dos zancadas, lo empujó contra la pared y le sujetó la cabeza con su *vitis* o vara de vid.

—¡Yo no he hecho nada, señor! —imploró.

—¡Pero estabas a punto de hacerlo, gusano! Ibas a robarle el dinero que le he dado, ¿verdad? —interrogó Tulo señalando con la cabeza a Dos Palillos, que contemplaba la escena con los ojos como platos.

—¡No, señor! ¡Ay! —Sus protestas se tornaron en un aullido de dolor cuando Tulo le golpeó la barriga con la *vitis*.

—¡No me mientas! —Tulo le dedicó la misma mirada férrea que intimidaba hasta al más duro de los soldados y el muchacho bajó la vista—. Si alguien le pone la mano encima a este niño o le roba el dinero, y me refiero a ti y a tus miserables amigos, te buscaré y te juro por todos los dioses que maldecirás el día que naciste. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —respondió el pilluelo con una voz muy aguda—. No me acercaré a él, te lo juro por mi madre.

Tulo bajó la *vitis* y permitió que el chico se escabullera; huyó sin atreverse a mirar atrás.

Tulo esperó a que desapareciera de su vista y se volvió hacia Dos Palillos, que lo miraba con veneración, como si fuera un héroe.

—Gratitud, señor. Aquel chico es un elemento de cuidado, siempre...

—No compartas ese dinero con nadie —interrumpió Tulo, que prefería mantener las distancias.

—No, señor, si puedo ayudarte en algo... —La voz de Dos Palillos perdió fuelle, al igual que su confianza. Dejó caer los hombros.

Tulo sabía que las intenciones del muchacho eran buenas y le dio una palmada en la espalda, pero los chiquillos como Dos Palillos abundaban tanto como las estrellas en el cielo y no podía ayudarlos a todos, ni tampoco quería, porque entonces no le dejarían en paz cada vez que se acercara al asentamiento, puesto que Dos Palillos les contaría a todos lo espléndido que había sido; o quizá no, ya que cuanto menos gente lo supiera, más posibilidades tendría de conservar el dinero.

Al pensar en los chiquillos que habitaban las calles, Tulo se llevó la mano al monedero y comprobó que siguiera intacto. En su interior albergaba una cantidad apreciable de monedas, pues el reconocimiento de Germánico había ido acompañado de un generoso donativo. Azuzado por el recuerdo de encuentros recientes con la muerte, Tulo tenía ganas de gastar el dinero, pero todavía no sabía en qué. Su armadura y equipo eran de buena calidad y no necesitaban un cambio. Sus botas de media caña solo tenían dos años y, aunque el cinturón que llevaba estaba bastante gastado, le tenía cariño. Por otro lado, la *vitis* era como una extensión de su brazo derecho y tenía previsto que le acompañara hasta la vejez.

Sintió el impulso de acercarse a la joyería, algo que jamás había hecho antes, y echó un vistazo a las piezas expuestas. Casi todas eran sencillas y económicas: pulseras de bronce con la forma de la cabeza de un carnero, un falo o un pequeño *gladius*, todos ellos amuletos típicos de los legionarios, así como collares de piedras pulidas para las mujeres. Los objetos más caros estaban dispuestos atrás, más cerca de la mirada vigilante del joyero. Tulo vio

que en el interior de la tienda había más piezas, pero se resistía a entrar, ¿qué sabía él de joyas? Se inclinó hacia delante para examinar mejor unos pendientes de perla, una pulsera de cornalina y varios collares de plata, pero ignoraba lo que le gustaba a Sirona y su orgullo le impedía entrar a preguntar, por lo que se dispuso a alejarse frustrado de la joyería.

—¿Señor? —inquirió tras él el dueño, un galo de espaldas anchas y barba blanca—. ¿Puedo ayudarte en algo, señor?

Tulo se volvió hacia él, sintiéndose tan incómodo como si le hubieran pillado robando.

—Busco un regalo para una dama amiga.

—Seguro que dentro encuentras algo que te guste, te lo prometo. ¿Por qué no entras?

Tulo hubiera preferido enfrentarse a una pared de escudos germanos, pero deseaba hacerle un regalo a Sirona y tenía menos posibilidades de ser visto o reconocido en el interior de la tienda que en la calle. Podía imaginarse los comentarios de los demás centuriones si lo veían allí: «¿Comprando un regalito para tu amante, Tulo?» o «Sirona por fin te ha hecho un hueco en su cama, ¿eh?»

Tulo agachó la cabeza para evitar chocar contra el dintel de la puerta. El interior de la tienda era mayor de lo que parecía por fuera. La estancia alargada estaba llena de armarios y vitrinas y en la parte de atrás había varias mesas ocupadas por artesanos trabajando.

—No tengo mucho tiempo —se excusó Tulo, pues sospechaba que el joyero era experto en no dejar escapar a ningún cliente hasta que comprara algo.

—Ya me imagino que tu tiempo es oro, señor. Es un honor para mí que hayas cruzado el umbral de mi tienda —respondió el joyero con una reverencia.

Tulo enarcó una ceja. Su armadura y atuendo indicaban claramente que era un oficial, pero el anciano no tenía motivos para pensar que fuera algo más que un *optio* veterano o un simple centurión. A pesar de ello, decidió actuar con cautela. Si el joyero llegaba a sospechar su rango, triplicaría el precio de todos los objetos de la tienda.

—Te advierto que llevo un monedero ligero. No cobraremos la paga hasta

dentro de bastante tiempo —advirtió Tulo.

—Dispongo de piedras preciosas para todos los gustos, señor —replicó el joyero con increíble diplomacia—. ¿Cuánto tenías previsto gastar?

Era una buena maniobra, pensó Tulo, pero ambos podían jugar a ese juego.

—Primero muéstrame la mercancía y ve diciéndome los precios. ¿Qué tal si empiezas por esas pulseras?

—Claro, señor —contestó el joyero sin poder disimular del todo su decepción.

«Lo sabía —pensó Tulo—, este granuja quiere desplumarme.»

Sus sospechas se confirmaron cuando le mostró la refinada colección de pulseras de plata, oro, ágata, coral rojo y ámbar y los precios resultaron ser exorbitantes. Lo mismo sucedió con los pendientes y los collares.

—¡Basta! —ordenó Tulo cuando el joyero se dispuso a enseñarle una diadema con filigranas de oro e incrustaciones de piedras preciosas—. ¿Quién te has creído que soy? ¿Un legado?

El joyero sonrió con astucia.

—No, señor, un centurión que acaba de ser ascendido a la primera cohorte.

—¿Me has reconocido? —inquirió Tulo perplejo.

El joyero lo contempló sorprendido.

—¡Pero si eres famoso, señor! Todo el mundo en el asentamiento sabe quién eres y que sobreviviste a la emboscada tendida a Varo y sus legiones. Eres un héroe, señor.

Tulo notó que le ardían las mejillas y no le gustó nada.

—No te creas todo lo que te digan.

—Has sido condecorado por Germánico, señor.

—No hice más de lo que hubiera hecho cualquiera —respondió Tulo con sequedad.

—Como digas, señor. —A pesar de su afán por vender, el tono del joyero denotaba respeto—. Evidentemente, una persona de tu categoría tiene derecho a un buen descuento en mi tienda.

Dicho esto, el anciano redujo un tercio o más el precio de las piezas por las que Tulo había mostrado mayor interés.

Tulo rio para sus adentros, divertido ante la estrategia del joyero y convencido de que, a pesar de todo, sacaría un buen margen. Siguiendo su instinto, se centró en las joyas que habían llamado su atención al principio y se decidió por una sencilla pero elegante pulsera formada por cuatro hebras de plata. Tras un breve pero intenso regateo, consiguió rebajar el precio a la mitad sin que el joyero pareciera demasiado descontento. Tulo también estaba satisfecho y no deseaba malgastar más tiempo regateando.

—Tu amiga estará muy contenta —aseguró el joyero mientras introducía la pulsera en una bolsita de suave piel de cabra—. Quizá puedas venir a visitarnos algún día con ella.

Tulo gruñó, pues ni siquiera sabía si Sirona aceptaría el regalo. En cualquier caso, la pulsera era una estrategia preferible a abordarla físicamente.

De pronto se oyó en el exterior el chasquido inconfundible de la colisión de dos cabezas. Tulo echó un vistazo: dos hombres que caminaban en direcciones opuestas habían chocado entre sí. Ambos gritaron e insultaron al otro y negaron toda responsabilidad en el accidente. Tulo no les prestó mayor atención, puesto que ninguno de ellos era un soldado, pero cuando estaba a punto de pagar, reconoció una cara familiar. Era un rostro que no veía desde hacía meses y que no esperaba ver a ese lado del Rhenus.

—¿Degmar? —gritó—. ¿Eres tú?

El guerrero marso se volvió sorprendido hacia la tienda. Se trataba de Degmar, no había duda alguna. Tulo lo hubiera reconocido en cualquier parte, pero en lugar de saludarle, el joven huyó como una exhalación hacia un callejón de enfrente.

—Ten. —Tulo depositó de un manotazo unas monedas sobre el mostrador, agarró la pulsera y salió por la puerta.

—¿Señor? —inquirió confuso el joyero, cuya voz siguió a Tulo hasta el otro lado de la bulliciosa calle. El conductor de un carro tirado por bueyes lo maldijo cuando se vio obligado a frenar en seco para no atropellarlo, pero al percatarse de que era un oficial, se tragó el improperio.

Degmar no era más que una oscura sombra al otro extremo del pasaje y Tulo maldijo para sus adentros. El joven le llevaba mucha ventaja y era imposible que le alcanzara y mucho menos que lo localizara en el laberinto

de callejuelas. A pesar de ello, Tulo se adentró unos pasos en el callejón. El hedor penetrante de heces y orina le hizo desistir. Frustrado, echó un escupitajo. Degmar había desaparecido y mancharse las botas de mierda y orina solo conseguiría ponerle de peor humor.

Apretó contra sí el regalo de Sirona y se dirigió a la taberna. Seguía de buen humor, pero se sentía inquieto. ¿Qué hacía Degmar en Vetera y por qué había huido de él?



Para gran alivio y satisfacción de Tulo, Sirona se mostró muy complacida con la pulsera y su actitud hacia él cambió de forma notable: no solo se mostró más cariñosa, sino que le permitió besarla en la mejilla al marcharse. Feliz como un chiquillo tras su primer beso, Tulo regresó al campamento sin volver a pensar en Degmar, pero a la mañana siguiente le volvió el recuerdo del encuentro con su antiguo sirviente.

En la primavera anterior, Tulo había ayudado a rescatar a la familia de Degmar antes de que su aldea fuera destruida por las legiones. La peligrosa misión había sido un éxito, pero la despedida entre Tulo y Degmar había sido tensa. El centurión estaba convencido de que jamás volvería a ver al guerrero marso, pues Degmar odiaba Roma y todo lo que representaba. Por eso le resultaba tan extraña su presencia en el asentamiento. Tulo deseaba conocer la opinión de Fenestela al respecto. Habían compartido media vida juntos en el ejército y confiaba plenamente en él.

Dado que tenían alojamientos contiguos, las visitas eran constantes, ya fuera para transmitir una orden o comentar los problemas con intendencia o los altos mandos, aunque no solo se reunían para intercambiar noticias y cotilleos del campamento, sino también para tomar un bocado o una copa de vino juntos.

—Somos como un viejo matrimonio —repetía Tulo a menudo.

—Pero sin la diversión bajo las sábanas —replicaba Fenestela con su sarcasmo habitual.

A la mañana siguiente, Tulo acudió temprano a la puerta de Fenestela. A

esa hora, el *optio* ya había obligado a levantarse a los soldados bajo terribles amenazas para que hicieran sus abluciones antes del desayuno. Normalmente, Fenestela compartía la primera comida del día con otros oficiales de su rango, mientras que Tulo tendía a desayunar por su cuenta.

El centurión pensó que si Fenestela no estaba solo, hablaría con él en el umbral de la puerta.

Fenestela sonrió al descubrir quién era su visita.

—Pasa —dijo, invitándole a entrar.

—¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué? —preguntó con el ceño fruncido.

Tulo entró sin responder y echó un vistazo a la estancia, que estaba vacía. Al igual que él, Fenestela era un hombre de gustos sencillos. Una simple mesa con un tablero de juego encima y cuatro sillas ocupaban el centro de la sala. El resto del mobiliario consistía en un par de arcones de madera y en un soporte para la armadura. La sala de Tulo era igual de austera.

—¿Acaso no me crees, señor? —preguntó Fenestela irritado. Después de tantos años de camaradería y respeto mutuo, solo utilizaba el término «señor» para dirigirse al centurión si había otras personas presentes o si estaba enfadado con él.

—Sí.

—¿Qué pasa entonces?

—Ayer vi a Degmar.

—¿A Degmar? —preguntó perplejo—. ¿Dónde?

—En el asentamiento.

—¿Hablaste con él?

—Huyó como un gato escaldado en cuanto me vio.

—Qué extraño. —A pesar de que era temprano, Fenestela sirvió dos copas de vino y entregó una a Tulo, que no la rechazó—. Seguro que está tramando algo. ¿Qué otra explicación puede haber para su reacción?

—Necesitamos hablar con él —respondió Tulo, preocupado después de que Fenestela confirmara sus sospechas.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —replicó Fenestela con una mueca de disgusto—. Seguro que está oculto en algún lado o ya ha cruzado el río.

—No tiene sentido que acudamos al legado o a quien sea. El hecho de haber visto a un guerrero no demuestra nada. —Tulo apuró la copa.

—¿Dónde estabas cuando lo viste?

Tulo titubeó antes de confesar la verdad.

—En una joyería.

—¿En una joyería? —repitió Fenestela con un tono que denotaba sorpresa, burla y sarcasmo a la vez.

—¿Pasa algo? —espetó Tulo.

Fenestela lo contempló divertido.

—Así que tú estabas en una joyería y Degmar en la calle.

—Sí. Por eso no me vio de inmediato y, cuando salí a la calle, ya me había sacado un buen trecho.

—¿Estás seguro de que el motivo de que te adelantara no se debió a que debías acabar de comprar la pieza que habías elegido para Sirona? —inquirió Fenestela con una risita.

—¡Ya había pagado! —replicó Tulo, enfadado por el bochorno que sentía.

—¿Qué habías pagado ya? —preguntó Fenestela haciéndose el inocente.

—¡Una pulsera, aunque no es asunto tuyo! —contestó Tulo—. ¿Ya has acabado con tus preguntas? ¿Podemos hablar ahora de Degmar?

—De acuerdo, ya te sonsacaré más cosas sobre Sirona después. Hablemos ahora de Degmar.

—Si alguna vez conoces a una mujer, cosa que dudo mucho, seré implacable contigo.

—No esperaba menos —rio Fenestela—. Volvamos al tema de Degmar. Como bien dices, no tiene sentido que se lo contemos a ningún oficial.

—Ya. Para variar, tendremos que ser nosotros quienes mantengamos las orejas y los ojos bien abiertos.

La situación le resultaba muy incómoda y familiar: antes de la fatídica emboscada de hacía seis años, el general Varo se había negado a prestar atención a las sospechas de Tulo sobre Arminio, responsable de la masacre de tres legiones y, recientemente, el antiguo comandante de la cohorte de Tulo había hecho caso omiso de su temor ante un posible motín entre las tropas y, al cabo de unos días, cuatro legiones habían iniciado una rebelión.

—Hablaré con Piso y sus amigos para que permanezcan alerta.

Tulo asintió satisfecho. El soldado Piso y casi todos los hombres a los que había salvado de la emboscada de Arminio habían pasado a formar parte de su nueva centuria. Aunque su traslado iba en contra de las normas, Tulo lo había conseguido gracias a sus amigos y contactos en los altos mandos, entre ellos Germánico y el prefecto Cedicio. De hecho, no habría aceptado su nuevo cargo si no hubiera podido contar con la presencia de Fenestela y los demás. Para él, Piso, Metilio y sus amigos eran como de la familia.

Fenestela le ofreció la jarra de vino, pero el centurión la rechazó.

—Más tarde. Todavía nos queda todo un día por delante.

—Supongo que no es buena idea emborracharse estando de servicio. No quedaría muy bien —reconoció Fenestela decepcionado.

—Ya nos tomaremos una copa después para hablar de Degmar —trató de consolarle Tulo, pero se sentía muy preocupado tras la reacción de Fenestela ante sus sospechas.

Degmar era un guerrero y cazador marso que odiaba Roma y todo lo que representaba, así que su presencia en el asentamiento no tenía por finalidad vender ninguna mercancía. Tulo estaba convencido de que tramaba algo malo.

A pesar de su preocupación, los días fueron transcurriendo sin incidentes: los soldados continuaron con la instrucción y las marchas y no dejaron de protestar cada vez que les tocaba una guardia o ir a buscar leña para el fuego. Nadie —ni Tulo, ni Fenestela ni los soldados que estaban al corriente del asunto— vio a Degmar en el asentamiento, y los dueños de las tabernas y los burdeles a los que había sobornado con unas monedas le habían jurado por la gloria de sus madres que no se habían cruzado con el marso. Ni siquiera Dos Palillos, que se había unido con entusiasmo a la causa de Tulo, le había visto el pelo.

En caso de que se hubiera tratado de cualquier otra persona, Tulo podría haber pensado que se había equivocado, pero Degmar era la viva imagen de un legionario que unos años atrás se había visto obligado a abandonar durante una terrible emboscada en Illyricum. Tulo todavía tenía grabados en la mente

el rostro aterrorizado del soldado y sus gritos de desesperación. Estaba seguro de que el hombre que había visto era Degmar. Sin embargo, pasaron varios días sin que se produjera novedad alguna, sin que hubiera ningún incidente en el asentamiento ni ataques sobre los soldados. Además, las patrullas que habían regresado de la orilla este del río no habían visto nada fuera de lo normal. No dudaba que Arminio estaría conspirando en esos momentos contra Roma, pero se hallaba a cientos de millas del campamento, en el territorio de los queruscos. En otras palabras, la vida discurría con normalidad.

En la tarde del sexto día, tras finalizar la jornada, Tulo ya se había hartado. No sabía cuáles eran las intenciones de Degmar ni tampoco tenía ninguna pista nueva, pero fuera cual fuere el cometido del marso, estaba seguro de que ya lo habría cumplido. En vista de ello, Tulo decidió olvidarse del asunto y regresar a la joyería. Su vergüenza ante una segunda visita se veía compensada por su deseo de granjearse el afecto de Sirona. A pesar de su falta de experiencia en el arte del cortejo, seguro que regalarle otra joya no le perjudicaría si deseaba que algún día lo aceptara en su cama.

Antes de dirigirse al asentamiento, Tulo se preguntó si no sería mejor despojarse de la cota de malla. Aunque ya no necesitaba ocultar su rango ante el anciano joyero, era más fácil que alguien le descubriera entrando y saliendo de la tienda con la armadura puesta, pues la capa no la ocultaba por completo. Al final, abrumado por nuevas obligaciones a última hora de la tarde, decidió que sería más práctico no tener que quitarse la pesada malla.

Comprobó que llevaba el monedero lleno y se dirigió a la puerta con la vara de vid en la mano. Pensó en Sirona y en lo mucho que le gustaría el nuevo regalo, que sería más caro que la pulsera de plata. Al imaginarse su cara de felicidad, estuvo a punto de empezar a silbar, pero recordó que seguía en el fuerte y que los oficiales debían mantener cierta compostura. Además, si Fenestela le oía, intuiría el motivo de su alegría y no dejaría de tomarle el pelo acerca de Sirona.

Para su gran satisfacción, Tulo no se cruzó con demasiados soldados de camino al asentamiento. Aunque eso no significaba que su presencia hubiera

pasado desapercibida, nada podía hacer al respecto, pues era un personaje conocido. Al menos tenía al tiempo de su lado: la nieve y el viento retenía a la gente en sus casas y la visibilidad quedaba reducida a una distancia de veinte pasos. Estaba oscureciendo e incluso la calle principal, normalmente atestada de carros y viandantes, estaba casi vacía.

A Tulo no le sorprendió ver aparecer ante sí a Dos Palillos, que le mostró orgulloso las sandalias y la capa que llevaba, ambas compradas a muy buen precio. Una vez más, el niño le brindó su ayuda para lo que necesitara. Conmovido, Tulo le entregó un puñado de monedas de poco valor y, con las palabras de agradecimiento de Dos Palillos todavía en los oídos, se dirigió a la joyería, situada en una calle paralela cerca del nuevo foro y el puente del río. A Tulo le alegró no cruzarse con nadie más en su camino, ni civiles ni soldados.

El joyero esbozó una sonrisa al verlo entrar.

—Menudo tiempo hace ahí fuera, señor.

—No está mal —concedió Tulo mientras se sacaba el casco.

Al reconocer al centurión, al joyero se le iluminó la cara.

—¡Has vuelto, señor!

—Así es —dijo Tulo dejando el casco sobre la mesa.

—¿Significa eso que a la señora le gustó tu regalo, señor?

—Correcto —respondió Tulo incómodo.

—¿Te gustaría comprarle otra cosa?

—Sí.

—¿Algo... así, ¿señor? —inquirió señalando las pulseras.

—No, esta vez quiero un collar o unos pendientes —dijo Tulo y pensó «o las dos cosas», pero se mordió la lengua a tiempo. Cuanto menos supiera el astuto joyero de sus intenciones, mejor.

—Uno de mis orfebres acaba de terminar esta pieza. —El joyero le mostró un brillante collar de plata decorado con decenas de granates—. Es muy bonito, señor.

Tulo no entendía de joyas y solo había estado en esa tienda una vez, pero el collar era realmente fabuloso y el color de las piedras haría juego con los ojos marrón oscuro de Sirona.

—¿Cuánto cuesta?

—Para ti, solo cincuenta *denarii*.

—¿Cincuenta? —exclamó Tulo y apartó la mano del collar.

—Los granates son de máxima calidad, señor, y su elaboración requiere mucho tiempo y mucha experiencia. Fíjate bien.

—Cincuenta es demasiado —protestó Tulo.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo. —El joyero le acercó el collar de nuevo.

—Es precioso —admitió Tulo tomándolo en sus manos.

En ese momento le distrajo el sonido inconfundible de las tachuelas de unas sandalias y, para su sorpresa, vio pasar por delante de la tienda a dos guardias pretorianos seguidos del mismísimo Germánico. El gobernador iba abrigado con capa y capucha, pero le delataban su perfil y gran altura, además de los guardaespaldas que le protegían, tanto por delante como por detrás.

—¿Qué estará haciendo aquí? —murmuró Tulo para sí.

El joyero tenía el oído fino.

—No es la primera vez que veo al gobernador por aquí, señor. Siempre visita la bodega que está al final de esta calle, que tiene los mejores caldos en millas a la redonda, o al menos eso dice el dueño. A Germánico le debe gustar mucho porque va al menos una vez al mes.

Tulo rio. No se le había ocurrido que Germánico pudiera acudir en persona a la bodega. El gobernador contaba con docenas de criados, lacayos y oficiales a su servicio, ¿por qué no los enviaba a ellos a probar el vino o solicitaba unas muestras para realizar su propia cata en el campamento? Tulo supo la respuesta antes de acabar la pregunta: Germánico llevaba sobre sus hombros una enorme carga de trabajo y una gran responsabilidad y la visita ocasional a la bodega le permitía gozar por un instante de una vida normal, algo impensable para un hombre de su rango. «Que lo disfrute», pensó Tulo divertido antes de centrar de nuevo su atención en el collar.

—Es muy bonito, pero cincuenta *denarii* es demasiado caro.

—¿Qué precio te parecería bien, señor? —preguntó el joyero entrecerrando los ojos.

—Veinte. —Era una cifra ridícula, pero Tulo quería ver la reacción del anciano.

—¡No puedo vendértelo por ese precio, señor! —El joyero hizo ademán de arrancarle el collar de las manos, pero se arrepintió y bajó los brazos avergonzado—. Eso es lo que cuesta la plata y los granates y luego tengo que pagar al orfebre. Este precio no me deja ningún margen y tengo que ganarme la vida, señor.

—Ya. Veinticinco.

—Cuarenta y cinco es lo mínimo que puedo aceptar, señor. Y estoy siendo generoso —replicó el anciano con expresión afligida.

—Treinta.

—Cuarenta y dos, señor.

—Treinta y dos.

—¡Eso es un robo, señor! Cuarenta.

—Treinta y cuatro. Es mi última oferta.

—No, señor.

Tulo le devolvió el collar y el anciano lo miró atónito.

—Muchas gracias —dijo y se volvió para marcharse.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, el joyero cedió.

—¿Señor?

Tulo dio media vuelta con fingida sorpresa.

—¿Sí?

—¿Lo comprarías por treinta y ocho, señor?

—Treinta y cuatro y te pago ahora mismo.

—Eres implacable —suspiró el anciano—. De acuerdo.

Tulo disimuló su satisfacción y, aunque el joyero había representado bien su papel, no parecía insatisfecho con el precio.

Mientras buscaba el dinero para pagar, un fuerte estornudo en la calle seguido de una dura reprimenda atrayeron su atención. Oyó pasos en la nieve, pero esta vez no se trataba de tachuelas militares, sino de las pisadas de unos hombres que se movían con cautela. El sonido despertó sus sospechas y se adentró en la tienda para evitar ser visto fácilmente desde fuera.

—¡Agáchate! —susurró al joyero.

—¿Cómo? —preguntó el anciano, confuso.

—Escóndete bajo el mostrador. ¡Haz lo que te digo! —ordenó Tulo empleando una versión más suave del tono que empleaba para las tropas.

El joyero obedeció con expresión preocupada.

Oculto entre las sombras, Tulo miró por la ventana. Seguía nevando copiosamente y casi no podía ver la tienda de enfrente, que tenía las puertas cerradas. Sin embargo, pudo distinguir claramente las lanzas que llevaban los nueve hombres vestidos con sendas capas que pasaron sigilosamente por delante de la tienda. Todos lucían barba y, algunos, el pelo trenzado. Su aspecto era más salvaje que el de las tribus de la zona. Dedujo que eran guerreros germanos, teoría que confirmó la presencia de Degmar a la cola del grupo y llegó a la conclusión de que no tramaban nada bueno.

De pronto entendió que el cometido de Degmar había sido vigilar la bodega y que los guerreros, seguramente marsos, pretendían asesinar a Germánico. Seguramente habían estado esperando durante días la visita del gobernador a la bodega, lo cual implicaba la existencia de un confidente. «Ya me ocuparé de eso después. Ahora, piensa. Piensa o Germánico morirá.»

—¿Tienes una lanza? —susurró al joyero.

—¿Una lanza, señor?

—Acaba de pasar por delante un grupo de hombres armados —Tulo explicó con creciente impaciencia— y, a menos que me equivoque, están a punto de asesinar a Germánico. Yo no tengo tiempo de ir en busca de ayuda y no puedo quedarme de brazos cruzados. Entonces, dime, ¿tienes una maldita lanza o no?

—Yo... una lanza. No, señor —se disculpó el joyero—. ¿Te sirve un puñal?

—¡Ya tengo el mío! —gruñó Tulo—. ¿Y una escoba? Seguro que tienes una escoba.

El anciano por fin se dio cuenta del apremio. Corrió a la trastienda y regresó con una escoba. Tulo se la arrancó de las manos, pisó el extremo de las ramas y dio un tirón fuerte hasta quedarse con el mango.

—Ve a la calle principal en busca de soldados, cualquier tipo de soldados. Diles que el centurión Tulo de la primera cohorte, legión V, les espera en la bodega. Explícales cómo llegar hasta ahí y diles que, si aman a su general, deben apresurarse.

El joyero se amedrentó ante la furia de Tulo.

—¿Y qué pasa si no encuentro a ningún soldado? ¿Qué pasa si no me

hacen caso?

Tulo le agarró del brazo.

—¡Esto es un maldito asentamiento militar! Habrá legionarios en los restaurantes, las tabernas y las tiendas. ¡Grita si es necesario! No me importa lo que hagas para conseguir ayuda. ¿Me entiendes?

—Me estás haciendo daño, señor —protestó el joyero.

—¡Si no haces lo que te digo te haré algo peor!

La amenaza surtió efecto y el joyero por fin reaccionó.

—Quieres que vaya en busca de soldados... Es una orden del centurión Tulo. Deben ir a la bodega para salvar a Germánico.

—Muy bien. —Tulo le soltó el brazo—. ¡Vete!

—Pero la tienda, señor, las joyas... Me las robarán.

—¿No trabajan los orfebres en la trastienda? ¿No está tu familia aquí?

—Solo mi mujer, señor. Los empleados se han ido a casa.

—¡Entonces dile a su mujer que cierre la tienda, idiota! ¡Vamos! —ordenó Tulo al tendero con un empujón antes de acercarse de puntillas a la puerta, escoba en mano. Miró de reojo la calle, pero la nieve que caía le impidió ver nada a más de diez pasos de distancia—. ¿A cuánto se encuentra la bodega? —preguntó por encima del hombro.

—A unos veinticinco pasos, señor. Está en este mismo lado de la calle.

Tulo dejó el casco en la tienda porque pensó que le delataría. Se quitó la capa y salió a la calle. El corazón le golpeaba el pecho como el martillo de un herrero. Sabía que estaba a punto de cometer una locura. Era posible que, al llegar a la bodega, se encontrara muertos a los guardaespaldas de Germánico. Pensar que un centurión de mediana edad armado con el palo de una escoba y una espada pudiera abatir a nueve jóvenes guerreros era tan descabellado como pensar que era posible impedir que el sol saliera por el este.

Sin embargo, si quería andar con la cabeza alta por el mundo, Tulo no podía quedarse de brazos cruzados. Germánico era su comandante y un miembro prominente de la familia imperial. Y, lo que era todavía más importante, había confiado en Tulo cuando pocas personas lo habían hecho y había rescatado su carrera militar del abismo. «Te debo la vida, Germánico», pensó mientras seguía los pasos de los guerreros.

Si la muerte era el precio que debía pagar para saldar su deuda, que así

fuera.



A unas cien millas al este de Vetera, Arminio y Maelo, su mano derecha, caminaban por la nieve en dirección a la casa del jefe de los marsos. Ya había oscurecido y en la aldea solo se percibía el halo dorado de sus antorchas. Habían llegado acompañados de un grupo de soldados una hora antes, justo cuando se ponía el sol. El asentamiento no se hallaba lejos de su hogar, pues los queruscos y los marsos vivían en territorios colindantes, pero el viaje había durado más de lo habitual por culpa del mal tiempo.

—¿Crees que habrán venido todos? —preguntó Maelo. De estatura mediana, con pelo castaño y la típica barba que lucían todos los guerreros germanos, era un guerrero valiente y tan peligroso como un oso acorralado. Su espada había segado más vidas que la de Arminio, que no eran pocas—. Las tierras de los usipetos están más lejos que las nuestras y a nadie le gusta alejarse demasiado de la chimenea en esta época del año.

—El invierno está para festejar y fornicar —asintió Arminio citando un antiguo refrán. El jefe querusco era un hombre apuesto que se hallaba en la flor de la vida. De complexión fuerte, el color negro de la barba y el cabello contrastaba con sus ojos grises. Vestía una capa de piel de oso y ropajes suntuosos y llevaba una *spatha*, la espada larga de la caballería romana, en una funda decorada en plata—. Pero estoy seguro de que habrán venido todos. He convocado esta reunión porque Germánico cruzará el río de nuevo en primavera con un ejército tan grande o mayor que el de este año y, si no queremos que nos arrasen, tribu por tribu, debemos estar preparados.

Maelo asintió. Era un tema que habían discutido en numerosas ocasiones.

—¿Has hablado ya con Inguiomero?

—En cuanto llegamos. —El tío de Arminio llevaba en la aldea desde el día anterior y, a pesar de su cansancio después del arduo viaje, Arminio había ido a verlo de inmediato. Inguiomero estaba al mando de otra facción de la tribu de los queruscos y, aunque sus guerreros se habían unido a las tropas de Arminio el verano anterior, había sido el responsable del desastroso ataque contra un campamento romano al final de la campaña. Arminio se había opuesto firmemente a dicho ataque, pero la opinión de Inguiomero prevaleció sobre la suya y miles de guerreros perdieron la vida en el catastrófico asalto. Poco después, Inguiomero reconoció que su sobrino debería ser quien tomara el mando de las tropas en el futuro. La reunión que había convocado Arminio era la primera que celebraban las tribus tras el regreso a sus aldeas con la cabeza gacha y la cola entre las piernas. Para que la reunión fuera bien, era imprescindible que Inguiomero no hubiera cambiado de postura.

—¿Y? —preguntó Maelo.

—Me ha jurado que me seguirá y le creo.

Maelo esbozó una amplia sonrisa.

—Qué buena noticia. La suma de sus guerreros con los nuestros da ocho mil lanzas y, si añadimos a los marsos, son diez mil, quizás once mil.

—Eso no significa que las demás tribus vayan a seguirnos y, aunque lo hagan, que vayan a obedecer mis órdenes. Recuerda el verano pasado... —advirtió Arminio.

—Para —ordenó Maelo a Arminio poniéndole una mano sobre el hombro.

Si otro hombre se hubiera atrevido a interrumpir a Arminio de esa manera podría haber acabado muerto, pero Maelo era su más fiel seguidor y uno de sus amigos más antiguos. De hecho, era su único amigo. A pesar de todo, Arminio le dedicó una mirada asesina.

—Di lo que tengas que decir.

—Recuerdo perfectamente cómo reaccionaron los jefes de las tribus y que todos se negaron a escucharte. No hacían más que discutir entre sí y más de la mitad quiso ponerse al mando en un momento dado. Por muy frustrante que sea, así funciona nuestro pueblo. Aunque finalmente decidieran seguir a Inguiomero, no fue para atacar a nuestra tribu ni para matarte, ¡lo único que querían era luchar contra Roma! Todos odian el Imperio tanto como tú.

—¿Tanto como yo? —rio Arminio con amargura—. ¿Cuántos de ellos han perdido a su mujer e hijo? ¿A cuántos les han secuestrado la familia los romanos?

—Muchos han perdido a la mujer y a los hijos, o peor, las legiones les han asesinado en las aldeas.

Arminio no le escuchaba.

—¡Jamás volveré a ver a Tuscelda ni veré crecer a mi hijo! ¡Todo por culpa del cabrón de Germánico! —El general romano había sido quien había decidido secuestrar a su mujer embarazada la primavera anterior.

Maelo le apretó el hombro con fuerza.

—Tu pérdida me entristece cada día, Arminio, y sé que mi dolor no es comparable al tuyo. Sin embargo, si te dejas guiar por la pena y la rabia, fracasaremos. Los jefes de las tribus necesitan un líder centrado con las ideas claras.

Arminio tomó una bocanada de aire fresco y contempló las estrellas en el cielo. «En algún lugar de Italia, Tuscelda estará viendo este mismo cielo con nuestro hijo en brazos —pensó y la idea lo tranquilizó. Su mujer e hijo no estaban muertos—. Cuídate, mi amor. Cuida de nuestro hijo. Volveremos a vernos algún día.»

Exhaló el aire y sonrió con amargura.

—Enterraré mi dolor y los jefes escucharán lo que tengo que decirles y me seguirán. No temas —añadió levantando la mano a sabiendas del próximo comentario de Maelo—, no actuaré como su líder ni su rey, sino como el primero entre iguales.

—¡Demos gracias a los dioses! Todavía conservas el cerebro y ese pico de oro —sonrió Maelo a la luz de la antorcha.

—Gracias a ti —respondió Arminio mirando a su amigo a los ojos.

De pronto oyeron a alguien en la oscuridad.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Arminio? —inquirió una voz familiar—. Me imagino que te acompaña Maelo.

—Así es. ¿Quién eres tú? —preguntó Arminio a su vez.

La nieve crujió bajo los pasos de su interlocutor, cuya identidad no descubrieron hasta que las antorchas iluminaron su rostro: era Horsa, el jefe de los angrivarios, un hombre bajo y robusto con el pelo trenzado y el mentón

cuadrado. Horsa era más astuto y valiente que la mayoría de los jefes de las tribus y solía secundar a Arminio en sus decisiones.

—Buenas —saludó Horsa tendiendo una mano rechoncha.

—Buenas —respondió primero Arminio con un fuerte apretón que Maelo imitó—. ¿Qué tal el viaje? —se interesó el querusco, pues la tribu de Horsa vivía a unas cien millas al norte.

—Largo, frío y desagradable. Me duelen las posaderas de tantas horas a caballo, pero aquí estoy —rio jovial—. Los sirvientes de Malovendo me han prometido que ahí dentro hay seis cochinitos al fuego y el triple de barriles de buena cerveza. ¿Cómo es que no habéis entrado ya? —preguntó señalando la casa comunal, que se hallaba a corta distancia de donde se encontraban.

Arminio no tenía intención de contarle lo que habían estado hablando.

—Hemos oído que alguien se acercaba haciendo más ruido que un toro a la carga y hemos decidido esperar a ver quién era —bromeó.

—¡Cuidado con lo que dices! —rio Horsa, que no dio muestras de haberse percatado de la excusa que había inventado Arminio—. ¿Por qué seguimos aquí parados? ¡Se nos van a congelar las pelotas!

Maelo fue el primero en llegar a la casa y, en cuanto abrió la puerta de par en par, se escapó una bocanada de aire caliente que arrastraba consigo una mezcla de olores —algunos más placenteros que otros— y el ruido de música y gente conversando, al que se añadía el griterío y las risas de varios niños, así como el llanto de un bebé descontento y el suave mugido de los animales en el establo.

Según la tradición de las casas comunales germanas, la familia habitaba en un extremo de la vivienda, mientras que el establo y el granero ocupaban el otro lado. La luz de las antorchas colgadas de unos soportes en las paredes iluminaba la estancia. En la zona de la cocina había unas grandes hogueras que producían unas ráfagas de calor intenso que despedían un delicioso aroma a cerdo asado. Hombres, mujeres y niños se apelotonaban en el espacio central de la sala, en medio de la cual se había dispuesto una larga mesa de roble de cuyas entrañas surgía, colocada en un agujero, una de las águilas doradas sustraídas a las legiones de Varo. Majestuosa e imponente, era un símbolo magnífico de lo que las tribus germanas habían hecho a Roma.

Arminio la contempló con gesto de aprobación. Había sido muy astuto colocar el águila a la vista de todos, puesto que no había mejor prueba ni mejor ejemplo de su éxito.

Sentados a la mesa estaban los jefes de las tribus con sus guerreros más valientes y, a la cabeza, el jefe del asentamiento, que también era el líder de la facción más amplia de los marsos: Malovendo. Fornido y de cabello pelirrojo y rasgos marcados, en esos momentos estaba echando un pulso contra uno de sus hombres, una bestia casi tan grande como él.

Arminio se encaminó directamente hacia Malovendo. Aunque no siempre estuviera de acuerdo con el ejército marso, era un enemigo declarado de Roma y sus hombres eran guerreros valerosos. Durante el otoño, Germánico se había ensañado con su pueblo, quizás a causa del águila que Arminio les había regalado, y había arrasado numerosas aldeas y aniquilado a miles de sus hombres. Desde entonces, los marsos habían librado varias batallas perdidas contra los romanos. Ávido de venganza contra Germánico, Malovendo había aceptado celebrar esa reunión y había asegurado al querusco que podía contar con el apoyo de su tribu en primavera, pero los marsos no sumaban suficientes lanzas, ni siquiera al añadirles a las de Arminio e Inguiomero. Para derrotar a las tropas del gobernador, Arminio necesitaba contar con todos los guerreros disponibles a doscientas millas a la redonda, o más.

—¡Malovendo! —saludó Arminio.

El jefe marso volvió la cabeza tan solo un instante, pero lo suficiente para que su contrincante le tumbara el brazo sobre la mesa con un grito exultante.

—¡Dos a uno! —declaró su rival mostrando el resultado con la otra mano.

—Me he distraído —se excusó Malovendo.

—Mi dinero —exigió el guerrero.

Arminio observó cómo el jefe de los marsos saldaba la deuda sin protestar. Entusiasmado, el guerrero le dedicó un brindis antes de regresar, tambaleante, con su grupo de amigos y otro hombre se apresuró a ocupar su puesto. Malovendo lanzó una divertida mirada de disculpa a Arminio.

—Espera un momento —pidió.

Arminio se apostó junto a uno de los barriles de cerveza con Maelo y Horsa que, provistos de sendas copas, observaron el siguiente pulso de

Malovendo.

—Me pregunto si antes se ha dejado ganar —murmuró Arminio ante la siguiente victoria del marso.

—¿Para mantener leales a sus seguidores? —se burló Maelo.

—No sería el primero en hacer algo así —replicó Horsa.

Arminio asintió. En las tribus, los guerreros obedecían a sus jefes por respeto, no por orden divina, y dejarles ganar un pulso de vez en cuando para mantenerlos contentos no era inusual.

El jefe marso venció con facilidad a su segundo contrincante, que le maldijo profusamente, ante lo cual Malovendo le cantó las cuarenta y le dio una colleja, no sin antes decirle que se esforzase mucho y entrenara duro si algún día quería vencerle. Compungido, el guerrero regresó con sus compañeros, que echaron unas risas a su costa sin malicia.

La escena reflejaba a la perfección las diferencias entre los germanos y los romanos, pensó Arminio. Ningún legionario se atrevería jamás a retar a un pulso a su comandante, y mucho menos a exigir con tono agresivo el cobro de la apuesta en caso de ganar, como había hecho el primer guerrero. Sin embargo, dada la orden, los legionarios eran capaces de marchar hasta el fin del mundo en las condiciones más extremas y enfrentarse a cualquier enemigo sin tregua, día tras día y mes tras mes. Los romanos eran un enemigo temible e implacable que actuaba en un único frente unido y que, tal y como habían demostrado las campañas de Germánico, estaban ávidos de venganza.

Por otro lado, los germanos eran guerreros duros y valientes, pero eran impetuosos y carecían de la disciplina de los romanos. Además, no les gustaba que nadie les dijera lo que debían hacer, por mucho sentido que tuviera la orden. Así eran las cosas, pensó Arminio sombrío. Nada podía hacer al respecto y debía intentar sacar el máximo partido de la situación, tal y como había logrado hacer seis años atrás.

Malovendo se volvió hacia Arminio y alzó la copa a modo de saludo.

—¡Buenas! —gritó Arminio—. Gracias por invitarnos a tu casa.

—¡Bienvenido! —respondió Malovendo poniéndose en pie—. Veo que te acompañan Maelo y Horsa, el mejor jefe que han tenido los angrivarios en los últimos veinte años. ¡Bienvenidos! —dijo dirigiéndose a ambos—.

Sentaos. Ninguno de mis invitados debe permanecer de pie.

Tras saludar al anfitrión con un apretón de manos, los tres hombres siguieron sus instrucciones y tomaron asiento. Arminio, en el lugar de honor, a la derecha de Malovendo, y Horsa, a su izquierda. Arminio tenía a su derecha a Inguiomero, un hombre de físico imponente a cuyo lado se sentó Maelo. Con esta disposición demostraban su unidad frente al resto de los comensales.

En cuanto los sirvientes colocaron delante de los recién llegados unas copas de cerveza a rebosar, Malovendo propuso un primer brindis a la salud de todos y, a continuación, un segundo por la victoria de sus hombres y la muerte de Germánico y sus tropas. En el tercero, pidió el apoyo de los dioses, que en años anteriores les habían sonreído con unas fuertes tormentas, y, finalmente, brindó por cuarta vez por la gloria de los caídos en la lucha contra Roma.

A continuación, el marso eructó sonoramente y dio un manotazo en la mesa.

—¡Por la barba de Donar! Qué alegría verte, Arminio. Y a ti también, Horsa. Debéis de estar muertos de hambre; al menos yo lo estoy. ¿Alguien más tiene hambre? —Malovendo sonrió ante el coro de asentimientos y buscó a un sirviente con la mirada—. ¡Traed la comida! Seguro que uno de los cochinitos ya está listo.

Arminio observó que Horsa estaba enfrascado en una conversación con el jefe de su izquierda, un hombre de tez cadavérica que lideraba una parte de los usipetos. A Arminio no le gustaba Gerulf, pues siempre era de los primeros en oponerse a sus ideas y ofrecer planes alternativos, que a menudo representaban un riesgo considerable para las personas implicadas. No parecía entender la visión de Arminio: poner fin de una vez por todas a la influencia de Roma sobre las tribus mediante una gran victoria militar.

—¿Viaje?

Arminio miró a Malovendo.

—¿Perdona?

—¿Qué tal el viaje?

—Como era de esperar: largo y cansado.

—No me has oído la primera vez. ¿Ya estás borracho?

—Claro que no.

—Bien. Pensaba que te habías ablandado. —Malovendo le rellenó la copa—. Bebe.

Arminio fingió dar un buen trago, pero solo tomó un sorbo. La cerveza era buena, fuerte y sabrosa, pero no le convenía saciar su sed tan temprano. Pasarían varias horas antes de poder hablar con los jefes, ya que primero dedicarían su tiempo a comer, a beber más y a cantar, y Arminio se jugaba demasiado para emborracharse antes de tiempo.

—Según los sacerdotes, este invierno será uno de los más crudos de los últimos años —anunció Malovendo—. Así que quizá tengas que quedarte aquí una temporada —rio dándole una palmada tan fuerte en la espalda que le derramó parte de la cerveza.

«Por todos los dioses, espero que no», pensó Arminio. Por muy duro que fuera viajar en esas condiciones, ese mes tenía previsto recorrer todo el territorio para granjearse el apoyo de los jefes y así tener las tropas listas en primavera.

—Así tendré tiempo de perfeccionar mi pulso —respondió el querusco con una sonrisa—. Y, además, tienes una cerveza excelente.

—Y no estarías falto de compañía femenina —añadió Malovendo señalando con la cabeza a una atractiva mujer de generoso pecho que recogía las copas de la mesa—. No te ha quitado el ojo de encima desde que has llegado. ¿No te has dado cuenta?

—Pues no —respondió Arminio, sorprendido ante su propia satisfacción. No había estado con una mujer desde el secuestro de Tusnelda. A decir verdad, no le había apetecido. Sin embargo, al notar la reacción de su entrepierna, tuvo que reconocer que las necesidades del cuerpo son distintas de las de la mente—. ¿Quién es?

—La viuda de un buen guerrero que murió el verano pasado. Es una mujer fuerte que sabe lo que quiere y no pide nada a cambio. Yo mismo me la beneficiaría, pero ella... —dijo Malovendo señalando a su esposa, una mujer rechoncha de cara afable— me tiene controlado y sabría lo que había hecho antes de darme tiempo de derramar mi semilla. Además de darme una buena colleja, me sermonearía hasta la saciedad.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Qué marido no se ha despistado alguna vez? —replicó Malovendo sonriente.

—Yo —respondió Arminio con sinceridad.

Malovendo lo miró sorprendido.

—¿Cuánto tiempo llevabas con Tusnelda?

—Dos años.

—Entonces seguías prendado de sus encantos. Cuando pasas diez o doce veranos con la misma mujer y, además, tienes una buena prole, empiezas a fijarte en otras opciones. Así funciona el mundo.

—Quizá —dijo Arminio con la vista clavada en la mesa.

Malovendo le sirvió más cerveza.

—Es terrible que perdieras a tu esposa.

—Sí —repuso Arminio, que trató de mantener a raya su pena y adoptar un tono neutro—. Pero yo no soy el único que ha sufrido una pérdida. Tu pueblo ha padecido mucho este verano y no hay ni una sola persona aquí que no haya perdido a un ser querido.

—Tienes razón —afirmó Malovendo con expresión sombría.

—El motivo por el que estoy aquí es justamente para hablar de la guerra contra Roma, lo cual no significa que no pueda disfrutar de otras actividades después de hablar —declaró Arminio mientras lanzaba una mirada a la atractiva viuda.

—Veo que nos parecemos. Primero comeremos y beberemos y después hablaremos. En cuanto hayamos repasado los detalles, tú podrás repasar otras cosas a título personal —dijo Malovendo con un guiño. Ambos se echaron a reír y Arminio volvió a fijarse en la viuda, que le dedicó una mirada cargada de promesas—. ¿Te das cuenta? Esta es tu noche de suerte —declaró el marso antes de darle una palmada en la espalda y abandonarle para vaciar la vejiga.

El buen humor de Arminio se esfumó en cuanto su mirada se cruzó con la de Gerulf, cuya voz nasal se elevó por encima del alboroto.

—¿Ya has pensado cómo vas a imponerte sobre todos nosotros, Arminio?

—Yo no he venido a imponer nada —respondió el querusco con cortesía—. Estamos todos aquí para planificar la guerra contra Roma.

—Ya, eso dices, pero un hombre nunca cambia, por mucho que lo intente

—gruñó Gerulf—. Te conozco, Arminio. Siempre has querido mandar sobre todas las tribus, y eso no va a cambiar nunca.

—No es cierto —mintió Arminio, y rogó que Horsa, que estaba escuchando la conversación, hiciera caso omiso de las palabras de Gerulf.

—¿Ah, no? —replicó Gerulf en tono burlón.

—No —protestó Arminio, odiando al jefe de los usipetos por haber adivinado sus intenciones. Aunque su prioridad era derrotar a los romanos, también soñaba con reinar algún día sobre todas las tribus—. Estoy aquí por Germánico. Se trata de un enemigo peligroso con un gran ejército y, si no nos unimos para luchar contra él, acabará esclavizándonos a todos.

Gerulf le escuchó con una sonrisa sardónica antes de regresar a su conversación con Horsa.

Preocupado, Arminio clavó la vista en el fondo de la copa.

¿Acaso era posible que la alianza estuviera destinada a fracasar antes de empezar?



La nieve caía sin cesar y azotaba el rostro de Tulo. Tenía la armadura, las piernas y los brazos helados por el frío, pero la bodega se hallaba cerca y le resultaría más fácil luchar sin la capa.

Contó los pasos con cuidado. Llevaba ocho y seguía sin ver la entrada de la bodega. A los doce, distinguió la sombra oscura de una puerta y la figura de un hombre, que dedujo que sería el centinela de los germanos. Decidió que solo habría un hombre de guardia porque necesitaban tener la máxima ventaja posible para vencer a los excelentes guardaespaldas pretorianos. Tulo agarró la escoba como si fuera el bastón de un anciano y rogó que su armadura no fuera visible bajo la abundante nieve y la falta de luz. Avanzó poco a poco, primero tres pasos y luego cuatro, cinco, seis.

—¡No te detengas! —gritó el centinela en mal latín.

«Por todos los dioses, es Degmar», pensó Tulo antes de alzar la escoba con ambas manos y abalanzarse hacia delante.

Degmar no fue lo bastante rápido al levantar la lanza y no pudo evitar que Tulo le presionara el palo contra el cuello. La punta de la lanza pasó con un desagradable silbido junto a la oreja izquierda de Tulo, que empujó a Degmar contra la pared. El marso apenas podía respirar, atónito al reconocer a Tulo, y luchó como un loco para liberarse de la escoba, por lo que acabó soltando la lanza. Tulo presionó con fuerza, consciente de que si Degmar lograba zafarse, daría la voz de alarma. El tiempo corría en su contra y era posible que Germánico ya estuviera muerto.

—Esperaba más de ti, Degmar —susurró Tulo—. ¿Ibais a matar a un

hombre mientras compra vino?

Degmar hizo una mueca y dejó a la vista la lengua violácea, pero no podía responder.

«¿Quién soy yo para juzgarlo?», pensó Tulo al recordar que habían atacado su aldea al amanecer, la mañana después de una gran fiesta y que su gente, en especial las mujeres y los niños, no habían tenido oportunidad alguna de sobrevivir. Incapaz de seguir mirando a Degmar, pero obligado a continuar con lo que estaba haciendo, Tulo empujó con más fuerza hasta que el guerrero entornó los ojos y se desplomó en el suelo.

Por malas que fueran las intenciones de Degmar, Tulo no deseaba acabar con su vida. Preocupado por si lo había matado, se agachó para tocarle el cuello con el dedo y se sintió extrañamente aliviado cuando le notó el pulso fuerte.

La lucha ya había empezado. Tulo distinguió el sonido de las espadas y oyó unos gritos y alaridos de dolor provenientes del interior. El centurión rogó a la diosa Fortuna que no hubiera llegado demasiado tarde. Hubiera dado cualquier cosa por tener a su lado a Fenestela, Piso y Metilio, pero no estaban ahí con él.

«Estoy solo, nos superan en número y Germánico me necesita. Debo concentrarme.»

Tulo descubrió a la primera víctima detrás del mostrador: un joven barbudo vestido con túnica y pantalón que yacía boca arriba con una profunda herida en el cuello y con la expresión de sorpresa todavía en la cara. La sangre había empapado su ropa y teñido de rojo las grietas que separaban las baldosas.

«Pobre diablo», pensó Tulo mientras se dirigía con cautela hacia una puerta entreabierta, que supuso que conducía al almacén y a la vivienda del bodeguero. Echó un vistazo por la rendija y vio multitud de ánforas contra las paredes colocadas en unas cajas especiales que estaban protegidas con paja, así como varias ánforas de diverso tamaño situadas delante. En el centro de la estancia había una mesa con dos sillas y varias jarras y copas para catar vino. La sala estaba iluminada por unas lámparas de aceite que colgaban de unos soportes de bronce. Los únicos ocupantes eran cuatro cadáveres: el bodeguero (dedujo Tulo por su barriga y buenos ropajes), dos pretorianos y

un guerrero germano.

«Tres contra siete —pensó—. Mal número.»

Se acercó a la puerta que se encontraba en la pared opuesta escoba en mano. No era un arma, pero quizá le permitiera abatir a otro guerrero antes de usar la espada. El reguero de gotas de sangre en el suelo era una clara indicación de que al menos había un herido. «Ojalá sea un germano», deseó al tiempo que se preguntaba si no habría llegado demasiado tarde. Tulo se adentró en un pasillo con siete puertas, tres a cada lado y una al fondo, y encontró el cadáver de otro germano. Al ver que el reguero de sangre no continuaba, dedujo que las gotas que había visto antes en el suelo eran de él. «Seis a tres. Sigue siendo un mal número», pensó. El sonido de la lucha parecía provenir del fondo del pasillo. Las dos puertas más cercanas estaban cerradas y, con la esperanza de que no hubiera nadie detrás, avanzó corriendo hacia las dos siguientes, que también estaban cerradas. Quedaban tres. Todas estaban abiertas, pero no podía discernir cuáles estaban ocupadas.

—¡Degmar! ¡Ve a buscar a Degmar! —gritó alguien en germano desde la estancia situada al final del pasillo. Oyó unos pasos.

Tulo avanzó con sigilo. Era probable que todos los guerreros estuvieran juntos, o al menos eso esperaba. Para aprovechar el efecto sorpresa, debía pasar por las puertas abiertas y llegar hasta la habitación del fondo. La edad no le acompañaba, pero albergaba la esperanza de encontrarse más cerca de la puerta que el guerrero que iba en busca de Degmar. Avanzó diez pasos, luego quince más y se colocó a la altura de la puerta abierta. Actuó con el máximo sigilo y, tras apoyar la escoba contra la pared, desenfundó la espada.

—¡VE A POR DEGMAR!

—Ya voy, ya voy —protestó una voz justo al otro lado de la puerta.

Tulo respiró hondo y levantó la espada a la altura del hombro, en posición de ataque.

Los goznes de la puerta rechinaron y esta se abrió para dar paso a un fornido guerrero rubio que dio media vuelta al percibir un movimiento con el rabillo del ojo. Sin embargo, Tulo le clavó la espada en el cuello y murió en el acto. El centurión acompañó el cuerpo hasta el suelo mientras recuperaba la espada y la sangre le salpicaba las piernas, la túnica y la cota de malla. «Cinco a tres. No cinco a cuatro, si me cuento yo.» Aunque sus posibilidades

habían mejorado, sus cálculos eran teóricos y era probable que hubiera más guardaespaldas muertos.

Su teoría quedó confirmada en la siguiente estancia, donde halló el cuerpo de un pretoriano con múltiples puñaladas en el cuello y en la ingle. «Cinco a tres otra vez», calculó Tulo preocupado. El oscuro almacén estaba repleto de ánforas con el nombre del productor grabado o estampado en el cuello. Las más cercanas provenían de una zona de Iberia famosa por sus vinos tintos y, si jugaba bien sus cartas, viviría para volver a tomarlos algún día. «No seas tonto. ¿A quién pretendes engañar?», se dijo. Sabía que tenía muchas posibilidades de acabar desangrado en el suelo como el pretoriano.

En el oscuro pasillo central no había ni un alma, pero oyó el sonido cercano de las espadas y a Germánico lanzar una orden, que fue seguida de un grito de dolor y otro de victoria. Consciente del apremio de la situación, Tulo se adentró en la sala blandiendo la escoba en una mano y la espada en la otra. A ambos lados de la estancia discurrían unos estrechos pasillos que permitían acceder a las ánforas apiladas al fondo y que ofrecían una buena posición defensiva para que dos hombres pudieran luchar lado a lado contra dos enemigos como máximo.

Tulo comenzó a buscar a Germánico y a sus atacantes con esperanzas renovadas y los encontró en el tercer pasillo: dos guerreros luchaban contra Germánico y un pretoriano de espaldas a él y, a unos pasos de Tulo, un tercer guerrero estaba apoyado contra un ánfora con el rostro pálido. Una herida en el muslo derecho lo había dejado fuera de combate. Tulo no tenía tiempo de pensar dónde debían encontrarse el cuarto y el quinto hombre ni de si sería visto por el guerrero herido, ya que Germánico tenía la cara manchada de sangre y el pretoriano de su lado estaba herido. Tulo dejó la escoba junto a un ánfora y se acercó de puntillas al grupo.

Cuando se encontraba a mitad de camino, el germano herido movió la cabeza y, al verlo, trató de dar la voz de alarma, pero Tulo interrumpió el grito en seco clavándole la espada en las costillas. Alertado por el ruido, uno de los guerreros dio media vuelta y Germánico aprovechó el momento para darle una estocada mortal, pero el segundo atacante fue más listo y, valiéndose de una mínima distracción del pretoriano, le clavó la espada en la ingle, a la altura del faldón, y mientras su víctima caía al suelo, se volvió para

atacar a Germánico. Sin embargo, la espada chocó contra la armadura de bronce, que sufrió una profunda rayada.

El arma de Germánico había quedado atrapada en las carnes de su último contrincante y, mientras intentaba recuperarla, el guerrero dio un paso atrás para embestirle de nuevo, pero Tulo se adelantó de un salto y le atacó por la espalda. El hombre aulló de dolor y cayó de rodillas cuando el centurión le dio una patada en el culo y un empujón para arrancarle la espada del cuerpo. Acto seguido, le clavó el puñal en la nuca con un golpe certero que puso fin a su vida.

—¿Tulo? ¡Por todos los dioses! ¿Qué haces tú aquí? —Germánico rio incrédulo, la cara cubierta de una mezcla de sudor y de la sangre que emanaba de una herida en la mejilla. Por lo demás, el general parecía estar en perfecto estado—. ¿Me estabas siguiendo?

—No, señor —contestó Tulo apenas sin resuello—. Estaba en... una tienda —dijo omitiendo la palabra «joyería»— cuando te he visto pasar y, al cabo de un instante, he visto a los guerreros germanos. Me ha quedado claro que iban a por ti y he decidido seguirlos.

—Quizá nos habríamos apañado solos, pero lo dudo —dijo señalando al último pretoriano herido en el suelo—. Una vez más, me alegro mucho de haber pasado por alto tu infracción cuando apareciste en el desfile de Tiberio.

Tres años antes, Tulo y Fenestela habían infringido la prohibición imperial de que los supervivientes de la emboscada de Arminio viajaran a Roma, pero Germánico los había descubierto e interrogado. Sin embargo, el general intuyó algo especial en Tulo y se mostró compasivo.

—Si estoy aquí es precisamente por lo que sucedió aquel día.

—Pues me alegro —respondió Germánico de corazón—. Ahora dime, ¿dónde crees que se habrán metido los dos cabrones que faltan?

De pronto oyeron el sonido de algo que rascaba el suelo.

Confuso, Germánico dio media vuelta y Tulo también, que miró suspicaz las pilas de ánforas que tenía a su derecha y, antes de darse plena cuenta de lo que sucedía, vio cómo se tambaleaba una primera ánfora, seguida de una segunda y una tercera. El miedo se apoderó de él. Esas vasijas eran lo bastante grandes para aplastarles la columna y matarlos. Rodeó con el brazo izquierdo a Germánico y lo empujó hacia la pared donde se hallaba el

pretoriano herido. Las tres ánforas cayeron al suelo con un gran estrépito, empujadas por los dos germanos que faltaban. A continuación, se produjo un silencio tenso cuando los dos bandos se miraron fijamente por el hueco que había quedado en el muro de ánforas, hasta que un guerrero apuntó la lanza hacia el general.

Una vez más, Tulo agarró a Germánico y lo empujó al suelo, para protegerlo tras las ánforas que seguían en pie. Tulo notó la ráfaga de aire cuando la lanza pasó silbando por su lado y chocó contra el suelo. Cuando estaba a punto de cogerla, oyó los pasos de los germanos que se alejaban y se detuvo en seco, el corazón latiéndole con fuerza. ¿Qué pretendían hacer ahora? ¿Escalar el muro de ánforas para atacarles o tirarles más vasijas encima? La segunda opción era la más segura y, por lo tanto, la más probable, pero ellos también podían hacer lo mismo.

—Ayúdame, señor —dijo Tulo al oído de Germánico mientras le mostraba con gestos lo que pretendía hacer.

Germánico asintió. Ambos se pusieron en pie y Tulo dejó la espada en el suelo. Si se arrimaban a las ánforas, no serían vistos por los guerreros, que parecían haber dejado de moverse, pero su propósito quedó claro cuando Tulo vio que una de las vasijas de su lado se movía.

—Esta, señor —susurró colocando las manos encima del ánfora y el general lo imitó—. A la de tres, señor —dijo con voz entrecortada por la tensión—. ¡Uno, dos, tres!

Empujaron a la vez con la fuerza adicional que otorga el miedo. No encontraron ninguna resistencia por el otro lado, lo cual significaba que se habían adelantado por un segundo a sus enemigos, pensaría Tulo después. El ánfora se movió bajo la presión y se inclinó hacia delante, arrastrando consigo la de al lado. Ambas vasijas se precipitaron al suelo con un enorme estruendo, como el de un trueno en una tormenta, y se levantó una nube de polvo. Al cabo de un instante se oyeron unos terribles aullidos de dolor, similares a los de un conejo al caer en una trampa.

—Hemos pillado a uno, señor —sonrió Tulo mientras recogía la lanza con la que les habían atacado antes. Echó un vistazo al hueco entre los pasillos y divisó un rostro asustado con barba. Como Tulo no era un buen lanzador, ni siquiera a corta distancia, le gritó—: ¡Vamos, perro, acércate!

El germano perdió el último ápice de valor que le quedaba y salió corriendo.

Germánico exhaló un largo suspiro, pero Tulo no bajó la guardia. Sería una tontería morir por no haber contado bien el número de enemigos.

—Quédate aquí, señor —murmuró. Germánico empezó a protestar, pero Tulo le interrumpió en un tono que no admitía discusión alguna—. Es posible que todavía quede algún guerrero, señor.

El centurión cambió la lanza por la espada y se inclinó hacia el agujero que habían dejado las ánforas caídas. Un guerrero —el que chillaba como un cerdo— lo contempló con los ojos como platos, atrapado en el suelo por una vasija enorme.

«Este ya no iré a ninguna parte», pensó Tulo. De hecho, con suerte, duraría lo suficiente como para ser interrogado. El centurión volvió a centrar su atención en el pasillo y fue acercándose poco a poco a la zona central, con la espada a punto. Sentía que le embargaba una curiosa sensación: en parte era miedo, pero también era la euforia que se siente al haber mirado la muerte a los ojos y haber sobrevivido para contarlo.

«Hoy parece que estás de buen humor, Fortuna, vieja cabrona», pensó. Muchos le tildarían de loco por dirigirse así a una diosa, pero a Tulo le divertía insultarla en su mente, incluso a veces en voz alta. A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de que existiera. Nunca había encontrado pruebas fehacientes de que fuera algo más que un concepto, una manera de explicar el carácter aleatorio de la vida. El mismo principio era aplicable a todas las deidades, pero se negaba a cuestionar la existencia de todas, ni siquiera en su mente. Alguna debía existir en el cielo, al menos Fortuna, Marte y Júpiter. De lo contrario, ¿cómo habría sobrevivido a tantas malditas batallas?

Tulo llegó al pasillo central, miró a ambos lados y sintió un enorme alivio al comprobar que no había nadie. Una puerta abierta al fondo a la izquierda parecía indicar que el último guerrero había escapado. Llevaba demasiada ventaja como para poder atraparlo, pero no pasaba nada. Germánico estaba a salvo y ya tenían un prisionero al que interrogar. Dos, se corrigió Tulo con una punzada de dolor: Degmar también estaba ahí fuera. ¿Cómo se le había ocurrido al muy estúpido participar en una misión tan descabellada? La respuesta era muy sencilla: su mujer e hijo estaban muertos y su familia

estaba furiosa con él por haber «colaborado» con los romanos. La vida de vuelta a la tribu no debía de haber sido tan idílica como se había imaginado durante su cautiverio.

—¡Suelta la espada!

Tulo se volvió sorprendido. Dos legionarios con las espadas en alto habían entrado por la puerta que conducía a la tienda. Sus caras enrojecidas y porte inestable revelaban sin duda alguna dónde los había encontrado el joyero. A pesar de su borrachera, su llegada significaba que la lucha había terminado. Tulo echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡No soy ningún guerrero germano!

—¡Calla, cabrón! —gritó uno de ellos—. ¿Querías amenazar al general, eh?

—¡Mírame bien! —gruñó Tulo con tono autoritario.

El soldado parpadeó y su compañero palideció al reconocer a Tulo.

—Es Tulo —susurró, arrastrando las palabras—. Es el héroe del bosque de T-T-Teutoburgo —dijo e intentó ponerse firme y saludar.

El primer soldado trató de imitar a su compañero, pero estaba tan borracho que tuvo que agarrarse a un ánfora y, dándose por vencido, simplemente saludó sin intentar mantenerse erguido.

—Mis más sinceras disculpas, señor —dijo el segundo legionario, que parecía un poco más sobrio—. Hemos venido lo más rápido posible. El viejo de la barba blanca nos ha dicho que Germánico estaba en peligro. Creo que ahora vienen más hombres, señor, pero nosotros llegamos primero y pensé que no tenía sentido esperar a los refuerzos porque Germánico nos necesitaba. Así que decidimos entrar y aquí estamos, señor —relató con cara de circunstancias, pues amenazar a un oficial, estando borracho o no, era una falta grave.

—Habéis actuado bien —dijo Tulo disimulando una sonrisa.

Los amigos se miraron vacilantes.

—¿Señor? —preguntó el primero.

—Habéis sido los más rápidos en llegar y habéis arriesgado vuestras vidas por vuestro general. Si Germánico está a salvo, es en parte gracias a vosotros. Dadme vuestros nombres y unidades y me encargaré de que seáis recompensados.

Ambos volvieron a mirarse con una mezcla de sorpresa y felicidad.

—¡Gracias, señor! —corearon.

Tulo tomó sus nombres y centurias —le complació que ambos pertenecieran a su legión— y les pidió que salieran a atar a Degmar, pero la orden fue respondida con expresiones atónitas. Sin embargo, a Tulo no le sorprendió demasiado su reacción.

—Dejad que lo adivine. No hay ningún germano ahí fuera —suspiró.

—Estoy borracho, pero no ciego, señor —dijo el legionario más sobrio—. La primera persona que hemos visto es al tendero muerto detrás del mostrador.

—Tiene razón, señor. No hay nadie ahí fuera —corroboró su compañero—. Se lo juro por nuestras vidas.

—El muy cabrón se ha escapado —murmuró Tulo. Capturar a Degmar era importante porque había participado en un intento de asesinato, pero una pequeña parte de Tulo se alegraba de que hubiera huido. Degmar merecía morir por lo que había hecho, pero no bajo tortura, como seguramente ocurriría con el germano atrapado bajo el ánfora.

Tras ordenar a los dos legionarios que se cercioraran de que no había ningún enemigo más oculto entre las sombras, Tulo fue en busca de Germánico.

Para su sorpresa, el general había abierto una de las ánforas y estaba bebiendo vino de su casco.

—No hay nada como un encontronazo con la muerte para despertar la sed —dijo Germánico—. ¿Un sorbo?

—Gracias, señor. —A pesar del vino, Tulo no pudo sacudirse de encima una desagradable sensación de malestar.

Siempre había pensado que el Rhenus les protegería de cualquier ataque, pero no era así.

Las tribus seguían siendo peligrosas, quizá más que nunca.



Transcurrieron varias horas de forma amena. Los cochinitos asados que Malovendo había preparado estaban succulentos y deliciosos y Arminio habría continuado comiendo de no ser porque ya no le cabía nada más en el vientre. La cerveza estaba muy solicitada pero seguía corriendo en abundancia y, como consecuencia directa de ello, en la casa comunal había una gran algarabía. Cuanto más ebrios estaban los hombres, más difícil era evitar refriegas. Después de que Malovendo amenazara con castrar al siguiente guerrero que iniciara una pelea, se hizo una paz forzosa.

Algunos contaban historias, otros tocaban y otros bailaban. Incluso Arminio había salido a bailar en una ocasión con la viuda, alentado por Malovendo y los demás jefes de clan. Las celebraciones menguaron ligeramente cuando los hombres se quedaron dormidos o regresaron tambaleantes a sus casas. Una vez las mesas estuvieron recogidas, los niños acostados y las mujeres arremolinadas alrededor de una de las hogueras, a los jefes de clan les llegó el momento de hablar. Malovendo había vuelto a salir a hacer sus necesidades pero, en cuanto regresara, comenzaría el consejo.

Arminio estaba cabreado. No de forma excesiva, pero se había replanteado su decisión de abstenerse ante los comentarios mordaces de Gerulf y las miradas intencionadas que le había lanzado a lo largo de la velada. Había evitado reaccionar pero le había entrado una sed abrumadora y había pasado por alto los intentos de Maelo de relajarlo. Arminio, recuperando la confianza, llegó a la conclusión de que daba igual. Doce copas de cerveza no iban a impedir que dijera lo que había que decir. Sus

palabras caerían como semillas en terreno abonado. Los jefes de clan, que sumaban más de una veintena, de ocho tribus distintas, no habrían viajado hasta allí durante el frío invierno si no quisieran luchar contra Roma, bajo su mando. Gerulf no se lo impediría y, si lo intentaba, Arminio lo pondría en su sitio.

—¿Satisfecho contigo mismo? —oyó la voz desaprobatoria de Maelo en el oído.

Arminio giró la cabeza, enfurecido.

—Sí.

—Pues no deberías estarlo. Estás borracho. Además haces cara de haberte echado un trago de leche agria. —Maelo desvió la mirada hacia la izquierda, hacia Gerulf, y volvió donde estaba—. Estás así por culpa de él, ¿verdad? Ese imbécil lleva mirándote toda la noche.

—Tienes buen ojo —reconoció Arminio con una sonrisa triste—. Intenta enojarme antes de que empecemos a hablar, y ha funcionado. Maldito sea.

—No eres el único que está borracho —le advirtió Maelo—. Cuando los hombres están bebidos les cuesta poco perder los estribos. Gerulf no parará de pincharte. Les dirá que quieres ser el primer emperador de las tribus o algo similar. Si muerdes el anzuelo, te arriesgas a echarlo todo a perder.

La idea hizo enrojecer de rabia a Arminio, que apretó los puños debajo de la mesa.

—¿Por qué no se da cuenta? Unidos podemos derrotar a los romanos, pero cada tribu por separado será aplastada bajo el yugo romano. Tampoco es que la misión sea fácil, el ejército de Germánico es demasiado numeroso para eso. Yo soy el mejor candidato a líder. Soy quien tiene años de experiencia con la maquinaria de guerra enemiga. Yo fui quien tuvo la idea de la emboscada de hace seis años. Aniquilamos a tres legiones y Varo se suicidó, por mi culpa. Yo fui el artífice de todo aquello, no Malovendo, ni Inguiomero, ni Gerulf ni ninguno de los demás comensales de esta mesa.

—Escúchame, Arminio de los queruscos —dijo Maelo al tiempo que le sujetaba la muñeca con determinación férrea.

—Yo...

—Cállate la boca —siseó Maelo, cortándole.

Arminio obedeció asombrado, pues ni siquiera Maelo se atrevía a hablarle

así.

—Si el ruido no fuera ensordecedor y no estuvieran todos borrachos, habrías destruido tu alianza. Es demasiado osado tachar a la gente de imbécil cuando está sentada a tu alrededor. —En esos momentos Maelo tenía la cara pegada a la de Arminio—. ¿Es preciso que te lleve fuera y te hunda la cabeza en la nieve para que entres en razón? Estos hombres están aquí por voluntad propia, no porque estén en deuda contigo. Ellos también quieren destruir a las legiones de Germánico y liberar a nuestras tierras del yugo de Roma para siempre. Persuádelos con las palabras adecuadas y te seguirán como bueyes tras un cubo de grano. Pero si los insultas y te comportas como si fueras superior a ellos, se marcharán sin prometerte nada. De la noche a la mañana tu ejército quedará reducido a nuestra facción de queruscos.

—Inguiomero... —empezó a decir Arminio.

Maelo exhaló un *fiu* de desprecio.

—Por mucho que seáis parientes, no pondrá a sus hombres de tu parte si los demás no lo hacen. Es arrogante pero no imbécil. —En esos momentos la voz de Maelo destilaba furia—. Germánico nos aplastará si estamos solos, así que tendrás que reírle las gracias a Gerulf y hacer que sus palabras vayan en su contra. Haz que los demás duden de él. ¿Te ves capaz, Arminio?

Arminio recobró la lucidez de repente y sintió cierta vergüenza.

—¿Qué harás si fracaso? —arremetió Arminio—. ¿Tú también me dejarás?

Maelo le fulminó con la mirada.

—He sido tu mano derecha desde hace tanto tiempo que ni recuerdo cuánto. Mi lugar está junto a ti hasta el final, sea cuando sea y donde sea. Dicho esto, preferiría sufrir una muerte gloriosa en vez de estúpida. Nuestros guerreros son los mejores del territorio pero no son capaces de vencer a los romanos por sí solos. Piénsalo antes de hablar con los jefes. —Se recostó en el asiento jadeando.

Arminio asimiló las palabras de Maelo en silencio mientras la diversión continuaba a su alrededor. Los que estaban lo bastante sobrios para contar, jugaban a los dados; otros competían a ver quién era capaz de beber más cerveza. Algunos hombres intentaban apurar una copa haciendo la vertical. La situación era hilarante porque ninguno lo conseguía. Grupos de guerreros

competían entre sí entonando el grito de guerra tribal que los romanos conocían con el nombre de *barritus*. Desafinaban, pero cantaban con la misma fuerza que durante la batalla y su voz se alzaba hasta las vigas formando una onda de sonido bronca y tremenda.

—¿Y bien? —inquirió Maelo.

Arminio frunció el ceño. Tenía ganas de partirle todos los dientes marrones y puntiagudos a Maelo. Sin embargo, eso sería una estupidez. Probablemente no lo conseguiría porque Maelo estaba más sobrio que él, pero, además, quedaría mal y reduciría sus posibilidades de ganarse la confianza de los jefes. Encima, reconoció para sus adentros, Maelo tenía razón, en todo. «Maldito sea mi orgullo —pensó Arminio, mientras la amargura habitual corría por sus venas—. Incluso amenaza con ser mi perdición.» Volvió a mirar a Maelo de hito en hito.

—Tienes razón.

Maelo suavizó la línea que le recorría la frente e incluso esbozó una ligera sonrisa.

—No soportas la idea de hundir la cabeza en un montón de nieve, por eso has entrado en razón, ¿verdad?

—Vete a la mierda, cerdo. —Arminio dio un fuerte codazo a Maelo—. Como si pudieras arrastrarme fuera y hacer tal cosa...

—Puedo hacer eso y más... —le amenazó Maelo medio en broma mientras pasaba un brazo por encima de los hombros de Arminio y fingía levantarlo del suelo.

—¿Os dejas solos un momento y ya estáis forcejeando como jóvenes imberbes? —bramó Malovendo—. ¿Quién lleva ventaja?

—Yo —repusieron Arminio y Maelo al unísono. Sonrieron.

—¡Cómo sois! —exclamó Malovendo, divertido—. No me importaría ver tal enfrentamiento algún día, pero tenemos asuntos más apremiantes que atender.

—Sí. —Arminio se separó de Maelo y se alisó la túnica arrugada—. Estoy preparado.

—Yo hablaré primero. Tú serás el siguiente y veremos la reacción de los jefes ante tus palabras. —Malovendo hizo un gesto a los sirvientes más cercanos para que llenaran todas las copas y, cuando hubieron terminado, dio

un puñetazo en la mesa. Las cabezas giraron. Unos cuantos rostros tenían una expresión cautelosa, u hostil, sobre todo Gerulf, pero la mayoría mostraba una actitud abierta y expectante.

«Mantén la calma. Podrás con Gerulf —se dijo Arminio—. Y se unirán a mí.» Lanzó una mirada a Gerulf, que le dedicó una sonrisa despectiva. A Arminio se le empezó a revolver el estómago y las palmas se le humedecieron de sudor. Se sintió aliviado cuando Malovendo tomó la palabra e incluso mejor cuando dejó las cosas claras. Tras dar la bienvenida a los jefes de clan a su casa, presentó una imagen vívida y terrorífica de la suerte que habían corrido muchas aldeas marsas durante el verano. Echó todas las culpas a Germánico y Tiberio.

Según Malovendo, esperar más de cinco años a vengarse de la emboscada a Varo ponía de manifiesto que el enemigo era despiadado y vengativo. Hombres con sangre fría. ¿Cómo era posible, si no, dijo a gritos, que sus malditos legionarios mataran a todo ser vivo que encontraran?

Los jefes de clan, incluido Gerulf, bramaron enfurecidos y Arminio consideró que sus posibilidades de éxito aumentaban.

—Hombres, mujeres y niños. Viejos y jóvenes. Incluso asesinaron a los bebés en las cunas —exclamó Malovendo, soltando saliva por la boca—. El ganado tampoco se salvó, oh no. Esos hijos de puta mataron a todos los animales que encontraron, desde los perros de caza y los caballos, hasta los bueyes y las ovejas, pasando por las gallinas. ¿Qué tipo de enemigo hace eso no contra una sola tribu sino contra todas? No podemos permitir que tales atrocidades queden indemnes. ¡Roma debe pagar... con sangre!

Se oyó un bramido ensordecedor. Arminio recordó a Tusnelda y a su hijo, al que nunca había podido tener en brazos. «Me las pagarás, Germánico —pensó, corroído por la rabia—, de un modo u otro.»

—Como no quería esperar hasta primavera —reveló Malovendo—, envié a un grupo de mis guerreros más valientes a Vetera hace unos días con la misión de asesinar a Germánico.

Sorprendido, Arminio se quedó mirando a Malovendo, que le guiñó el ojo como diciendo: «No te lo esperabas, ¿verdad?» —Maelo tenía razón, volvió a pensar Arminio. Infravalorar a los jefes de clan era de necios, aparte de peligroso.

—El ataque fracasó pero eso no nos detendrá —anunció Malovendo—. Nos enfrentaremos a sus legiones cuando crucen el río ¡y las aniquilaremos!

—¡MUERTE! —bramó Horsa, golpeando la mesa—. ¡MUERTE!

Todos los presentes repitieron el grito. Incluso las mujeres y los niños que todavía estaban despiertos alzaron su voz. Arminio pronunció también la palabra mientras escudriñaba el rostro de los jefes de clan. Llegó a la conclusión de que la mayoría estaba de su lado. Así pues, de él dependía ganarse a los demás.

Malovendo dejó que el estruendo prosiguiera treinta segundos más antes de alzar las manos para apaciguar los ánimos.

—Ya veo que compartimos la misma opinión, lo cual es bueno. Pero no basta con tener un corazón valiente y las lanzas preparadas para derrotar a las legiones romanas. ¡Sabemos cómo derrotarlas porque ya lo hemos hecho con anterioridad!

Malovendo fue señalando con su grueso dedo a jefe tras jefe hasta hacerlo con prácticamente todos los presentes y todos los hombres que habían ayudado a Arminio a aniquilar al ejército de Varo.

—Con astucia e ingenio, sigilo y valor destruimos tres legiones y les arrebatamos las águilas. Ofrecimos en sacrificio a sus oficiales de alto rango al dios del trueno Donar y clavamos las cabezas de los legionarios a los árboles para que todo el mundo tuviera claro lo que había pasado.

Los jefes de clan volvieron a mostrar a gritos que estaban de acuerdo.

—Habéis venido a participar en el consejo y oiremos la voz de todos antes de que concluya la velada. Sin embargo, ahora me gustaría que hablara Arminio de los queruscos. Todos le conocéis, por lo que sobran las presentaciones, puesto que fue él quien nos unió con anterioridad. Él fue quien tuvo la idea de alejar a las legiones de Varo de las vías pavimentadas para que cayeran en nuestra ingeniosa trampa. Yo soy vuestro anfitrión pero estamos aquí gracias a un hombre. —Mostrando un respeto sincero, Malovendo inclinó la cabeza ante Arminio.

Satisfecho al oír numerosas muestras y murmullos de aceptación, Arminio se levantó.

—Malovendo, te agradezco tu hospitalidad y las palabras conmovedoras que me has dedicado, así como tu plan de matar a Germánico. Doy las

gracias a todos y cada uno de vosotros por haber recorrido una larga distancia desde vuestra casa para reuniros con nosotros esta noche. —Hizo una pausa y le satisfizo el silencio que vino a continuación—. Gerulf ponía mala cara pero Arminio no vaciló. Aquel era su momento, llevaba meses preparándose para ello.

Empezó después de tomar aire con profundidad.

Los jefes de clan le escucharon, impertérritos, mientras les habló del plan de Roma para subyugar a todas las tribus desde el Rhenus al Albis y más allá. Profirieron insultos ante la idea de tener que pagar tasas imperiales de forma generalizada y le aclamaron cuando les volvió a decir, golpe a golpe, cómo le habían ayudado a masacrar a Varo y a su ejército. Arminio se refirió a la campaña no concluyente del verano como una oportunidad perdida y se cuidó de no culpar a un solo individuo por su ataque final fallido en el que tantos guerreros habían muerto. Con pasión palpitante en la boca les insistió en que había llegado el momento de volverse a unir. De alzarse juntos contra un monstruo llamado Roma.

Casi todos quedaron cautivados. Casi todos los jefes de clan estaban sentados hacia delante en el borde de la silla. Arminio decidió que era el momento propicio:

—¿Volvemos a machacar a las legiones? —preguntó.

—¡sí! —bramaron.

—¿Eliminamos las sandalias con tachuelas de los legionarios del cuello de nuestros pueblos y las manos largas del emperador de nuestros monederos?

—¡sí!

—¿Vivirán nuestros pueblos libres para siempre jamás?

—¡Sííííí! —Aullando como lobos, los jefes se pusieron en pie. Dejándose llevar, un jefe cato se subió a la mesa, agarró el águila y la alzó ante los vítores de sus compañeros.

«Lo he conseguido —pensó Arminio, triunfante—, mientras blandía el puño en alto como los demás—. Lucharán conmigo. —Lanzó una mirada a Gerulf y se alegró al ver que el hombre no quería mirarle a los ojos—. A ver si puedes conmigo —pensó Arminio—. Soy el mejor orador con diferencia.»

El clamor tardó una eternidad en acallarse, lo cual era bueno. El trabajo

más difícil estaba hecho; el resto, la ardua tarea de organizar la campaña, resultaría fácil en comparación.

—Es el mejor discurso que he oído en los últimos años —declaró Malovendo, sirviendo a ambos una buena cantidad de cerveza. Entrechocó su copa con la de Arminio—. Por la victoria y por la muerte de Germánico.

Arminio repitió sus palabras y bebió.

—Ha estado bien —le dijo Maelo al oído.

—¿Entonces no hará falta que me hundas la cabeza en la nieve? —replicó Arminio.

—Esta vez te has librado.

Sonriendo, se saludaron y acabaron su cerveza.

El ruido empezó a amortiguarse cuando los jefes de clan, roncós, tomaron asiento y volvieron a llenarse las copas. Muchos las alzaron en dirección a Arminio y empezaron a formular preguntas acerca de cómo enfrentarse a los romanos.

—Pronto recibiréis respuesta —dijo Arminio con autoridad y serenidad—. En primer lugar, quiero saber cuántas lanzas aporta cada tribu a nuestro ejército.

—¿Quieres saber? Por fin se te cae la máscara y vemos cuáles son tus intenciones —graznó Gerulf.

—En nombre de Donar, ¿de qué estás hablando? —preguntó Arminio.

—Lo único que te interesa de nosotros son nuestros guerreros y sus lanzas —le acusó Gerulf—. Te encantaría poderte enfrentar a ellos sin nosotros, ¿verdad?

«Mi vida sería mucho más sencilla, eso seguro», reconoció Arminio para sus adentros.

—Yo solo nunca conseguiría una victoria —afirmó en voz alta—. Vuestro liderazgo, valentía e iniciativa resultan vitales. Eso es lo que nos ayudará a ganar esta guerra.

—¿Nos? —se burló Gerulf—. ¿No querrás decir «me»?

—Habla claro —espetó Arminio, que advirtió que Gerulf no claudicaría tan fácilmente.

—Reconozco que has sido convincente con respecto a la necesidad de luchar contra los romanos. Lo que no tengo tan claro es por qué tú eres quien

debería liderar esta iniciativa —dijo Gerulf. Hizo una pausa antes de añadir—: ¿O has pensado que alguno de nosotros tome el mando?

Arminio vaciló, pues el comentario le había pillado desprevenido.

—No lo había pensado.

—Venga ya. ¿Pretendes que nos lo creamos? —se burló Gerulf.

—Mi tribu es la que aporta más guerreros a la lucha —repuso Arminio, que intentó recobrar la compostura—. Si añadimos a los hombres de mi tío, entonces los queruscos formarán casi la mitad del ejército. —Miró a Inguiomero suplicando su apoyo y le satisfizo ver que su tío asentía—. Inguiomero está de acuerdo conmigo y yo pensé que como líder del grupo más numeroso...

—Ya está —exclamó Gerulf, interrumpiéndole—. ¡Lo habéis oído de sus propios labios!

Arminio se enojó.

—¿Te has vuelto loco?

—Ni mucho menos, Arminio —repuso Gerulf con expresión maliciosa. Fue recorriendo con la mirada a jefe tras jefe con una sonrisa desdeñosa—. ¿Pensabais que habría un debate en algún momento para ver quién lidera esta aventura, en la que nos jugamos la vida, o íbamos a seguirle como corderitos? ¿Qué da a esta comadreja con el pico de oro el derecho a liderarnos? ¿Se me ha olvidado alguna votación en la que le elegimos?

—No ha habido ninguna votación —dijo un jefe mofletudo de los téncteros claramente resentido.

—Sí —murmuraron unas cuantas voces descontentas.

—¿Por qué no la ha habido? —inquirió Gerulf—. ¿Quién sabe si tú —y entonces señaló a Malovendo— o tú —y en este caso a Horsa— no podríais hacerlo igual de bien?

—Yo podría liderar el ejército —declaró el jefe de los téncteros.

—¡Y yo! —exclamaron otros tantos.

—Yo también podría —aseveró Gerulf, sacando pecho—. Decidámoslo mediante votación. Será el modo más justo.

«Donar, acaba con él —pensó Arminio cada vez más furioso—, ahora se irá todo al infierno. La mitad de estos imbéciles pondrá en entredicho mi derecho a estar al mando. Si tengo suerte, saldré elegido, pero el mal

ambiente que se creará dividirá mi alianza. Todos los que se hayan postulado y no ganen se sentirán agraviados. —Empezó a imaginar escenas de jefes que discutían por las tácticas de la batalla o, todavía peor, que se marchaban con sus guerreros en el momento crucial—. No puedo permitir que esto ocurra, de ninguna manera —decidió Arminio— aunque me la juegue.» Se puso en pie y dio un golpe en la mesa con la copa.

Sorprendidos, todos callaron.

—Votad si queréis. Escoged a vuestro líder —declaró Arminio—. Sois dueños de vosotros mismos pero no tengo ningunas ganas de pelearme con vosotros como si fuéramos niños pequeños. Ni mi tío tampoco. Nuestros guerreros seguirán bajo nuestro mando. —Le bastó una mirada rápida para cerciorarse de que Inguiomero estaba de acuerdo con él y Arminio se animó. No estaba todo perdido.

Entonces reinó la confusión. El ambiente se llenó de gritos airados.

—Venga ya, Arminio —bramó Malovendo, rojo de ira—. ¡Tienes que apoyarnos!

—¿Dejarás que nos enfrentemos solos a los romanos? —planteó Gerulf con furia.

—No pienso formar parte de esta locura, yo no, pero vosotros haced lo que queráis. Escoged a un hombre que os lidere. Luchad o pedid la paz. Abandonad quizá vuestras tierras tribales como han hecho algunos y viajad hacia el este, más allá de la influencia de Roma. —Arminio miró a su alrededor, contemplando a cada jefe de clan—. Elegir a un líder mediante una votación quizá parezca más justo, pero así no tendréis al hombre capaz de machacar a los romanos de una vez por todas.

Nadie habló durante unos instantes y, desesperado por sacar adelante su iniciativa, Arminio se lanzó al ataque una vez más. Señaló con el dedo a Gerulf.

—¿Eres capaz de idear y ejecutar un plan que derrote a ochenta mil soldados romanos?

Gerulf abrió la boca pero no emitió ni un solo sonido.

—¡Yo no lo creo! —gritó Arminio—. Te seguiríamos hacia una muerte gloriosa. —Se revolvió contra Malovendo—. ¿Eres el hombre que liderará a nuestros guerreros, el hombre que derrotará al ejército de Germánico?

—Haría todo lo posible —repuso Malovendo airado.

—¿Todo lo posible? Con eso ni basta, ni bastará —le ridiculizó Arminio—. ¡Contra tantos romanos necesitamos algo más que «todo lo posible»! Necesitamos a un hombre con un plan que funcione. Un plan que vea al ejército de Germánico aniquilado de la faz de la tierra o lo más parecido a eso. ¿Quién de vosotros cargará con ese gran peso a su espalda?

—Yo no —reconoció Horsa sacudiendo la mano—. A veces eres un hijo de puta arrogante, Arminio, pero eres un líder nato y un buen estratega. ¿Crees que se puede conseguir?

—Sin duda —exclamó Arminio, alentado por la aprobación vacilante de Horsa—. Si les asestamos un golpe tan devastador, os juro que el imperio nos dejará en paz, para siempre.

Los jefes de clan empezaron a hablar entre ellos. Arminio se sentó y los dejó deliberar.

—Buen discurso, bien dicho —le dijo Inguiomero moviendo los labios desde su asiento.

—Una estrategia arriesgada —le susurró Maelo, aunque le brillaban los ojos—. Ahora tendrán que seguirte, no les has dado otra opción. Hasta el más testarudo de ellos sabe que tú eres el único general válido. —Movi6 la cabeza a un lado—. De todos modos, Gerulf no te lo perdonará tan fácilmente.

Arminio miró de reojo a Gerulf, cuya expresión ceñuda y demacrada no le habría pasado desapercibida ni a un ciego.

«Como se ha frustrado, a partir de ahora va a ser incluso más puñetero», pensó Arminio, que tomó una decisión drástica y repentina.

Se inclinó hacia Maelo y dijo:

—La próxima vez que vaya a aliviarse, síguele. Mátalo fuera.

Maelo enarcó las cejas a modo de respuesta.

—Tiene que parecer un accidente.

—Déjame lo a mí.

Arminio se recostó en el asiento, satisfecho. Gerulf pronto quedaría fuera de circulación pero seguía existiendo la posibilidad de que la elección del líder se sometiera a votación. Arminio se meneaba con impaciencia mientras deliberaban. En una muestra de despreocupación, cogió un par de dados. Para su sorpresa, no hizo más que sacar cincos y seis.

Al cabo de un rato, Malovendo fue quien lo rescató de su malestar.

—Hemos tomado una decisión —anunció.

A Arminio se le hizo un nudo en el estómago y dejó los dados.

—Entiendo.

—La victoria que has descrito, ¿nos conducirás a ella? —preguntó Malovendo con voz áspera.

—Sí —prometió Arminio con convicción absoluta—. Ya lo he hecho otras veces, la mayoría de vosotros lo habéis visto con vuestros propios ojos. ¡Con vuestra ayuda y vuestros guerreros lo volveré a conseguir, pero tenemos que estar unidos! ¿Estáis conmigo?

—¡Sí! —gruñó Malovendo—. Estamos contigo.

—¿Me dejaréis decidir cuándo y dónde luchar?

—Sí —repuso Malovendo a regañadientes.

—Sí —dijo Horsa, aunque la posición de su mandíbula dejaba entrever que no estaba demasiado satisfecho. Los demás «sies» también fueron leves, pero todos los jefes de clan miraron a Arminio a los ojos salvo Gerulf.

—Mis guerreros lucharán —anunció—, pero si tu plan no me gusta, Arminio, los llevaré de vuelta a nuestra aldea.

—Muy bien —espetó Arminio—. Pero no esperes asumir demasiadas responsabilidades cuando llegue la primavera. —Se subió a la mesa, cogió el águila y se volvió en círculo para que todos observaran su majestuosidad reluciente de cerca—. Juntos, aniquilaremos a las legiones romanas. ¡Juntos, capturaremos no solo tres de estas sino media docena!

Entonces los jefes de clan le ovacionaron con fuerza y convicción, y Arminio dio las gracias a Donar de todo corazón. La mayoría de las veces era imposible saber si el dios del trueno albergaba algún interés en los asuntos de los hombres, pero, en ocasiones como esta, cuando Arminio había luchado contra unas circunstancias adversas y salido victorioso, tenía la impresión de que gozaba de la aprobación divina.

Gerulf echó su silla hacia atrás y masculló algo camino de la puerta. Pocos se fijaron en que se marchaba a excepción de Arminio y su mano derecha, que esperó unos segundos para salir él también.

—Cuéntanos tu plan —le instó Malovendo, sirviéndole más cerveza a Arminio.

—Espera. —Arminio apuró su copa y se la tendió para que se la rellenara —. Me ha entrado sed intentando convencerlos a vosotros, cabrones, para que luchéis.

Las sonoras carcajadas y las miradas avergonzadas que se produjeron después de este comentario osado satisficieron a Arminio de un modo siniestro. Gerulf había estado a punto de frustrar sus esfuerzos, pero al final él había salido victorioso. Los jefes de clan le seguirían como líder camino de la victoria y la voz de Gerulf dejaría de importunarle.

Arminio llegó a la conclusión de que había sido una buena noche. Sonrió al encontrarse con la mirada de la viuda. La noche todavía no había terminado.

6



Habían transcurrido varios meses y en el campamento romano de Vetera el mal tiempo empezaba a parecer propio del pasado lejano. Por fin había llegado la primavera, acompañada de temperaturas más agradables. Los pájaros trinaban con alegría desde las hojas nuevas de los árboles y las plantas estaban cubiertas de brotes. Aunque era bien entrada la tarde, la brillante luz del sol seguía colándose por entre los huecos de las nubes mecidas por el viento. A escasa distancia colina abajo desde la gigantesca fortificación, el legionario Marco Piso vagaba por la orilla del río.

Era un hombre alto y larguirucho de pelo negro de punta que había formado parte de la Octava centuria original de Tulo y recluta más bien novato en el momento en que su legión había sido aniquilada. Ahora Piso era un hombre más sabio y duro y sentía verdadera devoción por Tulo. Metilio, otro de los antiguos soldados de Tulo, amigo y compañero, caminaba junto a él. No estaban de servicio y habían ido a pescar. Ninguno de los dos sentía necesidad de lanzar un sedal al agua, pero había suficientes legionarios pescando para hacer trueque o vender el pescado. La gran variedad de peces que albergaba el Rhenus hacía que pescar fuera uno de los pasatiempos más habituales de los soldados. Algunos hombres con más iniciativa también cazaban aves acuáticas como patos, grullas, agachadizas y gansos en invierno. De vez en cuando también había carne de castor disponible, aunque era cara.

La comida preferida de Piso no era el pescado sino el cordero, pero el primero resultaba más apetitoso que las gachas de trigo, que es lo que había

para comer aquel día en el barracón que compartía con Metilio y cuatro hombres más. Ellos no formaban un *contubernium* completo de ocho hombres pero la brutal campaña del verano anterior había propiciado que su situación no fuera ni mucho menos excepcional. Piso había dado a entender su opinión acerca del menú propuesto durante la instrucción hacía unas horas, pero al cocinero asignado para la jornada, un soldado jovial y sonrojado llamado Dulcio, no le había afectado.

—Qué aburrido, ¿verdad? —había dicho con un gruñido—. ¡Pues entonces cocina tú o trae algo más sabroso!

Y así fue como Piso acabó paseando por la orilla del agua con Metilio. Estaba dispuesto a pagar por cualquier pescado que decidieran y Dulcio se encargaría de cocinarlo a su regreso. A Piso le pareció un buen trato mientras lanzaba una mirada a Metilio.

—Resulta agradable estar al otro lado de las murallas y no en el asentamiento, ¿verdad?

—Sí. Hasta yo me canso de tabernas y posadas, posadas y tabernas —repuso Metilio—. Pero los burdeles son otra cosa. Ahí sí que iría todos los días, si pudiera permitírmelo.

Piso se rio por lo bajo. Él también era cliente de los burdeles del asentamiento pero no tan asiduo como Metilio, cuya constitución menuda, expresión inocua y mejillas con hoyuelos engañaban acerca de su apetito sexual voraz.

—Tendrías más dinero si fueras bueno con los dados. Ya me he ofrecido a enseñarte con anterioridad.

Metilio le interrumpió.

—No tengo cabeza para los juegos ni para las apuestas; ya sabes cómo soy cuando llega el momento de calibrar probabilidades.

Piso se encogió de hombros.

—Si cambias de opinión, dímelo.

—Eso no pasará jamás —declaró Metilio, dándole un codazo.

Piso se echó hacia atrás, contento de estar con Metilio. Su mejor amigo del pasado había sido Vitelio, otro de los viejos soldados de Tulo, pero lo habían matado en la campaña del año anterior. Había muerto de forma estúpida e innecesaria, concluyó Piso, al igual que Saxa, otro buen

compañero que pereció por culpa de la mala fortuna. Desde la muerte de ambos, el vínculo existente entre él y Metilio y el resto de los hombres de la tienda se había estrechado todavía más. Pronto se pondría a prueba porque el ejército descomunal reunido al otro lado de la muralla septentrional del campamento estaba preparado para cruzar el río.

—¡Hola, hermano! —Piso saludó al soldado de calva incipiente que tenía una cesta de mimbre llena al lado—. No has perdido el tiempo.

El calvo no apartaba la mirada de la caña de pescar.

—Un *as* por la tenca y la carpa y lo mismo por el siluro. Los besugos son mayores y cuestan dos *ases* por unidad. El cabrón del lucio os costará un *sestertius*. He tardado una eternidad en pescarlo.

Sirviéndose de la rama de avellano que había traído para cargar sus compras, Piso revolvió por entre la captura del calvo.

—¿Qué te apetece? —preguntó a Metilio.

—Yo no cocino, así que me da igual —repuso Metilio con alegría—. Menos el siluro. Sabe a barro.

—Los habitantes del fondo marino son todos iguales —convino Piso. Lanzó una mirada al calvo—. ¿Cuánto me cobras por seis tencas?

—Seis *ases* —fue la agria respuesta.

—Te voy a comprar media docena —protestó Piso—. Cuatro *ases*.

—Cinco.

—Cuatro.

—Adelante, pues. —El calvo los miró por primera vez. Se quedó observando a Piso mientras pasaba la rama por debajo de las branquias de seis tencas antes de extender la mano. Esbozó una supuesta sonrisa cuando las monedas de Piso le tintinearón en la palma—. Gracias.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Piso.

—Si hace este tiempo y no estoy de servicio, sí. Es un buen sitio para pasar las horas, además estamos a punto de pasar meses en la otra orilla, donde nuestras putas vidas van a correr peligro. —El calvo hizo un amplio gesto con el brazo de izquierda a derecha para incluir las islas verdes y boscosas del centro del río, la abundancia de pájaros y el agua que fluía con rapidez—. Es bonito, ¿verdad?

—Supongo. —Piso lanzó una mirada severa a la orilla opuesta—. ¿Ves a

muchos hombres de las tribus?

—A veces, cuando las patrullas ribereñas no rondan por aquí. Los más osados aparecen en barca y fingen pescar, pero no nos quitan los ojos de lince de encima, de nosotros y del fuerte. Saben que vamos a por ellos. —Se oyó un ruido metálico cuando el calvo dio un palmetazo a la hierba que tenía detrás, donde se encontraba su espada—. Yo y los demás asiduos al lugar siempre llevamos esto con nosotros. Por si acaso, ya sabéis.

—Sabia decisión —dijo Piso. No era habitual que los soldados de permiso llevaran algo más que un puñal, pero no podía rebatir el argumento del calvo. De todos modos, la situación estaba tranquila desde el intento de asesinato de Germánico en invierno—. ¿Acaso deberíamos hacer lo mismo, Metilio?

—Pronto voy a tener que acarrear mi dichoso *gladius* a todas partes, día y noche —se quejó Metilio—. No pienso llevarlo también cuando no estoy de servicio.

—Sí. —El calvo era precavido en exceso, se dijo Piso—. Vamos, veamos cómo se acercan las barcas y luego volvemos.

Se despidieron del calvo y continuaron el paseo hacia el nuevo muelle situado más allá del fuerte. Había un espigón fuera del asentamiento, pero la cantidad ingente de navíos necesarios para la campaña de ese año había requerido la construcción de una segunda estructura cercana al campamento. Ahí se habían construido veintenas y más veintenas de buques de transporte a lo largo de los meses de invierno y se seguían construyendo. Se rumoreaba que Germánico había ordenado construir casi mil en total. Piso rezaba a menudo para que su unidad no estuviera entre las elegidas para viajar a Germania por mar. Se le revolvía el estómago cada vez que recordaba el desagradable trayecto que él y sus compañeros habían sufrido el año anterior.

Decidió que tendría suerte y que se le ordenaría marchar a territorio enemigo. Observó los barcos más cercanos, amarrados en fila y que sobresalían hacia la corriente. Una cabeza de ave tallada en madera se arqueaba por encima de la proa de todos y en la parte posterior se encontraba la cabina abierta del capitán. Había una sola hilera de remos, larga, elegante y lustrosa, quince o veinte por lado, con un remo de dirección y una vela central. Tenían capacidad para una o dos centurias, dependiendo de su longitud.

—Parecen estar en condiciones para navegar —reconoció Piso, intentando mostrar seguridad—. Pero si Fortuna nos es propicia, nunca tendremos que probarlos.

—Estoy contigo, hermano —dijo Metilio escupiendo—. Yo prefiero estar todos los días en tierra firme.

—Por tierra o por mar, venceremos. Germánico se asegurará de ello —dijo Piso. Metilio mostró su acuerdo con un rugido. No eran los únicos que pensaban así, puesto que desde que regresaran de Germania el otoño anterior, tenían la moral alta.

Las tachuelas repiqueteaban en las planchas de madera, lo cual aumentaba el estruendo. Los que hacían las velas estaban sentados en el muelle con las piernas cruzadas dando órdenes con malos modos a sus ayudantes mientras adaptaban grandes recuadros de cáñamo. Los carpinteros, que creaban bancos de remos para barcos inacabados, estaban rodeados de grandes montañas de serrín. Los armadores, traídos de aquí y de allá, caminaban a grandes zancadas absortos en su conversación, seguidos de secretarios de expresión severa provistos de tabletas y estilos. Los soldados y sus oficiales descendían de cualquier manera de los barcos que acababan de llegar después de patrullar. Piso pensó que ninguno parecía mareado, antes de recordar asqueado que el Rhenus siempre estaba más calmo que mar abierto.

En el extremo final del muelle se encontraba la zona de construcción de buques propiamente dicha, más tranquila porque a aquella hora ya había concluido la jornada. Unos armazones de madera sostenían cascos boca abajo en distintas fases de construcción: desde meros esqueletos a la obra finalizada. Había troncos de árboles apilados; junto a ellos, las mesas donde se cortaban y cepillaban con la longitud adecuada. El olor intenso de la resina de pino dominaba el ambiente y Piso vio ollas acabadas de pintar con esa sustancia cerca de los navíos.

—¿Has visto suficiente? —preguntó Metilio—. Regresemos, me gruñe el estómago.

Piso estaba embelesado. Era una tarde fantástica y el calvo tenía razón: la orilla del río era un lugar hermoso.

—Dulcio y los demás pueden esperar —dijo.

—¿Cómo?

—Hay serrín y virutas de madera por todas partes. Encendamos una hoguera y cocinémonos las tencas y quedémonos aquí mientras haya luz. Los demás que se coman las gachas y se enfaden. Ya se comerán el pescado cuando volvamos.

Metilio desplegó una amplia sonrisa.

—Buena idea. Tenía que haber traído un odre de vino y un poco de pan.

—Tendremos que esperar a la próxima vez —dijo Piso—. Tal vez entonces también vengan los demás. Incluso podríamos pescarnos la cena.

Cuando el asunto estuvo zanjado, se dispusieron a buscar combustible.

Una vez saciado y satisfecho, Piso alargó las piernas hacia el fuego mortecino. Hacía horas que había oscurecido y Metilio dormitaba junto a él. Estaba despejado e infinidad de estrellas brillaban en el negro cielo que se extendía sobre sus cabezas. Los únicos sonidos eran el murmullo del agua al fluir, el correteo de los animales entre los juncos, alguna nutria quizás, y alguna que otra llamada de pájaro. Piso tuvo la impresión de estar junto al río Padus en Italia, donde se había criado. A aquella hora, su madre viuda pronto iría a acostarse. Sus dos hermanos pequeños, que ahora ya se habrían hecho mayores, quizás estuvieran todavía en casa o tal vez se hubieran casado y vivieran cerca.

Piso sintió una punzada de nostalgia. Hacía varios años que ni veía ni sabía nada de su familia y decidió incluir una carta con el siguiente pago en metálico que enviara a su madre. Le costaba leer y escribir, pero sí se veía capaz de redactar unas pocas líneas. Con un poco de suerte, quizá recibiera una respuesta escrita por el escriba local de parte de su madre en el plazo de un año. Al igual que la mayoría de los soldados rasos, Piso se servía de comerciantes itinerantes para que le llevaran las cartas, hombres que hacían de mensajeros extraoficiales a cambio de dinero. Los veteranos que se habían licenciado y regresaban a Italia eran más fiables pero no eran fáciles de localizar.

Metilio empezó a roncar y Piso sonrió. Estaba un poco achispado, pero el fuego se había consumido y empezaba a notar el frío en la espalda y los hombros. Todavía no hacía suficiente calor para estar fuera toda la noche, por

lo menos sin mantas. De todos modos, había sido una velada agradable. Cuando estaba a punto de pinchar a Metilio con la sandalia, un sonido inesperado lo dejó paralizado. *Splash*.

Splash. Otra vez. El suave sonido de los remos al entrar y salir del agua. De repente, Piso empezó a sudar y contempló la oscuridad. A aquella hora no había barcos en el río, se habría apostado el sueldo de un mes a ello. Las patrullas nocturnas eran peligrosas y, por consiguiente, solo se realizaban en situaciones de absoluta necesidad.

Movido por el instinto, extinguió el fuego por completo pisándolo con suavidad. Se inclinó hacia Metilio, le tapó la boca y siseó:

—Despierta, hermano, ¡sin hacer ruido!

Metilio, asustado, abrió los ojos de inmediato pero no emitió ni un sonido. Piso apartó la mano.

—Hay alguien ahí en un barco.

—¿Hombres de las tribus? —susurró Metilio.

—A esta hora, ¿quién si no iba a ser?

—Debemos de tener centinelas, ¿no?

—No veo ninguno cerca de aquí —repuso Piso atisbando—. Los barcos acabados se vigilan, pero ¿quién iba a pensar en vigilar las pilas de planchas?

—Y aquí estamos solo con nuestros puñales —dijo Metilio enfadado—. El calvo tenía razón, ¿eh?

—Chitón. —El chapoteo ya no se oía, pero Piso oyó entonces a hombres bajando del barco y entrando en el bajío. Señaló hacia la zona de construcción, situada a su izquierda—. Se acercan a la orilla, por ahí.

—Entre nosotros y el resto de los barcos y los centinelas —susurró Metilio consternado—. Estamos aislados y nos superan en número. Lo mejor es mantenernos agachados. Nunca sabrán que estamos aquí.

—¿Y dejarlos campar a sus anchas? —replicó Piso con un siseo salvaje—. Saca el puñal y sígueme.

—¿Qué vas a hacer?

—Acercarme, ver cuántos son y dar la voz de alarma.

—Esto no entraba en mis planes para hoy —gruñó Metilio, aunque siguió a Piso de todos modos.

Dejó atrás el resto de las tencas. Era un derroche y Dulcio y los demás se

quejarían, pero era preferible a tenerlos que cargar en una situación peligrosa. Piso se alegró de que no hubieran bebido vino y caminaron con sigilo hacia la masa de siluetas oscuras que formaban los barcos a medio construir. Llegó al primer casco sin haber visto a nadie e hizo una pausa para hablar con Metilio.

—Estaremos más seguros si nos quedamos en el lado de los barcos que da al fuerte —masculló Piso—. Si nos desviamos demasiado hacia el agua, corremos el peligro de quedar atrapados. Si vamos hacia el otro lado, podemos correr hacia el fuerte en caso necesario.

Metilio hizo una mueca.

—Esto no me gusta. Nosotros dos contra vete a saber cuántos.

—A mí tampoco me gusta, joder, pero tenemos la obligación de hacer algo. ¿Tú crees que Tulo se retiraría?

—Por supuesto que no, pero él es un héroe de verdad.

—Y tú uno de sus hombres más valientes. —Piso le dio una palmada en el brazo con la esperanza de que no se notara lo nervioso que él también estaba—. Nos moveremos con rapidez. Mantente agachado. Si acabamos separados, no me esperes. Ve tú solo hasta el muelle y da la voz de alarma.

—Vale. —Metilio no estaba contento pero respondió con determinación.

Más tranquilo, Piso se acercó con sigilo a la proa del barco. Unos agujeritos de luz marcaban el fuego de los centinelas, a un cuarto de milla de distancia, junto al muelle nuevo. El fuerte se cernía sobre todos ellos con sus miles de soldados. Intentando vencer el miedo, Piso pensó que habría dado igual que esos hombres hubieran estado en Roma. A lo máximo que podían aspirar era a que no hubiera demasiados intrusos para que los guardas más cercanos pudieran lidiar con ellos. Durante un largo instante, observó la oscuridad que estaba a su derecha, donde había oído el chapoteo, y se frustró al ver solo barcos a medio construir. Piso empezó a plantearse si había imaginado el sonido de un barco.

—¿Qué es eso? —le siseó Metilio al oído—. Escucha.

Al comienzo, Piso no distinguía nada, pero luego, voces masculinas, no muy lejos, y a su derecha. Se le revolvió el estómago pero apretó los dientes.

—Vamos.

Al igual que dos ladrones, avanzaron sigilosamente hacia los sonidos, que procedían de detrás del segundo casco. A Piso se le ocurrió una idea y se

puso de rodillas para ir a cuatro patas por debajo del barco volcado. Metilio le siguió como pudo. Protegidos de este modo veían el otro lado del barco hasta la altura de la rodilla. A Piso le palpitaba el corazón pues contó al menos diez pares de piernas. Iban vestidos con bombachos, prueba fehaciente de que eran hombres de las tribus y que no tenían buenas intenciones. Para colmo de males, les oyó murmurar en lengua germana. Si se concentraba, era capaz de entenderles.

—Conteneos —ordenó una voz—. Vamos a prender fuego a los barcos a la vez. Así se quemarán más antes de que los romanos reaccionen.

En aquel momento, Piso deseó con todas sus fuerzas tener a todo su *contubernium* a su lado. Desde donde estaban, podrían haber abatido a media docena de los guerreros solo con los puñales y luego acabar con el resto. Lo acertado de la idea pronto quedó en entredicho cuando aparecieron más piernas en su campo de visión. Piso señaló con la boca seca y Metilio le dedicó un sombrío asentimiento de cabeza. Por lo menos habían amerizado dos barcos, si no más. Había llegado el momento de huir y dar la voz de alarma antes de que les vieran u oyeran. Piso señaló con el pulgar la dirección por la que habían venido y, con expresión de alivio, Metilio dijo que sí moviendo los labios.

Lo que no habían previsto era que un guerrero se hubiera separado de sus compañeros para vaciar la vejiga. Cuando emergieron a cuatro patas, Piso se quedó horrorizado al ver al hombre a apenas tres pasos, decorando el casco contiguo con un arco de orina. Tenía la lanza apoyada en las cuernas del barco. Aunque Piso, y Metilio detrás de él, se movían a hurtadillas, el guerrero les oyó igualmente.

Se volvió, verga en mano y con la curva de orina moviéndose con él, y se quedó boquiabierto. Desesperado, Piso se levantó, sacó el puñal y se abalanzó sobre él. Unas gotas calientes le cayeron en las piernas, pero no tenía tiempo de sentir asco, solo temor. Su primera puñalada, que no apuntó bien, alcanzó al hombre en el vientre. Un bramido agónico rasgó el aire nocturno y el hombre se tambaleó. Más sereno, Piso se colocó detrás de él y, con precisión absoluta, le echó la cabeza hacia atrás y le cortó el cuello. La sangre salpicó el casco e hizo desaparecer la orina. Piso dejó caer al guerrero.

—Si quieres seguir con vida, corre —le siseó a Metilio, que lo miraba

boquiabierto con cara de idiota—. Hacia el muelle. ¡Corre!

Puñales en mano, se alejaron a toda prisa del río y de los asaltantes nocturnos. Detrás de ellos se había dado la voz de alarma y Piso también distinguía fuertes pisadas. «Que vayan alrededor de la popa —suplicó Piso—, no la proa, por favor.»

Estuvieron de suerte. No vieron a ningún guerrero cuando emergieron de entre los barcos invertidos y giraron con rapidez hacia el muelle. Distinguieron a los centinelas gracias a varias hogueras de vigilancia. Se alzaron gritos airados cuando oyeron su huida, que espolearon a Piso y a Metilio todavía más. Recorrieron cien pasos sin encontrarse con el enemigo y Piso lanzó una mirada por encima del hombro. Profirió un juramento. En vez de perseguirles, los guerreros habían vuelto a dedicarse a su objetivo principal. Había dos cascos en llamas y, perfilados por la luz, Piso distinguió a otras figuras que incendiaban otros con antorchas.

—Date prisa —le instó.

—No soy atleta —respondió Metilio resollando, aunque consiguió seguirle el ritmo a Piso mientras iba a toda velocidad.

Los centinelas les vieron llegar gracias a los barcos que ardían detrás de ellos.

—¡Alto! ¡Alto! —les instó una voz no demasiado tranquila.

—Somos legionarios como tú —bramó Piso.

El centinela no le oyó o se dejó vencer por el miedo. Una jabalina cruzó el aire y fue a parar entre Piso y Metilio.

Piso se paró de golpe, consciente de que los compañeros del hombre podían hacer lo mismo. Hizo bocina con la mano.

—¡SOMOS ROMANOS, COMO VOSOTROS! ¡DEJAD QUE NOS ACERQUEMOS!

—¿Sois romanos? —fue la confusa respuesta.

—Sí, sí —exclamó Piso, avanzando junto a Metilio.

—¿Cuál es la contraseña pues?

—¡No tengo ni puta idea! —gritó Piso con creciente frustración.

—Pues entonces podríais ser germanos. ¡Quedaos donde estáis!

Piso se había hartado.

—¿Cuántos putos germanos hablan latín como yo, mamón? ¿Ves esas llamas de ahí? Son barcos incendiados. Un grupo de ataque ha amerizado y

hemos venido a decírselo a tu oficial para que haga algo. ¡A no ser que quieras ser el imbécil responsable de que la mitad de la flota de Germánico sea destruida, te sugiero que nos dejes pasar!

Tras unos instantes de vacilación, el centinela lanzó un gruñido.

—De acuerdo, pero caminad despacio y con las manos alzadas en el aire.

La pareja intercambió una mirada de furia y obedeció.

Fueron recibidos por cuatro legionarios de aspecto nervioso, tres de ellos con las jabalinas en posición horizontal. El último, el hombre que había lanzado la suya, tenía la espada desenvainada y preparada. A juzgar por la suavidad de sus mejillas, no llevaba mucho tiempo en el ejército.

—Nombres y unidades —pidió.

—Marco Piso y Cayo Metilio, segunda centuria, primera cohorte de la Quinta —gruñó Piso—. Estábamos en la XVIII. Que sepas que estuvimos luchando en el Saltus Teutoburgiense mientras tú chupabas la teta de tu madre y a los hombres como nosotros no nos gusta que gusanos como tú nos jodan.

El centinela perdió la poca confianza que tenía.

—Cumplía con mi obligación —dijo, mirando a sus compañeros para ver si le apoyaban, pero observaban a Piso y a Metilio con respeto renovado.

—Alégrate de ser tan malo lanzando la jabalina —replicó Piso—. ¡Ahora, si no quieres que ardan más barcos, llévanos ante tu oficial!

La luz tenue no alcanzaba a ocultar el rubor cada vez más intenso de las mejillas del soldado.

—Por aquí —masculló.

Piso se sintió aliviado al ver que el *optio* que estaba al mando de los centinelas actuó en cuanto él y Metilio le contaron lo que sucedía. Por suerte, un barco patrulla acababa de regresar tarde y el centurión al mando se alegró de añadir a sus legionarios a los veinte hombres reunidos junto al *optio*. Piso y Metilio no podían participar porque carecían de armadura y armas adecuadas, pero observaron la marcha de la fuerza a toda velocidad hacia la zona que ahora estaba bien iluminada.

—¡Venga, chicos de azul! —bramó el centurión.

Al encontrarse con cien legionarios preparados para la batalla, los guerreros huyeron a sus barcos. A continuación se produjo un enfrentamiento

corto pero encarnizado que Piso no vio, pero cuando los legionarios regresaron, con algún que otro hombre menos, se enteraron de que habían conseguido agujerear uno de los barcos de los atacantes, por lo que se hundió cerca de la orilla. Un puñado de hombres de las tribus habían escapado, pero la mayoría estaban muertos. Habían incendiado doce cascos, pero, tal como el centurión informó a Piso y a Metilio, que sonreían, habrían sido muchos más si ellos no hubieran dado la voz de alarma.

—Buen trabajo, chicos —les felicitó, dándoles una palmada en el brazo—. ¿Quién es vuestro centurión?

—El centurión Tulo, segunda centuria, primera cohorte, legión V, señor —respondió Piso orgulloso.

—Conozco a Tulo —dijo el centurión, asintiendo—. Un buen oficial. También habla bien de sus hombres. —Cohibidos, Piso y Metilio se movieron de un lado a otro y el centurión se echó a reír—. Seréis elogiados por vuestras acciones. Me encargaré de que Tulo se entere.

—Gracias, señor —dijeron los dos al unísono.

—Vuelvo al fuerte con vosotros —ordenó el centurión—. Toca tomar unas cuantas copas de vino, digo yo. Vuestros compañeros querrán saber qué habéis estado haciendo.

Hicieron el saludo y los dos amigos se encaminaron hacia la puerta este. Al cabo de un rato, Piso se acordó del pescado.

—Dulcio y los demás no se alegrarán cuando regresemos con las manos vacías.

—Que les den —declaró Metilio con una sonrisa maléfica—. Nosotros somos quienes traemos noticias emocionantes. Pueden compartir su vino con nosotros si quieren oírlas.

—Eso —dijo Piso—. Suerte que estábamos ahí, ¿verdad?

—Más suerte ha sido que les oyeras. Yo podía haber seguido durmiendo tan tranquilo.

—Lo más probable es que Arminio esté detrás de esto —dijo Piso—. Si es así, su influencia debe de haber aumentado como para convencer a las tribus locales de que intentaran esto.

—Quizás Arminio no sea el artífice. Los usipetos y los marsos odian Roma tanto como las demás tribus. ¿Recuerdas el ataque a Germánico?

—Cierto. —Piso empezó a tener pensamientos siniestros acerca de Degmar.

Tulo les había hablado de su implicación en el intento de asesinato. Independientemente de que Degmar hubiera estado o no allí, el ataque significaba que los lugareños no habían perdido ni pizca de ganas de enfrentarse a Roma. La certeza que Piso había sentido con anterioridad acerca de la victoria en primavera le pareció ahora demasiado optimista.

«Ojalá fuera posible ofrecer una oración al águila», pensó con nostalgia.



Piso recorría fatigosamente una de las avenidas principales del fuerte con sus cinco compañeros de tienda. Era un día más tarde, a última hora de la tarde y ya habían dado por terminadas sus obligaciones. Su entusiasmo, que había ido en aumento desde que hablaran de presentar sus respetos al águila de la legión, se desvaneció en cuanto vio el cuartel general. No era habitual que los legionarios visitaran el santuario, de hecho, Piso nunca había tenido constancia de ello, pero ninguno de ellos recordaba una norma específica que prohibiera tal acto. En la comodidad de los barracones, con las panzas llenas de vino, el plan les había parecido excelente, una manera de venerar el estandarte de la legión y pedir su ayuda para próximas batallas. Con un poco de suerte, quizá les garantizara un buen regreso de la campaña inminente. Ahora, mientras la lluvia incesante les empapaba las túnicas y ante la perspectiva de que los centinelas del cuartel general les impidieran el paso, le pareció una estupidez en toda regla producto del exceso de alcohol. Piso miró a Metilio y vio el reflejo de su propia incertidumbre. Como no quería ser el primero en mostrar aprensión, siguió caminando.

A cien pasos de la imponente entrada principal, Metilio se amilanó.

—¿Esto es sensato?

El comentario acabó con el punto muerto.

—No conseguiremos traspasar el umbral —declaró Dulcio.

—Aunque lo consigamos, seguro que algún oficial nos da el alto —dijo Calvo, un granjero larguirucho que era la incorporación más reciente a su *contubernium*. Era un hombre cordial y hablador que no tenía reparos en

reconocer que se había alistado a las legiones por desesperación, después de que una epidemia de ganado se llevara a todo su rebaño.

Los otros dos mostraron que estaban de acuerdo con un gruñido.

Piso se armó de valor.

—¡Tenemos que intentarlo! ¡Recordad que durante tres días los centinelas serán de la V! Venga.

Continuó con paso airado rezando para que su intención de avergonzarles funcionara. Diez pasos y seguía estando solo. La frente empezó a perlársele de sudor. Doce. Quince.

—Imbécil —dijo Metilio, que le dio alcance.

—Vaya quién fue a hablar —espetó Piso, sonriendo. Todos le acompañaban.

—Si nos castigan por culpa de esto, tú pagas el vino —dijo Calvo. Aunque era un recluta novato con poco dinero, era generoso con el vino.

—De acuerdo —convino Piso—. Pero te advierto que será del barato. El vino decente sería un despilfarro para vosotros, que sois unos salvajes.

Las bromas amables se fueron apagando a medida que se acercaban a la entrada. Cuatro centinelas con la espalda bien recta y alerta hacían guardia en el exterior de las grandes puertas dobles. La primera idea de Piso había sido deslizarse al interior cuando entró un carro, pero los centinelas estaban apostados a ambos lados del umbral.

—¿Se os ocurre algo? —preguntó Piso sin dirigirse a ninguno en concreto.

—¿Les decimos la verdad? —sugirió Calvo. Le cayó una buena tanda de insultos y frunció el ceño.

—Verán que el aliento nos huele a vino y nos dirán que nos larguemos —dijo Piso.

Soltaron otras sugerencias pero ninguna era viable. La seguridad de Piso menguó todavía más.

—Ahí está Tubero —anunció Metilio.

En cuanto vieron a su legado acercándose al cuartel general dando grandes zancadas desde la dirección opuesta se interesaron en el suelo. Tubero, que tenía mal genio, era arrogante y exigía una disciplina férrea, era odiado por todos. Cualquiera que hubiera estado en la XVIII tenía motivos

adicionales para no desearle ningún bien. Años antes, Tubero había ordenado a propósito que Tulo y sus hombres se colocaran en una situación en la que lo normal habría sido que murieran.

—Mejor que lo dejemos —dijo Metilio—. Si Tubero reconoce a alguno de nosotros, nos tocará limpiar letrinas durante un año.

Piso sonrió mientras los demás mostraban su acuerdo a su pesar.

—No. Tubero nos proporciona la excusa perfecta —dijo.

—Debes de haber bebido más vino del que pensaba. —Metilio señaló los barracones con el pulgar—. Regresemos.

Piso negó con la cabeza.

—Esperemos un momento, hasta que el capullo ese vaya a dondequiera que va, y entonces decimos a los centinelas que todo el *contubernium* está castigado. Que tenemos que dar ejemplo y que tenemos que servirle en su despacho.

—No sabes qué está haciendo Tubero. Quizá se reúna con otro oficial —replicó Dulcio.

Piso sonrió complacido.

—Los centinelas no lo saben.

—Este asunto se nos está yendo de las manos —opinó Metilio con aspecto preocupado—. Si Tubero se entera de que hemos mentido para entrar en el cuartel general...

—No se enterará. Fortuna está de nuestro lado, ¡lo presiento! —Piso observó el rostro de sus amigos. Dulcio y un segundo hombre parecían estar de acuerdo con él, pero a Metilio y a los demás no se les veía muy convencidos—. Queréis rezarle al águila, ¿verdad? —les retó Piso.

—Sí —repuso Calvo.

—Esta será nuestra única oportunidad —declaró Piso, imitando la voz que usaba Tulo en el patio de armas.

—A tomar por saco. —Para sorpresa y placer de Piso, Calvo se colocó a su lado.

Metilio puso los ojos en blanco.

—Más vale que tengas razón sobre lo de Fortuna, Piso.

Piso avanzó con seguridad hacia la entrada rezando para sus adentros.

Se quedó encantado y sorprendido de que los centinelas se tragaran la

historia. Uno incluso se mostró comprensivo.

—Tubero está de un humor de perros, hermano. Esperemos que los dioses propicien que mejore su estado de ánimo antes de que lo encontréis.

Piso dio las gracias mascullando e instó a sus compañeros a entrar. En cuanto se hubieron internado tres pasos en el gran patio se dio cuenta de la temeridad que estaba cometiendo. El centro neurálgico del fuerte, el cuartel general, estaba lleno de oficiales de alto rango que charlaban entre sí o que iban de un despacho a otro. También había infinidad de asistentes y escribas, pero sus manos suaves y túnicas impolutas no hacían más que subrayar lo fuera de lugar que estaban Piso y sus amigos. Había algunos legionarios rasos pero no muchos. Un par de ellos barría el pasillo con columnata que flanqueaba tres lados de la plaza y otros cuatro iban tambaleándose detrás de un oficial de intendencia cargados con un baúl revestido de metal. Eso es lo que pasaba con los soldados rasos y ahí estaban, pensó Piso horrorizado, media docena de soldados cabreados sin objetivo aparente.

—No te pares. —Metilio le dio un discreto empujón en la espalda—. Si te quedas quieto y boquiabierto, alguien se fijará en ti. Finge tener resolución y es menos probable que nos den el alto.

Piso llegó a la conclusión de que Metilio tenía razón, aunque seguía sintiéndose como un criminal pillado in fraganti. Con la cabeza gacha y evitando la mirada de los hombres, caminó hacia el gran vestíbulo situado frente a la entrada. Pasaron a toda prisa junto a un grupo de tribunos sin que se fijaran en ellos. Varios asistentes les dedicaron miradas suspicaces pero ninguno le dio el alto. Piso cayó en la cuenta de que todo el mundo tenía un motivo para estar allí. Miró en derredor con avidez. Si Tubero aparecía tendrían que quitarse de en medio. El corazón le palpitó cuando uno de los legionarios que barría el pasadizo los vio, pero, en vez de darles el alto, el soldado negó con la cabeza como diciendo «locos». Piso apartó la mirada e intentó mantener la calma.

Metilio se le acercó.

—¿Qué vas a decirles a los centinelas que están al otro lado del vestíbulo? ¿Y a los que están fuera del santuario? —susurró.

En esos momentos Piso deseó que la tierra se abriera y le engullera. Habían tenido la suerte de convencer a los hombres de la entrada, pero

esperar la ayuda de Fortuna para franquear más grupos de guardas rayaba en la locura.

—Todavía no lo sé —siseó.

—Pues más vale que se te ocurra algo. —Metilio retrocedió un paso y dejó a Piso a la cabeza del grupito.

Piso, que tenía la boca seca y un nudo en la garganta, siguió adelante con obstinación. Era lo único que le quedaba.

Para su sorpresa, Fortuna les siguió sonriendo. Uno de los dos centinelas situados junto a los imponentes portones que daban al vestíbulo principal no solo conocía a Piso sino que le debía una cantidad considerable. Recientemente, el soldado, que era un jugador empedernido, se había quedado sin monedas durante una larga noche que habían pasado jugando a los dados. Contra toda lógica, Piso le había hecho un préstamo. En estos momentos, no podía estar más contento.

—Gayo —dijo, alzando una mano—. Vamos al santuario a presentar nuestros respetos.

A Gayo la noticia no le hizo ninguna gracia. Miró a su compañero y luego a Piso otra vez.

—¿Quién os ha dado permiso?

—Déjanos pasar y olvidaré la moneda que me debes —sugirió Piso con voz queda—. Si te niegas, la próxima vez que nos veamos, te partiré las putas piernas.

Gayo hizo una mueca.

—De acuerdo. Les ha enviado su centurión —dijo a su compañero. Lanzó una mirada sombría a Piso, se hizo a un lado y masculló—: ¡Daos prisa!

A Piso no le hizo falta que le insistiera. Con un movimiento brusco de cabeza, indicó a Metilio y a los demás que le siguieran.

Piso había estado en el vestíbulo de suelo embaldosado los días de paga una vez al cuatrimestre cuando las condiciones climáticas eran demasiado rigurosas para pagar a los soldados en el exterior, pero de todos modos se sobrecogió al entrar. La enorme cámara rectangular estaba dominada por una columnata doble que discurría por ambos lados. Unas imponentes estatuas pintadas de la familia del emperador llenaban los espacios intermedios. Una enorme efigie de Tiberio, mayor que cualquier otra, ocupaba el suelo situado

delante de las puertas. El santuario se encontraba tras una puerta a media altura de la pared del fondo y más allá se hallaba la cámara acorazada que contenía el dinero de las legiones. Piso, sorprendido por haber llegado tan lejos y necesitado de poner en orden sus pensamientos, se paró ante el retrato de Tiberio e inclinó la cabeza, como si estuviera rezando.

—¿Qué has dicho? —preguntó Metilio.

—Da igual —contestó Piso, a quien le costaba mucho revelar la simplicidad de su éxito.

Metilio rodeó la estatua con la mirada.

—Fuera lo que fuera, no funcionará dos veces. Los dos centinelas que hay junto al santuario parecen estar alerta por si llega Arminio en persona.

Piso se colocó a su lado y su breve gozo se esfumó. Los guardas de expresión adusta parecían capaces de oponer resistencia a seis soldados desaliñados. Él y sus compañeros no podían entretenerse donde estaban sin levantar sospechas, tenían que actuar. A Piso casi le pareció oír a Fortuna carcajeándose.

—¡Piso! —Dulcio le llamó.

Piso notó el sabor de la bilis en la garganta al ver a Tubero entrando en el vestíbulo detrás de ellos, seguido de tres oficiales de primera. Piso tuvo la fuerza de voluntad de fingir que le rezaba al emperador. Se sintió aliviado cuando Tubero entró en un despacho de la izquierda, pero seguían teniendo ante ellos un problema inmenso. ¿Debían arriesgarse a intentar entrar en el santuario, o salir corriendo del vestíbulo como perros apaleados? El patetismo de la segunda imagen hizo que Piso recuperara la determinación. Se volvió hacia sus compañeros.

—Está tan cerca... ¡Ahora no podemos marcharnos!

El silencio clamoroso que se produjo a continuación enfureció a Piso.

—¡Gallinas! —siseó—. ¿Venís conmigo?

Por fin unos asentimientos renuentes y síes murmurados.

—Seguidme. —Piso respiró hondo, rodeó la estatua de Tiberio y fue directo a los centinelas.

—Motivo de la visita. —Les dieron el alto enseguida.

—Saludos, hermano —dijo Piso con su tono más amable. Señaló hacia sus compañeros—. Somos soldados de la V, como vosotros. Muchos de

nosotros estuvimos también en la XVIII, al mando de Varo. Ya conocéis a nuestro centurión, Tulo. —Piso se animó al ver que los centinelas asentían—. Nos gustaría presentar nuestros respetos al águila.

El mayor de los dos centinelas sacó mandíbula.

—Esto va contra las normas.

Piso desplegó una amplia sonrisa con la esperanza de que funcionara.

—Pero aquí estamos.

Al centinela no le hizo gracia.

—Ninguno de vosotros es oficial.

—Los soldados como nosotros apreciamos tanto el águila como cualquier oficial. O más —añadió Piso, esperando que el centinela se solidarizara con ellos.

El centinela relajó la expresión.

—No digo que no, pero nunca he oído decir que unos soldados rasos se paseen tan tranquilos por el santuario. Seguro que has visto la gran cantidad de oficiales de alto rango que rondan por aquí, hermano. Si a mí y a mi compañero nos pillan dejándoos entrar, la habremos cagado. Cagado hasta el fondo. Yo os aconsejo que salgáis de aquí antes de que alguien os vea o correréis la misma suerte que nosotros.

A Piso se le cayó el alma a los pies. Lanzó una mirada a Metilio, que se encogió de hombros en señal de derrota. La expresión abatida de los demás indicaba lo mismo. Someter a los centinelas sería una locura y tendría como consecuencia un castigo de lo más brutal.

—Tubero está ahí —dijo el centinela—. Si queréis evitarle, rodead la estatua de Tiberio por la izquierda.

Piso notó el amargo sabor de la decepción. Qué típico que Fortuna le dejara llegar hasta ahí, pensó, para darse de narices con la realidad en el último momento.

—Lo hemos intentado —dijo a Metilio—. Es mejor que nada.

—Supongo. —Metilio exhaló un suspiro.

Se volvieron para marcharse pero, para horror de Piso, Tubero se encaminó hacia ellos. No pareció advertir su presencia, pero eso pronto iba a cambiar. Que les reconociera o no resultaba irrelevante: el hombre era tan severo que les castigaría por el mero hecho de estar en el vestíbulo.

—Vamos —susurró Piso, dirigiéndose al otro lado de la estatua de Tiberio—. ¡Rápido!

Cinco pasos acelerados y Piso chocó con Tulo. Abochornado, se paró de golpe, incómodo pues era consciente de que el aliento le olía a vino.

—Mis disculpas, señor.

Tulo enarcó una ceja.

—Piso.

—Señor. —Piso contempló el suelo embaldosado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí con el *contubernium* al completo?

Piso miró a Tulo de hito en hito y decidió que mentir sería muy mala idea.

—Hemos venido a ver el águila, señor.

Tulo frunció el ceño.

—Ya la veis en los desfiles.

—Queríamos rezar en el santuario, señor. Decirle al águila que lucharemos hasta que nos quede la última gota de sangre por ella. Que el enemigo nunca le pondrá las manos encima. —Piso, cohibido, convencido de que Tulo les pondría a cavar letrinas todo el verano, bajó la mirada—. También quería recordar a nuestra antigua águila. Eso es todo, señor. —Para su sorpresa, Tulo se echó a reír.

—Son buenos motivos para visitar el santuario y sois buenos soldados. Venid conmigo —ordenó Tulo.

Los centinelas no se atrevieron a cuestionar a un oficial del rango de Tulo y, al cabo de apenas veinte segundos, un asombrado Piso y sus compañeros se encontraban en el interior del santuario, seguidos de Tulo. Nadie articuló palabra. Por un acuerdo tácito, los soldados pisaron el suelo con cuidado para que las tachuelas no repiquetearan en el suelo. La luz que emitían docenas de lámparas de aceite rebotaba en los objetos de oro y plata que ahí se mostraban. El lugar no albergaba solo las dos águilas de la legión sino también el estandarte de cada unidad, el de infantería y el de caballería. Piso se fijó en primer lugar en las imágenes reconocibles del emperador, las manos humanas, los discos, las medialunas, las coronas de laurel y las puntas de lanza, pero al igual que una mariposa nocturna se siente atraída por una llama, su mirada volvió a posarse en las águilas.

Las icónicas aves de oro, apartadas de los estandartes, menos importantes,

reposaban en unos soportes de madera especiales que las mantenían erguidas. Eran idénticas pero se diferenciaban por el número grabado en el pedestal rectangular dividido en cuadrados en los que se posaban. Piso y sus compañeros se acercaron con actitud reverente al águila marcada con un V.

Piso notaba el pulso en la garganta. Había desfilado delante del estandarte otras veces pero nunca había estado tan cerca, nunca había tenido la oportunidad de observarlo en toda su gloria. Agachada en unos rayos, con las alas alzadas y rodeadas por unas guirnaldas, era la representación de un águila tan buena como cualquier otra y la encarnación de la majestuosidad distante. Sus ojos feroces y arrogantes se clavaron en los de Piso, que se sintió embargado por el asombro y el respeto.

«¿Quién eres?», parecía preguntar.

«Soy un soldado de la legión V», respondió Piso para sus adentros.

«¿Qué te trae por aquí?»

«He venido a presentar mis respetos», repuso Piso.

«¿Me seguirás? ¿Incluso hasta la muerte?»

«Será un gran honor para mí.»

No hubo respuesta, pero Piso se sintió orgulloso. Se había sincerado ante el águila y le había dicho la verdad. Lo sucedido hacía siete años en el bosque no podía repetirse; si era necesario, moriría por el águila; al igual que sus compañeros de tienda.

Piso hizo una reverencia y se apartó del águila. Sus compañeros hicieron lo mismo uno tras otro. Cuando hubieron terminado de rendirle honores, Tulo asintió con gesto aprobatorio.

—¿Ya está? —preguntó en voz baja.

—Sí, señor. —La admiración que sentía por Tulo le desbordó—. No sé cómo darte las gracias, señor. Traernos aquí, en fin, estaremos en deuda contigo el resto de nuestra vida. Muchas gracias, señor.

Sus amigos se apresuraron a mostrarse de acuerdo.

—Sí, señor.

—Gracias, señor.

Tulo desplazó sus ojos fieros e intensos por sus rostros.

—Soy de la opinión que todos los soldados merecen tener el derecho a rezar ante el águila. —Esbozó una ligera sonrisa que le arrugó las facciones

—. Ahora volved a los barracones, ¿eh?

—¿Qué pasa con Tubero, señor? —A Piso se le formó un nudo de nerviosismo en el estómago—. Si nos ve...

—Ya me encargaré yo de Tubero —dijo Tulo con voz férrea—. ¿Queda claro?

—¡Sí, señor! —Piso estaba tan contento que le entraron ganas de llorar de alegría.



Al cabo de unos diez días, Tulo estaba montado a su caballo en la plaza de armas situada en el exterior del fuerte de Vetera con su centuria y el resto de la primera cohorte en formación ante él. El centurión más veterano de la legión y su superior directo, Basio, el demacrado *primus pilus*, cabalgaba arriba y abajo inspeccionando a los legionarios. Las otras nueve cohortes de la V también estaban presentes, la II junto a la I y, detrás de ellas, en grupos de dos, las demás.

Más allá a la derecha de Tulo se encontraban los soldados de la legión XXI. Había otras cuatro legiones presentes, además de una veintena de cohortes auxiliares. El enorme espacio, que muy pocas veces se llenaba, estaba a rebosar de tropa. Era una imagen conmovedora que marcaba el inicio de la campaña de ese año. Otros grupos del ejército ya se habían marchado, el legado Silio había liderado a una fuerza potente para derrotar a los catos, mientras que la mayoría de la caballería y varias cohortes de legionarios habían zarpado al océano germano con la intención de desembarcar en la desembocadura del río Amisia y atacar en dirección sur, tal como hicieran Tulo y sus hombres el año anterior. Los soldados que estaban desfilando formarían el ejército principal de Germánico y él mismo los lideraría. La primera misión era liberar el sitio de Aliso, uno de los pocos fuertes romanos que quedaban al este del Rhenus, que había sufrido el asedio de los guerreros enemigos en los últimos días.

Varias hileras de nubes algodonosas cubrían el cielo a primera hora de la mañana de un extremo a otro, mecidas por un suave viento. Tulo se sentía

satisfecho. Parecía que las condiciones atmosféricas de los últimos días iban a repetirse: nada de lluvia. El tiempo estable y fresco haría que las veinte millas de marcha necesarias fueran menos arduas para sus cargados legionarios. No cabía la menor duda de que en meses venideros soportarían altas temperaturas y escasez de agua, así como batallas encarnizadas contra las tribus que lideraba Arminio. Si los hombres podían tener un buen comienzo, pensó Tulo, mucho mejor.

No había ni rastro de Germánico, pero no era habitual que el comandante de un ejército hiciera acto de presencia en un día como aquel. Se había dirigido a las legiones hacía cinco días para hablarles de las gloriosas victorias que conseguirían esa primavera y verano y le habían aclamado a voz en grito. Hoy no partiría hasta que la vanguardia y una buena parte de la inmensa columna hubieran iniciado la marcha. Tulo supuso que lo más probable era que Germánico estuviera disfrutando de las últimas horas en compañía de su esposa e hijos hasta el otoño.

De repente Sirona le vino a la cabeza y Tulo disimuló una sonrisa. Justo hacía dos noches sus esfuerzos denodados para conquistarla habían surtido un efecto espectacular cuando ella le pidió que se quedara en vez de regresar a sus aposentos del fuerte. Su larga espera había merecido la pena, pensó, permitiéndose sonreír. Por todos los dioses, cuánto le habría gustado volver a verla hoy, y también a Artio. Tal privilegio solo estaba al alcance de un legado; sin embargo, las obligaciones del ejército estaban por encima de todo lo demás. Además, Tulo dudaba que Sirona hubiera permitido una despedida formal. Tras pasar la noche juntos, le había hecho salir de la posada antes de que Artio se despertara y no le había dado más que unos cuantos besos a modo de despedida.

Por segunda vez en su vida —la primera había sido el año anterior, y a causa de las mismas personas—, tener que ir a la guerra causó cierto resquemor a Tulo. Quería a Artio y ahora a Sirona como si fueran de su familia: «son mi familia, maldita sea», pensó. Le costaba dejarlas, cada vez más. Incluso Patas Finas había conseguido ganarse el afecto de Tulo. En el pasado se habría echado a reír al pensar en jubilarse, en dejar las legiones en las que había pasado buena parte de su vida, pero ahora la idea de formar una familia con Sirona y Artio, así como emplear sus ahorros para montar algún

negocio, le resultaba atractiva.

Apartó toda idea de vida civil de su cabeza. «Pensaré en Sirona y Artio cada noche antes de dormirme —se dijo—, pero durante el resto del tiempo, las cosas seguirán como siempre. Mis hombres son lo primero hasta el día en que crucemos el puente de vuelta, habiendo derrotado a las tribus, con ayuda de los dioses, con Arminio muerto y el águila de mi legión recuperada.»

Tulo miró el águila de la V, que portaba el *aquilifer*. Aquel portaestandarte, fácil de identificar gracias a su tocado de piel de león y armadura con escalas, tenía la labor sagrada e importante de portar el águila. En un día como aquel, marcharía al frente de la legión, en las filas de la primera cohorte. Como la legión V había sido elegida para formar la vanguardia, el *aquilifer* llevaría al ejército entero a la guerra. Incluso Tulo, a quien había costado identificarse con la V debido al trágico destino de su vieja legión, notó que se enorgullecía al ver ahí al águila, orgullosa e imperiosa. «Está preparada para el honor de liderarnos —pensó—. Está preparada para luchar. Igual que yo y mis soldados. Al igual que todos los aquí presentes.»

Las trompetas tronaron desde los muros del fuerte y Tulo exhaló un largo suspiro. La espera había terminado. Germánico había dado la orden de que el ejército partiera. Los trompetas de la V se hicieron eco de la señal, al igual que los demás músicos de la legión. Las cohortes auxiliares llevaban a veces sus propios instrumentos tribales y los exploradores que iban a encabezar la marcha —una mezcla de escaramuzadores, soldados de caballería y de infantería ligera— también hacían lo mismo. Desde sus filas brotó un estruendo terrible —tambores, cuernos y cánticos desafinados— mientras pisaban fuerte o cabalgaban hacia el asentamiento y su puente.

—Suenan como si estuvieran matando a mil gatos a la vez —observó Basio, que cabalgaba al lado de Tulo.

Era un hombre delgado que se acercaba al final de la mediana edad con el pelo corto y canoso y una cicatriz tan marcada que le había dejado la boca torcida. Era duro, valiente y un líder excelente, por lo que gozaba del aprecio de todos, incluido Tulo.

—O quizá dos mil gatos —caviló el *primus pilus*.

—Yo diría esta última cifra, señor —opinó Tulo, haciendo una mueca de

dolor.

—De todos modos, son buenos luchadores y entre ellos no hay figuras como la de Arminio. —Basio dio la señal y la primera cohorte empezó a marchar hacia delante, siguiendo a los exploradores. Espoleó a su caballo y se situó junto a las primeras filas.

Tulo cabalgaba a la izquierda de Basio; ya se reuniría con su centuria cuando acabaran de hablar.

—Menos mal que sus mujeres y familias viven a este lado del río, señor —dijo con cinismo. Los auxiliares que sirven en esta zona solían proceder de Galia y Germania y la mayoría se asentaron cerca de los fuertes romanos situados a lo largo del Rhenus.

—Sí, eso supone una diferencia. Pocos hombres se volverán traidores si sus seres queridos duermen al lado de un fuerte romano, en la guarida del león, por así decirlo —comentó Basio—. Pero algunos auxiliares con familias en otro sitio han permanecido leales desde la emboscada de Arminio. La mayoría de los chaucios, los frisios e incluso algunos queruscos. ¿Qué opinas de ellos?

—Después de lo que pasó en el Saltus Teutoburgiensis tardé años en confiar en los auxiliares, señor. Pero fue Flavo, el hermano de Arminio, quien acabó convenciéndome.

—Flavo es un buen hombre. Leal al imperio, al igual que sus guerreros. Creo que estuviste bastante tiempo con él durante la incursión realizada para liberar a Segestes y tomar prisionera a Tumnada.

—Sí, señor. Tuvimos tiempo de hablar. Flavo me contó lo que pensaba de Arminio. Nunca ha habido amor fraternal entre ellos, son como el perro y el gato.

—Pasa en las mejores familias, peleas, desacuerdos, distanciamiento —dijo Basio, meneando la cabeza—. Los vínculos que unen a los soldados son más sólidos. Se establecen a base de sudor, lágrimas y sacrificios, son más fuertes que el acero. Así ha sido y así seguirá siendo, ¿verdad?

—Sí, señor —repuso Tulo, mirando al hombre con orgullo y no exento de amor.

—Uno es soldado de por vida. Yo espero morir con la armadura puesta.

—¿Nunca te vas a retirar, señor?

—¿Por qué iba a hacerlo? Quiero a mis hombres y a mi legión. No tengo esposa ni hijos, y los hermanos y hermanas que sigan vivos están en Italia. Hace varias décadas que no les veo. La V es mi familia desde hace años. — Basio lanzó una mirada inquisidora a Tulo—. Yo creía que tú estabas en la misma situación.

—Habrías estado en lo cierto hasta que Arminio aniquiló a la XVIII. Entonces mi vida cambió. Todavía me imagino con los arreos hasta el amargo final pero, hoy día, hay una parte de mí que querría establecerse cerca de Vetera e incluso casarme.

Basio enarcó una ceja.

—O sea que los rumores son ciertos. ¿Acaso la mujer en cuestión es la propietaria del Buey y el Arado?

—¿Es que la legión entera sabe de mis movimientos? —exclamó Tulo con frustración.

—Por lo menos todos los centuriones —repuso Basio riendo por lo bajo—. Me alegro por ti, Tulo. Sirona es una buena mujer.

—Sí que lo es, señor —dijo Tulo, satisfecho ante el comentario de Basio—. Pero antes de verla tenemos que ganar una guerra.

—Hay que matar a Arminio.

—Recuperar dos águilas.

—Si conseguimos esos objetivos, ofreceré un toro en sacrificio a Marte —afirmó Basio con vehemencia.

—Yo también, señor —juró Tulo—, y tal vez otro a Fortuna.

—Hace años que dejé de hacerle ofrendas a esa bruja caprichosa. ¿Se ha portado bien contigo?

—Una o dos veces, señor. —A pesar de su cinismo, Tulo le había rezado a Fortuna durante el baño de sangre y barro que había sido la emboscada de Arminio. Varias veces durante aquella pesadilla, Tulo había tenido suerte contra todo pronóstico, lo cual le había hecho plantearse si la diosa de la suerte le había sonreído.

Para variar, no quedaba claro si volvería a pasar.



Alguien tosió y rompió el silencio con ese ruido brusco. Tulo, que había estado atisbando hacia el este, se volvió enfurecido hacia sus soldados, escondidos como él entre los árboles a escasa distancia del camino de grava que conducía a Aliso.

—¡Silencio! —ordenó con un siseo enfadado—. El próximo imbécil que haga ruido se arrepentirá del día en que nació.

Había transcurrido un día y medio desde que el ejército saliera de Vetera y el fuerte de Aliso estaba a una milla de distancia. A su regreso, los exploradores auxiliares habían revelado que estaba siendo atacado por varios miles de hombres de las tribus. Aunque las fuerzas de Germánico superaban en número a los atacantes con creces, el general no estaba seguro de si se trataba de una trampa. Así pues, la columna se había detenido a cierta distancia en dirección oeste y se había enviado a una patrulla fuerte para valorar la situación.

A Tulo se le había asignado el mando de dos centurias de legionarios, cincuenta guerreros chaucios y tres *turmae* de caballería. Una docena de trompetas desconcertados, tomados de otras centurias con el permiso de sus oficiales, estaban mezclados entre la infantería. Habían recorrido unas tres millas bajo un cielo plomizo antes de que su advertencia —y una vasta zona de terreno abierto que tenían por delante— les hiciera apartarse del camino y esconderse entre los árboles de ambos lados.

Tulo llevaba un rato observando las piceas, hayas y los robles albares del otro extremo del terreno cenagoso y abierto.

—No veo nada —dijo en germano al explorador que iba en cabeza, un hosco guerrero chaucio de aliento fétido—. ¿Y tú?

—No veo nada. Ya te he dicho que ahí no había nadie.

La respuesta desconsiderada del guerrero molestó a Tulo, aunque ya se había acostumbrado al menosprecio de los germanos ante la autoridad.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Pasamos ayer por ahí. Entonces no había nadie, así que ahora tampoco.

—Eso no tiene ningún sentido —masculló Tulo—. Los guerreros que asedian Aliso deben de saber que el ejército de Germánico se acerca.

—Lo saben. —Sonrisa complacida—. Quieren jugar a ser valientes.

—¿Cómo?

—Hay guerreros de tres tribus distintas atacando Aliso. Cada una de ellas quiere demostrar a los demás que son los más valientes.

—¿O sea que la tribu que liquida centinelas es la cobarde?

El guerrero chaucio se echó a reír.

—Sí.

—Menuda estupidez —declaró Tulo con desprecio—. Y una forma fácil para un enemigo de acercarse sin ser visto.

El guerrero se encogió de hombros ante la opinión de Tulo.

—Así se hace en las tribus —dijo—. La valentía es más importante que todo lo demás.

—Si Arminio estuviera aquí, habría centinelas en la carretera.

—Arminio. —El guerrero carraspeó y escupió, aparte de murmurar algo.

—¿Qué dices?

El guerrero miró a Tulo de hito en hito con expresión dura.

—Arminio es demasiado parecido a un romano. Ha perdido el corazón tribal.

Aquella revelación de parte de un supuesto aliado resultó inoportuna.

—Tú sirves a Roma y obedeces las órdenes de Germánico. Luchas con nosotros.

—Sí.

—Pero sigues teniendo un corazón tribal.

—Por supuesto —afirmó el guerrero, dedicando una mirada desdeñosa a Tulo.

Derrotado por la lógica del hombre y replanteándose su lealtad, Tulo retomó asuntos más apremiantes, como la patrulla. Para llegar a Aliso, se veían obligados a cruzar un terreno abierto. Llegó a la conclusión de que, aunque el explorador se equivocara, era improbable que hubiera más de unos pocos guerreros haciendo guardia, porque su única misión sería informar a sus compañeros. Así pues, más le valía liderar a toda su patrulla hacia delante. Una vez tomada la decisión, Tulo dio la orden.

Dos terceras partes de su caballería cabalgaban delante, intercalados por exploradores chaucios. Tulo, su centuria y los trompetas marchaban a continuación —él había dejado su caballo con la columna—, seguidos de la otra centuria, que era la tercera de su cohorte y estaba al mando de un centurión afable llamado Poticio. En la retaguardia iba la *turma* final.

—Manteneos ojo avizor, hermanos —ordenó Tulo en cuanto empezaron—. Si veis algo, informadme de inmediato. Prefiero que deis una falsa alarma por un ciervo o un ave de caza antes que tener las lanzas germanas encima.

A sus hombres no se les pasó por alto la posibilidad de una emboscada dada la proximidad de Aliso. Se hizo un silencio incómodo mientras cubrían el cuarto de milla de terreno pantanoso, salpicado de brezo, árbol de chaguas y cuerno de cabra. Los juncos se mecían con el viento. Una grulla solitaria posada junto a un charco turbio observaba con sus ojos negros a los caballos y los soldados al pasar. Las nubes, gris oscuro y pesadas, parecían presionar desde arriba. Empezó a caer una lluvia repiqueteante y Tulo se desanimó a su pesar.

La escena guardaba un gran parecido con la emboscada de Arminio y con las batallas que habían librado contra los guerreros de las tribus el año anterior. «Mera coincidencia —se dijo Tulo—. No es más que pura coincidencia. A lo largo de trescientas millas el terreno está compuesto de barro, ciénagas y agua. Cuando llueve, que es lo que pasa casi todo el año, una parte de esta tierra baldía dejada de la mano de los dioses es igual que cualquier otro lugar. El explorador dijo que no había centinelas y no los habrá.» Tulo consiguió aplacar su desasosiego aunque le pareció que tardaba una eternidad en llegar a los árboles. A cada paso que daba esperaba el silbido de ráfagas de lanzas o el temible *barritus* entonado con entusiasmo.

Sus sospechas fueron infundadas. No ocurrió nada aparte del parloteo de

un mirlo ofendido. Tulo envió a los guerreros chaucios a buscar señales del enemigo. Mantuvo al resto de la patrulla en el camino, esperando el regreso de aquellos.

Durante esos momentos de tensión Tulo aprovechó para caminar entre sus hombres y darles consejos.

—No hay nada peor que el cordón desatado de una sandalia cuando uno está en el fragor de la batalla —dijo por enésima vez en su carrera—. Cordones, cinturón, barboquejo, correas de la armadura, comprobadlos todos o hacédselo a vuestro compañero. Aflojad la espada en la vaina. Aseguraos de que la malla está bien prieta. Si tenéis ganas de mear, mead ahora.

Como de costumbre, la última orden convenció a varios soldados a vaciar la vejiga, lo cual dio lugar a las bromas e insultos habituales. Tulo los observó con cierta diversión. Tales comentarios ingeniosos eran buenos para la moral y ayudaban a que los hombres no pensaran en la batalla que pronto librarían.

Los exploradores chaucios llegaron al trote poco después.

—No hay guerreros en las proximidades —anunció el guerrero de aliento fétido con voz prepotente—. ¿Ahora qué?

—Nos dirigimos a Aliso por entre los árboles —explicó Tulo—. ¿Qué lado del camino está más protegido?

Consultó a sus compañeros antes de responder:

—El izquierdo.

—Entonces iremos por ahí. Desmontad y seguidnos —ordenó Tulo a la caballería—. Esperadnos en el primer claro. —Mientras ordenaba a Poticio que siguiera los pasos de sus soldados, asintió hacia el guerrero y dijo—: Llevadnos al fuerte.

Emprendieron con cuidado aquella caminata angustiosa de unos tres cuartos de milla, pero era imposible que doscientos hombres cruzaran un bosque sin hacer ningún ruido. Las ramas crujían cuando los hombres las pisaban y se oían juramentos cuando se golpeaban la espinilla con los troncos caídos. De vez en cuando, las jabalinas chocaban contra los bordes de los escudos. El hombre de la tos resopló una o dos veces. A Tulo, que iba al frente con los guerreros chaucios, le ponía nervioso el ruido que hacían. A intervalos regulares, paraba a toda la patrulla para ver si escuchaba a los

guerreros dando la voz de alarma o correteando al huir a su campamento.

No oyó nada y por tanto fueron acercándose hasta que identificaron los sonidos procedentes de Aliso. Se oían conversaciones a gritos, que desde esa distancia era imposible de saber si eran entre romanos o germanos. Caballos que relinchaban, hombres que cantaban. No había ningún indicio de batalla, lo cual dio que pensar a Tulo. Según los exploradores, el fuerte no daba muestras de correr peligro. Los atacantes quizás estuvieran organizando un asalto, pero a Tulo le pareció más probable que los guerreros estuvieran dedicándose a sus menesteres diarios en su campamento. Eso aumentaba el riesgo de que descubrieran a su patrulla, pues los guerreros irían al bosque a vaciar los intestinos, a cazar o incluso a yacer con sus mujeres.

Era como si Fortuna, que estaba de un humor de perros, hubiera escuchado los pensamientos de Tulo y se carcajeara. Al cabo de menos de diez segundos, media docena de guerreros aparecieron tranquilamente por entre los árboles delante de Tulo. Llevaban lanzas pero no escudos, y resultaba obvio que iban en busca de algo para comer. Sus bromas relajadas se acallaron de forma abrupta y adoptaron una expresión de absoluta sorpresa.

—¡Escudos preparados, todos los hombres! Las primeras tres filas, moveos a mi izquierda. Las filas cuarta, quinta y sexta, a mi derecha. El resto formad detrás de mí por turnos. ¡YA! —Tulo dio varios pasos hacia el enemigo—. ¿Estáis preparados para morir, hijos de puta? —bramó en germano. Los chaucios empezaron a insultar a los exploradores en su lengua.

Los guerreros, asustados, que eran usipetos dado el estampado que lucían en los pantalones, se dieron media vuelta para huir. Solo uno tuvo la serenidad suficiente para lanzarle una jabalina a Tulo haciendo un globo. Fue un buen lanzamiento que le atravesó el centro del escudo y le sobresalió dos dedos por el otro lado. Tulo soltó un juramento y lanzó el objeto inútil a los guerreros y ordenó que le entregaran uno desde atrás. En ese intervalo de tiempo, los guerreros se dispersaron y huyeron. Las lanzas de los chaucios zumbaron tras ellos.

—Nos vamos, volvamos al ejército —dijo el guerrero de mal aliento, señalando con la cabeza por donde habían venido—. Demasiados guerreros contra los que enfrentarnos.

—¿Crees que nos perseguirán? —preguntó Tulo, imaginando una repetición de los horrores que había soportado junto con los soldados durante la emboscada de Arminio.

Volvió a encogerse de hombros.

—Vete a saber. Si nos vamos ahora, más posibilidades de librarnos de ellos.

Tulo estaba convencido de que la aparente indiferencia del guerrero no era más que una forma de disimular el miedo.

—No han apostado centinelas —dijo Tulo al recordar el terror en el rostro de los miembros de la partida de caza—. A ojos de esos guerreros, podríamos ser la vanguardia del puto ejército de Germánico al completo.

Ordenó a sus hombres que le siguieran y se dirigió furtivamente hacia el fuerte.

Los exploradores chaucios obedecieron a regañadientes.

Tulo llegó enseguida a la línea de los árboles. La escena con la que se encontró podría haber sido obra de una Fortuna radiante y bien intencionada. Los guerreros que se habían encontrado con la patrulla habían huido despavoridos. El fuerte se alzaba con fuerza y solidez a varios cientos de pasos de distancia. Tulo incluso vio a los centinelas recorriendo las murallas. Habían construido terraplenes para rodearlo pero estaban incompletos y eran de calidad variable.

Más cerca de los árboles había una amalgama de tiendas en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. Las hogueras despedían columnas de humo. Los guerreros holgazaneaban en grupos reducidos, afilando la hoja de la lanza, cocinando o charlando con los amigos. Un buen número de sus compañeros contemplaban luchas o combates de mentira. Los caballos pastaban en las zonas verdes y también había varias ovejas.

No había ni rastro de los centinelas, por ningún sitio. El contraste con un campamento romano cerca de una posición enemiga era brutal. Lo único que faltaba, pensó Tulo desconcertado, eran mujeres y niños. Al cabo de un par de segundos vio a varias mujeres lavando ropa en baldes de madera. Unos niños gateaban a sus pies.

Volvió a lanzar una mirada a la partida de caza, que seguía corriendo y gritando. Algunas cabezas se giraron pero nadie se había dado cuenta de lo

que los guerreros habían visto. Tulo intuyó que tenía una oportunidad inmejorable. Sin duda era arriesgada, pero estaba dispuesto a aprovecharla. Los guerreros germanos eran tan valientes como cualesquiera otros enemigos con los que se había cruzado, pero también eran tan veleidosos como el ganado sorprendido por una tormenta. Corrió de vuelta a su patrulla.

—¡Poticio! —bramó Tulo—. Envía a dos hombres a buscar a la caballería. Cuando lleguen, que ataquen a izquierda y derecha de nuestras posiciones. Diles que esperen a que los trompetas toquen la retirada.

—Ir a buscar a la caballería. Atacar a izquierda y derecha. Esperar a los trompetas. Sí, señor —repuso Poticio—. ¿Qué tenemos que hacer nosotros?

—¡A la carga! —gritó Tulo—. Los germanos están en grupos de seis y siete, y los imbéciles que nos vieron no tienen forma de saber que no somos más que una patrulla. Podríamos ser el ejército de Germánico, dispuesto a aniquilarlos. ¡SOMOS el ejército de Germánico! —Al ver lo sorprendidos que se quedaban sus hombres, Tulo se explicó caminando a un lado y a otro delante de ellos—. ¡Atacad ahora su campamento y les entrará el pánico! ¡Estoy convencido!

A Piso se le iluminó el semblante.

—¡Por eso trajiste a los trompetas, señor!

—Sí, Piso, por eso —reconoció Tulo con una sonrisa maliciosa. Cuando él y un grupo variopinto de soldados habían huido de Aliso tras la matanza del ejército de Varo, los guerreros que les seguían habían desistido asustados por una artimaña parecida a la que ahora planeaba Tulo—. Si tocan el avance con suficiente vigor, esos bárbaros estarán convencidos de la llegada de las ocho legiones de Germánico. ¡Trompetas, venid aquí! Poticio, coloca a tus hombres al lado de mi centuria. ¡Rápido!

Mientras aguardaba a los soldados de Poticio, Tulo hizo que los sonrientes trompetas se prepararan.

—Avanzaréis conmigo hasta la línea de los árboles. Entonces quiero que toquéis la carga, lo más fuerte posible. ¿Entendido?

—¿Durante cuánto rato, señor? —preguntó uno de ellos.

—Hasta que os diga que paréis. Quiero que todos los guerreros del campamento se caguen en los bombachos. ¿Os veis capaces de conseguirlo?

—Sí, señor —respondieron con brillo en los ojos.

Tulo les dedicó un asentimiento de satisfacción. Poticio también estaba preparado.

—Seguidnos al lado de nuestra columna —ordenó Tulo. Haciendo una seña a sus hombres y a los trompetas, se encaminó al fuerte con paso decidido. «Que se mantenga tu buen humor, Fortuna —pidió—. No te arrepentirás.»

Al llegar al extremo de los árboles, Tulo sonrió. Los guerreros de la partida de caza habían alcanzado el campamento y gritaban y gesticulaban de forma exagerada en dirección a los romanos, pero no habían conseguido propagar la noticia demasiado lejos. Los hombres de las tribus que estaban más cerca seguían cocinando y charlando entre sí junto a las hogueras. Su plan todavía podía funcionar. Se volvió hacia los trompetas.

—Tocad como si os fuera la vida en ello.

Tan-tara-tara. Tan-tara-tara. Las notas sonaron agudas y nítidas. Sonaron una y otra vez y Tulo observó el campamento enemigo con el alma en vilo. Grupos de rostros sorprendidos y temerosos observaban la línea de los árboles. Los desventurados guerreros que le habían visto a él y a sus hombres redoblaron sus esfuerzos para advertir a sus compañeros.

Tan-tara-tara. Tan-tara-tara.

A la décima, Tulo notó que la tierra temblaba. Su caballería se acercaba. «En el momento perfecto», pensó.

—Adelante —ordenó—. Poticio, colócate a mi izquierda. Despliega a tus hombres en fila de uno, queremos que el enemigo piense que somos miles. Avanzaremos al paso. Trompetas, seguid tocando.

Tan-tara-tara. Tan-tara-tara. Tan-tara-tara. Tan-tara-tara.

Aparecieron en terreno abierto y se encontraron con un caos absoluto. Se oían gritos —de miedo y de ira— por todas partes. No había ni un solo guerrero preparado para plantarles cara. Lo único que Tulo veía eran hombres y mujeres corriendo hacia el este. Dejaban atrás sus tiendas y pertenencias y corrían como alma que lleva el diablo. Los que tenían caballos se montaban en ellos como podían y se unían a la desbandada. Incluso las ovejas empezaron a apartarse del bosque.

—¡ADELANTE! —gritó Tulo—. ¡POR ROMA!

—¡POR ROMA! —gritaron sus hombres y los de Poticio.

Habían avanzado unos cincuenta pasos cuando la caballería de Tulo emergió por entre los árboles. Profiriendo sus gritos de guerra, se dispersaron para formar una pequeña ala a ambos lados de sus tropas. Desde el campamento tribal se oyeron más gritos de consternación y Tulo sonrió, anticipando la victoria. Sus soldados de infantería y caballería combinados suponían un temible peligro ante una fuerza desorganizada y, como esperaban la llegada del ejército de Germánico ese mismo día, era imposible que los hombres de las tribus supieran lo vulnerables que eran.

En cincuenta segundos se dio cuenta de que su táctica había funcionado. Todos los guerreros huían hacia el este o el sur. En cuanto los portones del fuerte se abrieron para vomitar a una fuerza considerable de legionarios y varias *turmae* de caballería, toda posibilidad de que los guerreros se repusieran se esfumó. Advertido de lo que estaba ocurriendo y pensando quizá que las legiones habían llegado, el comandante de Aliso ofrecía su apoyo. Tulo se alegró y sus hombres empezaron a entonar gritos de ánimo.

Se habían ganado el derecho a gritar, pero no se hacía falsas ilusiones. La victoria no había sido más que una estratagema afortunada, ingeniosa, cierto, pero estratagema al fin y al cabo. En circunstancias normales, los hombres de las tribus eran luchadores temibles que no se amilanaban ante nadie. Volverían con miles de sus compañeros, en el momento y lugar que quisieran. Entonces morirían legionarios, de eso no cabía la menor duda.

Si Germánico no se andaba con cuidado, Arminio repetiría su terrible emboscada una segunda vez.

Era una mañana húmeda y bochornosa de primavera. El día anterior y por la noche había llovido con fuerza en el campamento tribal. Los caminos se habían convertido en un lodazal y era casi imposible encender una hoguera. Poco a poco el cielo se iba despejando pero todavía caían gotas de agua de los árboles empapados y algunas encontraban una vía de paso directa por la nuca de Arminio. Caminaba fatigosamente por entre las tiendas de sus guerreros, haciendo todo lo posible por levantarles el ánimo.

Él también estaba mojado, cansado después de una mala noche y hambriento. Era difícil no estar de mal humor, por no hablar de los asuntos apremiantes que ocupaban sus pensamientos. La campaña de ese año no había empezado hacía tanto, el ejército de Germánico había cruzado el Rhenus hacía menos de un mes y, hasta el momento, los romanos se habían salido con la suya. Los usipetos que asediaban el fuerte de Aliso nunca habrían podido resistir una arremetida de las legiones de Germánico, pero que les pillaran con la polla en la mano como un borracho que mea en el huerto del vecino había sido una estupidez. Los usipetos tenían que haber sabido que el enemigo estaba cerca y haberse retirado a tiempo a los bosques circundantes, desde donde podrían haber lanzado escaramuzas contra los invasores. En cambio, habían huido precipitadamente para reunirse con sus guerreros. Arminio supuso que el hecho de no haber sufrido prácticamente bajas resultaba un pequeño consuelo.

Los usipetos no eran los únicos desventurados. La tribu de los angrivarios, desobedeciendo las órdenes de Arminio de unirse a su ejército en secreto para

que los romanos no se enteraran, se había alzado en rebelión hacía unos diez días. Germánico había reaccionado rápidamente enviando a una fuerza de la caballería y escaramuzadores al territorio de los angrivarios. Desde entonces habían recibido pocas noticias. Aunque los romanos no llevaban ventaja en el enfrentamiento, lo cual era menos probable de lo que deseaba Arminio, la tribu estaría empantanada durante algún tiempo y, por consiguiente, no podría sumarse a sus hombres.

—¡Hola, Osbert!

Arminio se detuvo junto a la tienda de uno de sus mejores guerreros. Osbert, un hombre corpulento, de pecho anchísimo y amigo de la pelea y la bebida, parecía haberse excedido con esta última. Tenía los ojos inyectados en sangre y la barba poblada con restos de comida, quizás incluso vómito.

—¿Hubo juerga anoche? —preguntó Arminio.

—Sí —masculló Osbert con un gesto de arrepentimiento—. Ya había empezado a amanecer cuando nos retiramos.

Los compañeros de tienda de Osbert, tres de sus amigos, no estaban en mejores condiciones. Arminio los dejó con un suspiro de resignación. Muchos otros estaban en un estado similar mientras recorría el desorden que reinaba en la sección del campamento que ocupaba su tribu. Habría preferido que sus soldados no se librasen a tales excesos, pero no iba a ganar nada llamándoles la atención. Tal como Gerulf siempre había señalado, Arminio no era su amo. A decir verdad, era difícil culpar a sus hombres por su comportamiento.

El ejército romano estaba a más de treinta millas a vuelo de pájaro y a cincuenta al paso del guerrero. La batalla no se libraría ni hoy ni mañana, aunque Arminio decidiera luchar. Mientras él y Germánico jugaran al ratón y al gato, tal como llevaban haciendo desde hacía varios días, los hombres que no estaban explorando o asediando al enemigo —la gran mayoría de las fuerzas de Arminio— tenían que estar de brazos cruzados. Si no llovía, podían cazar, hacer instrucción y practicar las distintas tácticas de batalla que Arminio y Maelo les habían enseñado. Sin embargo, si llovía había poco que hacer aparte de acurrucarse en las tiendas, jugar y beber.

—¡Arminio! ¿Dónde está Arminio? —La voz pertenecía a un guerrero que había llegado corriendo desde las tiendas de los marsos, situadas a escasa

distancia de allí.

—Estoy aquí —repuso Arminio, alzando una mano. Esperó a que el guerrero se acercara con la esperanza de que tal apremio no significara que Germánico había atacado por sorpresa—. Saludos —dijo cuando el guerrero, un hombre delgado con un bigote fino, le alcanzó—. ¿Traes noticias?

—Una de nuestras patrullas ha regresado. Chocaron contra el enemigo anteayer por la tarde, cuando oscurecía. La lucha fue bien y tomaron varios prisioneros, sobre todo auxiliares catos, pero hay un oficial romano.

—Son buenas noticias. —Arminio notó que se animaba.

—Malovendo ha dicho que seguro que querías estar presente cuando se les interrogue —añadió el guerrero.

—Malovendo tiene razón. Llévame con él. —Acribilló al mensajero a preguntas mientras caminaban, pero fue en vano dado que los prisioneros acababan de llegar. Aun así, la emoción de Arminio aumentaba a cada paso. No se sabía a ciencia cierta si se enteraría de algo valioso, pero, gracias a la amarga determinación de los romanos de defender a sus compañeros, los prisioneros escaseaban.

Cuando llegaron a la zona del campamento que ocupaban los marsos, espionaron a un grupo de guerreros que formaban un círculo. Todos estiraban el cuello. Los hombres estaban de puntillas y se apoyaban en sus compañeros para ver. Las protestas se acallaron cuando vieron que Arminio era quien deseaba abrirse paso entre ellos. Se situó en el centro y se encontró con Malovendo y a una docena de guerreros de aspecto cansado que rodeaban a los prisioneros atados, arrodillados junto a una gran hoguera que crepitaba. Eran ocho, todos hombres de las tribus menos uno. No llevaba casco pero vestía una cota de malla y el típico cinturón metálico romano. Arminio, un tanto decepcionado, pensó que la falta de *phalerae* o torques reducía la posibilidad de que fuera centurión.

—¡Has llegado antes que un cuervo a un cadáver! —bramó Malovendo.

—Gracias por mandarme avisar —dijo Arminio, asintiendo a modo de reconocimiento hacia el guerrero que le había guiado—. ¿Habéis averiguado algo?

—Los hemos ablandado un poco pero todavía no me he molestado en hacerles preguntas. —La sonrisa de Malovendo era todo dientes.

Arminio se acercó airado a los prisioneros.

—¿Estos hombres son catos?

—Sí —repuso Malovendo.

—Los guerreros catos ayudaron a secuestrar a mi esposa. Los guerreros catos me privaron de volver a ver a mi hijo. Me pregunto si alguno de vosotros, hijos de puta, estuvo en mi asentamiento aquel día —dijo Arminio crispado, recorriendo con su dura mirada a todos y cada uno de los siete hombres. En el centro de la fila, los ojos de un hombre delgado parpadearon involuntariamente hacia la derecha. Arminio captó el movimiento a la velocidad del rayo—. Donar ha respondido a mis plegarias —exclamó, señalando con el dedo los rostros de los tres guerreros que el hombre quizás había mirado—. Uno o más de uno de vosotros estuvo allí, o tu amigo piensa que así fue. —Miró al prisionero delgado—. ¿Quién fue?

—No sé de qué estás hablando —protestó el delgado.

—Respuesta equivocada —repuso Arminio. Le dio una patada en el plexo solar. Cayó de bruces al suelo y se quedó ahí tendido gimiendo.

Arminio tomó aire y dejó a un lado su ira y sus ganas de empezar a torturar a los tres guerreros. Su deseo de venganza de quienes habían secuestrado a Tuscelda carecía de importancia en ese momento. Resultaba vital descubrir algo acerca de los planes de Germánico. Se acercó al romano y Arminio se fijó en que Malovendo le observaba atentamente y supo que había tomado la decisión acertada. Había que guardar las apariencias y su venganza podía esperar.

—Nombre, rango, cohorte, legión —bramó en latín al oficial, un joven de facciones finas y nariz larga y recta.

—Hablas nuestro idioma —dijo el oficial. Hizo una mueca de sorpresa. Acto seguido, cayó en la cuenta y le entró miedo—. Eres Arminio —masculló.

—Qué observador —repuso Arminio con sequedad—. Nombre, rango, cohorte, legión.

—Cneo Alio Galo, *optio*, tercera centuria, novena cohorte, legión XXI.

Arminio notó la decepción en la garganta, empalagosa y amarga. Un oficial joven de una cohorte de bajo rango sabría bien poco de las intenciones de Germánico, y mucho menos de Tuscelda, que estaba en la lejana Italia.

Arminio le observó con expresión resentida. ¿Acaso Galo mentía sobre su rango?

Galo rondaba los veinticinco años y, por consiguiente, era joven para ser centurión. Tenía la armadura oxidada en algunos puntos, lo cual no era extraño cuando un ejército estaba sobre el terreno pero también era algo que Arminio imaginaba que los centuriones de las cohortes más veteranas no tolerarían. Arminio llegó a la conclusión de que si Galo servía en una cohorte de mayor rango, era un mal ejemplo, y que por tanto decía la verdad. Había pocas posibilidades de obtener información útil de él y tampoco podía evitar que el pobre imbécil fuera torturado y asesinado, ni tampoco quería.

Pensó que lo que tenía que hacer era preguntar.

—¿Qué planes tiene Germánico?

—Me vais a matar diga lo que diga. —Galo habló con resignación.

—Estaré ocupado con los guerreros —le confió Arminio—. Pero mis amigos te matarán, sí. Será una muerte lenta y dolorosa, diría yo.

Dio la impresión de que a Galo le entraban ganas de vomitar.

—Si te digo lo que sé, ¿podéis darme un final rápido?

—Sí —afirmó Arminio.

Galo se lo quedó mirando intentando calibrar si Arminio mentía o no. Al cabo de un momento se encogió de hombros.

—Se rumorea que el ejército va hacia el *tropaeum* que erigió Druso, el padre de Germánico.

—¿*Tropaeum*? —Arminio no recordaba el significado de esa palabra.

—Es una especie de altar, hecho con cascos, escudos, lanzas, armaduras y tal. El *tropaeum* de Druso se construyó con el botín obtenido de los marcomanos. Desconozco su ubicación exacta, pero está al norte o el noreste. Marca el punto más alejado en el que se ha internado un ejército romano en territorio germano —añadió Galo con un atisbo de orgullo.

—Ah, eso. Ya sé dónde es —reconoció Arminio, recuperando el buen humor. Lanzó una mirada a Malovendo, que no hablaba ni pizca de latín—. Parece que Germánico va a marchar al altar que su padre construyó hace más de veinte años. ¿Conoces el que está en la orilla oeste del río Albis, en el territorio de los dolgubnos?

—Sí, está en medio de ninguna parte y los lugareños lo destrozaron hace

varios años. —Malovendo meneó la cabeza con descrédito—. ¿Qué utilidad tiene para la campaña visitar un montón de metal oxidado?

—Tal vez desee alcanzar la misma gloria que su padre. Pedir ahí la bendición de los dioses sería un gesto poderoso —sugirió Arminio.

—Independientemente del motivo, recorrerá con las misiones casi cien millas en dirección este. Por ello habrá más tribus que querrán unirse a nosotros, por lo menos los dolgubnos, porque no les hará ninguna gracia que invadan sus tierras. Apuesto a que los semnonios también se pondrán nerviosos y tendremos ocasiones de enfrentarnos a los romanos. Estaría bien que consiguiéramos que Germánico se acercara a uno de los ríos, como el Alara o el Amisia, y que situáramos nuestras fuerzas en una orilla mientras su ejército está en la otra.

—¿Te refieres a que atacáramos a sus soldados mientras cruzan? —Malovendo esbozó una breve sonrisa—. Germánico no tiene un pelo de tonto. Se dará cuenta de nuestro ardid.

Arminio hizo un gesto despreciativo.

—De un modo u otro, mantendremos a ese cerdo a raya. Cuando eso ocurra, abrumaremos a sus soldados como hicimos en el pasado. —Rodeó un puño con los dedos de la otra mano—. No habrá escapatoria.

—Me gusta cómo suena eso —reconoció Malovendo con expresión lasciva—. ¿Deseas seguir interrogando al romano?

—No veo la necesidad, es un soldado raso.

—Te interesa más interrogar a estos —sugirió Malovendo, señalando a los tres guerreros que Arminio había apartado.

—Sí. ¿Me lo permites?

—Haz con ellos lo que quieras. Si formaron parte del grupo de ataque que se llevó a mi esposa, yo... pues... —Malovendo adoptó una expresión asesina—. Mis hombres se contentarán con los otros y con el romano.

—Excelente. —Arminio sacó el puñal mientras se alejaba de Galo. El trío de guerreros se amedrentó; uno empezó a suplicar clemencia antes incluso de que Arminio le alcanzara. Arminio no articuló palabra. Con expresión adusta, agarró al suplicante por la cabeza con una mano y lo acercó. Cuando Arminio le clavó el puñal y le cortó el cuello al guerrero, este profirió gritos balbucientes mientras intentaba zafarse. Salió un breve chorro de sangre, un

sonido de dolor más profundo y el globo ocular del suplicante cayó al suelo delante de él. Sus dos compañeros contemplaban la escena horrorizados.

—Esto no ha hecho más que empezar —dijo Arminio en un tono agradable, sujetando todavía con fuerza a la víctima, que gimoteaba—. Ahora, contadme. ¿Alguno de vosotros participó en la incursión en la que mi esposa Tuseda fue tomada prisionera y el gusano de Segestes, su padre, liberado?

Los dos hombres lo miraban boquiabiertos y Arminio posó el extremo del puñal justo debajo del otro ojo de la víctima.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Arminio! —exclamó Galo, interrumpiéndole.

Giró la cabeza. Galo estaba inmovilizado pues un guerrero le sujetaba cada una de las extremidades. Un quinto tiraba de la ropa interior de Galo y colocaba el cuchillo en un punto que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones. Arminio hizo una mueca desdeñosa.

—¿Qué?

—¡Dijiste que tendría una muerte rápida! —La voz de Galo destilaba terror absoluto.

—Mentí —gruñó Arminio, dándole la espalda.

—¡Nooooo! —gimió Galo. Su protesta se convirtió en un grito agudo en cuanto el guerrero se puso manos a la obra con el cuchillo.

Arminio no sentía compasión alguna. Galo merecía una muerte agónica, al igual que todos los romanos que cruzaban el Rhenus a base de fuego y espada. Germánico y sus legiones, que trataban a las tribus con tanta brutalidad, recibirían su merecido, con mano dura.

Antes de ese momento, Arminio tenía la oportunidad de vengarse con algunos de quienes le habían robado la esposa. Nunca había imaginado que se encontraría en tal situación. La saborearía. La prolongaría. La disfrutaría.

Unas nubes bajas cubrían el paisaje y caía una llovizna intermitente, como de costumbre. Unos enjambres de pequeñas moscas poblaban el aire húmedo y picaban en cualquier trozo de piel que quedara al descubierto. Piso y sus compañeros iban caminando a paso pesado detrás de la primera cohorte de la V. A Piso le dolían los pies, sobre todo el izquierdo. Estaba convencido de que se le había formado una o quizá dos ampollas en la eminencia metatársica. Otra más que añadir a las muchas que ya tenía, pensó Piso con sombría resignación. Le costaba salir de la seguridad de las filas para inspeccionársela. Mejor soportar el dolor y mirarla más tarde, en el campamento.

No sabía a ciencia cierta qué lamentar más: las ampollas, viejas y nuevas; el dolor que sentía en espalda y hombros, o las numerosas zonas de piel que tenía en carne viva por culpa del roce de la nueva armadura. En comparación, la infinidad de picadas de insecto y la ropa húmeda que llevaba le parecían males menores. Los compañeros de Piso estaban en la misma situación, más o menos, lo cual suponía cierto consuelo. Eso significaba que lo mejor era no decir nada. Cualquiera que se quejara era silenciado con un grito y se convertía en blanco de las bromas de sus compañeros hasta que se fijaban en otra cosa, lo cual, por lo que él sabía, tardaba en pasar.

Hoy la V estaba en el centro de una columna que ocupaba varias millas de largo, un lugar más seguro que la vanguardia, lo cual era de agradecer. La unidad que encabezaba el ejército sufría ataques frecuentes y despiadados del enemigo. Aunque un hombre no resultara herido ni muerto en los breves pero

brutales enfrentamientos, le extenuaban. Ojalá el maldito enemigo luchara, pensó Piso por enésima vez. Pero Arminio era demasiado astuto para hacer tal cosa, demasiado zorro. Según Tulo, no habría batalla hasta que él estuviera listo, hasta que sus guerreros hubieran minado todavía más la confianza de los legionarios.

Piso no lo decía en voz alta por superstición, pero su situación se asemejaba peligrosamente a la emboscada que sufrieron las legiones de Varo y los ataques al ejército de Cecina el año anterior. Estos últimos habían fracasado, pero los primeros habían tenido como consecuencia una de los peores derrotas que los romanos habían sufrido a lo largo de generaciones. No se habían perdido tantas legiones desde las desastrosas campañas de Craso primero y Marco Antonio después en Partia, tal como solía decir Metilio entre gruñidos. A Piso le gustaba el juego pero la situación actual no daba para muchas apuestas de dinero y mucho menos para jugarse la vida en ello. No es que él o sus amigos tuvieran posibilidad de elegir, caviló. Germánico había tomado una decisión y su ejército debía acatarla.

Las legiones marchaban hacia el norte o quizás un poco al noreste con el objetivo de llegar a un monumento olvidado hacía tiempo del que Piso nunca había oído hablar.

—Dime otra vez a dónde demonios nos dirigimos —pidió.

Tulo le oyó, como de costumbre. Apareció en el lado izquierdo de Piso a una velocidad desconcertante y le siguió el paso.

—Al *tropaeum* de Druso. Un monumento erigido tras su magnífica victoria contra los marcomanos. Se produjo hace veinticinco años. Por aquel entonces tú todavía gateabas por el suelo, supongo. —Lanzó una mirada penetrante a Piso.

—Tenía dos años, señor —masculló Piso, que odió los sonidos de bebé que sus compañeros emitieron entonces.

—En tal caso, tu madre todavía te limpiaba los mocos de la nariz y la mierda del culo, mientras que yo estaba ahí, con Druso —reveló Tulo—. Entonces yo era *optio* y Fenestela legionario raso. Nos enfrentamos a los marcomanos varias veces. Muchos de nuestros hermanos murieron, que los dioses los tengan en su gloria, pero a los guerreros de las tribus les machacamos. Está claro que el *tropaeum* es antiguo, incluso es posible que

esos bárbaros hayan destruido la estructura hace años, pero sigue siendo un monumento sagrado. Si Germánico quiere que lo encontremos y le restituyamos la gloria perdida, entonces lo haremos. Con una sonrisa en el rostro, ¿entendido?

—Sí, señor —dijo Piso, deseando haberse quedado callado—. Me alegro de marchar hacia ahí.

—¡Así me gusta! —declaró Tulo. Se marchó con un atisbo de sonrisa, que para cualquier otro habría sido una mueca.

Piso volvió a ser el blanco de bromas e insultos. Como estaba acostumbrado, los encajó como buenamente pudo y replicó.

—Como si vosotros quisierais ir a por el monumento —gruñó en cuanto Tulo ya no podía oírle.

Metilio soltó una risilla burlona.

—Por supuesto que no, pero no nos han pillado quejándonos de ello.

—Y a ti sí. —Dulcio constató lo obvio, como de costumbre.

Piso todavía no había terminado.

—Con un poco de suerte, como mucho encontraremos un montón de lanzas oxidadas y escudos podridos.

—Mejor eso que no tener ningún objetivo —dijo Metilio—. Y quizá Germánico encuentre un lugar donde entablar batalla con Arminio por el camino.

Piso llegó a la conclusión de que Metilio estaba en lo cierto. Cuando se internaran en territorio enemigo, a medida que fueran consumiendo provisiones, necesitarían un objetivo. En ausencia del enemigo, el *tropaeum* de Druso serviría.

Al caer la tarde Piso y sus compañeros se sentaron alrededor de la hoguera con una manta sobre los hombros y los pies descalzos bien cerca de las brasas. Aunque había llegado la primavera, las noches seguían siendo frías y húmedas. Con la barriga llena de pan ácimo horneado al fuego y el cuarto de cordero asado que Metilio había conseguido «liberar», según sus palabras, lo cual significaba que había hurtado la carne a algunos desgraciados de otra cohorte, se iban pasando un odre de vino propiedad de

Piso.

—Un trago cada vez, cabrón —le gritó Piso a Dulcio, que chupaba del odre como un bebé al pecho—. Como el vino es mío, las reglas las pongo yo. ¡Dámelo!

Dulcio hizo ademán de pasarlo a regañadientes.

—Me toca —rugió Piso, dando una palmada a Metilio en los dedos cuando quiso coger el odre. Dio un trago largo e hizo un esfuerzo para ignorar el sabor avinagrado antes de pasárselo a Metilio con una expresión de advertencia—. ¡Un trago!

Metilio hizo una mueca después de beber.

—No es una cosecha cara, ¿eh?

—Si no te gusta, no bebas —replicó Piso, recuperando el odre—. Tráete el tuyo.

—El suyo está ahí mismo —dijo Dulcio, señalando.

—Ya veis que se bebe mi vino en vez del suyo —se quejó Piso.

—Es porque él compra unos orines incluso más baratos que los tuyos — declaró Rufo, uno de los soldados de su *contubernium*, con aire triunfante.

Los hombres soltaron unas risotadas y Metilio frunció el ceño.

—¿O sea que no queréis beber? Perfecto.

—No hemos dicho eso —puntualizó Piso, pasando la mano detrás de Metilio y arrebatándole el odre de vino. Haciendo caso omiso de las protestas de Metilio, dio un buen trago antes de pasárselo al hombre que tenía al otro lado—. Ya lo recuperarás cuando esté vacío —le dijo Piso a Metilio.

—Cabrones. —Como sabía que no era buena idea intentar recuperar su odre, Metilio puso objeciones en voz bien alta cada vez que un hombre bebía su vino pasándolo alrededor de la hoguera. Nadie le hizo el más mínimo caso pues a todos les había ocurrido lo mismo infinidad de veces, ya fuera con un trozo de queso, un corte de carne o un odre de vino avinagrado y barato.

—Me alegro de veros a todos de tan buen humor. —La voz de Tulo resonó por entre las sombras, con la armadura puesta y la *vitis* en mano. Les hizo una seña para que volvieran a sentarse cuando todos se hubieron incorporado de un salto para saludar—. Descansad, hermanos.

Los seis se tranquilizaron, contentos de ver a su centurión, pero un tanto incómodos, un poco cohibidos ante su presencia.

—¿No vais a ofrecerme nada para beber? —preguntó Tulo con la mirada clavada en los odres.

—Por supuesto, señor. Disculpa, señor —balbució Dulcio, levantándose y pasándole el odre de Piso—. Aquí tienes.

Se acercó el pitorro a los labios y alzó el odre. Lo bajó enseguida.

—Qué malo —dijo, haciendo una mueca—. ¿Esto es todo lo que puedes costearte, Dulcio?

—No es mío, señor. Es de Piso.

—Y yo que te tomaba por un hombre de buen gusto, Piso —dijo Tulo, taponando el odre y lanzándoselo—. ¿Le has comprado esta bazofia a Verrucoso? —Se refería al dueño de la taberna más sucia y desastrada de Vetera.

—No, señor. Es un vino joven, eso es todo, señor —dijo Piso con un guiño—. Prueba el vino de Metilio, es todavía peor.

Todos se quedaron mirando, Metilio con cierto temor, mientras Tulo echaba un trago del segundo odre. Hizo una mueca.

—Por las pelotas sudadas de Baco, Metilio, ¡está asqueroso!

—Lo has engullido, señor —replicó Metilio mientras sus compañeros se carcajaban a gusto—. No puede ser tan malo.

—Hay que ser imbécil para escupir vino gratis cuando se está lejos de una taberna —repuso Tulo, echando otro trago. Recorrió la hoguera con la mirada, calibrando la situación—. ¿Habéis cenado bien?

—Sí, señor —dijeron Piso y sus compañeros con un retumbo. No dijeron nada del cordero porque así lo habían acordado. En general, podían confiar en que Tulo haría la vista gorda ante un hurto como aquel, pero más valía no ponerle a prueba.

Tulo se sentó frente a Piso.

—¿Preparados para la marcha de mañana? ¿Preparados para luchar?

Esta vez los «síes» sonaron más contundentes, tal como sabían que Tulo quería.

—Sé que estos últimos días han resultado frustrantes, pero pondremos a Arminio a raya —anunció Tulo con fría certeza—. El día que lo hagamos, Germánico nos conducirá a una gran victoria. Esta vez Fortuna está de nuestro lado, igual que Marte, lo presiento. Estaremos ahí, inmersos en la

lucha, hermanos, para asegurarnos de que esos hijos de puta de germanos reciben su merecido.

Piso y los demás reaccionaron con entusiasmo.

—¡Roma Victrix! ¡Mars Ultor! ¡Germánico!

—Cuando derrotemos a Arminio, quienes estuvimos en la XVIII recuperaremos nuestro honor y quizá también el águila que se nos arrebató.

—Tulo dejó la mirada perdida en las llamas con expresión pesarosa.

A Piso le dio un vuelco el corazón.

—¿Ha habido noticias de ella, señor?

Tulo frunció el entrecejo.

—No.

Se produjo un silencio incómodo. No sabía qué decir, pues ¿quién sabía si las águilas que habían pertenecido a las legiones XVII y XVIII regresarían jamás a casa? Piso notó el desasosiego reflejado en el rostro de sus compañeros. Los odres de vino empezaron a circular alrededor de la hoguera otra vez mientras se libraban al único consuelo disponible. Cuando uno de ellos llegó a Tulo, le dio el trago más largo y pasó el odre sin mirar al siguiente hombre y con la vista clavada en los troncos que ardían.

Piso le observaba de reojo y le asaltó una nueva preocupación. Al igual que todos los que habían estado bajo el mando de Tulo, sabía que su centurión había sufrido una grave herida interna durante la salvaje emboscada de Arminio. Piso nunca lo había visto con tanta claridad: Tulo era un hombre atormentado. No descansaría, no podría descansar —se corrigió Piso— hasta que la vieja águila de la legión fuera recuperada. Si bien compartía la convicción de Tulo de que Arminio y sus aliados serían derrotados, Piso no tenía tan clara la recuperación de los estandartes perdidos. Eran objetos icónicos, símbolos magnéticos de poder incluso para los no romanos, las tribus que los retenían los apreciarían y mantendrían a salvo, con más ahínco si cabe después de la recuperación del águila de la XIX el año anterior.

Tulo era el pilar de la existencia de sus hombres, la base en la que confiaban. Piso no era el único que lo tenía en un altar. Piso no se había parado a pensar nunca que su centurión tuviera debilidades humanas, pero ahora lo veía claramente frente al fuego, a menos de seis pasos de distancia. Tulo tenía la vista nublada y los hombros amenazaban con encorvarse. A Piso

no le gustó.

Aparte de los peligros que suponían los germanos, pensó Piso, ¿qué le depararía el futuro a Tulo? No gran cosa si el águila de la XVIII no se encontraba. Por mucho que Tulo estimara a Sirona y Artio, las dos mujeres no eran capaces de hacerle cicatrizar su herida más profunda.

—La encontraremos, señor —espetó Piso.

Tulo alzó la vista.

—¿Cómo?

—Recuperaremos tu águila, señor, aunque me vaya la vida en ello. Yo y mis hermanos, haremos lo que haga falta, ¿verdad? —Con ojos penetrantes, Piso recorrió con la mirada a sus compañeros.

—Por supuesto que sí, señor —se apresuró a añadir Metilio. Los demás murmuraron que estaban de acuerdo.

—El águila volverá a ser nuestra, señor.

—Sí, señor.

—Sin duda, señor.

—Toda la cohorte comparte el mismo sentimiento, señor —continuó Piso, aunque no estuviera convencido. Se juró que su nueva misión consistiría en hacer saber lo importante que era para Tulo. Si Tulo lo oía de suficientes bocas, tal vez ayudara.

Tulo esbozó una leve sonrisa de cansancio.

—Sois buenos chicos. Sois los mejores soldados que puede esperar un oficial. —Con una mueca, se levantó e hizo un gesto de desdén cuando hicieron ademán de levantarse—. No os quedéis despiertos toda la noche. Mañana nos espera otra larga marcha. —Se internó en la oscuridad con paso pesado, no en dirección del siguiente *contubernium* sino hacia su tienda, lo cual hizo resurgir la preocupación de Piso.

12



—Por todos los dioses, ahí está —dijo Tulo, señalando con la *vitis*—. ¿Lo veis? Que me aspen si eso no es obra del hombre.

Fenestela, venido a deliberar desde su posición, miró con detenimiento el pequeño montículo situado a unos cien pasos delante de ellos, cuyas suaves laderas estaban decoradas con árboles.

—Por la teta derecha de Diana, creo que tienes razón.

—Suelo tenerla —repuso Tulo con sarcasmo.

Habían transcurrido diez días desde la conversación con Piso y sus compañeros. Mientras la mitad del ejército ofrecía una pantalla protectora, varias legiones, incluida la V —y Tulo y sus hombres—, rastreaban una cordillera de colinas bajas cercana al río Albis. El lugar, situado a más de 250 millas al este del Rhenus, a cien del frío y hostil mar Germánico, estaba azotado por el viento y parecía el fin del mundo. Las legiones, guiadas hasta allí por Flavo, el hermano de Arminio, que conocía la zona gracias a su proximidad con el territorio de su tribu querusca, habían estado dos días buscando el *tropaeum* de Druso en vano.

—Que te den, «señor» —dijo Fenestela entre dientes.

Tulo se echó a reír sin ofenderse lo más mínimo.

—¿Quién iba a pensar que volveríamos a este lugar? Si no me equivoco, claro está. La última vez que tú y yo estuvimos aquí... —Hizo una pausa mientras revivía la batalla encarnizada que él y sus hombres habían librado como miembros del ejército de Druso, una generación antes. Los marcomanos habían sido como las demás tribus germanas: valientes,

enemigos duros, guerreros que no temían morir incluso cuando quedaba claro que su causa estaba perdida.

—Fue una dura lucha, sí. —Fenestela adoptó una expresión sombría—. Perdimos a más de doce de la centuria.

—Tienes razón. —Tulo exhaló un suspiro. Habían muerto tantos hombres bajo su mando a lo largo de los veintitantos años anteriores que hacía tiempo que había olvidado sus caras. Por mucho que lo intentara, no conseguía librarse de la sensación de culpa persistente por no haber salvado a más, por imposible que hubiera sido. Ese sentimiento indeseado acechaba en los rincones oscuros de su alma y aparecía cuando estaba desanimado o cuando se encontraba en lugares como aquel.

A Tulo se le puso la piel de gallina. Tenía visiones de figuras sombrías, espectros del pasado que se le aparecían. Parpadeó con fuerza para obligarlas a desaparecer. Las únicas figuras que tenía a la vista eran sus legionarios de la V, de pie en una larga fila e inmóviles porque él se había parado. Eran buenos hombres, pensó. Buenos soldados. Los mantendría con vida a cualquier precio.

Fenestela señaló el montículo.

—Mejor ir a ver si tus ojos viejos te engañan o no, ¿verdad?

—Veo perfectamente, maldito seas —gruñó Tulo, intentando dar a Fenestela con la *vitis*, pero su *optio* ya se había marchado y había regresado a la parte trasera de la centuria.

Gruñendo para sus adentros, Tulo dio la orden de avanzar.

Al cabo de una hora, Tulo estaba en lo alto del montículo esperando a Germánico. No le había fallado la intuición. En lo alto del montículo había encontrado el tronco de un roble, ahora caído, pero decorado todavía con una cota de malla. Había puntas de lanza y tachones de escudo desperdigados por toda la zona. Los cascos y las espadas no abundaban tanto pues pocos guerreros germanos podían costearse un equipamiento tan caro, por lo que se lo habrían llevado como botín. La cota de malla escaseaba por el mismo motivo. No era extraño dejar a los enemigos muertos en un *tropaeum*, pero por lo que parecía, las tribus locales habían enterrado esos cadáveres además

de derribar el altar de Druso y las armas que lo decoraban.

Los soldados de Tulo y el resto de la cohorte se pusieron contentos: el hallazgo del *tropaeum* ponía fin a su búsqueda sudorosa y laboriosa. Con Basio al mando, tres centurias hacían guardia en un semicírculo, mirando hacia el este y hacia el sur, mientras que el resto se había acomodado a esperar a su comandante. No se les permitía sentarse, pero Tulo y los demás centuriones les dejaron bajar los escudos y apoyar las jabalinas contra los árboles. Independientemente de que fuera un lugar sagrado, los legionarios agradecieron la oportunidad de descansar. Se había repartido comida y vino. Las conversaciones intrascendentes y las bromas corrían por doquier. Se pusieron a jugar a los dados y al *latrunculi*. Los chistes y las historias lascivas llenaban el ambiente, pero en voz baja. Por mucho que la vegetación lo hubiera cubierto y estuviera expoliado, se encontraban en un lugar sagrado.

—¡Piiiiip! ¡Piiiiip!

Tulo había aguardado esta señal; Basio había estado de acuerdo con su sugerencia de que Fenestela esperara a unos doscientos pasos de distancia, en la ruta por la que era más probable que apareciera Germánico. Dos toques de silbato significaban que su general se acercaba.

—¡Germánico está aquí! ¡Coged los escudos y las jabalinas, vagos de mierda! ¡Formad por centurias! —ordenó Tulo a voz en grito.

Tulo permaneció junto a la prueba más fehaciente: el tronco de roble que se había alzado allí y una docena o más de tachones de escudos oxidados y deslucidos que en otro tiempo habían brillado.

La entrada de Germánico fue tal como Tulo había esperado. Con el traje de general, montaba un buen semental gris con unos arreos de bella factura. Aunque el ejército llevaba varios días marchando, la armadura de Germánico brillaba como si fuera nueva y el penacho escarlata de su casco parecía recién teñido. Comandante del ejército de la cabeza a los pies, pensó Tulo. Detrás de Germánico iba la habitual comitiva de oficiales de alto rango, sirvientes y pretorianos. Hizo reducir el paso de su montura y se dirigió a Tulo, que le hizo el saludo.

—¡General! —exclamó, saludando.

Germánico suavizó la expresión.

—Centurión Tulo, volvemos a encontrarnos.

—¡Sí, señor!

La mirada de Germánico ya se había centrado en las tachuelas y en el gran tronco situado a los pies de Tulo. Bajó del lomo del caballo, tendió las riendas a Tulo, lo cual no era un gesto degradante sino de reconocimiento, y dijo:

—¿Crees que aquí está el *tropaeum* de mi padre?

—Señor, al comienzo no estaba seguro. Pensé que quizá las armas se hubieran dejado aquí por algún otro motivo, pero encontramos el tronco de roble y vi las vistas. —Tulo señaló hacia el este. Entre las hayas y las piceas que crecían en el lado este del montículo, se veía una franja amplia y sinuosa que era el Albis, a varias millas de distancia—. Es imposible olvidar una vista como esta.

Germánico observó a Tulo sorprendido.

—No sabía que hubieras estado aquí.

«Nunca preguntaste», pensó Tulo.

—Tuve el honor de servir a Druso, señor.

—¿Hablaste con él en alguna ocasión? —preguntó Germánico con añoranza.

—No, señor. Por aquel entonces no era más que un *optio*, no teníamos motivos para encontrarnos. Claro está que le veía a menudo y en una ocasión luché muy cerca de él. Era un gran líder.

—Eso dicen. —Germánico adoptó una expresión pesarosa—. Tengo pocos recuerdos de él. Los más claros son de su funeral.

—Nos lo arrebataron demasiado pronto, señor. Todos los soldados del ejército lloraron su muerte. El túmulo de Mogontiacum es buena prueba de ello. —Tulo tenía recuerdos vívidos de una visita a la población muchos años atrás, cuando había visto a las tropas locales corriendo alrededor del monumento de Druso.

—Mi tío Tiberio dice que pensaba ir más al este con su ejército. ¿Recuerdas algo de eso?

—Se habló de ello, señor. El clima era propicio; habría habido tiempo de construir un puente empleando barcos.

—Nunca se hizo. ¿Sabes por qué?

Tulo observó a Germánico y se preguntó si él lo sabía.

—Se rumoreaba que Druso soñó con una enorme mujer sueva, señor, un espíritu maligno. Ella le dijo que estaba predestinado a no ver la tierra de la otra orilla del Albis. —Tulo vaciló porque no quería repetir las últimas palabras de la bruja. Un sacerdote indiscreto en el que Druso había confiado había hecho circular la maldición.

—Ella le advirtió que su vida iba a acabar pronto —rechinó Germánico—. ¿Verdad?

—Sí, señor, eso creo. —Tulo bajó la mirada mientras la cabeza se le llenaba de malos recuerdos. Druso había dado la orden de levantar el campamento en cuanto el *tropaeum* estuviera terminado, el ejército se dirigió al Rhenus, situado a cientos de millas de distancia. El trayecto por territorio hostil había sido desagradable desde el comienzo. Los lobos habían perseguido a las legiones y aullaban en la oscuridad fuera de las fortificaciones. Las estrellas fugaces habían brillado noche tras noche encima de sus cabezas. Una tarde habían visto a un par de jóvenes cabalgando por entre las hileras de tiendas, aunque los niños tenían la entrada prohibida al campamento. En más de una ocasión, los llantos de las mujeres, como si las separaran de sus retoños, se habían alzado desde las tiendas destartadas de los seguidores del ejército, pero cuando se enviaron patrullas a investigar, no se encontró a nadie que reconociera haber gritado—. Fue una marcha complicada —dijo Tulo— que empeoró cuando tu padre cayó de su montura.

Germánico hizo la señal contra el diablo.

Era extraño que un hombre muriera a consecuencia de una simple caída, pero aquel había sido el destino de Druso, pensó Tulo. Tal vez le visitara un espíritu maligno.

—Independientemente del destino de mi padre, solo he tenido visiones de victoria —declaró Germánico, contemplando la orilla contraria del Albis—. Me agradaría llevar a mis legiones más al este este verano, pero no es mi objetivo. Todavía hay que machacar a Arminio y sus guerreros. Permaneceremos aquí el tiempo suficiente para reconstruir el *tropaeum* y consagrarlo una vez más, y a continuación proseguirá nuestra cacería.

—Buen plan, señor. —A Tulo le agradaba la actitud serena de Germánico con respecto a la muerte de su padre y la idea de hacer una ceremonia en el *tropaeum*, lo cual le permitiría honrar no solo a Druso sino también a los

soldados de Tulo caídos durante la emboscada de Arminio.

—Los hombres disfrutarán con las luchas de gladiadores —declaró Germánico.

—¿Juegos funerarios, señor?

—Mi hermano y yo los celebramos en honor a nuestro padre hace varios años, pero este lugar es más adecuado que Roma. Tendrán lugar aquí, donde su campaña llegó a su fin. Los dioses mirarán con buenos ojos esos sacrificios. —Los ojos de Germánico despedían un brillo salvaje—. ¿A cuántos prisioneros hemos tomado?

—Desconozco la cifra exacta, señor. ¿Mil, dos mil? —Tulo no sentía ningún tipo de compasión por esos guerreros germanos. Todos ellos tenían las manos manchadas de sangre romana.

—En un momento dado, Espartaco hizo luchar a cuatrocientos cautivos entre ellos hasta que solo quedó uno. El superviviente, un centurión veterano, tuvo que llevar la noticia de la derrota de su ejército a Roma. No voy a permitir que un esclavo me supere —continuó Germánico, caminando de un lado a otro como si estuviera hablando ante el Senado—. Participarán quinientos guerreros. Su muerte honrará la sombra de mi padre y procurará la ayuda divina para derrotar a Arminio.

Tulo estaba impresionado. Había olvidado lo despiadado que Germánico podía llegar a ser.

—¿El último guerrero llevará la noticia a Arminio, señor?

—Sí. —Germánico empleó un tono frío como el acero—. Entonces Arminio luchará, a no ser que sea un cobarde absoluto.

—¿Germánico ha hecho qué? —bramó Arminio. Era media mañana y estaba en el río con agua hasta la rodilla cerca de su campamento, con el pecho al aire y en plenas abluciones. Maelo había aparecido encabezando a un grupo de guerreros que acompañaba a un hombre enviado, por lo que parecía, por Germánico en persona.

—Emparejó a quinientos guerreros y les obligó a matarse luchando —repitió Maelo con tono sombrío—. Los doscientos cincuenta que quedaron tuvieron que hacer lo mismo, y así sucesivamente. Este hombre es el único que queda.

Arminio lanzó una mirada a la figura situada a doce pasos detrás de Maelo, a la espera de ser convocada. Era un hombre robusto que tenía la espalda encorvada y el pelo apelmazado le tapaba la cara. Tenía la túnica y los bombachos llenos de rasgaduras y cortes que dejaban entrever sus múltiples heridas. Era un milagro que pudiera caminar, pensó Arminio, que sintió que le embargaba una furia sombría.

—¿Cómo se llama?

—Tudro. Es dolgubno.

Era improbable que aquel hombre fuera pariente del guerrero que había sido uno de los seguidores más fieles de Arminio, pero su nombre reavivó malos recuerdos de la muerte del viejo Tudro a manos de los romanos. Le embargó la ira al pensar en la brutalidad de Germánico. Arminio vadeó hasta los guijarros de la orilla en un silencio sombrío. Se secó con su vieja túnica, se enfundó una limpia e hizo una seña a Tudro.

El guerrero hacía una mueca de dolor a cada paso que daba. La larga tajada que tenía debajo de las costillas le sangraba y otras le supuraban. Daba la impresión de tener la nariz partida y el tejido de debajo del ojo derecho hinchado había adoptado un feo color morado.

—Arminio —masculló. Alzó la vista un instante antes de bajarla de nuevo para contemplarse los pies embarrados.

—Habría que ser imbécil para decirte que eres bienvenido, pero de todos modos eres bien recibido —dijo Arminio con su voz más carismática—. Dicen que eres Tudro de los dolgubnos.

—Sí.

—Seguro que tienes sed. Y hambre. Y necesitas que te curen las heridas.

—He caminado cuarenta millas para encontrarte. Aceptaré un poco de agua, pero lo demás puede esperar.

—¿Traes noticias de Germánico? —Cuánto deseaba que el general romano fuera quien tenía delante. Le habría arrancado las extremidades a ese cabrón una por una.

—Sí. —Era imposible disimular el dolor que Tudro sentía con aquel monosílabo.

Arminio llenó el odre con agua del río y se lo tendió. Tudro bebió como un hombre que hubiera cruzado el desierto sin encontrar ni un solo bebedero. Asintió a modo de agradecimiento y se sentó profiriendo un gemido de dolor.

Arminio se agachó junto a Tudro y esperó.

—Los dolgubnos no tienen suficiente poderío para enfrentarse a Germánico, ¿quién lo tiene?, pero lo hicimos lo mejor que supimos, abatiendo pequeñas patrullas y atacando a las partidas saqueadoras mientras nuestras mujeres e hijos pasaban al otro lado del Albis para ponerse a salvo. Hace unos diez días, la banda con la que estaba se enfrentó a un grupo de exploradores romanos más numeroso de lo que parecía. La mayoría de mis amigos fueron asesinados. Yo perdí el conocimiento por culpa de un golpe en la cabeza, de lo contrario también me habrían matado. Ojalá hubiera muerto. —La voz de Tudro rezumaba amargura.

—Pero sobreviviste —dijo Arminio, deseoso de conocer todos los detalles.

—Sí, me tomaron como esclavo. A mí y a los pobres desgraciados que los

romanos tomaron cautivos. Nos ataron juntos como a animales —Tudro se frotó el cuello, donde seguía teniendo la marca de las quemaduras de la cuerda— y nos hicieron marchar en fila en la retaguardia del ejército, tragando polvo y pisando boñigas de mula a cada paso. Mataron a todos los que intentaron escapar. Morir así fue inútil, una estupidez, así que preferí no hacer nada. «Falta mucho hasta el Rhenus», me dije, «ya se me presentará alguna ocasión». —Hizo un gesto enfadado—. La cosa cambió cuando llegamos al Albis. Parece ser que a Germánico le embargó la emoción al pisar el terreno que había pisado su padre hacía un cuarto de siglo. Nada iba a satisfacer más al hijo de puta que celebrar unos juegos funerarios en su honor.

—Entonces fue cuando escogieron a quinientos guerreros —dijo Arminio, imaginándose la escena.

—Eso mismo. Ahora los romanos tienen varios miles de prisioneros, muchos donde elegir. Los centuriones nos inspeccionaron y escogieron a los más altos y fuertes. Sin dilación nos llevaron enseguida al pie del montículo en el que había estado el altar de Druso. Los legionarios formaron un gran cuadrado con los escudos y a cincuenta de nosotros nos obligaron a empezar. Germánico nos ordenó que eligiéramos a nuestro contrincante y lo matáramos, o seríamos crucificados. Cuando tradujeron su orden, algunos guerreros se negaron. Los clavaron en la cruz de inmediato. El resto aceptamos, como cobardes, y nos lanzaron armas. Entonces un grupo de hombres atacó a Germánico, pero fueron abatidos con jabalinas y flechas. A los que quedaban les dieron una última oportunidad de obedecer, antes de ser asesinados. —Tudro exhaló un suspiro.

«Vaya, qué astuto es Germánico», pensó Arminio.

—¿O sea que luchaste?

—Sí. A los ganadores de cada combate se les permitía descansar un poco y luego volvíamos a la carga. Continuamos hasta que solo quedé yo en pie. —Tudro habló con voz débil y con la mirada fija en el suelo entre sus rodillas dobladas—. Entonces yo estaba atado cerca de Germánico y trajeron a los cincuenta siguientes y les hicieron hacer lo mismo. Después vino el tercer grupo de hombres y así sucesivamente. El proceso entero se prolongó varias horas y casi al final solo quedamos diez. Luchamos entre nosotros hasta que

quedamos solo cinco. Cinco vivos de quinientos. —A Tudro se le apagó la voz.

Arminio y Maelo se habían quedado boquiabiertos escuchando la horrorosa historia, con la vista clavada en Tudro, pero entonces intercambiaron una mirada y cada uno de ellos reflejó la misma rabia abrasadora.

—Germánico hizo que un oficial lanzara una moneda para decidir qué hombre se sentaría mientras los otros dos pares luchaban entre sí —siguió explicando Tudro—. Hicieron lo mismo cuando quedaban tres. Puede decirse que tuve suerte, «gané» las dos veces que se echó la moneda al aire, por lo que descansé dos veces mientras los otros dos pobres desgraciados no tenían ningún respiro. El último guerrero al que tuve que enfrentarme estaba tan cansado que apenas podía sostener la espada. —Tudro dejó escapar una risa corta y desagradable—. Por lo menos tuvo una muerte rápida.

—No tuviste elección —dijo Arminio.

Tudro lo miró con expresión atormentada.

—Todos los hombres podemos elegir.

—Si no hubieras luchado, te habrían crucificado.

—Es cierto. Podía haber decidido morir desde un principio pero no lo hice y acabé matando a ocho guerreros. Ocho de los míos. ¿En qué tipo de hombre me convierte eso? —planteó Tudro con voz quebrada.

—En un superviviente —dijo Arminio, pensando que él habría hecho lo mismo.

—Esta por ser un superviviente —dijo Tudro haciendo un gesto obsceno.

Arminio rompió el silencio incómodo que se produjo a continuación.

—¿Germánico te dijo algo?

—Dijo que sus legiones están preparadas cuando tú y los cerdos que te siguen os arméis del valor suficiente para luchar.

A Arminio le palpitaban las sienes. Consciente de que había hombres mirando, respiró hondo antes de preguntar:

—¿Y cuáles son ahora los movimientos de Germánico?

—Oí que hablaban de marchar hacia el oeste para reunirse con las tropas a las que se encomendó que machacaran a los angrivarios —explicó Tudro.

Arminio llegó a la conclusión de que la información tenía sentido.

Recobró la calma mientras ponderaba cómo actuar. Él era el objetivo de Germánico, por lo que las legiones no iban a ganar nada cruzando el río Albis y librando una guerra en el este. Al norte estaba el océano y al noroeste los aliados de Roma. Dirigiéndose al sur, internaría más a sus enemigos en territorio tribal, una opción demasiado arriesgada incluso para Germánico y su numeroso ejército. Las únicas direcciones que tenían sentido eran el oeste o el suroeste.

—O sea que seguimos jugando al gato y al ratón. Bien. El tiempo está de nuestro lado, no del de Germánico.

—Intenta provocarte para que libréis una batalla —dijo Maelo, que intervino en la conversación.

—Es verdad y fracasará. Tarde o temprano pillaremos a sus legiones en el lugar adecuado y entonces lucharemos. —Arminio, que se puso en pie, sujetó a Tudro por el hombro—. Hiciste bien. Te lo agradezco. Deja que mis curanderos se encarguen de tus heridas. Luego puedes descansar, comer y beber.

Dio la impresión de que Tudro no le había oído.

—¿Consultarás a los dioses antes de levantar el campamento?

Arminio no era un creyente devoto, pero Donar le había prestado ayuda en la victoria contra Varo, estaba convencido de ello. También estaba bien seguir la tradición.

—Sí, lo más probable. ¿Por qué?

Tudro se levantó. Le sacaba un palmo y medio a Arminio y, a pesar de sus heridas, era un hombre con un físico envidiable.

—Yo me entregaré al dios. A Donar. Mi vida por tu éxito en la batalla.

Asombrado, Arminio dijo:

—Estás agotado. Tú...

Tudro le interrumpió.

—Mi esposa murió hace dos años, poco después de que nuestro bebé muriera por culpa de una fiebre. Todos mis hermanos de batalla están muertos o esclavizados. No tengo motivos para vivir, Arminio. Me colgaré de un árbol. Ofreceré mi carne a los buitres de Donar para que se ceben conmigo. Que mi sacrificio aplaque al dios del trueno.

Arminio dirigió la vista hacia Maelo, quien se encogió de hombros como

diciendo: «¿Por qué no?»

—¿Estás seguro? —insistió Arminio mirando otra vez a Tudro.

—Nunca he estado más seguro. Si no me lo permites, me colgaré de todos modos. No me queda nada en este mundo —declaró Tudro, exhausto.

Arminio pensó que sería una ofrenda poderosa. Según la costumbre, quienes se ofrecían para morir llamaban la atención de los dioses. Sentado en los cielos sobre su trono rodeado de rayos, mientras las nubes de tormenta circulaban a su alrededor, Donar sonreiría ante la muerte de Tudro y prestaría su apoyo a Arminio una segunda vez para una batalla trascendental.

—¿Y bien? —preguntó Tudro mirando a Arminio fijamente con los ojos inyectados en sangre.

Entonces a Arminio le remordió la conciencia. La tortura por la que había pasado Tudro le había desequilibrado. Necesitaba reposo y cuidados. Una vez recuperado, recobraría el juicio y desearía vivir. Arminio se lo planteó durante unos instantes.

—La tuya es una oferta noble. Hablaré con los sacerdotes.

Una mueca —que quizá fuera un intento de sonrisa— torció el gesto de Tudro.

—Intenta ser convincente, Arminio de los queruscos. Donar nos observa.

Arminio asintió mientras notaba que un hilo de sudor le recorría la espalda.

Caía la noche sobre el terreno y en lo más profundo del bosque, cerca del campamento tribal, ya se veía una penumbra tenebrosa. Un frío impropio de la estación dominaba el ambiente húmedo. Los cantos de los pájaros y los sonidos de los animales eran habituales en el resto del bosque, pero no ahí. Arminio y Maelo aguardaban en el extremo de un claro embarrado. Entre los árboles de ambos lados, decorados con cráneos de ganado con cuernos y de humanos, se encontraban todos los jefes de clan de su alianza. Ansiosos por presenciar el rito pero impresionados por el ambiente sobrecogedor, nadie hablaba. Arminio, que estaba más nervioso de lo que había imaginado, mantenía una expresión pétrea.

El espacio abierto estaba dominado por un altar de piedra tallada cubierto

de runas que parecían arañas. Los cadáveres con el cuello cortado de dos legionarios estaban desparramados a un lado de la gran losa de piedra. Su muerte y la interpretación del cubo en el que se había recogido su sangre habían inaugurado la ceremonia. A continuación había venido la curvatura y giros habituales de las espadas y lanzas, el aplanamiento a martillazos de grandes calderos de plata; ofrendas que se lanzarían a un lago sagrado a las primeras de cambio.

Flanqueado por una docena de acólitos, un sacerdote viejo y con una túnica roja entonaba oraciones para Donar. Tudro se hallaba solo y desnudo delante de ellos, con infinidad de heridas en el cuerpo. Tenía los brazos atados a la espalda con una cuerda, no podía haber sido más vulnerable, no obstante, la posición orgullosa de sus hombros y la firmeza de su mandíbula demostraban a quienes le observaban que estaba preparado para el fin de sus días.

El sacerdote, despeinado, una figura arrugada y de hombros encorvados que parecía de otra época, más oscura, cesó su cántico. Enseguida se palpó la tensión y Arminio notó que se le aceleraba el pulso.

El sacerdote colocó una mano en el brazo de Tudro como si fuera una garra y preguntó con voz áspera:

—¿Eres un hombre nacido libre?

—Sí —contestó Tudro con voz alta y segura.

—¿Cómo te llamas?

—Tudro, de la tribu de los dolgubnos.

—¿Y te ofreces al dios por voluntad propia?

—Sí, si Donar me acepta.

En el rostro ajado del sacerdote se dibujó una fría sonrisa.

—Eso depende del modo en que mueras, Tudro de los dolgubnos. Si de tus labios sale ni que sea un leve sonido antes de marcharte de este mundo, Donar se disgustará. Tu alma tendrá la entrada denegada al salón de los guerreros y estarás condenado a vagar por el Hades para siempre.

Tudro tensó ligeramente los hombros.

—Entiendo.

A Arminio no le importaba si el alma de Tudro quedaba maldecida para el resto de la eternidad, lo que importaba era ganarse el favor de Donar.

«Ármate de valor, Tudro —pensó—. Mantente fuerte o tu sacrificio no me servirá.»

El sacerdote meneó la cabeza y un acólito condujo a Tudro hacia la rama de una gran haya que colgaba hacia el interior del claro, a unos veinte pasos de Arminio. De la rama colgaba una cuerda y uno de los extremos terminaba en un lazo corredero. Al llegar a él, Tudro se colocó frente a Arminio e hizo una leve inclinación de cabeza, como diciendo: «lo hago por ti».

Arminio se dio por enterado asintiendo con la cabeza con expresión seria. Volvió a remorderle la conciencia, pero la acalló. «Donar, acepta la muerte de este hombre —rezó—. Y a cambio concédeme la victoria sobre Germánico.»

Tudro inclinó la cabeza y permitió que el acólito le pusiera la soga al cuello y la apretara. Los compañeros del acólito, que le habían seguido, cogieron el extremo suelto y lo tensaron. Tudro se preparó.

—¿Estás listo para reunirte con el dios, Tudro? —sonó la voz del sacerdote desde el altar.

—Sí —repuso Tudro con firmeza.

El sacerdote dio una orden y los acólitos tiraron al unísono. El cuerpo de Tudro se elevó bruscamente un palmo del terreno lleno de hojas. Contrajo el rostro por el dolor y el cuerpo se le balanceó de un lado a otro pero no emitió ningún sonido. Con el siguiente tirón de los acólitos, más fuerte si cabe, llegó a alzar los pies a la altura de un muchacho de diez años. Con el rostro morado y las venas de la frente hinchadas, Tudro se balanceó agonizante a un lado y a otro pero no dejó escapar ni un solo gemido de sus labios abultados. Sus ojos inyectados en sangre, que le sobresalían de las cuencas, se clavaron en Arminio, o eso le pareció al jefe querusco.

Desasosegado pero obligado, Arminio sostuvo la mirada atormentada de Tudro. Parecía mostrar sus respetos, pero lo hizo por el deseo ardiente de que Tudro acabara su vida en silencio y de un modo aceptable para el dios.

La mayoría de los hombres ahorcados así morían rápido, pero el guerrero dolgubno era fuerte como un toro. Arminio había contado hasta cincuenta siete veces y Tudro seguía retorciéndose en la soga. A Arminio le entraron ganas de vomitar. La agonía de Tudro era tanta que, al final, acabaría emitiendo algún tipo de sonido.

Pero no.

Cuando Arminio contó casi hasta quinientos, Tudro dejó por fin de moverse. Sus piernas musculosas quedaron inertes. Su miembro encogido empezó a gotear orina; el olor a excrementos inundó el ambiente. A juzgar por sus facciones retorcidas y manchadas, por fin había conseguido la paz anhelada.

Arminio dirigió rápidamente la mirada al viejo sacerdote. Tenía ganas de gritar «¿y bien?», pero una extraña superstición se lo impidió.

Con el apoyo de un acólito, el sacerdote se acercó arrastrando los pies al lugar donde el cadáver de Tudro se balanceaba ligeramente. Le pinchó en el muslo y, al igual que todos los presentes, Arminio se puso tenso.

—El guerrero ha muerto bien —afirmó resollando—. ¡Donar está contento!

A Arminio le embargó una gran sensación de alivio. Él se alzaría con la victoria.

SEGUNDA PARTE



Verano, año 16 d.C.

EN LO MÁS PROFUNDO
DE GERMANIA

La tarde iba transcurriendo y el sol caía sobre Germania desde un cielo despejado. Las altas temperaturas, agradecidas al comienzo tras la fresca primavera, iban camino de resultar incómodas. Piso y un grupo de sus compañeros tenía la cabeza rodeada de enjambres de pequeñas moscas mordedoras mientras disfrutaban de la caricia del agua rápida del Visurgis metidos hasta casi la rodilla. Llenaban odres de agua siguiendo las instrucciones de Tulo. Habían transcurrido seis días desde los juegos funerarios y el ejército de Germánico se encontraba a más de cien millas del *tropaeum* de Druso. Ya había cruzado el Visurgis ese mismo día y se había detenido en un terreno llano a media milla de la orilla oeste. Cuatro grandes campamentos, que todavía no estaban terminados, ofrecerían espacio suficiente para las ocho legiones y los auxiliares; Germánico había honrado a la V y a la XXI colocándolas en el mismo campamento que él y sus pretorianos.

La cohorte de Piso y cuatro más habían cavado las defensas el día anterior, por lo que les tocaba la fácil misión de vigilar mientras la otra mitad de la legión sudaba construyendo la zanja profunda y un terraplén sólido de tierra. Se trataba de un gran avance, porque Piso y sus compañeros estaban en la orilla del río, saciando su sed y refrescándose. Aunque los exploradores informaron que Arminio y sus fuerzas estaban cerca, se encontraban en la orilla opuesta del Visurgis. Atacar por agua a esa hora de la tarde resultaría arriesgado, media cohorte de arqueros auxiliares se encontraban junto a Piso y sus compañeros y el resto del ejército de Germánico estaba a escasa

distancia en la retaguardia.

De repente, alguien salpicó a Piso por detrás.

—¡Eh!

Se volvió de repente y se encontró con un sonriente Dulcio que se alejaba a toda velocidad. Piso dio una patada al aire y salpicó a su compañero. Dulcio pasó la mano por la superficie del río a modo de respuesta y Piso quedó empapado de agua. Los demás echaron un vistazo y se apuntaron al divertimento. Durante un rato reinó el caos. El mejor momento se produjo cuando Metilio sumergió a Dulcio por el culo y lo dejó empapado de pies a cabeza.

Al final, Piso puso fin al jolgorio.

—Tulo o algún otro oficial nos verá —advirtió.

Retomaron su tarea un poco más tarde de lo que les habría convenido.

—¡Os he visto, cabrones! —bramó Tulo, vadeando por el bajío hasta situarse junto a Piso y sus compañeros—. Os he ordenado que llenarais los odres, no que os comportarais como una panda de jovenzuelos cuando salen de excursión. ¡Moveos!

«No estábamos haciendo nada malo», pensó Piso con resentimiento, aunque no se atrevió a decirlo. Sostuvo el odre bajo el agua para que se llenara. En cuanto lo taponó, se colgó la correa para transportarlo al hombro y se descolgó otro odre vacío.

—Tulo haría lo mismo si fuera un legionario raso —masculló a Metilio, que era a quien tenía más cerca.

—¿Qué has dicho? —Tulo se les acercó dando grandes zancadas.

—Nada, señor —dijo Piso, deseando haberse quedado callado.

—¡No me vengas con naderías, Piso! —La *vitis* de Tulo golpeó el agua y salpicó con fuerza.

Consciente de que el siguiente golpe podía caerle en la espalda, Piso respondió.

—Estaba preguntándome cuándo conseguiremos enfrentarnos a Arminio, señor. —Rezó para que Tulo se tragara la mentira.

—Pregúntate lo que te apetezca cuando estés sentado junto a la hoguera esta noche —bramó Tulo—. ¡Hasta entonces cállate la boca y haz lo que te he dicho que hagas hace ya demasiado rato! Lo mismo os digo a los demás,

desgraciados. Moved el culo.

Todos los hombres se pusieron a ello mientras Tulo les observaba con expresión pétrea. No cedió hasta que hubieron llenado todos los odres hasta los topes y regresaron junto al resto de la cohorte, un poco alejada de la orilla. Dio la espalda a los hombres y contempló la otra orilla con una intensidad severa. A varios cientos de pasos, accesible por el bajío, se encontraba uno de los cuatro vados que el ejército utilizaba para cruzar el Visurgis.

—¿Qué le ha entrado? —susurró Piso, frunciendo el ceño—. Según los exploradores, Arminio se encuentra a millas de distancia.

—Está más nervioso que de costumbre —convino Metilio—. A lo mejor sabe, o intuye, algo que nosotros desconocemos.

—Vete a saber. —Piso, intranquilo, iba arrastrando los pies a un lado y a otro. Si Tulo estaba preocupado, entonces él también debería estarlo. A partir de ese momento, hizo caso omiso del murmullo de las conversaciones de sus compañeros y se puso a observar el otro lado del río.

No ocurrió nada digno de mención durante una hora y la mayoría de los hombres hacía rato que habían dejado de prestar atención al camino de la otra orilla. Tampoco hacían caso de los martines pescadores que revoloteaban por allí y los *glups* que se oían con regularidad cuando los peces engullían insectos en la superficie del agua. Piso, por otro lado, se había movido tan poco que le dolía el cuello y notaba los músculos agarrotados bajo un omóplato. Su mirada recorría el lugar sin parar, observando el trozo de terreno que tenía delante, los árboles, los arbustos, el río. Nada iba a impedir que vigilase pues el desasosiego de Tulo le había causado ese efecto. Casi se sintió aliviado cuando la luz del atardecer dibujó un arco e iluminó a un grupo de jinetes que, como salidos de la nada, venían por el camino del este.

—¡Se aproxima el enemigo! —gritó Piso.

De inmediato, la tensión se mascó en el aire. Los hombres alzaron los escudos y las jabalinas incluso antes de que Tulo y Fenestela dieran la orden de hacerlo.

—¡Haced sonar el aviso de «enemigo a la vista»! —Tulo, que tenía la vista fija en los jinetes, caminaba dando grandes zancadas yendo de un lado a otro delante de sus hombres.

Los soldados de las otras centurias también habían visto a los jinetes y sus

músicos añadieron su propio clamor al que producía el trompeta de Tulo. Para cuando el grupo de unos cincuenta hombres hubo llegado a la orilla del agua, las centurias habían formado en dos de ancho por tres de profundidad, bloqueando así el paso por su lado del Visurgis. Los arqueros auxiliares estaban situados a cada lado, con las flechas bien encajadas y prestas para disparar.

Se produjo una extraña e incómoda calma cuando las dos fuerzas se miraron entre sí.

—Si ese no es Arminio, yo soy el prefecto del campamento —siseó Piso, al ver a un hombre barbudo vestido con elegancia a lomos de un alazán.

—Por las tetas caídas de Fortuna, tienes razón. ¿Qué quiere? —preguntó Metilio.

—Solo los dioses lo saben —reconoció Piso, confiando en que Tulo les ordenara que atacaran cruzando el río. Era arriesgado pero Piso estaba preparado. Ahí, tan cerca, estaba el cabrón malvado que había ideado la muerte de tantos de sus amigos.

Observaron impresionados cómo Arminio ahuecaba una mano delante de la boca y gritaba en latín:

—¡Eh, romanos! ¿Vuestro general ronda por aquí?

Basio, el oficial de mayor rango presente, se adelantó a sus hombres.

—¿Qué bárbaro pregunta por él? —gritó.

Arminio sonrió, enseñando los dientes.

—Se me había olvidado lo groseros que podéis llegar a ser los romanos. ¡Tú me llamas bárbaro pero vosotros sois quienes matáis a mujeres y niños!

Las amenazas e insultos de sus acompañantes se oyeron desde el otro lado del río.

—Te estoy viendo, Arminio, cerdo traicionero —gritó Tulo, situándose junto a Basio—. ¡Ven a enfrentarte conmigo! ¡Uno contra uno!

Piso y Metilio intercambiaron una mirada de emoción. A pesar de la juventud de Arminio, Tulo ganaría tal enfrentamiento, no les cabía la menor duda. Se haría justicia.

—Centurión Tulo, ¡qué agradable sorpresa! —respondió Arminio con una especie de reverencia fingida—. No estoy aquí para un combate individual, por mucho que me agradara quitarte la vida. Deseo hablar con mi hermano

Flavo. ¿Está aquí?

—No es asunto tuyo dónde está o deja de estar —replicó Basio.

—¿Por qué no te largas a tu campamento? —preguntó Tulo—. Mientras estás ahí, intenta convencer a esa chusma debilucha y cobarde que te pisa los talones para que se enfrente a nosotros.

—¿Han perdido valor después del varapalo que os dimos el año pasado? —añadió Basio. Echó una mirada al otro lado—. ¡ARQUEROS, LISTOS!

Arminio tensó la expresión pero no se retiró. Ni tampoco sus acompañantes, que ya se estaban poniendo nerviosos.

—Vengo en son de paz —dijo.

—Disparad —siseó Piso—. Venga, Basio, dales la orden. Mata a ese hijo de puta y la guerra habrá acabado. Según Tulo no hay otro jefe de clan como Arminio en toda Germania.

Transcurrieron diez segundos y de la boca de Basio no salió ninguna orden.

—¿O sea que no iréis a buscar a mi hermano? —preguntó Arminio.

—Dile que no —masculló Piso, pero, para su sorpresa, Basio y Tulo inclinaron la cabeza para deliberar.

Al cabo de unos minutos, Basio habló.

—Pediremos una respuesta a Germánico. ¿Puedes esperar?

—Parece que no me queda más remedio —fue la respuesta forzada de Arminio—. Siempre y cuando pueda confiar en que los arqueros no se moverán.

—Dispararán en cuanto yo se lo diga —repuso Basio.

Aquella amenaza velada hizo que Arminio y su grupo se sintiera lo bastante inseguro como para alejarse de la orilla a una distancia prudencial. Su acción, llevada a cabo mientras soltaba improperios, fue recibida con gritos y abucheos de los legionarios allí reunidos.

Piso observó contrariado cómo enviaban a uno de los mensajeros que estaba junto a ellos a buscar al general.

—¿Por qué han hecho eso? —Piso lanzó la pregunta al aire.

—Germánico es el comandante, se le deben consultar los asuntos importantes, supongo —dijo Metilio, que dio un sorbo del odre de agua.

—Dirá lo mismo que Tulo —opinó Piso—. Que se largue.

Piso se equivocó. El mensajero regresó poco después con la sorprendente noticia de que Germánico había dado permiso a Flavo para que hablara con su hermano. Basio informó a Arminio, que se mostró satisfecho pero suspicaz. No era de extrañar, pensó Piso. Los arqueros auxiliares seguían en su lugar y, durante la espera, algunos, obedeciendo quizá las órdenes de un malicioso Basio, habían lanzado flechas hacia el río. Las astas habían aterrizado cerca de donde estaba Arminio, pero no dejó lugar a dudas de que, en la orilla, se encontraba al alcance de las flechas. A pesar de ese peligro, había cabalgado hasta la orilla para hablar con Basio, casi tentado a los arqueros a que volvieran a lanzar, pensó Piso.

—¿Dónde está Flavo? —inquirió Arminio.

—Pronto llegará —respondió Basio—. Puedes cruzar y esperarle.

—Debes de pensar que soy muy ingenuo —dijo Arminio, riendo—. Me quedaré donde estoy y tus arqueros se retirarán mientras hablo con mi hermano. Sería demasiado fácil para un oficial excesivamente ávido ordenar una ráfaga. Quizás esa sea incluso tu intención, cuando esté distraído.

La esperanza de Piso de que a Arminio le dijeran que se largara se esfumó una vez más. Con cara de pocos amigos, Basio envió a un soldado a la retaguardia de la cohorte. Casi de inmediato se oyeron las pisadas fuertes de los arqueros alejándose un poco. Arminio desmontó y permaneció donde estaba, observando a los romanos con una expresión fría y calculadora.

Piso todavía tenía los músculos tensos por el deseo de actuar.

—¿Qué posibilidades tenemos de atacarle? ¿De pillarle por sorpresa?

Metilio resopló.

—Sabes perfectamente que estaría montado en el caballo antes de que estuviéramos a mitad de camino. Ningún hombre supera en velocidad a un caballo.

—Sí. —Decepcionado y frustrado, Piso escupió en el agua—. De todos modos, es una gran tentación.

—Los arqueros eran nuestra mejor apuesta y se han ido. Ha llegado el momento de ver qué van a decirse los dos hermanos.

Piso asintió, animado ante la perspectiva de ser testigo de aquel encuentro inusual.

El sol había caído un poco más por el oeste cuando Flavo apareció a

medio galope desde la dirección del campamento. Piso lo conocía de vista, al igual que la mayoría de los hombres. Era rubio, fornido y tenía una presencia imponente, por lo que era difícil que pasara desapercibido. A pesar de ser tuerto —una vieja herida de batalla—, tenía el tipo de mirada que la mayoría de los hombres evitaban. Su condición de comandante de la cohorte de auxiliares y el hecho de ser hermano de Arminio lo convertían en una persona excepcional dentro del ejército de Germánico. Iba vestido para la ocasión con la cota de malla y el casco bruñidos, con las condecoraciones al valor en el cuello, el pecho y los brazos, y se paró a hablar con Basio, comportándose mientras tanto como si su hermano no estuviera presente.

—Arminio está furioso —le dijo Piso a Metilio con regocijo—. Mira.

La mueca, la postura tensa y los brazos cruzados de Arminio no dejaban lugar a dudas, pero guardó silencio hasta que Flavo hubo dejado el caballo a uno de los legionarios de Basio y se acercó a la orilla del río.

—Saludos, hermano. ¿Estás bien? —preguntó Arminio.

—Bastante bien hasta que te he visto —respondió Flavo—. ¿Qué quieres, traidor?

—¿Tú me llamas traidor? —exclamó Arminio—. No soy yo quien ha olvidado a su pueblo. Quien lleva las insignias con tal engreimiento, las bagatelas mezquinas que te ha dado Roma, que no son más que la marca de la esclavitud. Mírame a mí, un hombre libre y orgulloso, y mírate a ti, encorvado y barrigudo y sumiso, no eres más que un perrito faldero de Germánico.

—¡He mantenido mi palabra, no como tú, incumplidor! Si has venido aquí para insultarme, solo tengo una cosa que decir: se acerca tu día. —Flavo señaló el cielo—. Los buitres de Donar nos sobrevuelan, aunque tú todavía no los veas. —Se dio media vuelta y se marchó con paso airado.

Piso pensó que había tiempo para que unos cuantos hombres osados cruzaran en tropel y abatieran a Arminio con las jabalinas, confiando en que Basio o Tulo darían la orden. Sin embargo, la orden no llegó, dio la impresión de que Germánico había decretado que la reunión de los hermanos fuera una especie de tregua. Se estaba perdiendo una oportunidad de oro, decidió Piso con amargura, y sentía que no tenía posibilidades de intervenir.

Flavo estaba a medio camino de donde se encontraba su caballo cuando

Arminio volvió a llamarle.

—¿Qué sabes de Tusnelda? —El desprecio que había mostrado hacia Flavo había desaparecido y habló en un tono casi suplicante.

Flavo miró por encima del hombro. Su rostro reflejó algo que podría ser arrepentimiento o incluso tristeza.

—Se la trata con respeto y vive en una casa grande de Ravenna.

—¿Y mi retoño? —La añoranza resultaba palpable en su voz.

—Tienes un hijo —dijo Flavo.

—Un hijo —murmuró Arminio, inclinando la cabeza—. Tengo un hijo.
—Volvió a mirar a Flavo—. ¿Cómo se llama?

—Tumélico. Crece fuerte y sano y, según me han dicho, ya gatea.

—¿Serán puestos en libertad algún día?

—Sabes la respuesta tan bien como yo, hermano —repuso Flavo con una mirada de desdén—. Desmantela tu ejército y entrégate a la justicia de Germánico y prometo hacer lo que pueda.

—Es como ofrecer el cuello al verdugo —exclamó Arminio echando chispas por los ojos—. Germánico no sabe lo que es la clemencia. ¡Pregúntales a los marsos, los catos y los angrivarios!

Sus acompañantes, que se habían acercado a caballo a escuchar la conversación, alzaron la voz airados.

—¡Mata a Germánico! —bramó uno en latín con acento marcado—. ¡Muerte a Tiberio!

Flavo perdió los estribos.

—Dame mi caballo —ordenó, arrebatando las riendas a un sorprendido legionario. Subió al lomo de un salto y lo espoleó para que fuera hacia el agua—. Quédate donde estás, hermano, y así zanjaremos este asunto de una vez por todas.

—Muy bien —gritó Arminio acercando su montura—. ¡Yo siempre ganaba cuando nos peleábamos de pequeños! No ha cambiado nada.

La emocionante expectativa de Piso de que se produjera una lucha cruenta en medio del río quedó en nada en cuanto Basio instó a Flavo a quedarse donde estaba con un bramido. Como dio la impresión de que no le había oído, Basio envió a Tulo al trote, que dio una fuerte palmada a Flavo en el muslo para llamarle la atención. Piso y los demás no oyeron la conversación,

pero quedó claro que Flavo no estaba muy contento. Hizo un gesto obsceno a Arminio, sentado a horcajadas sobre el caballo.

—Nuestra pelea tendrá que esperar —exclamó Flavo.

—¡Cobarde! —se mofó Arminio.

—¡Traidor! —contraatacó Flavo.

—¡Regresa con Germánico y lámele los pies, gusano de mierda!

Dio la impresión de que Flavo estaba a punto de responder, pero lo que le dijo Tulo, fuera lo que fuera, le acalló. Sin volver a mirar a Arminio, que seguía lanzándole insultos, giró su montura y la espoleó para que se dirigiera al campamento romano.

—Ve a buscar a los arqueros —bramó Basio.

Uno de los arqueros salió disparado en la misma dirección que Flavo. Durante el tiempo que tardaron en reaparecer, Arminio dejó de proferir insultos. En vez de retirarse a un lugar seguro, se puso a deliberar con sus acompañantes junto a la orilla del río.

A los legionarios no les agradó aquella maniobra chulesca. Empezaron a murmurar enfadados y unos cuantos hombres se salieron de la fila y se acercaron al agua. Los oficiales, enfurecidos, les hicieron regresar a su sitio a base de gritos.

—Es astuto, el cabrón —gruñó Piso, que seguía ansioso por atacar a Arminio.

—Y que lo digas —corroboró Tulo, que había conseguido oír a Piso otra vez—. Y está intentando ponernos nerviosos, no le hagamos caso a ese gusano. Ya tendrá prisa por moverse cuando lleguen los arqueros.

Tulo estaba en lo cierto y los legionarios se pusieron a proferir insultos cuando Arminio y sus acompañantes se marcharon a caballo. Basio ordenó a los arqueros que lanzaran una ráfaga en cuanto estuvieran cerca de la orilla y las tropas romanas se pusieron a carcajearse cuando la lluvia de flechas convirtió la retirada lenta y desdeñosa de los germanos en una huida precipitada.

—Así aprenderán —proclamó Metilio.

Piso no estaba tan convencido. Alejarse del punto donde podían alcanzarle las flechas no suponía que Arminio fuera un cobarde, ni mucho menos. La seguridad que emanaba resultaba evidente desde la otra orilla del

río. Piso se sintió preocupado cuando se dio la orden de regresar al campamento.

¿Qué planeaba el retorcido y artero Arminio?

Tulo estaba impaciente, preparado para la batalla. Sus soldados y su cohorte estaban listos. La legión estaba lista, al igual que la totalidad del ejército. El encuentro entre Flavo y Arminio había tenido lugar el día anterior y ahora los exploradores de la orilla del río habían informado que los guerreros de Arminio estaban concentrándose en el extremo opuesto. Germánico había respondido con prontitud. Todo su ejército se desplegaría en su lado, preparado para la lucha. Por muy familiarizado que estuviera con el proceso lento y metódico, Tulo se había sentido incómodo constantemente y su deseo de vengarse de Arminio no había hecho sino aumentar después de la confrontación del día anterior.

Por fin la espera había terminado y se habían formado cuatro filas largas. Bajo el sol de media mañana, se pusieron de cara al este, hacia el río. El relincho de los caballos intranquilos y los gritos de los oficiales habían cesado; el estruendo de las tachuelas de las sandalias golpeando el suelo se había apagado. Desde el otro lado del Visurgis se oían los gritos y las pullas de los germanos, mientras que en el lado romano reinaba un silencio casi absoluto. Tulo estaba acostumbrado a esta calma antes de la tormenta, pero el ambiente plácido resultaba sobrecogedor. Más de sesenta mil soldados estaban a la espera de enfrentarse a las huestes de Arminio. Una gran cantidad de hombres moriría en un futuro inminente.

Tulo también tenía otros asuntos en mente. Debido a las tácticas militares, la parte delantera del ejército la ocupaba la infantería de auxiliares, una mezcla de raecios, vindélicos y galos. Aunque la legión V estaba cerca del

centro de la segunda línea, no veía nada aparte de auxiliares delante de él. Ajeno a lo que sucedía, Tulo tenía que fiarse de las órdenes formales que recibiera la V y de los retazos de noticias que pudiera pillar de los mensajeros que pasaban. Su frustración aumentaba por momentos.

Igual de molesto, Fenestela apareció dando fuertes pisadas desde la parte posterior de la centuria.

—¿Sabes algo nuevo?

—Nada desde la última vez, no.

Fenestela soltó un juramento.

—Arminio va a esperar a que crucemos el río, ¿verdad? —dijo al cabo de un momento—. Los bosques que hay a ambos lados de su ejército parecen idóneos para tendernos una trampa.

—Por eso se ha ordenado que la caballería vaya por delante —explicó Tulo.

Fenestela se frotó la barba y no respondió.

Los jinetes tenían una capacidad de reacción más rápida que la infantería, pensó Tulo, pero eso no significaba que la táctica careciera de riesgo. Consciente de lo mucho que había en juego, Germánico había escogido oficiales de alto rango para liderar el ataque por ambos flancos: el legado Estertinio y Emilio, el *primus pilus* de la legión I. La caballería bátava iría justo detrás de estas unidades con el objetivo de atacar el centro de Arminio.

«Marte, proporciónales el éxito —rogó Tulo—. Permite que nos reunamos con ellos pronto. Juntos machacaremos a los guerreros de Arminio.»

—¿La caballería ya se ha marchado?

—Les habríamos oído —dijo Tulo encogiéndose de hombros con gesto molesto.

Sonaron las trompetas y se oyó el retumbo habitual de los cascos de los caballos, primero desde un lado y después desde el otro.

—Ahí están —dijo Fenestela sonriendo.

—Ahora volvemos a esperar —gruñó Tulo.

—Al menos has visto la actitud de Arminio —dijo Fenestela—. Vuelve a contármelo.

En cuanto la unidad de Tulo había estado en su sitio, había recibido el

permiso de Basio para espiar el campo de batalla, pero Fenestela se había quedado con los hombres.

Agradecido por la distracción, Tulo describió lo que había visto desde la orilla del río hacía un par de horas.

—Frente al río hay una gran explanada, flanqueada a izquierda y derecha por hayas y robles, como ya sabes. Los guerreros de Arminio parecen estar todos situados en el extremo más alejado de la explanada, con más bosque detrás.

—Tendrá a hombres escondidos entre los árboles a cada lado.

—Sí. Más vale que Estertinio y Emilio estén alerta cuando avancen — advirtió Tulo, mordiéndose un nudillo. Parecían tener más ventaja pero con Arminio todo era posible.

Los gritos de júbilo de los auxiliares que estaban al frente marcaron el avance de los jinetes bátavos poco después. A lo lejos se oía a los guerreros de Arminio cantando su *barritus*. Por tenue y poco intimidatorio que resultara, seguía conjurando recuerdos vívidos y desagradables para Tulo. Consciente de que aquel sonido extraño podría afectar a la moral de sus hombres, patrulló hasta la fila delantera de su centuria. Había actuado justo a tiempo. Fuera o no por culpa del *barritus*, sus hombres parecían nerviosos.

—Sois buenos chicos —les dijo—. Haced lo que os digo y todo irá bien.

—¿Cuándo tendremos ocasión de luchar, señor? —preguntó Calvo.

—Demasiado pronto, joder —masculló un soldado desde lo más profundo de la tropa.

El comentario originó unas risas tensas.

Tulo alzó una mano a modo de advertencia y sus hombres callaron.

—Depende de lo que ocurra con la caballería. Si las cosas van bien, desarticularán de algún modo la formación enemiga. La noticia hará que Germánico ordene a los auxiliares que vayan hacia delante. Quizá machaquen la línea germana y nos hagan el trabajo, por así decirlo.

—Esperemos —añadió el ingenioso anónimo.

—Vale ya —bramó Tulo. Resultaba agradable que, varias filas hacia el interior, se sisearan palabras duras al oído del culpable. Alzando la voz para beneficio de quienes no eran el inexperto Calvo, Tulo dijo—: Si los auxiliares necesitan un poco de ayuda, nos enviarán a nosotros y a las otras tres legiones

de esta fila a colaborar.

Calvo le dedicó un asentimiento decidido. Tulo pensó que era novato pero valiente. «Fortuna, asegúrate de que le basta para mantenerse con vida.»

—Recordad la instrucción, todos vosotros —aconsejó Tulo—. Manteneos junto a vuestros compañeros de ambos lados. Lanzad bien la jabalina. Cuando os acerquéis al enemigo, mantened el escudo en alto. Acordaos de utilizar el tachón, es un arma, no algo a lo que se saca brillo durante los desfiles o que sirve de espejo. Te he visto acicalándote, Antonio —dijo, señalando al soldado que se consideraba el más apuesto de la centuria. Tulo permitió que los hombres se rieran e insultaran a Antonio un rato antes de continuar—. Si le partís la nariz a un guerrero con el tachón, le dolerá tanto que podréis clavarle la espada. Aunque se haga a un lado, dejará el cuello al descubierto, lo cual os permitirá pincharle la garganta. Es fácil. —Guiñó el ojo.

Entonces sonrieron enseñando los dientes como si fueran lobos y el ambiente angustiado de antes se esfumó, como llevado por el viento.

Regresó mientras aguardaban. El ambiente se llenó de una cacofonía de ruido. Los caballos galopaban, los hombres gritaban. Los cuernos tronaban. El *barritus* germano sonó más fuerte. Se oyeron gritos, el choque de armas. Delante de Tulo, los auxiliares alentaban con bramidos a sus compañeros montados. Tulo se animó, la lucha no iba mal, por lo menos por el momento. A pesar de ello, tenía los nervios a flor de piel. Para distraerse, Tulo volvió a hablar con sus hombres y les dijo que el enemigo se echaría a correr en cuanto los legionarios entraran en acción.

Al cabo de un momento se oyeron vítores cuando Germánico vadeó el río acompañado de cuatro cohortes de pretorianos con la intención de averiguar de primera mano qué sucedía. La infantería de auxiliares, a la que enseguida se le ordenaría que avanzara, empezó a cantar en sus idiomas y a tocar los cuernos y las trompetas de batalla.

Los soldados de Tulo iban cambiando el peso de un pie a otro, ansiosos también por acabar la espera interminable. De vez en cuando les hacía comprobar el equipo. Las vejigas ya vaciadas debían apurarse de nuevo pero sin que los soldados abandonaran sus posiciones. Quienes recibieron salpicaduras se quejaron con vehemencia. El mayor ofensor fue Calvo. En

vez de orinar, vomitó como si lanzara un proyectil en la espalda del legionario que tenía delante, Piso, que no tardó en dejarle un ojo morado. Tulo fingió no percatarse del altercado. La reacción de Piso era natural. Divertido, Tulo escuchó cómo decían a Calvo en tono inequívoco que esa noche le tocaría limpiar la armadura de Piso.

—La restregarás hasta que brille más que el día que la hicieron, estúpido de mierda. ¿Me has oído?

—Lo siento —masculló Calvo, muerto de vergüenza.

—Es un poco tarde para disculparse —gruñó Piso—. ¿Estás seguro de que ahí no había un poco de pan o restos de gachas?

Calvo negó con la cabeza con expresión desgraciada.

Piso se volvió y el desventurado Calvo volvió a ser el blanco de más bromas. Tulo tomó nota mentalmente de decir por la noche que Piso olía a vómito, fuera o no verdad.

El tiempo fue pasando con lentitud. Seguía habiendo jaleo al otro lado del río, pero era imposible discernir quién ganaba o perdía. Tulo llegó a la conclusión de que los germanos aguantaban el tipo contra la caballería porque a los auxiliares todavía no se les había ordenado que cruzaran. Aquello no pintaba bien, para entonces los jinetes romanos deberían haber llevado ventaja. Por experiencia propia, los encuentros prolongados no eran el punto fuerte de la caballería.

Los auxiliares profirieron un profundo aaaahhhh de consternación. La situación no estaba yendo tal como se esperaba, pensó Tulo sombríamente. Ya no aguantaba más la tensión. Ordenó a Fenestela que tomara el mando y se dirigió al hueco más cercano que había entre las unidades auxiliares. Cuando estaba a menos de medio camino de las filas delanteras y mientras se empapaba la vista con la cruenta batalla entre la infantería y la caballería que se producía al otro lado del río, Tulo oyó que los trompetas que estaban con Germánico tocaban a retirada.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó Piso cuando regresaba a su posición.

—Y yo qué coño sé —repuso Tulo—. De todos modos, seguro que no es bueno.

Al cabo de varias horas, por el campamento circulaban varias versiones de lo sucedido. Consciente de que al menos la mitad serían rumores infundados, Tulo se reservó su opinión hasta que hubo hablado con alguien que había estado allí. Mientras pasaba el rato cerca del portón principal, se encontró con un conocido, un *optio* al que todos llamaban Puño de Hierro. Era uno de los mejores boxeadores que Tulo había visto jamás y seguía siendo el campeón de Vetera a pesar de haber cumplido ya los treinta y cinco años. Según Puño de Hierro, los primeros dos grupos de la caballería habían cruzado el río sin problemas y habían ido a por los flancos enemigos. Poco después, los bátavos habían chapoteado por el agua. Liderados por su líder carismático y audaz, Cariovalda, habían atacado al ejército de Arminio, momento en que una pequeña fuerza montada del enemigo que parecía haber sido pillada desprevenida por su avance se había batido en retirada apresuradamente. Engañados, los bátavos les habían perseguido, pero había resultado ser una trampa.

—Mientras perseguían a sus presas por los bosques situados a un lado de la explanada, aparecieron cientos de guerreros. Parecían salidos de ninguna parte, pero esa chusma estaba escondida entre los árboles —explicó Puño de Hierro—. Al comienzo fue una matanza, señor, pero ya conoces a los bátavos. Formaron un círculo y lucharon como bestias salvajes. Muchos murieron pero abatieron a una buena cantidad de enemigos. Cariovalda cayó junto con muchos de sus nobles, pero el resto de sus hombres aguantaron hasta que ahuyentamos al enemigo.

—No me extraña que Germánico llamara a retirada —reconoció Tulo.

—Hizo lo correcto, señor —convino Puño de Hierro—. Las legiones no tenían manera de superar esa lucha y lo más probable es que hubiera más bárbaros entre los árboles. Pero mañana será otro día, ¿no? No permitiremos que nos ocurra lo mismo dos veces.

—Eso —convino Tulo, aliviado por el hecho de no haber sufrido muchas bajas y preguntándose qué instrucciones daría Germánico.

Al caer la noche todavía no habían recibido ninguna orden, lo cual no era tan sorprendente. Su general debía de estar planteándose la táctica. Arminio era un enemigo inteligente y retorcido. Era bien posible que su ejército se hubiera desvanecido al amanecer, ansioso por encontrar otro punto en el que

tender una emboscada a las legiones. Quizás hubiera puesto a sus guerreros a cavar hoyos en la explanada para hacer caer a la caballería o incluso atacar los campamentos romanos.

Aunque era lógico esperar qué traería el mañana, el deseo de venganza de Tulo se había acrecentado sobremanera al ser consciente de la proximidad de Arminio. Durante el enfrentamiento con su hermano Flavo habían dejado escapar la oportunidad de matarle. La batalla tenía que haberse librado hoy. Irritable todavía mientras la luna iba alzándose en el cielo, Tulo se instaló en la sección de las fortificaciones delegadas a su centuria. Habían recibido órdenes de duplicar el número de centinelas habitual y también había un arquero cada cincuenta pasos a lo largo de la muralla. Dejó la vista perdida en la penumbra que iba formándose y se preguntó qué estaría planeando Arminio en su campamento, situado a menos de dos millas de distancia.

En otros tiempos, Tulo habría pedido permiso para urdir un plan de asesinato del líder querusco, pero ahora era un hombre más sabio y avejentado. Teniendo en cuenta que se desconocía el paradero exacto de Arminio, la misión estaba abocada al fracaso. No, tenían más posibilidades de matar a Arminio en plena batalla abierta.

—¿Crees que lucharemos mañana, señor? —preguntó Piso, cuya armadura se veía relucir desde quince pasos de distancia gracias al empeño de Calvo.

—Eso depende de Germánico —espetó Tulo— y últimamente no he hablado con él.

—No, señor —dijo Piso, decepcionado. Se marchó por el sendero que le correspondía, la corta distancia entre él y el siguiente centinela.

Tulo volvió a mirar el foso que había bajo la muralla y hacia la explanada que se extendía más allá, al este del río. Los árboles que se habían talado para evitar que el enemigo se aproximara en secreto se habían serrado y servían de combustible para las hogueras de los soldados, o se transformaban en estacas afiladas para la parte exterior de las fortificaciones. Tulo agradeció la escasa nubosidad, lo cual implicaba que brillaría la luna y las condiciones serían favorables para espiar al enemigo. Sin embargo, por mucho que aguzara la vista, no veía movimiento alguno. Un búho ululaba a lo lejos y su llamada solitaria recibía la respuesta de otro incluso más lejos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Piso con voz de alarma.

—¿Qué ocurre? —Tulo bajó la mirada al terreno que se extendía ante el campamento antes de volver a mirar a Piso.

—He visto algo, señor, a unos doscientos pasos.

Maldiciendo sus problemas de visión relacionados con la edad, Tulo volvió a mirar. Esta vez vio la silueta de un hombre agachado que se acercaba al foso. Tulo estaba a punto de dar la orden de que hicieran sonar la alarma general, pero no veía a nadie con el recién llegado. Llegó a la conclusión de que un guerrero, que es lo que debía de ser porque no había tropas romanas al otro lado de las murallas, poco daño podía hacer, pero que de todos modos era mejor estar preparado.

—Dile al arquero que tienes cerca que lance una flecha —siseó a Piso—. Cuando yo lo ordene, tiene que disparar a la zanja y hacer arder los haces de leña.

En la trinchera defensiva se habían colocado grandes haces de ramas y palitos. En caso de ataque, los romanos tendrían iluminación con la que matar al enemigo.

Al lado de Piso saltaron chispas enseguida en cuanto el arquero se puso manos a la obra con las flechas.

Tulo volvió a buscar a la figura encorvada, la vio a unos cien pasos y gritó primero en germano y luego en latín:

—¡ALTO!

El hombre se detuvo.

—¡Yo... desarmado! ¡Yo vengo en son de paz! —exclamó, su acento marcado ponía de manifiesto que no era romano.

—Quédate donde estás —ordenó Tulo.

Cerca de Piso se hizo la luz puesto que el arquero había encendido la brea del extremo de su flecha.

—¡Dispara! —ordenó Tulo.

Una llama amarillo-anaranjada salió de la muralla hacia el fondo del foso. La luz palpitó, parpadeó y recobró vida en cuanto la leña seca ardió. Tulo esperó a que el fuego tomara fuerza antes de gritar:

—¡Arriba las manos! Camina hacia delante, despacio y sin movimientos bruscos para que yo te vea.

El hombre obedeció. A pesar de lo despacio que iba, Tulo hizo que el trompeta más cercano estuviera alerta. Asimismo, ordenó al arquero que preparara otra flecha y que todos los centinelas que estaban lo bastante cerca prepararan la jabalina.

—¡ALTO! —bramó, cuando el guerrero se encontró a treinta pasos.

El intruso no era un individuo que impresionara. De complexión ligera, vestido con una túnica y pantalones andrajosos, tenía una cara enjuta que daba cuenta de una vida dura. Con los brazos en alto, tenía la vista alzada hacia las murallas con expresión resignada.

—Yo... espero —dijo en latín, con acento marcado.

—Y tanto que vas a esperar —gruñó Tulo, esforzándose por ver más allá del resplandor furibundo del foso—. ¿Qué ves? ¿Ves algo? —preguntó a Piso y al centinela del otro lado.

Tras un corto intervalo de tiempo, las respuestas fueron negativas. Tulo tampoco veía ni oía nada que resultara amenazador.

—Camina hacia mí —ordenó al guerrero—. ¡Para! —gritó cuando el hombre llegó a la leña que ardía.

Al ver que iba desarmado, Tulo llegó a la conclusión de que el guerrero no suponía ninguna amenaza.

—Mantente alerta. No bajes la guardia por si hay señales del enemigo —ordenó a Piso y a los demás centinelas.

—¿Qué quieres? —preguntó Tulo.

—Yo... cato. Quiero... hablar.

—¡Eso es lo que tú dices! Tu gente te considerará traidor por el mero hecho de estar aquí. ¿Por qué les has dejado?

El guerrero tenía los ojos inyectados en sangre y miraba de un lado a otro.

—Yo...lucho con mis compañeros. Yo... Beber demasiado. Yo... ordenar que volviera al asentamiento...el jefe de clan.

«Cuidado con el desdeñado, Arminio», pensó Tulo con cierta satisfacción. El aspecto desastrado que presentaba el guerrero y su tez manchada daban cierta credibilidad a la historia.

—Así que has venido aquí. ¿Por qué? —inquirió Tulo.

—Tengo información... sobre los planes... de Arminio.

Una oleada de emoción embargó a Tulo. Lanzó una mirada a Piso.

—¿Ves algo? —Piso no veía nada, ni tampoco ninguno de los centinelas a cien pasos a la redonda. Si Arminio planeaba un ataque, debía de ser jodidamente malo, pensó Tulo. Dio órdenes al guerrero de dirigirse al portón más cercano, bajó traqueteando la escalera y se dispuso a reunirse con él.

La entrada a la espaciosa tienda de Germánico estaba iluminada por antorchas empapadas de brea con el extremo clavado en el suelo. Los impertérritos pretorianos rodeaban todo el perímetro, cada hombre situado junto a una antorcha encendida. Así eran las cosas desde el atentado que el general había sufrido en Vetera el otoño anterior. A Tulo le pareció tranquilizador, pues Germánico significaba mucho para él. No solo había resucitado la carrera de Tulo sino que era un líder excelente. Era él quien infligiría una derrota a Arminio, destruiría su ejército y recuperaría el águila de la XVIII.

Sin embargo, el respeto que Tulo sentía por el sobrino del emperador no incluía a sus guardaespaldas. Los pretorianos, que cobraban mucho más que un legionario estándar, solían carecer de experiencia en combate y considerarse superiores a los soldados rasos. Esta actitud hacía que fueran poco estimados por estos últimos. Tulo se acercó con paso decidido a la pareja que estaba de servicio a ambos lados de la entrada de la tienda. El guerrero cato, al que había hecho cachear, le seguía arrastrando los pies. Piso y Metilio iban a continuación, con las manos prestas en la empuñadura de la espada.

—¡Alto! —bramaron los dos centinelas.

Tulo obedeció mirándolos con dureza.

—Di tu nombre, rango y motivo —espetó uno, un monstruo de mandíbula cuadrada que le sacaba dos palmos.

—Centurión Tulo, segunda centuria, primera cohorte, legión V. Deseo

hablar con nuestro comandante.

El alto pretoriano enarcó una ceja mientras miraba a su compañero.

—Pretende ver al gobernador, a estas horas. —Volvió a mirar a Tulo con frialdad—. Es un poco tarde, señor.

Hizo tan poco hincapié en la última palabra que a Tulo le entraron los sudores.

—Soy consciente de la hora. La noticia que traigo es importante —arguyó con un gruñido.

—Nosotros obedecemos órdenes, señor. El gobernador ya se ha retirado a dormir —dijo con un tono más petulante que otra cosa.

—Tiene que oír la noticia que le trae este hombre. —Tulo señaló al cautivo con el pulgar.

El pretoriano recorrió con mirada desdeñosa al guerrero y luego a Piso y Metilio, para posarse otra vez en Tulo.

—¿Noticias? —dijo—. ¿De este tipejo, señor?

—Eso es —repuso Tulo cada vez más furioso.

—No creo que al gobernador le haga gracia que le despierten por culpa de este pedazo de mierda, señor.

Tulo se hartó.

—¿Eso crees? ¡No me hagas reír!

El pretoriano frunció el ceño con furia.

—Yo...

—¡Cierra el pico, gusano presuntuoso! —Tulo empleó el volumen que usaba para el patio de armas—. Soy centurión desde hace más años de los que tú te limpias el culo solo. He librado el doble de batallas que las veces que tú has estado en un desfile y he matado a más hombres que la cantidad de veces que tú le has sacado brillo a tu puta armadura. Germánico me conoce y, encima, este pedazo de mierda es un desertor del campamento de Arminio. Te sugiero que vayas a hablar con el gobernador ¡AHORA MISMO!

El pretoriano intentó decir algo pero no fue capaz. Su compañero también estaba boquiabierto.

—¿Lo has entendido, pedazo de mierda inútil? —bramó Tulo.

—Sí, señor. —Encogiendo sus portentosos hombros como diciendo «¿Qué más puedo hacer?» a su asombrado compañero, entró pesadamente en

la tienda.

Tulo se comportó como si el segundo centinela ni siquiera estuviera presente mientras esperaban. Tanto Piso como Metilio parecían sumamente complacidos, les habría encantado ver al pretoriano humillado, pensó Tulo divertido.

El pretoriano apareció enseguida para informar de que Tulo debía esperar a un oficial de alto rango, oficial que apareció al cabo de veinte segundos, ajustándose todavía el tahalí y el cinturón metálico. Tenía poco más de treinta años, era delgado, llevaba el pelo lubricado y dedicó una sonrisa tensa a Tulo. En otras circunstancias, se habría mostrado más hostil.

—¿Eres el centurión Tulo? —preguntó.

—Sí, señor. —Tulo sintió una inmensa satisfacción al ver la consternación que se reflejaba en el rostro del pretoriano. «Sí, puedo terminar con tu carrera en cuanto entre ahí dentro», pensó. «Chúpate esa, gusano.»

El oficial de alto rango suavizó ligeramente la expresión arrogante.

—¿Traes noticias para el gobernador?

Tulo hizo un gesto hacia el guerrero cato.

—Este hombre viene del campamento de Arminio, señor. Pensé que Germánico querría escuchar las noticias que trae.

El oficial hizo un gesto desdeñoso.

—Como quieras —comentó—. Acompañadme, tú y ese bárbaro.

Condujo a Tulo y al guerrero cato de expresión recelosa por una antecámara totalmente alfombrada. Quedaron flanqueados por estatuas pintadas de Marte, Juno y Minerva, la tríada sagrada. El olor del pabito quemado impregnaba el ambiente, por lo que Tulo dedujo que las docenas de lámparas de los enormes soportes de bronce se habían apagado hacía poco rato. Probablemente, Germánico todavía no estuviera dormido. A pesar del apremio de la visita de Tulo, eso era bueno.

Cruzaron varias salas compartimentadas, una dedicada al emperador Tiberio y otra montada como *lararium*, el santuario presente en todos los hogares romanos. La última era un gran comedor, provisto de tres canapés dispuestos del modo habitual alrededor de una mesa baja. «Así viven los privilegiados —pensó Tulo—. Incluso en campaña, Germánico come como si estuviera en su palacio de Roma mientras los soldados nos sentamos

alrededor de la hoguera.»

El oficial se detuvo antes de una última partición de lana, decorada de tal modo que parecía un mosaico. Dos pretorianos, igual de impertérritos que sus compañeros del exterior, flanqueaban la entrada. El oficial les dedicó un asentimiento de cabeza y soltó una tos nerviosa.

—¿Señor?

—¿Quién es? —preguntó Germánico desde el otro lado de la partición.

—Estoy con el centurión Tulo, señor, y un guerrero germano que dice traer noticias importantes.

—Que entre Tulo.

—De inmediato, señor. —El oficial hizo un gesto a Tulo y dijo, moviendo los labios—: Entra.

El guerrero cato no parecía estar muy contento.

—No te harán daño.

Tulo levantó la partición.

Se sintió aliviado al ver que la estancia que encontró a continuación no era el dormitorio de Germánico sino otra zona de recepción presidida por el busto pintado de un Tiberio de expresión severa y mofletudo, tal como era en vida. Había unos sillones que parecían cómodos junto a las «paredes». Varios documentos, tinteros y estilos de hierro cubrían la superficie de una mesa de roble con incrustaciones de bronce y las patas talladas en forma de garras de león. Cuando Tulo entró, Germánico alzó la cabeza de los pergaminos con aspecto cansado. Vestido con una túnica con cinturón ribeteada de color púrpura conservaba su majestuosidad, una presencia que infundía respeto.

—Tenía que haber imaginado que serías tú —dijo en cuanto Tulo le saludó.

Como nunca sabía si Germánico bromeaba o se burlaba de él, pues Tulo sospechaba que era una mezcla de ambas cosas, masculló:

—Siento interrumpir tu descanso, señor. He venido porque es grave.

Germánico desplegó una gran sonrisa.

—Cuéntame.

Tulo le resumió el porqué de la presencia del guerrero cato y entonces lo hizo llamar. Germánico le escuchó con una ceja enarcada.

—Aquí tienes a Germánico, gobernador imperial de los distritos militares

de Germania y sobrino del emperador Tiberio. Es una de las personas más importantes del imperio —siseó Tulo—. ¡Arrodíllate!

El guerrero obedeció con muy poca gracia.

Exasperado, pues incluso esa chusma germana se consideraba igual a los demás, Tulo presionó al guerrero por la nuca para obligarle a mirar al suelo.

—No te muevas hasta que te dé permiso —ordenó Tulo.

—Qué espécimen tan penoso —observó Germánico con sequedad.

—Totalmente de acuerdo, señor —convino Tulo—. Pero lo que cuenta suena a verdadero. Le van el juego y las peleas y el jefe de su clan le ordenó que se marchara del campamento de Arminio y regresara a su aldea. Contrariado, vino a nosotros.

—Tú —bramó Germánico.

Tulo le susurró «mira al gobernador» y el guerrero alzó la vista.

—¿Sí, señor? —preguntó en latín.

—Cuéntame lo que sabes.

Alentado por el asentimiento de Tulo, el guerrero empezó a hablar. Según parecía, Arminio había elegido el lugar desde donde se enfrentaría, o intentaría enfrentarse, a las legiones en días venideros. Esa misma noche, él y los jefes de clan leales a él se habían reunido en un bosque local consagrado a Donar, el dios del trueno, para pedir la bendición divina a su iniciativa.

—Hay más —reveló el guerrero—. También tiene intención de atacar vuestro campamento. A ser posible al amparo de la oscuridad.

Germánico le había escuchado en silencio. Nervioso, el guerrero miró a Tulo, que le indicó que debía esperar.

—¿Tú qué opinas, Tulo? —preguntó Germánico.

Asombrado, pues ¿qué más daba su opinión?, Tulo respondió.

—¿Señor?

—¿Dice la verdad?

Tulo notó el peso de la mirada de desesperación del guerrero. Si daba una respuesta negativa, tendría un final rápido. Pero aquello no preocupaba a Tulo porque si el guerrero mentía merecía morir. Lo que importaba era aconsejar bien a Germánico. Transcurrieron varios segundos.

—Creo que sí, señor —dijo Tulo—. Si el hombre se lo está inventando, hay que reconocer que tiene imaginación.

—Eso he concluido yo también —reconoció Germánico, asintiendo—. Sin embargo, supongamos que miente, supongamos que le ha enviado Arminio. ¿Entonces qué?

—Yo creo que tienes varias opciones, señor. No hay por qué luchar en el terreno elegido por Arminio, hay tiempo de pillarlo en otro lugar. Podemos prepararnos para un ataque nocturno, con Cecina se organizó un ataque similar que causó infinidad de bajas en el enemigo. Y si este hombre dice la verdad tal como creemos, entonces ya estamos sobre aviso.

Volvió a reinar el silencio y Tulo permaneció callado. Él ya había dado su opinión, el resto era decisión de Germánico. El guerrero, consciente de que su destino pendía de un hilo, volvió a clavar la vista en el suelo.

—Me han dicho que los hombres están...inquietos por los acontecimientos de la jornada —dijo Germánico de repente—. ¿Tú también lo dirías?

—Yo solo puedo hablar de mis soldados, señor —dijo Tulo—. No están muy allá, pero no es nada de qué preocuparse. Nada que ver con el otoño pasado. Lucharán mañana si es lo que quieres.

—Bien. —Germánico se puso en pie y dedicó un asentimiento comedido al guerrero—. Te creo, hasta cierto punto. Permanecerás en el campamento bajo vigilancia hasta que quede claro que dices la verdad. Si pasa lo que has dicho, serás recompensado. Si no...

—Mil gracias, señor —exclamó el guerrero—. No he mentado, ya lo verás.

Germánico llamó a un pretoriano y ordenó que se llevaran al guerrero.

Tulo, que esperaba que también lo despachara, se sorprendió cuando Germánico le dijo que fuera con él.

—¿Señor?

—Voy a internarme en el campamento.

Tulo sintió el primer estremecimiento alarmante.

—¿Ahora, señor?

—Quiero calibrar el estado de ánimo de los hombres, sobre todo el de los auxiliares. Ver si el desastre de hoy les ha tocado la moral. Ha sido una calamidad —repitió Germánico cuando Tulo puso cara de sorpresa—. Cariovalda es un imbécil y por culpa de él han muerto demasiados hombres. Tenía instrucciones expresas de atacar al cuerpo principal del ejército de

Arminio y de no tener en cuenta los amagos o ataques de otros grupos enemigos. No ha sido más que una trampa, hasta un niño se habría dado cuenta, pero él ha caído en ella de todos modos. Idiota.

Tulo decidió que lo más prudente era callar.

Al cabo de un momento, Germánico se rio por lo bajo.

—Apuesto a que tú habrías cumplido las órdenes al pie de la letra. —Hizo un gesto de desdén con la mano cuando Tulo abrió la boca—. No hace falta que respondas. Si hubieras liderado el ataque, lo más probable es que ahora estuviésemos celebrando la victoria. Así pues, ¿me acompañas?

—Será un honor para mí, señor. Usa mi capa —dijo Tulo, soltándose el cierre de la capa—. Está lo bastante mugrienta como para pertenecer a un soldado raso.

—Tú también tienes que pasar desapercibido.

—Dos de mis hombres están fuera, señor. Tomaré una de sus capas.

—Haré que vayan a buscarla. —Germánico bajó la voz—. Vamos a salir por la parte trasera de la tienda.

—¿Y los guardas, señor?

—¿Qué pasa con ellos? —Los ojos de Germánico despedían una ilusión infantil—. No correré ningún peligro. Estaré contigo.

—Sí, señor —repuso Tulo en un tono más seguro de cómo se sentía en realidad.

Si le ocurría algo a Germánico, las culpas recaerían en él.

Arminio acercó las botas al fuego y se envolvió mejor con la capa. Era tarde, casi medianoche, pensó. Los únicos sonidos eran el relincho ocasional de un caballo, los murmullos apagados procedentes de unas cuantas tiendas y los reclamos de los búhos desde los árboles que les rodeaban. El ambiente era fresco y calmo. Cada voluta de su aliento se alzaba directamente al cielo despejado. Una luna brillante de un color blanco amarillento dominaba el firmamento y hacía que las estrellas parecieran minúsculas. Llevaba horas sentado con Maelo, hablando del enfrentamiento de la jornada.

Ambos hombres se sentían frustrados por la oportunidad que habían dejado escapar. Si el resto de la caballería enemiga hubiera caído en la trampa de Arminio, las legiones habrían cruzado el río en masa para acudir en su ayuda y miles de guerreros escondidos en los árboles les habrían atacado por ambos lados. Habría sido una matanza. Sin embargo, la sensatez de Germánico y la disciplina de sus soldados habían confinado las bajas de los romanos a los bátavos y a unos cuantos jinetes muertos mientras se escabullían.

—No todo es tan negativo —dictaminó Arminio—. Germánico tuvo que retirarse al otro lado del Visurgis mucho más rápido de lo que habría querido. Una salida poco digna para un general, diría yo; y sus tropas le habrán visto correr para ponerse a salvo. Les habrá minado la moral.

—Una pena lo del hijo de puta cato, ¿eh? —masculló Maelo—. Si se creen su historia, Germánico se enterará del ataque que planeamos.

Arminio asintió. Hacía poco que se habían enterado de que uno de los

jefes de clan cato había expulsado a un borracho por causar problemas. En vez de regresar a su aldea, había huido a escondidas en dirección al campamento romano. Cuando la patrulla que lo había visto le había dado el alto, se había esfumado en la oscuridad.

—Con un poco de suerte, ese imbécil se habrá caído y se habrá partido el cuello —dijo Maelo dando un sorbo del odre de vino.

—Es preferible pensar que en este preciso instante está hablando con Germánico.

—¿Entonces posponemos el ataque? —Habían pasado buena parte de la tarde transmitiendo las órdenes de Arminio. Antes del amanecer, más de dos tercios de sus fuerzas estarían listos para atacar los campamentos romanos mientras que el resto se prepararía para tender una emboscada al enemigo si rompían filas y huían.

—No. Tenemos que atacar mientras la situación esté candente, los jefes de clan están ansiosos por luchar, al igual que sus guerreros. —Arminio notó enseguida la mirada de Maelo sobre su persona—. El desastre del año pasado no se repetirá, no te preocupes. Antes enviaré exploradores a inspeccionar el terreno. Si existe el menor indicio de que los romanos están al corriente de nuestro plan, lo dejaremos correr.

Maelo emitió un gruñido de satisfacción.

—Idistaviso parece un buen escenario para la batalla, llegado el momento.

—Le falta un río, pero bastará, Donar mediante —dijo Arminio, pasándose el dedo por los labios con ademán pensativo. Aunque el ataque sobre el campamento enemigo tuviera éxito, la envergadura del ejército de Germánico y las defensas impedirían que la victoria fuera completa. Si Germánico mordía el anzuelo, la batalla propiamente dicha se libraría en Idistaviso, una llanura situada a pocas millas de distancia. Una arboleda la delimitaba por ambos lados y por la parte posterior; Arminio tenía intención de situar a sus guerreros en el borde oriental a fin de ocupar el terreno llano y el más elevado que estaba detrás. Las tropas de Germánico quedarían expuestas más de un cuarto de milla mientras marcharan para alcanzar a sus fuerzas, tiempo durante el cual podrían ser acosadas por izquierda y derecha. Aquella pequeña ventaja no tenía nada que ver con la que habían tenido hacía siete años, lo cual preocupaba a Arminio, pero no podía andarse con evasivas

todo el verano. A pesar de arder en deseos de luchar, los jefes de clan estaban cada día más inquietos.

—¿Qué opinas de nuestras posibilidades? ¿Estamos igualados? Dos a uno a favor, dos a uno en contra. —Maelo habló con pragmatismo.

—Por desgracia, yo no diría dos a uno a favor. —Arminio dejó escapar una risa amarga—. Más bien igualados, si Donar nos ayuda.

—Me pregunto si habrá significado algo el sacrificio de Tudro —musitó Maelo.

—Vete a saber —repuso Arminio, que se sintió incómodo y preocupado por si el dios había intuido la crueldad de su motivación con respecto al sacrificio de Tudro—. Los dioses hacen lo que les place.

—Así ha sido siempre. Estamos en sus manos.

—Hay otra cosa más que podemos hacer —dijo Arminio, espionando a una figura que se encaminaba en su dirección.

—¿Quién es? —siseó Maelo, que se llevó la mano a la espada.

—Tranquilo. Es un guerrero usipeto con el que he hablado antes. Habla bien latín.

Asombrado, Maelo escupió un sorbo de vino.

—¿Cómo?

—Antes de la emboscada que tendimos a Varo, su madre pagó para que estudiara en Vetera arguyendo que un guerrero que hablara latín tendría más posibilidades de ascender entre las filas de los auxiliares.

—¿Es de confianza?

—El chico es de buena familia y es leal, según dicen varios jefes de clan.

—¿Qué tramas, Arminio?

Arminio no respondió. Cuando su visitante estuvo más cerca, dijo:

—Bienvenido, Gervas.

Gervas llegó al círculo que iluminaba la hoguera y parpadeó. Era un joven de tez pálida de unas veinte primaveras y muy delgado. Vestía una túnica marrón oscuro y los bombachos estampados típicos de su tribu.

—Arminio. —Bajó la cabeza hacia Maelo, que asintió ligeramente a modo de respuesta.

Arminio señaló la zona de la manta que quedaba libre alrededor del fuego.

—Te estaba esperando.

Gervas se sentó con expresión ansiosa.

—¿Llego tarde?

—Nada de eso. Es la hora perfecta para tu misión.

—¿Te importaría explicármelo? —preguntó Maelo.

—Díselo, Gervas —ordenó Arminio.

—Muchos soldados romanos deben de estar descontentos después de la batalla de hoy. ¿No crees que no iría mal desestabilizarlos un poco más? — En el rostro de Gervas se dibujó una tímida sonrisa—. Con la bendición de Arminio voy a cabalgar hasta los campamentos romanos que hay al otro lado del río y hablaré con los centinelas. Ofreceré mujeres, dinero y tierras a todos los legionarios y auxiliares que se unan a nuestra causa.

—Hay más de sesenta mil soldados romanos al otro lado del río — cuestionó Maelo—. ¿Hablarás con todos?

Gervas adoptó una expresión abochornada.

—Maelo siempre da la réplica —dijo Arminio—. Continúa.

—Tengo amigos que hablan un poco de latín —dijo Gervas—. Harán lo mismo en distintos lugares de los campamentos enemigos.

Maelo dejó escapar un *fiuuuu* de desdén.

—Ten un poco de fe —dijo Arminio—. Este ardid quizá no convenza a muchos legionarios, pero esta noche seguro que los auxiliares no están muy contentos. Recuerda que habrán visto cómo mataban a los bátavos.

—Supongo que vale la pena intentarlo, pero creo que funcionaría mejor incendiar uno de sus campamentos —sugirió Maelo.

—No podemos hacer eso —replicó Arminio, molesto—. Hacemos lo que podemos contra el monstruo que es Roma y sembrar el malestar en sus filas es una herramienta útil.

—De acuerdo. —Maelo se levantó y se dirigió hacia los árboles más próximos—. La llamada de la naturaleza.

Arminio miró a Gervas.

—No tenemos nada que perder por intentarlo. Si desertan ni que sean media docena de auxiliares, habrá valido la pena. Infórmame de lo sucedido cuando regreses, sea la hora que sea.

—Descuida. —En vez de levantarse, Gervas permaneció sentado.

—¿Hay algo más? —preguntó Arminio sorprendido.

—Sí. —Carraspeó con nerviosismo—. Lo más probable es que no sea nada pero me tiene preocupado.

—Habla —ordenó Arminio con suma amabilidad.

—¿Recuerdas la reunión organizada por Malovendo hace algunos meses en la que los jefes accedieron a seguirte?

—Por supuesto —dijo Arminio. Su éxito, dado el antagonismo de Gerulf, y la cópula memorable con la viuda de pecho prominente habían hecho que la noche fuera inolvidable.

—Un hombre que yo apreciaba murió esa noche, uno de los jefes de tribu. Gerulf era primo de mi padre. Después de la muerte de mis padres en el incendio de nuestra casa comunitaria, él me crio como a un hijo.

Arminio desconocía que Gerulf fuera pariente de Gervas, pero no lo puso de manifiesto.

—Sí, lo recuerdo. Un asunto triste. Cayó borracho en un ventisquero cuando salió a orinar, ¿no es eso lo que le ocurrió?

—Eso es lo que dicen los hombres. —Gervas había endurecido la expresión—. Aparte de uno, claro está.

—¿De quién se trata? —inquirió Arminio con tono jocoso.

—Un anciano, uno de los más mayores del asentamiento de Malovendo. Ha vivido noventa veranos con sus correspondientes inviernos, o eso dijo.

—¿Dijo?

—Un resfriado se lo llevó hace un mes.

—Qué lástima —mintió Arminio—. ¿Antes de morir todavía conservaba la cabeza? —Vio que Maelo reaparecía pero se quedaba al fondo, diez pasos por detrás de Gervas. Con una muy discreta inclinación del mentón, Arminio indicó a Maelo que se quedara donde estaba—. A esa edad, la mayoría de las personas tienen el cerebro hecho papilla.

—Se le olvidaban ciertas cosas, eso es verdad —reconoció Gervas—. Pero parecía estar seguro acerca de esa noche. —Por primera vez desde que empezara a hablar de Gerulf, dio la impresión de que le flaqueaba la seguridad—. Estaba fuera aliviándose. Como temía caer en la nieve, se apoyó prácticamente a oscuras en la pared de su choza. Un hombre delgado salió de la casa comunal de Malovendo, situada a menos de veinte pasos, y se paró casi de inmediato a orinar.

—Muchos de nosotros lo hicimos en varias ocasiones esa noche. Malovendo es un anfitrión generoso y la cerveza no paró de circular. — Arminio sabía lo que Gervas estaba a punto de decir. Igual que Maelo, que tenía el puñal preparado en la mano. Arminio le observó con una mirada de advertencia—. A ver si lo adivino, ¿vio a Gerulf?

Gervas frunció el ceño.

—Eso creo, pero ¿qué te hace decirlo?

Arminio se encogió de hombros restándole importancia.

—Porque tú has hablado de él.

—El anciano vio que alguien parecido a Maelo salía de la casa comunitaria de Malovendo y se colocaba con sigilo detrás del hombre que meaba. Le tapó la boca con una mano y lo despachó entre las casas. —Gervas fulminó con la mirada a Arminio y buscó a Maelo a su alrededor, que se internó como un felino en la penumbra.

—¿Crees que secuestraron y asesinaron a Gerulf? —preguntó Arminio con interés fingido.

—Eso es lo que pareció, sí.

—Lo más probable es que alguien le hiciera una broma a un amigo, ¿no? Los guerreros siempre se gastan bromas estúpidas, hacen ver que luchan, que se pelean, etc.

—No creo. El anciano se asustó pero se quedó mirando desde la puerta entornada. Poco después vio que la figura regresaba a la casa comunitaria de Malovendo. La luz del interior le iluminó el rostro al entrar. —A Gervas le temblaba un poco la voz cuando dijo—: Juró que se trataba de Maelo.

—Dudo que el anciano fuera capaz de identificar a su propio hijo a diez pasos de distancia, y mucho menos a alguien que no conoce demasiado desde una distancia mayor —objetó Arminio empleando todo su carisma—. Debía de tener dificultades para ir de la cama a la puerta y viceversa sin caerse.

—Al día siguiente vio a Maelo hablando con Malovendo. Estaba seguro de a quién había visto. —Gervas hablaba con determinación.

—¿Por qué iba Maelo a matar a Gerulf?

—Esa respuesta la puedes dar tú. —Gervas no miró a Arminio al hablar.

—Venga ya —dijo Arminio disimulando su furia—. Es verdad que a Gerulf no le caíamos bien Maelo y yo, pero que uno de nosotros decidiera

matarlo... Eso es demasiado. —Clavó sus ojos grandes y convincentes en Gervas.

—¡El anciano estaba convencido de que Maelo lo había matado!

Arminio esbozó su mejor sonrisa.

—Aunque fuera Maelo a quien vio la segunda vez, ¿qué más da? Durante la velada Maelo regresó a la casa en la que nos alojábamos para ir a buscar un odre de buen vino. Yo quería compartirlo con Malovendo. Tal vez el anciano, que en paz descanse, viera a Maelo cuando regresó.

Al cabo de unos instantes, Gervas bajó la mirada.

—Sí, espero que estés en lo cierto.

—Gerulf era una buena persona, debió de ser una gran pérdida para ti —dijo Arminio mientras pensaba «estoy bien harto de este imbécil. Ahora, más vale que este mozalbete me crea o Maelo también tendrá que cargárselo».

—Pues sí —musitó Gervas.

Arminio dejó transcurrir varios segundos antes de hablar.

—Ahora mejor que te marches. La misión te llevará por lo menos dos horas y la luna ya ha pasado de su cénit. Más vale que no estés cerca de los campamentos romanos cuando llegue el amanecer.

Maelo escogió ese momento para aparecer con expresión apesadumbrada.

—Os juro que tengo el estómago revuelto. ¿Qué me he perdido?

—Nada más que los últimos detalles de lo que les diré a los romanos —dijo Gervas, dedicando una mirada suplicante a Arminio en la que le pedía que guardara silencio.

—Que Donar te guíe —dijo Arminio cuando Gervas se marchó discretamente.

—¿Te ha creído? —susurró Maelo.

—Más bien sí, pero le ha quedado cierta duda.

—Más vale que esté al tanto, entonces. Habrá problemas si empieza a compartir sus teorías con otros hombres.

—En estos momentos, tenemos asuntos más importantes de los que preocuparnos —declaró Arminio—. Dedicó una mirada de complicidad a Maelo. —Si la cosa va mal, no nos costará eliminarlo más que a Gerulf.

—Más vale llevar la capucha, señor —aconsejó Tulo. Después de salir de la tienda sin que los pretorianos que vigilaban se dieran cuenta, él y Germánico se dirigían a las líneas de los auxiliares. No había forma de evitar la enorme estatura del gobernador, pero si quería tener alguna posibilidad de permanecer anónimo, tenía que taparse la cara.

—Supongo que no hay otra opción —dijo Germánico a regañadientes.

—Me temo que no, señor. Todos los hombres del campamento te conocen.

—Cierto. —Germánico por fin le hizo caso.

Como era muy tarde, las calles estaban casi vacías pero alrededor de muchas tiendas la actividad continuaba. La luz de la luna iluminaba el lugar lo suficiente como para distinguir la posición de cada cohorte y las filas de tiendas de cada centuria. Germánico, ávido por escuchar a hurtadillas, enseguida se desvió hacia un lateral de la avenida.

—Por aquí podríamos ir a las posiciones de los auxiliares, señor —sugirió Tulo—. Puedes escuchar las conversaciones mientras caminamos.

—Estos soldados son de la XX, ¿verdad?

Tulo lanzó una mirada al estandarte más cercano.

—Sí, señor.

—Tienen pocos motivos para apreciarme.

—¿Por el motín, señor?

—Sí. —Germánico no dio muestras de arrepentimiento—. No había otra forma de sofocarlo, independientemente de lo que piensen. Si no hubiéramos

acabado con los instigadores, el problema se habría podrido como una herida desatendida.

El desenlace sangriento del alzamiento de los legionarios había acabado con la muerte de cientos de hombres, culpables e inocentes, en los campos que flanqueaban el Rhenus. Tulo había desempeñado su papel para restablecer la paz en Vetera y a veces los recuerdos sangrientos de ese momento se le aparecían en sueños, pues había sido el único momento en el que se había visto clavándoles la espada a los de su bando. No obstante, casi dieciocho meses después, a él tampoco se le ocurría una alternativa rápida y eficiente capaz de sofocar el motín.

—¿No estás de acuerdo conmigo?

Asombrado, Tulo se dio cuenta de que su silencio se había tomado como desaprobación. Miró a Germánico con la misma firmeza que él le miraba.

—Sí, señor. Fueron unos días horribles, pero los hombres que han matado a sus oficiales y desafiado a su general no pueden dejarse con vida. Ha llovido mucho desde entonces, los soldados han pasado meses en Germania bajo tu mando y han derrotado a numerosas tribus en la batalla. Una de las águilas vuelve a estar en nuestras manos. Los hombres respetan tales logros. Te seguirían a cualquier lugar. Escúchales, señor, y lo verás.

Germánico se mostró complacido.

Tulo estaba prácticamente convencido de estar en lo cierto, pero empezó a ponerse nervioso mientras recorrían las hileras de tiendas de la quinta cohorte de la XX. Las primeras tiendas con las que se encontraron eran las de la cuarta centuria. Eran igual que todas las demás hileras de las unidades: en el extremo más cercano, una tienda grande para los tres oficiales jóvenes y una incluso mayor para el centurión; a partir de ahí, diez tiendas, cada una con un *contubernium* de legionarios. Lo más arriesgado era pasar junto a las tiendas del centurión y otros oficiales; debido a su rango, tendían a mirar con más fijeza que los soldados rasos a los viandantes. Sin embargo, estaban de suerte, pues las solapas de las tiendas de mayor tamaño estaban bien cerradas y anudadas.

En el exterior de la primera tienda de legionarios todavía quedaban las ascuas de una hoguera. Había tres siluetas envueltas en una manta a su alrededor, apoyadas en los codos. Nadie miró ni a Tulo ni a Germánico.

—A mí me parece, Sexto, que has pillado algo feo de una de esas putas con las que vas —dijo el hombre más cercano a la tienda.

—Eso de que cuando meas parezca que sacas esquiras diminutas de cerámica —añadió uno de sus compañeros— no suena bien. Llevas quejándote de lo mismo desde que salimos de Vetera.

Tulo lanzó una mirada al tercer hombre, cuya infelicidad resultaba obvia.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —protestó.

—Ve al médico —instó el primer hombre.

—Seré el hazmerreír de la centuria —reconoció el soldado, afligido.

Tulo sabía lo que dirían a continuación y tuvo que reprimir su alegría cuando el segundo legionario gruñó:

—¡Ya lo eres, Sexto!

—¿Ese tipo de... quejas son habituales? —preguntó Germánico en cuanto se encontraron a una distancia prudencial.

—Sí, señor. Los hombres son así y los burdeles están siempre más concurridos antes del inicio de una campaña. El riesgo de pillar una enfermedad aumenta en consecuencia.

—No tenía ni idea. —A Germánico pareció divertirse más que molestarle.

—Es lógico, señor. Nos incumbe a gente como yo y mis oficiales jóvenes, aparte de a los médicos, claro está, tratar las dolencias y enfermedades. No temas, ese hombre estará en condiciones de luchar mañana.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Tulo soltó una risa funesta.

—Hay pocas cosas que una vara de vid no sea capaz de conseguir en el caso de los soldados, señor. Los hombres tienen que estar muy enfermos antes de que los centuriones les dejen ir al hospital.

Para entonces habían pasado junto a dos tiendas más y los ocupantes de la siguiente ya se habían retirado para pasar la noche. Los hombres de las tiendas quinta y sexta estaban congregados alrededor de una única hoguera, apostando y bebiendo vino. Uno vio a Tulo y a Germánico y saltó:

—¡Eh, amigos! ¿Os apetece probar suerte con los dados?

—Tengo el monedero vacío —repuso Tulo, tal como había oído a sus hombres decir infinidad de veces—. Y mi hermano también.

—Siempre falta demasiado para cobrar, ¿eh? —dijo el soldado,

saludándoles amistosamente y regresando a sus compañeros.

—Me pregunto si Germánico juega a los dados con sus oficiales de alto rango —dijo un legionario que estaba cerca del fuego.

—Si juega, será con *aurei* —espetó otro.

Germánico se había puesto rígido y Tulo lo tomó del codo.

—Sigue caminando, señor —siseó. Se sintió aliviado al ver que el gobernador obedecía.

—Seguro que no está desperdiciando la noche como nosotros, pobres desgraciados —replicó el soldado que les había dirigido la palabra—. Germánico estará ya bajo las mantas, recibiendo su dosis de sueño antes de la batalla de mañana.

Los allí reunidos mostraron su aprobación de forma ruidosa y empezaron a hacer comentarios.

—Germánico es un buen general, y no se las da de nada ni se pavonea como otros.

—Además es tranquilo: cuando los bátavos han recibido su castigo, no le ha entrado el pánico.

—Si mañana hay lucha, dará una lección a esos bárbaros que nunca olvidarán —declaró uno de los legionarios—. Germánico se enorgullecerá de nosotros.

—¿Lo ves, señor? Te tienen en gran consideración.

El gobernador desplegó una amplia sonrisa.

—Eso parece.

Tras una hora vagando por el campamento, había quedado claro que los sentimientos de los demás soldados no diferían. Incluso los auxiliares estaban ansiosos por luchar, ardiendo en deseos de venganza contra los guerreros que habían matado a tantos de los suyos. Cuando regresaron a la tienda de Germánico, recibieron la noticia de que varios guerreros germanos que hablaban latín habían cabalgado hacia las murallas y ofrecían tierras, mujeres y dinero a los centinelas si cambiaban de bando. Germánico se echó a reír cuando el mensajero le hizo saber la respuesta de los centinelas: que ellos mismos cogerían a las mujeres y las tierras de los guerreros, pero como botín de guerra. Entonces despachó a Tulo sin revelar sus intenciones para el día siguiente.

A Tulo le picaba la curiosidad, por lo que tomó aire y preguntó:

—¿Vamos a luchar contra Arminio mañana, señor?

—Al amanecer daré las órdenes pertinentes.

—Sí, señor —dijo Tulo, decepcionado. Se marchó tras realizar un saludo rápido.

Había dejado atrás a los dos pretorianos y había recorrido ya la mitad de la estancia adyacente cuando Germánico se dirigió a él en voz bien alta.

—Descansa esta noche, Tulo. Asegúrate de tener la espada afilada por la mañana.

Arminio estaba colérico. Desde que Gervas regresara abatido en plena noche después de que su misión fracasara estrepitosamente, estaba de un humor de perros. Al amanecer Arminio todavía se había ido enfureciendo más. Ahora tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener una expresión amable mientras alentaba a sus guerreros a volver poco a poco a cruzar el Visurgis. Llevaban horas de retraso, pensó. Tal como había insistido a los jefes de clan la noche anterior, la mejor posibilidad de éxito que tenían era atacar los campamentos romanos al amparo de la oscuridad. Con el frío previo al amanecer, la mayoría de los legionarios estarían dormidos como troncos y los centinelas apáticos por el cansancio. Sin embargo, allí estaban, pensó con una mirada furiosa al ver el sol en lo alto, pues ya era más de mediodía.

Por supuesto, sus queruscos habían estado preparados a la hora acordada, pero las demás tribus no habían aparecido en el lugar previsto en el exterior de su campamento. Arminio apretó los dientes. Había esperado un rato para dar el beneficio de la duda a sus aliados. Para cuando se dio cuenta de que no iban a venir y envió a hombres a investigar, ya había transcurrido más de una hora. Habían perdido el tiempo localizando la tienda de cada uno de los jefes de clan en el campamento desordenado y más todavía levantándolos. Los rezagados todavía dormían. Con expresión avergonzada, un jefe brúctero había reconocido que él y otros habían pasado la noche bebiendo por la victoria del día anterior. Era un milagro que muchos de sus guerreros no hubieran hecho lo mismo. Menos mal que Maelo apareció, pensó Arminio, y

evitó que la emprendiera a golpes contra el imbécil brúctero. Con esa reacción, habría dado al traste con su alianza de inmediato.

Acercarse siquiera a los campamentos romanos no habría tenido sentido. A no ser que los centinelas fueran sordos y ciegos, hacía horas que se había esfumado toda posibilidad de un ataque por sorpresa. Apenas importaba que el borracho cato desterrado hubiera llegado a Germánico o no. Pero los jefes de clan, avergonzados por el hecho de no haberse presentado a la hora acordada, habían insistido en probar. Arminio había perdido el control y los había vapuleado antes de que los guerreros se marcharan. Respiró profundamente. El ataque se había cancelado en cuanto había sonado la alarma en los campamentos enemigos. No se habían producido bajas.

Sin embargo, ¿había entregado la ventaja a Germánico? Había oído los vítores de los legionarios cuando sus guerreros se retiraron desde el río. Los jefes a los que había sermoneado evitaban su mirada o le observaban con expresión resentida. Arminio estaba consumido por la preocupación pero se dijo que más de treinta y cinco mil hombres se habían unido a su causa a lo largo del mes anterior, una cifra lo bastante grande como para derrotar a las legiones de Germánico y, a pesar de la actitud hosca de los jefes de clan, el odio que los guerreros sentían por Roma haría que lucharan bien.

Idistaviso también era una ubicación idónea para su objetivo. Estaba cerca del lugar del enfrentamiento del día anterior y la explanada se encontraba entre el Visurgis y una hilera de colinas suaves. Estaba limitada al este por una pendiente arbolada, y el ancho variaba hacia el oeste de acuerdo con el curso serpenteante del río, y al norte y al sur con estribaciones de terreno elevado. Todas las legiones no cabrían en ese lugar tan estrecho, lo cual en gran medida reduciría la superioridad numérica y sus guerreros podrían ubicarse de tal modo que atacaran a los romanos desde tres lados.

Se alzarían con la victoria, pensó Arminio. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no era capaz de reprimir la inquietante sensación de estar cometiendo el mayor error de su vida.

Las dos horas siguientes pasaron como un suspiro. Arminio cabalgó aquí y allá, hablando con los jefes de clan y diciéndoles cómo tenían que organizarse los guerreros. Incluso con los romanos cerca y habiendo acordado de antemano que seguirían sus indicaciones, no resultó tarea fácil.

Los jefes de clan cuestionaban las tácticas de Arminio y hubo que convencer a más de uno, otra vez. Perdió mucho tiempo repartiendo halagos y persuadiendo a los hombres. Acosado y furioso, le dio por galopar entre los grupos tribales y enseguida agotó a su montura. Maelo, preparado como siempre, intercambió su caballo por el de Arminio.

—Vete —le dijo—. Haz lo que tengas que hacer. Yo me quedaré aquí con nuestros hombres.

Arminio dejó a sus hombres y se dispuso a ir a hablar otra vez con Malovendo. El jefe marso resultaba imprescindible para sus planes. Algunos de los mejores guerreros de las fuerzas de Arminio pertenecían al núcleo de guardaespaldas veteranos de Malovendo. Los marsos ocuparían el centro del ejército con los brúcteros y el resto de los angrivarios, para repeler el grueso del ataque romano. Justo detrás de ellos, colina arriba y escondidos entre los árboles, los queruscos de Arminio estaban preparados para añadir su fuerza cuando llegara el momento.

Encontró a Malovendo de pie a cien pasos delante de sus hombres, un acto deliberado que demostraba a todos los hombres que observaran que no temía a nadie. Para reforzar esa actitud, el jefe marso había puesto a sus guardaespaldas a competir en el lanzamiento de la lanza, casi como si estuvieran congregados para un día de fiesta en vez de para la batalla. Se oían bromas amables en el ambiente. Se hacían apuestas. Lo único que faltaba era un poco de vino y un cochinitillo asándose en un espetón, pensó Arminio, divertido a pesar de sus preocupaciones.

—¿Quién gana?

Malovendo giró la cabeza sonriente.

—Por ahora están igualados. Este par han lanzado a ciento ochenta pasos. —Señaló a dos guerreros. Como a muchos otros, el calor les había hecho desnudarse de cintura para arriba. Uno era rubio y esbelto pero con los músculos bien tonificados, mientras que el otro era un gigante peludo, igual de fornido que Malovendo.

—Son grandes rivales.

El gigante se paseaba de un lado a otro con cara de malas pulgas declarando a la muchedumbre allí reunida que su siguiente lanza volaría tan alto que al guerrero rubio más le valía marcharse a su casa. La respuesta

comedida de su contrincante, según la cual tenía una moneda de oro que decía lo contrario, hizo que los espectadores le ovacionaran pero enfadaron al gigantón. Blandiendo unos puños como jamones, se abalanzó sobre el rubio. Los guardaespaldas tuvieron que intervenir para evitar una pelea. Alentados por la agresión espontánea, los guerreros que aceptaban apuestas redoblaron sus esfuerzos para que los espectadores aflojaran unas monedas.

Tan-tara-tara. Tan-tara-tara. Desde el extremo occidental de la explanada, las trompetas romanas anunciaron la llegada de las legiones.

Malovendo hizo notar su presencia de inmediato.

—¡Basta ya, imbéciles! —gritó—. ¡BASTA!

Contrariados, los dos rivales se apartaron el uno del otro. La multitud de marsos calló y las pisadas fuertes de las sandalias tachonadas reverberaron en el ambiente bochornoso. Las trompetas volvieron a sonar. Los cascos de los caballos golpeaban contra el terreno. Ya se oían los gritos de los oficiales romanos. Arminio notó que el ambiente, hasta entonces alegre y lleno de bravuconería, cambiaba. En cuestión de segundos, la moral de todo su ejército caería por los suelos.

Malovendo también lo había constatado y, para alivio de Arminio, le dedicó una mirada como diciendo «habla».

Arminio alzó la voz.

—Una buena contienda. ¡Sois unos grandísimos guerreros!

A los guardaespaldas de Malovendo les gustó el comentario y rugieron de aprobación al tiempo que intercambiaban miradas complacidas. Incluso el gigante y el guerrero rubio parecían más aplacados.

—Ha llegado el momento de que os olvidéis de la contienda. Pronto habrá legionarios de sobra para las lanzas de todos. Lanzad como estos hombres — entonces Arminio señaló a los dos rivales— y cientos de enemigos caerán antes incluso de que nos alcancen. Muchos más habrán perdido el escudo por lo que serán presa fácil. ¿Estáis preparados para hacerlo? ¿Preparados para derramar sangre romana?

—¡sííííííí!

Arminio puso la espada en alto. Los rayos del sol rebotaban en el acero pulido: todos los guerreros que estaban cerca verían el arma. Aunque no oyeran exactamente qué decían, intuirían sus palabras y con eso bastaba.

—¡MATAD! —bramó—. ¡MATAD!

—¡MATAD! ¡MATAD! ¡MATAD! —gritaron los guardaespaldas. Malovendo también gritaba con las venas del cuello hinchadas.

Arminio se colocó frente a su ejército con la espada en alto. Era el centro de todas las miradas y notaba su expectación.

—¡MATAD! ¡MATAD! ¡MATAD!

Con un ruido sordo que parecía un trueno, su llamada fue respondida desde tres lados. Las lanzas empezaron a chocar contra los escudos, acción que repitieron todos los guerreros.

—¡MATAD! ¡MATAD! ¡MATAD! —*Clash, clash, clash*—. ¡MATAD! ¡MATAD!
¡MATAD!

A Arminio se le erizó el vello del cuello. Donar les observaba con expresión aprobatoria pues la mirada del dios le pesaba sobre los hombros.

«Ven, Germánico —pensó Arminio—. Ven a morir.»

Hacía poco tiempo que el ejército de Germánico había cruzado el río y se dirigía a una llanura bordeada por árboles por ambos lados. Tulo dijo a sus soldados que se llamaba Idistaviso. Ahí era donde Arminio y sus guerreros les esperaban y donde encontrarían su final. Tras realizar esa declaración, le ovacionaron con fuerza. A pesar del calor que mermaba sus fuerzas, una sensación expectante impregnaba a los legionarios durante la marcha. Intercambiaban bromas. Piso se negaba a aceptar apuestas a favor de la victoria romana, pues estaba cantada, argüía, pero ofrecía cuatro a uno que Arminio moriría antes de que acabara la jornada.

Por segunda vez en dos días, detrás de la infantería auxiliar Tulo estaba impaciente por alcanzar al enemigo. Tenía sentido que los no romanos entraran en la contienda antes y debilitaran a los germanos mientras los legionarios más valiosos aguardaban, pero él había esperado esta batalla desde que Arminio destruyó el ejército de Varo, hacía siete largos años. Era más que eso, caviló Tulo, aquella confrontación era el motivo por el que había querido seguir viviendo. Inquieto y sudoroso, era incapaz de mantener la posición y caminaba arriba y abajo por el hueco que quedaba entre su centuria y la siguiente a medida que avanzaban.

—¿Preparados, hermanos? —preguntó, mirándolos a los ojos uno por uno—. ¿Preparados para vengar a vuestros compañeros caídos de la XVII, XVIII y XIX? ¿Preparados para la sangría?

—Sí, señor.

—¡A por ellos, señor!

—¿Podemos hablar un momento, señor? —Fenestela apareció junto al codo de Tulo.

Tulo se paró y dejó que los soldados siguieran adelante. Por todos los dioses, cuánto le gustaba aquel sonido repetitivo. Invadía el ambiente, reverberaba desde el suelo hasta sus pies, la prueba física del poderío de las legiones.

—¿De qué se trata?

—Déjalos tranquilos. Si sigues hablando de ese modo, vas a desasosegarlos.

Tulo se enfureció pero se contuvo. Fenestela no era solo su *optio* sino el amigo en el que más confiaba.

—Habla.

—Yo también estuve en el bosque, recuerda. Esto es lo que he estado esperando, tanto como tú, Tulo. Te estás dejando llevar por la pasión, lo más probable es que la culpa sea del calor. Tranquilízate, respira. Los hombres cumplirán su cometido. Te adoran. Te seguirían a cualquier lugar. A cualquier lugar.

Para un hombre más bien taciturno como Fenestela, aquello era un discurso largo. Tulo observó el rostro de los legionarios a medida que pasaban. Asentían con la cabeza hacia él con determinación, con una sonrisa fiera en el rostro. Sin parpadear. Enseñaban los dientes como lobos. Tulo estaba henchido de orgullo.

—Son buenos chicos, todos ellos.

—Tú has hecho que lo sean, Tulo. Tú. Los mejores legionarios de todo el puto ejército se cuentan entre ellos, igual que lo fueron nuestros compañeros de la XVIII. Hoy serán el orgullo de nuestros hermanos caídos, no lo dudes ni un instante.

—Sí —convino Tulo con la voz quebrada. Asintió hacia Fenestela en señal de agradecimiento—. Tienes razón.

—Necesitarán otra charla antes de que empiece la lucha.

—No intentes decirme cómo hacer mi trabajo, perro. —Tulo lanzó una mirada asesina a Fenestela.

—Pensaba que el sol te habría frito los sesos, ya de por sí atolondrados, viejo —dijo Fenestela con voz inocente.

—Lárgate, *optio* —ordenó Tulo sin resentimiento—. Vuelve a tu puesto.

—Sí, «señor».

Siguieron marchando y enseguida oyeron el *barritus* de los germanos por primera vez. Ya fuera porque las condiciones eran buenas o por la distancia desde la que procedía, el cántico profundo impactó poco a los legionarios.

—Intentan enderezar la columna cantando, ¿no? Esos hijos de puta deben de estar cagándose en los pantalones ante la envergadura de nuestro ejército —exclamó Metilio para regocijo de sus compañeros.

Tulo contrajo el rostro en una sonrisa adusta. El contraste con la situación de hacía siete años no podía ser más marcado. Bajo la lluvia torrencial y con el barro hasta las rodillas en el bosque, el canto incesante del *barritus* había roído la moral de sus legionarios como ratas en un almacén de grano. Fantasmagórico, entonado por enemigos invisibles, había sido fácil pensar que la culpa la tenían unos espíritus malignos.

El *barritus* presagiaba el comienzo de la batalla. Aunque el cántico subía de volumen, las cohortes de auxiliares se pararon de repente, lo cual hizo que Tulo, que tampoco veía lo que sucedía delante, llegara a la conclusión de que las unidades delanteras debían de estar cerca del extremo oriental de la explanada. Los líderes de los auxiliares, sus propios jefes de clan, empezaron a gritar. Tocaron cuernos y tambores. Los auxiliares bramaron gritos de guerra en lengua gala, germana y otros idiomas y patalearon el terreno rocoso y duro. Las armas chocaron contra los escudos.

El alboroto se prolongó un rato, lo cual para Tulo era de esperar. Antes de que empezara la carnicería, los hombres de ambos bandos necesitaban seguir el mismo ritual. Hacer acopio de valor y aplacar el miedo. Prepararse para encontrarse con enemigos que les matarían. Tenían que estar protegidos para ayudar a sus compañeros y morir, llegado el extremo.

El *barritus* acabó por desvanecerse. Como si les hubieran ordenado hacerlo, el clamor de los auxiliares también fue apagándose. «Así se empieza —pensó Tulo—, con las palmas empapadas por el desagradable sudor. Fortuna, apiádate de nosotros. Te he dado suficientes carneros y toros a lo largo de los años, y habrá más si ganamos.»

Algunos de los soldados de Tulo carraspearon. Escupieron. Dijeron sus oraciones en voz baja. Los auxiliares hacían lo mismo pero se mantenían en

formación. Ellos también estaban preparados para viajar.

Una ovación poderosa procedente de miles de gargantas se elevó más allá de la posición de los auxiliares.

—Aquí están —dijo Tulo, apretando la mandíbula.

A partir de ese momento, el tiempo avanzó de forma lenta, formando una sucesión de recuerdos nítidos en la mente de Tulo. El centro de la hueste enemiga cargó contra los auxiliares, lo cual quedó claro a juzgar por el alboroto, así como por los mensajeros que corrían de un lado a otro diciendo a las legiones que se prepararan. Cuando los bárbaros atacaron se inició una cruenta batalla, ante cuya fuerza la formación de los auxiliares flaqueó durante unos instantes, antes de recomponerse y abalanzarse de nuevo hacia delante. Los toques de trompeta indicando la izquierda y la derecha hicieron galopar a la caballería romana para atacar los flancos germanos. Las cohortes de legionarios de ambos lados sufrieron el ataque de los guerreros que salieron en tropel de entre los árboles. Los soldados de la V, seguros por el momento en el centro de la segunda fila, tenían que escuchar gritos, chillidos, el choque de las armas...y esperar.

A Tulo le corroía la tensión. En el rostro de sus soldados se reflejaba la misma sensación. Alguien había vomitado y también olía a excrementos y orines. Sudoroso y sonrojado, Calvo repetía la misma oración una y otra vez. Incluso Fenestela, que se había acercado a decir algo, parecía agitado.

—Pronto nos tocará a nosotros —dijo.

—Eso espero —masculló Tulo, que odiaba aquella espera. Era prácticamente imposible que él y Arminio se encontraran en el campo de batalla, pero, de todos modos, era lo que Tulo deseaba que pasara. Habría entregado los ahorros de toda su vida para conseguir que Arminio acabara hundido en el barro. Incluso su propia vida, de no tener la misión extra de intentar recuperar el águila de la XVIII. Matar a Arminio estaría bien, pero recuperar el estandarte de su legión sería todavía mejor.

Delante de Tulo, las filas de los auxiliares oscilaban adelante y atrás y empezaron a avanzar. Dieron diez pasos, luego otros cinco y veinte más. Los gritos de ánimo se apoderaron de la formación. Sonaron varios cuernos y,

entre todo aquel estruendo, las voces de los jefes de clan, roncadas por el esfuerzo, proferían órdenes.

Los hombres de Tulo mascullaban entre ellos. Dos soldados dieron un paso adelante.

—Regresad a la fila —bramó Tulo—. ¡Calma! Pronto nos llegará el turno, hermanos, muy pronto. Ya conocéis la maniobra. Volved a comprobar que lleváis las sandalias bien sujetas. Aflojad las espadas en las vainas. Bebed un poco de agua para humedeceros la boca. —Patrulló a lo largo de la fila delantera observando cómo cumplían sus órdenes—. Así me gusta, chicos —iba diciendo—. Muy bien. Cuando empiece la lucha, pegaos al hombre que tenéis tanto a derecha como a izquierda. Cuidad de ellos igual que ellos cuidarán de vosotros. Recordad la instrucción. Escudo en alto, espada preparada. Apuntar y clavar. Apuntar y clavar.

Los auxiliares que estaban delante de Tulo avanzaron de nuevo, esta vez más de cincuenta pasos. Se oyeron gritos de júbilo procedentes de sus filas. Entre las distintas unidades fueron apareciendo huecos que abrían el campo de batalla. La exaltación de Tulo creció al ver que el resto de la hilera de auxiliares también avanzaba. Germánico todavía no había dado ninguna orden. Estaba en la misma fila que la cohorte de Tulo, pero en el centro. Desde el lomo de su caballo debía de disfrutar de una buena vista de la batalla que se desarrollaba ante sus ojos y daría la orden cuando fuera el momento propicio.

Esta constatación no disminuía el ansia de Tulo, ni su deseo abrumador de llegar hasta el enemigo. Se puso a observar el cielo. El sol seguía alto pero ya se había ido desplazando. Era la una del mediodía, o tal vez las dos. Había tiempo más que suficiente para acabar con los germanos, decidió Tulo.

Bajó la mirada. El resplandor que notaba por encima resultaba cegador y tenía que tener tres cuartos de los ojos cerrados pero algo —un movimiento desde lo alto— le llamó la atención y volvió a alzar la mirada. El corazón casi dejó de latirle en el pecho. En lo más alto del cielo, una gran ave con los extremos de las alas características en forma de dedo y una cola en forma de abanico remontaba el vuelo hacia el este. Un águila. Era un águila, pensó Tulo con descrédito y una profunda satisfacción. Ninguna otra ave tenía unas alas de tal envergadura. Le llamó la atención más movimiento y profirió una

risa de incredulidad. Había cuatro águilas, no, cinco, seis... ocho. Tulo llegó a la conclusión de que el símbolo de las legiones, el ave más majestuosa, volaba por el ejército de Germánico. No podía existir prueba más clara de la aprobación de los dioses.

—¡Mirad! —exclamó con su mejor voz de patio de armas, señalando hacia arriba—. ¡JODER, MIRAD!

Los hombres alzaron la cabeza y se quedaron boquiabiertos. Levantaron los brazos, ofrecieron oraciones.

—¡Es una señal! —exclamó Piso—. ¡Una señal de Júpiter!

—¿Lo veis, hermanos? —Tulo no cabía en sí de la emoción—. ¡OCHO águilas que sobrevuelan el ejército de Arminio! ¡Son los espíritus que guardan hoy a todas y cada una de las legiones!

—¡Roma! —gritaron sus hombres—. ¡Roma!

Cada vez más soldados empezaron a fijarse en las majestuosas aves y los gritos de entusiasmo se propagaron enseguida en todas direcciones.

—¡ROMA! ¡ROMA!

«Germánico también debe de haber visto las águilas. Tiene que dar la orden ahora», pensó Tulo.

Al cabo de veinte segundos, las trompetas tocaron el avance. La situación se tornaría caótica enseguida: los legionarios tendrían que abrirse camino entre las unidades de auxiliares pero, según Tulo, valía la pena correr ese riesgo. El fragor de la batalla había quedado ahogado por los gritos constantes de «¡ROMA, ROMA!». Daba la impresión de que todos los legionarios se habían sumado a ellos.

Hizo una consulta rápida a Basio y decidieron la táctica. Las seis centurias se introducirían en fila en el «túnel» más cercano situado entre los grupos de auxiliares. Cuando estuvieran más cerca de la contienda, se desplegarían en forma de abanico uno por uno y formarían una cuña.

—Si nos adentramos así en las líneas enemigas, las partiremos a las primeras de cambio —declaró Basio con una luz malvada en la mirada.

—Sí, señor. —Como centurión, Tulo ocupaba el puesto más peligroso, el extremo de la cuña. En vez de tener miedo, sintió una curiosa euforia. Aquello no era una lucha para sobrevivir en la ciénaga o el bosque calado hasta los huesos y recubierto de barro. Aquello era una batalla de verdad, en

la que las legiones romanas podían luchar sacando el máximo provecho de sus posibilidades. Eso es lo que había estado esperando. Aprovecharía la oportunidad sin dudarle ni un instante.

—Mis chicos están listos.

—Que los dioses nos concedan la victoria. —Basio asintió hacia Tulo con expresión comedida—. Nos vemos luego.

—Compartiremos una copa de vino, señor. —Ninguno de ellos sabía si el otro sobreviviría, pero daba mala suerte desear algo que no fuera el mejor resultado.

Tulo aguardó hasta que Basio y sus soldados pasaron por delante. Dio tres silbidos cortos con el silbato que llevaba colgado al cuello. Sus hombres, adiestrados para reconocer sus órdenes, se quedaron quietos.

—¡Seguimos a las aves romanas, hermanos! —gritó Tulo—. ¿Nos vengamos de Arminio?

Le respondieron con gritos de entusiasmo.

—Escudos en alto. Jabalinas preparadas. ¡Conmigo! —Alzando el escudo, Tulo siguió a la centuria de Basio dando grandes zancadas.

A pesar del acecho del peligro y de la muerte, hacía años que Tulo no se sentía tan vivo.

El sol caía inclemente, el calor era abrasador y su luz, cegadora. Piso tenía todo el cuerpo sudado, la boca más seca que un chusco de pan seco desde hace un mes. El corazón parecía querer salirse del pecho, como si acabara de correr diez millas, y el escudo que sostenía en el puño izquierdo se le había convertido en plomo puro. Todo el metal que llevaba en el cuerpo: el casco, la armadura, el extremo de la jabalina, estaba demasiado caliente al tacto. Le daba exactamente igual. Estaba cerca del extremo de la cuña, una posición de lo más honrosa.

Tulo se encontraba en el vértice, con Piso y Metilio justo detrás de él. Dulcio, Calvo y otro compañero de tienda formaban la tercera fila, detrás de Piso y Metilio. La siguiente fila estaba compuesta por cuatro hombres, cinco la siguiente y así sucesivamente: once hileras de soldados en forma de triángulo con armadura. Los hombres estaban separados entre sí por unos cuantos pasos, pues se necesitaba espacio para lanzar las jabalinas. Una vez lanzadas, los legionarios se cerrarían al máximo.

Acababan de dejar atrás las filas de los auxiliares y de ver el campo de batalla por primera vez. Reinaba cierta calma, un extraño momento durante el que por un acuerdo tácito los enemigos se separaban para descansar, beber agua o tratar a los heridos. Piso contempló la escena. La zona que quedaba entre los dos ejércitos estaba plagada de cuerpos: germanos en su mayoría. Los guerreros de Arminio se encontraban a menos de cincuenta pasos, eran una fila larga de muchas hileras que se extendían a cada lado. A pesar de estar ensangrentados y de estar en inferioridad numérica, no daban muestras

de querer retirarse. Su formación se mantenía robusta y los jefes de clan iban a uno y otro lado, gritando, gesticulando y dedicando gestos obscenos a los romanos.

—Se comportan como Tulo —dijo Piso a Metilio con voz queda—, pero no son ni la mitad de hombres que él.

Ambos observaron a su centurión. Su rostro reflejaba una profunda concentración. Enseñaba los dientes en parte y tenía la vista clavada en el enemigo, por lo que a Piso le recordó a un lobo cuando observa un rebaño de ovejas antes de atacarlo.

—Ha esperado siete años para esto. No me extraña que esté ansioso —dijo Metilio, lanzando una mirada a Piso—. Yo estoy igual.

—Sí —gruñó Piso—. Y yo.

Notaba la misma disposición en quienes tenía detrás. Las bases de las jabalinas golpeaban el suelo siguiendo un ritmo desigual y repetitivo. Las sandalias con tachuelas pisaban arriba y abajo. Nadie cometía la insensatez de salirse de la cuña, pero los hombres ardían en deseos de avanzar, de acercarse al enemigo. Piso lo notaba. Incluso Calvo parecía más ansioso.

—Las cohortes de mi izquierda ya casi están en posición, Tulo. —La voz de Basio le llegó desde su puesto en el extremo de la cuña—. ¿Estás preparado?

—Sí, señor —repuso Tulo.

—¿Qué me dices de las demás centurias y de la cohorte de más allá?

—Un momento, señor. —Con un grito, Tulo llamó la atención del centurión de la tercera centuria, que transmitió la pregunta de Basio.

Piso y los demás se sentían sofocados por el intenso calor. Se imaginó despojándose de la armadura y lanzándose desnudo al Visurgis, que estaba a menos de una milla por detrás. Tales placeres tendrían que esperar. «Antes tendrás que sobrevivir a la matanza», pensó Piso.

—Están listos, señor —bramó Tulo—. Cuando ordenes.

—¡VAMOS! —A la voz de Basio, forzada para que se oyera bien, le siguió un largo silbido del silbato.

—¡AVANZAD! —Tulo apuntó con la espada directamente al enemigo—. ¡Manteneos juntos, hermanos! —ordenó, avanzando con paso decidido.

—Vamos allá —susurró Piso, sujetando la jabalina con más fuerza—. ¡Ya

era hora, joder!

Dieron cinco pasos. Diez. Al verles, los guerreros más cercanos se apretujaron entre sí. Los legionarios caminaban hacia un muro de escudos con expresión fiera y airada en todos y cada uno de ellos. Las lanzas germanas empezaron a volar y Tulo soltó una orden con una especie de ladrido. Todos los que estaban fuera de la cuña se agacharon tras los escudos; los que estaban dentro alzaron los suyos por encima de su cabeza. *Clank, clank, clank*. Las lanzas cayeron en tropel. Sin embargo, en el escudo de Piso no cayó ninguna ni tampoco en los de Tulo y Metilio. Piso no oyó gritar a nadie de dolor.

—Los hombres cuyos escudos hayan quedado dañados, que saquen las lanzas —gritó Tulo—. ¡Hay tiempo!

Cuando se encontraron diez pasos más cerca de los guerreros, a Piso le pareció que el corazón no le cabía en el pecho. A treinta pasos se podía matar bien y las lanzas enemigas caían con profusión y rapidez. No cabía duda de que había llegado el momento de lanzar las jabalinas.

Tulo los llevó incluso más cerca antes de dar la orden.

—¡Jabalinas preparadas! ¡LANZAD!

Con la facilidad que da la experiencia, Piso echó el brazo derecho hacia atrás. Escogió a un guerrero que tenía el cuello ancho como un toro y de barba oscura, apuntó y lanzó. Su jabalina cubrió esa pequeña distancia en dos segundos. Cuando el proyectil con la punta de hierro atravesó el cuello del hombre la sangre salió disparada por todas partes.

—¡Lo pillé! —La exclamación de Piso se perdió en el *crescendo* de gritos y chillidos a medida que iban cayendo las jabalinas de sus compañeros. Desde tan cerca, ni siquiera Calvo fallaba. La devastadora ráfaga provocó huecos en la línea germana. Tulo estaba preparado. Ordenó formación cerrada y echó a correr no muy rápido.

—¡Seguidme! —bramó.

Piso le dio alcance mientras parpadeaba para librarse del sudor que le escocía en los ojos. Tres pasos, cinco, ocho. Los guerreros más próximos proferían insultos y alzaban escudos y lanzas, estaban ansiosos por luchar.

—Júpiter, el mayor y mejor. Júpiter, el mayor y mejor. —La voz aguda de Calvo, que salía de varias filas por detrás, resultaba exasperante, pero no

había tiempo de decirle que se callara la boca. Piso impidió que el sonido le entrara en los oídos.

—¡Seguidme, hermanos! —bramó Tulo.

Alcanzaron la fila germana con un choque estrepitoso, abriéndose paso a la fuerza entre los guerreros.

Piso pisó un cuerpo, el hombre al que había matado con la lanza, quizá, y luego tuvo que esquivar a un segundo, sin dejar de mantener la vista al frente y al lado de Tulo. Maldijo porque un tropiezo podía significar su muerte. Piso golpeó con su escudo al del primer guerrero con el que se encontró. Era un joven de apenas dieciocho años con los ojos abiertos como platos de miedo, que repelió el ataque de Piso lo mejor que pudo. Era una lucha desequilibrada puesto que Piso, con la pesada armadura y escudo, le doblaba en peso.

La madera se partió cuando el tachón de hierro de Piso golpeó el escudo de sauce del joven, que emitió un suspiro cuando el aire le salió de los pulmones. La lanza quedó floja en su mano derecha, cayó hacia atrás y perdió el equilibrio. Se desplomó de espaldas y Piso le clavó la espada en el cuello: la hoja entró y salió. Piso se olvidó del joven y comprobó rápidamente si seguía cerca de Tulo y que Metilio y Dulcio también estaban próximos. Una vez se hubo cerciorado de eso, Piso repelió el ataque de su siguiente contrincante, un guerrero gritón de torso descubierto con unos bombachos de punto verde y marrón.

¡*Bang!*, hicieron los escudos y Bombachos de Punto intentó clavarle la lanza a Piso en toda la cara. El aire silbó y Piso se agachó detrás de su escudo al tiempo que daba estocadas a ciegas con la espada. Bombachos de Punto profirió un bramido profundo. Piso, seguro entonces, empujó la hoja con fuerza y notó cómo se clavaba en la carne hasta el fondo. Se puso de pie. Bombachos de Punto había soltado la lanza y el escudo y rodeaba la espada afilada como una cuchilla de Piso que tenía medio clavada en el costado. Piso echó el brazo derecho hacia atrás y le rebanó los dedos a Bombachos de Punto y, con el movimiento contrario, le volvió a asestar una estocada, más arriba, bajo la caja torácica. Bombachos de Punto abrió la boca como un pez fuera del agua y murió.

—¡Ayúdame, hermano! —era la voz de Dulcio.

Piso giró la cabeza hacia la izquierda. Su compañero estaba enfrascado en

una lucha desesperada contra dos guerreros, armados ambos con lanzas. El más cercano, resuelto a matar a Dulcio, ni siquiera vio la sencilla estocada de Piso con la espada que acabó con su vida.

—¿Puedes encargarte del otro? —preguntó Piso.

—¡Sí! —gritó Dulcio.

Piso volvió a ponerse de cara y observó a Tulo golpeando con el escudo a un guerrero con tanta fuerza que se echó encima del hombre que tenía detrás y los dos cayeron. Tulo avanzó con un gruñido apisonando con las botas tachonadas una, dos, tres veces. La hoja teñida de sangre se alzaba y caía sin parar. Los gritos en forma de gorjeo fueron apagándose y Tulo se enderezó.

—¿Estáis conmigo? —bramó por encima del hombro.

—¡Sí, señor! —respondieron Piso y Metilio.

—¡VAMOS! —Delante de Tulo había un hueco y avanzó varios pasos—. ¡Gusanos! —gritó a los guerreros más cercanos—. ¿Preparados para morir?

Un trío de guerreros que se parecían, quizá fueran primos, intercambiaron una mirada. Uno dijo algo y entonces atacaron a la vez un objetivo claro: Tulo.

«Si matan al centurión, la cuña se para», pensó Piso alarmado.

—¡Metilio!

—¿Qué?

—¿Ves a esos tres hijos de puta?

—¡Sí, sí que los veo!

Piso se colocó bien pegado al costado izquierdo de Tulo y notó que Metilio hacía lo mismo por la derecha. Como intuyó que la situación era apremiante, Dulcio se apretujó contra la espalda de Piso; Calvo y el otro compañero hicieron lo mismo detrás de él y de Metilio.

El primer guerrero que se les acercó murió con la hoja de Metilio clavada en la cuenca del ojo izquierdo. Brotó el líquido acuoso; el acero se internó más y atravesó hueso y la materia blanda del cerebro que quedaba detrás. Metilio soltó un juramento mientras intentaba liberar la espada y veía que llegaban otros germanos, arrojando lanzas a Tulo desde dos ángulos. Ansioso por responder, Tulo dobló las rodillas unos segundos demasiado tarde. Una lanza chocó con fuerza con la frente de su casco y la cabeza le dio un latigazo hacia atrás.

Piso vio la escena con el raballo del ojo. Maldiciendo, clavó la hoja en la axila del Primer Primo, que era quien había propinado el golpe. Fue un ataque sencillo pero letal. El suelo quedó empapado de sangre cuando la espada de Piso salió y el Primer Primo cayó, agitándose como una perca que ha mordido un anzuelo. El Segundo Primo dio un empujón con el hombro a Tulo, que estaba aturdido, y le hizo retroceder un paso. Con un grito triunfal, el Segundo Primo alzó la lanza y se preparó para clavarla por encima del escudo de Tulo.

Piso no sabía por qué Metilio no estaba allí para parar el golpe. Su brazo derecho no era lo bastante largo para alcanzar al Segundo Primo. Si Piso dejaba la cuña quizá salvara a Tulo pero dejaría un hueco por el que el enemigo podría internarse. No quería ser el culpable de tamaño desastre pero, si no actuaba, Tulo moriría. Enfrentado a tan gran dilema, consciente de que tenía que tomar una decisión inmediatamente, Piso vaciló.

El Segundo Primo adoptó una expresión sorprendida que acto seguido se convirtió en un rictus de agonía. Dejó escapar un aullido agudo y se desplomó hacia atrás de forma que Piso ya no le vio más.

—Chúpate esa, cabrón —masculló Tulo, retirando la hoja que había conseguido clavarle al Segundo Primo en el muslo—. Y esa —dijo Tulo dándole una cuchillada al Primo en la boca abierta.

A Piso le entraron ganas de gritar de alivio. Avergonzado por no haber salvado a Tulo, dijo:

—Lo siento, señor, yo...

—Luego, Piso —dijo Tulo con su voz de patio de armas—. ¡ADELANTE!

Asombrado ante la resiliencia de Tulo, Piso se dio cuenta de que le había ido por los pelos. A partir de ese momento, decidió pegarse a Tulo como una pulga a los testículos de un perro.

La cuña seguía ganando terreno. Sacudidos por el ataque implacable de los legionarios, los guerreros empezaron a retroceder. La moral de los romanos aumentó y volvieron a entonar gritos de guerra. La formación incrementó la velocidad. Tulo, que iba por delante, estaba como un poseso y atacaba a todo germano que tuviera al alcance de la espada. Piso y Metilio, jadeando por el esfuerzo, se mantenían justo a su lado, dedicándose a su cometido. Por detrás, sus camaradas pinchaban y clavaban la espada,

pinchaban y clavaban.

—¡Empujad! —gritó Tulo—. ¡Se están desmoronando!

Los soldados, que aullaban como perros de caza, avanzaron con fuerza. Los guerreros más valientes, cuyo número había ido reduciéndose, morían bajo la espada o caían gritando al suelo con surcos. Otros, con el rostro contraído por el miedo, daban media vuelta y echaban a correr. Los lentos acabaron muertos y los legionarios avanzaron diez pasos más. Mataron a más germanos. Tulo mató a un jefe de clan y, con precisión clínica, le cercenó la cabeza. Con un gran esfuerzo, lanzó la cabeza cortada al aire. Dio vueltas y más vueltas, roció de sangre a quienes estaban debajo y cayó en la vorágine. Con una rapidez inusitada, a todos los germanos que la vieron se les pasaron las ganas de luchar. El valor se esfumó, brotó el terror y los guerreros soltaron las armas y huyeron. Todos los que tropezaban o caían eran pisoteados. Tulo siguió avanzando con paso firme.

—¡Matad a los heridos y a los caídos si podéis, pero seguid caminando!

A Piso le embargó la misma dicha enloquecida y creciente que había sentido en los Puentes Largos el año anterior cuando el ejército de Arminio se había venido abajo. En cualquier momento, Tulo y los demás centuriones les dejarían ir a por los enemigos que huían. Por consiguiente, a Piso le sorprendió que un *piiiiip* agudo señalara el alto. Como no se esperaba esa orden, Dulcio chocó con él.

A otros soldados también les pilló desprevenidos y Tulo giró la cabeza.

—¡ALTO!

La cuña se detuvo.

—Se van corriendo, señor —protestaron varias voces.

—Ya lo veo, imbéciles —bramó Tulo—. Pero Arminio tendrá a otros hombres entre los árboles. No vamos a ponérselo tan fácil. Recobrad el aliento. Vendaos las heridas. ¡Bebed un poco y manteneos en formación! — Calibró la situación inclinando la cabeza a izquierda y a derecha.

A Piso le molestaba la vejiga. «¿Cómo era posible que se le hubiera llenado otra vez?», se preguntó, irritado. Aunque se preparó para las bromas de sus compañeros, se sintió aliviado al oír la orina de un hombre salpicando el suelo. Cuando terminó, miró a Metilio.

—¿Estás herido?

—Un rasguño en el brazo con el que empuño la espada. —Con una mueca de dolor, Metilio dejó que Piso le vendara.

—Dulcio, ¿estás bien? —preguntó Piso.

—Sí. En esta fila estamos todos bien. Hay un hombre herido justo detrás de nosotros, pero no es muy grave.

Mediante el intercambio de preguntas descubrieron que la centuria había sufrido dos bajas y que seis hombres habían resultado heridos. Tulo sonrió al recibir la noticia.

—Pocas bajas, nos ha ido bien. Basio se ha parado —anunció—. Igual que la centuria de nuestra derecha. Mantengamos esta fila por ahora.

Piso volvió a mirar al frente. Seguían viéndose grupos de guerreros que huían si bien iban disminuyendo. La mayoría había alcanzado la protección de la línea de la arboleda, donde Tulo había intuido el peligro. Piso sintió una punzada de temor cuando cayó en la cuenta.

El contraataque germano se inició casi de inmediato. Por entre las hayas y piceas aparecieron cientos de guerreros que cantaban. No se trató de un ataque frenético, pues se tomaron su tiempo para formar una línea sólida. El sol despedía destellos desde sus lanzas. Un buen número de ellos llevaba cota de malla, lo cual los distinguía como los mejores guerreros de Arminio. Cada vez aparecían más hasta que varios miles de ellos estuvieron situados ante las cuñas romanas, mientras el *barritus* brotaba con fuerza de su garganta.

Cuando los germanos empezaron a avanzar, Metilio se tocó el amuleto en forma de falo con expresión adusta.

—Todavía no hemos terminado.

Arminio estaba fuera de sí mientras contemplaba la batalla desde el flanco izquierdo en el que estaban sus fuerzas. Los marsos y sus guerreros queruscos habían empezado con buen pie y, aunque los resueltos auxiliares les habían obligado a retroceder, los guerreros no habían tenido reparos en renovar el ataque. La aparición inesperada de una bandada de águilas sobrevolando el bosque no podía haberse producido en peor momento. Las cuñas de los legionarios con armadura habían tomado un ímpetu imparable. Aunque hubiera estado en primera línea, Arminio no estaba convencido de que su fila hubiera resistido. Los guerreros aterrorizados, que habían roto filas hacía un momento, habían echado a correr despavoridos.

Maldijo a Donar por permitir que se vieran aquellas aves tan poderosas y también por no cambiar el tiempo. ¿Por qué el dios no había azotado a los romanos con fuertes vientos y lluvias y los había aterrorizado con sus rayos y truenos, tal como hiciera siete años atrás? «Somos tus seguidores, Donar, y esta es tu tierra —pensó Arminio—. Ayúdanos a nosotros, no a los invasores.»

Más guerreros eran abatidos en el centro. Los pocos que seguían luchando estaban rodeados y acababan muertos. Sonaron las trompetas y aparecieron nuevas cohortes que avanzaron hacia la contienda. Arminio se sintió dominar por la amargura pero apartó ese sentimiento. La lucha no había terminado ni mucho menos. Veía a cientos de sus guerreros con cota de malla, reservados hasta entonces, apareciendo bajo la luz del sol. Cansados después de su avance, los legionarios de las cuñas quizá no soportaran un ataque de esos

luchadores veteranos. Arminio se animó al ver a Maelo al frente. Si había alguien capaz de repeler a los romanos, sin duda era su segundo al mando.

La intención de Arminio había sido ocupar ese puesto, pero como se había desplazado por el ejército y tratado con los malditos jefes de clan, el inicio de la lucha le había pillado en el flanco izquierdo. Ansioso por hacer lo que pudiera, había liderado dos ataques despiadados sobre la sección más próxima de la línea romana, formada por arqueros auxiliares. Sus guerreros, que corrían con los escudos alzados, habían llegado a los arqueros sufriendo muy pocas bajas y habían sembrado el caos cada vez. Sus líneas se mantenían irregulares. «Un ataque más y los desmembraremos —pensó Arminio—. Si machacamos el lateral de las tropas que están más allá, cundirá el pánico. Podríamos hacernos con la victoria.»

Le preocupaba que todavía no se hubiera desplegado el grueso de las legiones de Germánico, pero aquel ataque era la mejor posibilidad de la que dispondrían aquel día. Arminio se propuso reagrupar a los guerreros con los que se encontraba, una mezcla de angrivarios, sicambrios y bructeros. Alentados por sus éxitos, bramaron entusiasmados al oír la llamada de Arminio, que se colocó en el centro con un gran grupo de guerreros montados antes de dar la señal.

Con un estruendo de cascos, los jinetes atacaron las filas adelgazadas de los arqueros auxiliares, seguidos de los guerreros que corrían. Enseguida salieron flechas disparadas pero no con las ráfagas disciplinadas de antaño. Ya iba bien, pensó Arminio, con los nervios a flor de piel. Fue capaz de cubrirse el cuerpo con el escudo pero no tenía forma de proteger a la montura. Si le alcanzaba una flecha, caería y moriría pisoteado por los caballos de atrás. Varios de sus compañeros fueron alcanzados, pero a Arminio seguía sonriéndole la suerte. Se acercó más a los arqueros y apuntó hacia un hueco de la primera fila, entre un hombre de expresión asustada y cara delgada y un arquero veterano que lanzaba flechas con una eficacia despiadada.

Cara Delgada se amilanó y soltó el arco cuando Arminio apareció galopando. Enfrascado en lanzar flechas, el veterano no alzó la vista hasta el último momento. Fue un error mortal. De un solo golpe, Arminio le cortó el asta del arco y le cercenó la parte superior de la cabeza. Una mirada rápida a

la izquierda —Cara Delgada no suponía ningún peligro— y el caballo de Arminio le internó cinco zancadas más en el terreno de los auxiliares. Oyó gemidos de alguien pisoteado bajo la panza del animal; Arminio no hizo ningún caso. Golpeó con el borde del escudo a un arquero que tenía a su izquierda y le rompió el brazo. Miró a la derecha y le clavó la espada a un arquero que estaba a punto de lanzarle una flecha desde muy cerca.

Arminio cabalgó quince pasos más flanqueado por otros jinetes. Mató a dos enemigos más y dejó lisiado a otro. La resistencia que presentaban los arqueros más asustados y confusos fue debilitándose cuando llegaron los guerreros de a pie e inundaron el espacio que habían dejado los jinetes. Como no estaban acostumbrados a luchar contra el enemigo cara a cara, la mayoría de los arqueros optaron por la huida. Arminio y sus compañeros los mataron a decenas con más facilidad con la que se arponean los peces de un estanque.

Se dispuso a reagrupar a sus hombres, pues con tantas tropas romanas nuevas sobre el terreno era una imprudencia perseguir a los arqueros sin antes reorganizarse. A Arminio le embargó la frustración al ver que los guerreros que habían atacado ya estaban saqueando a los muertos. Perdió un tiempo precioso restableciendo el orden.

—¡Moveos! —gritó—. ¡Tenemos que cazar rápido a estos cabrones o se reagruparán... y Germánico enviará más tropas contra nosotros!

Los guerreros, contrariados, se pusieron en fila. Arminio se envalentonó. Habían sufrido pocas bajas y esos hombres estaban sedientos de sangre romana. Del bosque salían más de los suyos, atraídos por la expectativa de derrotar al enemigo.

—¿Preparados? —preguntó.

—¡sí! —gritaron los guerreros.

Arminio había alzado el brazo, preparado para dar la orden, cuando un sonido reconocible le llegó a los oídos.

Tramp, tramp, tramp.

«No —pensó—, ¡NO!» Se impulsó para incorporarse sobre el lomo del caballo y atisbó más allá de los arqueros. El brillo del sol le impedía ver a lo lejos pero le bastó con ver las nubes de polvo que se levantaban. Se acercaban las unidades romanas más próximas, aunque Arminio no era capaz de distinguir si se trataba de auxiliares o legiones regulares. Había que

frenarles. Si la hilera de los guerreros retrocedía, la derrota estaba cantada.

—Vienen refuerzos —gritó—. Avanzamos cuando lo ordene.

—¡Dirígenos, Arminio! —gritó una voz familiar—. ¡Los usipetos estamos contigo!

Arminio sonrió al reconocer a Gervas por primera vez aquel día.

—¿Los sugambrios y los bructeros también están preparados?

—¡sí! —bramaron un millar de voces.

Con el brazo rígido, Arminio señaló hacia los romanos que se aproximaban. Solo los dioses sabían a dónde les llevaría ese ataque, esperaba que fuera hacia la victoria y que Maelo también emergiera triunfante. Se reunirían en algún lugar intermedio e irían labrándose una victoria más gloriosa que su emboscada en el bosque.

Arminio sentía un dolor punzante en el labio superior por culpa del corte superficial que le había provocado el golpe mortal de su último contrincante. También tenía una herida más grave, un corte en la pantorrilla derecha. La sangre le corría por la pierna y la herida parecía tener pulsaciones propias. Intentó bloquear el dolor palpitante. Siguió luchando, más sereno, y empujado por una determinación implacable. Los demás jinetes estaban con él pero la situación a ambos lados de su pequeña formación se les escapaba de las manos.

Arminio ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que la infantería auxiliar apareciera para dar apoyo a los arqueros. El duro golpe que había supuesto su llegada había detenido el avance de los guerreros. El retraso a la hora de organizar a sus hombres había sido nefasto, pues había permitido que los dos bandos se encontraran en terreno llano y abierto, lo cual neutralizaba la posible ventaja de sus guerreros. Había que reconocer, pensó Arminio, que habían parado los pies a los auxiliares, e incluso les habían hecho retroceder en algunos puntos.

Sin embargo, su éxito había sido efímero.

Arminio, con cara de pocos amigos, observó cómo un oficial auxiliar organizaba una pequeña cuña con sus hombres; al cabo de unos momentos, abrían una brecha en la línea de sus guerreros. Se oyeron gritos de

entusiasmo y más auxiliares aparecieron por el hueco. Los guerreros de Arminio siguieron luchando con determinación, pero la situación emanaba una sensación de lentitud e inevitabilidad: igual que contemplar cómo el mar se acerca peligrosamente y destruye el castillo de arena de un niño. «Maldito sea todo —pensó Arminio—. Hemos perdido, al menos aquí.»

Había llegado el momento de la retirada. Si la retrasaba un poco más, sus guerreros serían víctimas de una matanza absoluta. Arminio odiaba Roma con todas sus fuerzas, pero sentía una admiración renuente por la intensidad despiadada con la que los soldados capturaban a los enemigos derrotados. Disciplina, siempre era la puñetera disciplina la que les procuraba la victoria. Arminio balanceó el brazo con el que empuñaba la espada sanguinolenta hacia atrás.

—¡Retroceded! —bramó a los jinetes que le rodeaban—. ¡Conmigo! ¡Batámonos en retirada!

Nadie puso objeciones y Arminio fue consciente de haber tomado la decisión acertada. Gervas se contaba entre la docena de jinetes que permanecían con él; juntos realizaron una serie de incursiones contra los auxiliares que estaban más próximos, lo cual permitió que sus compañeros y los guerreros que iban a pie se retiraran a cierta distancia. Al ver lo que ocurría, los auxiliares redoblaron sus esfuerzos, y Arminio perdió cinco jinetes en un ataque brutal, apuñalados, tirados al suelo y aplastados bajo las monturas desjarretadas.

Como ya no era capaz de contener al enemigo, encaminó su caballo hacia la línea de árboles. Tal vez allí pudieran resistir al enemigo. Era un deseo fútil, pensó con creciente amargura. Los soldados en retirada habían vuelto a la carga en Cannae, hacía más de dos siglos, pero sus hombres no eran los galos de Aníbal.

—¡Cuidado! —advirtió Gervas.

El martilleo de los cascos inundó los oídos de Arminio. Confundido, miró hacia atrás. Ahí había una oleada de auxiliares de infantería pero no jinetes.

—¡A la derecha! —gritó Gervas.

Arminio miró en esa dirección y se le cayó el alma a los pies. Había un montón de jinetes enemigos, más auxiliares, que galopaban en su dirección desde el flanco derecho de Germánico. Un movimiento inteligente, reconoció

Arminio. Muchos de los guerreros que se batían en retirada no les habían visto todavía. Al cabo de unos segundos, quedó claro que la caballería romana había calculado el ángulo de ataque a la perfección. Atacarían al cuerpo principal de guerreros, y a los jinetes de Arminio, antes de que pudieran ponerse a salvo.

Desenvainó la espada, lo cual no era nada fácil mientras cabalgaba y, haciendo caso omiso del dolor, se frotó con fuerza el corte que tenía en el labio superior con la palma de la mano. Una vez hecho esto, se embadurnó de sangre las mejillas y la frente. Mejor escapar sin que lo reconocieran que morir ahí, por nada, pensó, mientras la vergüenza de su acto lo desgarraba por dentro. Volvió a tirar de la espada y notó el peso de la mirada de alguien y, al volverse hacia la derecha, se percató de que Gervas le había visto. Azorado, Arminio miró hacia otro lado.

Aunque los árboles no estaban lejos, el trayecto se hizo eterno. Profiriendo gritos de guerra salvajes, la caballería auxiliar se acercó a las fuerzas de Arminio. El sol destellaba de los extremos de las lanzas y los gritos se sucedían después. El coraje que pudiera haber quedado a sus guerreros se desvaneció y se convirtieron en una turba presa del pánico. Atrapados en el caos, pues los hombres corrían de aquí para allá y el suelo estaba repleto de guerreros heridos y muertos, Arminio y los compañeros que le quedaban hicieron bajar el ritmo a sus caballos. En más de una ocasión tuvo que apartar de un puntapié a quienes le pedían ayuda con la intención de subirse al caballo detrás de él. «No moriré como un imbécil», pensó. Por fin tenían vía libre y Arminio se animó ligeramente. Sobreviviría para luchar en otra ocasión.

En ese mismo momento, un grupo de veinte soldados de caballería romanos apareció galopando desde la derecha. Girando en redondo con una eficiencia impresionante, se colocaron frente a Arminio y sus compañeros. Los cascos, infinidad de ellos, martilleaban el terreno desde bastante cerca. Arminio llegó a la conclusión de que era la avanzadilla, enviada para retrasar a sus guerreros que se batían en retirada antes de la llegada del grueso de la caballería.

—Tenemos que atacar —gritó a Gervas, que era quien estaba más cerca. Se volvió y calibró al grupo de jinetes y guerreros zarrapastrosos que les acompañaban. Todos los rostros se habían posado sobre ellos—. Nuestra única esperanza es atacar —insistió, aunque estuviera poco esperanzado.

—Estoy de acuerdo. —Gervas tenía la mandíbula apretada.

—Y nosotros —convinieron los otros tres jinetes. Detrás de ellos, los asentimientos con expresión adusta de los guerreros y el hecho de que mostraran su acuerdo con un gruñido puso de manifiesto su disponibilidad para intentarlo.

Arminio sintió cierta diversión funesta mezclada con ira y desesperación. Era probable que su muerte fuera inminente. Tal vez ese era el castigo por haberse mostrado tan irrespetuoso con Donar.

—¿Preparados?

Sin esperar una respuesta de Gervas o los demás, espoleó a su caballo para que avanzara. Con la espada preparada y el escudo en alto, cubrió aproximadamente una quinta parte de la distancia que le separaba de la caballería enemiga antes de que reaccionara. Una vez aceptado el reto, cabalgaron hacia él y sus hombres. Vio con el rabillo del ojo que desde la derecha llegaban más jinetes, otra unidad de auxiliares.

Cuando los tuvo más cerca, Arminio se dio cuenta de que eran chaucios. Aunque parte de esa tribu había luchado con él con anterioridad, muchos seguían siendo aliados leales del imperio. Resultaba irónico que quienes los mataran fueran ellos en vez de legionarios romanos. La muerte era el único destino que Arminio estaba dispuesto a aceptar. No se le ocurría nada peor que acabar hecho prisionero. No solo se le negaría reunirse felizmente con Tusnelda y su hijo sino que sería expuesto encadenado en un triunfo para ser objeto de escarnio público en Roma. No, la muerte era preferible. Escogió a su objetivo, un guerrero de complexión fuerte con un escudo decorado con una especie de remolinos y Arminio espoleó su caballo.

El hombre de la tribu echó hacia atrás el brazo con el que empuñaba la espada. Su compañero más próximo, otro guerrero con aspecto de veterano, también le había visto venir. Maldecir a Donar había sido una insensatez, incluso para él, pensó Arminio. El dios siempre reiría el último.

«Al menos me llevaré a uno conmigo», decidió, al calcular que el primer

hombre era el objetivo más débil.

Cuando estaba a diez pasos, el guerrero le reconoció.

—¿Arminio?

—Sí —gruñó Arminio, alzando la espada.

Tirando de las riendas con brusquedad, el guerrero hizo ir a su caballo a un lado y dejó abierto el paso hacia los árboles.

—¡Márchate! —ordenó—. ¡Vete!

A Arminio no le hizo falta que se lo dijera dos veces. Obedeció con un asentimiento rápido de agradecimiento.

En la llanura de Idistaviso, Tulo se secó el sudor de la frente por quizás enésima vez desde el amanecer. Bajó el brazo, bien bronceado debido a la campaña de verano, y se dio cuenta de que se le había puesto rojo oscuro. Era imposible permanecer en ese horno y no chamuscarse, pensó. Mañana le dolería la piel quemada pero, por el momento, tenía la boca seca, los labios agrietados y la garganta ronca de tanto dar órdenes a voz en grito.

Los músculos de los brazos le temblaban de agotamiento, pues blandir el escudo y la espada resultaba extenuante. Notaba punzadas de dolor en el cuello, hombros y zona lumbar, los puntos que más sufrían por cargar el peso muerto de la cota de malla. La bruja que le metía el dedo en la llaga de la vieja herida que tenía en la pantorrilla izquierda estaba de lo más activa, pinchándole con la aguja de coser. Sin embargo, aquello era un precio bajo que pagar teniendo en cuenta la matanza de las, por lo menos, últimas seis horas. La victoria era de ellos. Tulo se enorgulleció al pensar que solo habían caído cuatro hombres de su centuria.

El sol iba bajando en el cielo y el calor ya no apretaba tanto. Hacía un rato que la batalla propiamente dicha había terminado. Dos legiones y la caballería seguían persiguiendo al enemigo hacia el este y el sur y los arqueros se lo estaban pasando en grande junto al Visurgis, disparando a los guerreros que intentaban ocultarse en lo alto de los árboles. Las voces de los legionarios y los auxiliares se mezclaban mientras deambulaban por allí, buscando un botín. Cientos de guerreros heridos gemían de dolor hacia el implacable cielo azul. Pronto se callarían, pensó Tulo. Los legionarios no

estaban de humor para tener clemencia.

Sus hombres habían luchado bien, habían mantenido su posición mientras los queruscos se abalanzaban sobre ellos desde las laderas cubiertas de árboles. Codo con codo con las demás cuñas, se habían enfrentado a los hombres de las tribus hasta dejarlos paralizados y los habían herido o matado a cientos. Los queruscos habían cosechado cierto éxito. Habían matado a Basio y casi aniquilan a su cuña, pero no habían conseguido sacarle provecho a la situación. Paso tras paso ensangrentado, las cuñas habían ido ganando terreno, manteniendo la formación, matando al enemigo y despojándole de su voluntad de luchar.

Los centuriones de las unidades recién llegadas habían visto lo que ocurría y habían colocado a los soldados en la misma formación mortífera. Enfrentados a una «hoja de sierra» gigantesca, los queruscos habían optado por la retirada. En un momento dado, a Tulo le pareció haber visto a Maelo, la mano derecha de Arminio, intentando organizar un contraataque. Había fracasado y Tulo había estado demasiado lejos para alcanzarle. Maelo había desaparecido entre el caos de la retirada querusca poco después. Tulo confiaba en que se contara entre los caídos, igual que Arminio, pero hasta que se encontraran e identificaran los cadáveres de ambos hombres, no se lo creería.

Una unidad de chaucios que había pasado por allí había informado que Arminio había liderado un ataque contra los arqueros auxiliares del flanco derecho. Cuando el ataque había fracasado, se las había ingeniado para internarse en el bosque, según los chaucios. Cuando Tulo pidió más información, la respuesta que recibió fue encogimientos de hombros cargados de indiferencia y el comentario despreocupado de que «Arminio se había marchado y no se podía hacer más.» Como Tulo sospechaba que ahí había gato encerrado, dijo a los chaucios a voz en grito que informaría a Germánico de ello. Ellos no respondieron.

—Dichosos salvajes. La mitad no son de fiar —masculló.

Lo que decía no era del todo cierto. Las cohortes auxiliares, tanto de infantería como de caballería, habían salido bien paradas. Los arqueros eran los que habían corrido peor suerte, aunque les habían salvado los réticos, vindelicios y galos que habían estado delante de Tulo y sus hombres el día

anterior. Aunque los chaucios hubieran dejado escapar a Arminio, habían machacado a la masa de guerreros que se batían en retirada por la derecha del campo de batalla.

Los legionarios romanos podían atribuirse también buena parte de la gloria. Ellos eran quienes habían roto los flancos central e izquierdo del enemigo y quienes habían ahuyentado a la mayoría de los guerreros del campo de batalla. Había sido un buen día, una jornada en la que el ejército del imperio había recuperado el orgullo y, sobre todo, el de los hombres que habían visto cómo sus legiones eran aniquiladas hacía siete años. Tulo llegó a la conclusión de que si recibía la noticia de que Arminio había muerto y que se había encontrado el águila de la XVIII, aquel sería el mejor día de su vida.

No era tan ingenuo como para perder el tiempo deseando que aquellos deseos efímeros se convirtieran en realidad. Arminio había sufrido una derrota absoluta. Por hoy, ya bastaba.

Germánico había ordenado que se erigiera un *tropaeum* para celebrar su victoria y llegaría antes del atardecer para inspeccionarlo. Tulo caminó entre sus hombres mientras saqueaban a los muertos en busca de armas que exponer en el altar, objetos que tuvieran valor para ellos y, lo más importante, odres de agua. Para cuando había concluido la lucha, ya hacía tiempo que los hombres habían apurado sus odres. Tulo había enviado a dos *contubernia* al río hacía un rato pero todavía no habían regresado.

Tulo se dirigió a Piso cuando lo vio junto al cadáver de un jefe de clan bien vestido.

—¿Has encontrado algo?

Sonriendo de oreja a oreja, Piso enseñó un torque de plata bien grueso.

—¡Esto, señor!

—Con eso tendrás para pagar vino una buena temporada —dijo Tulo guiñando el ojo—. Vigila que Metilio no te clave más de la cuenta.

—He oído lo que has dicho, señor —dijo Metilio, dirigiéndose hacia el *tropaeum* cargado de espadas—. Llevo suficientes monedas en mi bolsa para pagarme el vino.

—¿Entonces me invitarás a una copa algún día? —preguntó Tulo.

—Será un honor, señor.

—Todos nosotros, señor —declaró Piso—. Ya lo sabes.

Tulo se permitió esbozar una sonrisa cuando sus hombres, sudorosos, ensangrentados y polvorientos, le comunicaron a gritos su deseo de invitarle a bebida.

—Ay, qué buenos chicos sois —dijo.

Todos le ovacionaron a voz en grito a pesar de tener la garganta seca.

—¡TU-LO! ¡TU-LO! ¡TU-LO!

Los hombres de las demás unidades les miraron con curiosidad pues hasta ese momento los vítores habían sido para Roma, Germánico y el emperador, Tiberio.

—No os penséis que me podéis engatusar con tanta facilidad, gusanos. ¡Todavía queda trabajo por hacer! —Tulo empleó un tono mucho más cordial que de costumbre, pero no pudo evitarlo. «Me estoy ablandando», pensó, con el corazón henchido mientras observaba a sus hombres manos a la obra sin que él hubiera tenido que insistir.

Transcurrió más de una hora. Desde el norte soplaba una brisa fresca que aligeraba el calor sofocante. Tulo supervisaba el trabajo del *tropaeum*, casi acabado. Desde el comienzo, la obra había sido un trabajo de colaboración entre soldados de distintas legiones. Tulo había escogido un buen roble —el árbol preferido de Júpiter—, lo habían talado y le habían cortado las ramas y el follaje. A partir de ahí habían tallado un tronco de la altura de dos hombres altos y del grosor del muslo de Tulo. Habían recortado una rama fuerte para que hiciera de travesaño y la habían sujetado en vertical con ayuda de una cuerda.

Habían cargado infinidad de piedras grandes desde una ladera cercana cubierta de pedruscos y habían hecho un montículo. Tulo había escogido ese lugar porque era donde había visto a los queruscos dar media vuelta y echar a correr por primera vez. En realidad, había muchos lugares en el campo de batalla en los que los hombres dirían que el enemigo se había dispersado, pero él era el oficial encargado de la construcción del *tropaeum*. Todavía no sabía a ciencia cierta cómo había ocurrido. La muerte de Basio había dejado a Tulo como centurión de mayor rango de la V, pero también estaban presentes otros oficiales de rango similar pertenecientes a otras legiones.

Sospechó que esa situación era producto de su calvario con Varo. En otras ocasiones, Tulo quizás habría rechazado esa responsabilidad pero no hoy. Era lógico que, como veterano del *Saltus Teutoburgiensis* y responsable en parte de esta victoria, tuviera cierto privilegio. Le conmovía ver que los legionarios de otras unidades sentían lo mismo, hacía poco que habían guardado las herramientas y habían dejado que los hombres de Tulo dieran los últimos toques al *tropaeum*.

Habían vestido a la gran cruz de madera como si fuera una persona, con una buena cota de malla y un casco de hierro que le habían quitado al cadáver de un jefe de clan angrivario. La cota de malla tenía varias manchas de sangre y el yelmo tenía una abolladura larga en forma de hoja en la coronilla. Habían improvisado un tahalí que le habían colgado del «hombro» izquierdo, del que le colgaba una espada dentro de una vaina con incrustaciones de plata. Le habían pegado dos escudos hexagonales, astillados los dos, al «brazo» izquierdo. Había infinidad de cascos, espadas y escudos amontonados en la base de la pila. Habían preparado un agujero en la parte superior. De la sección vertical salían varias cuerdas.

A pesar del agotamiento, Piso y sus compañeros no ocultaban lo entusiasmados que estaban ante la perspectiva de maniobrar con la estructura y levantarla. Estaban rodeados de cientos de legionarios y oficiales, ansiosos por ser testigos de la primera celebración de su triunfo sobre las fuerzas de Arminio. Cerca se encontraban grupos de prisioneros atados de rodillas, muchos de ellos heridos.

Un tintineo hizo girar la cabeza a Tulo. Fenestela, que llevaba un rato ausente, apareció por entre la multitud, arrastrando largos de cadena. Iba acompañado de cuatro legionarios, igual de cargados.

—Por Hades, ¿qué es eso? —inquirió Tulo.

—Cadenas, señor —repuso Fenestela, tan gracioso como siempre—. Muchas cadenas.

—Eso ya lo veo —gruñó Tulo, haciendo caso omiso de las risas ahogadas de sus hombres—. ¿Te importaría explicarme?

—Me interné en el bosque a explorar, señor, para asegurarme de que todos los enemigos habían huido —explicó Fenestela—. Encontré las cadenas a un cuarto de milla de distancia, junto con comida y agua,

pertrechos y tal.

—¿Crees que los germanos las trajeron para usarlas con nosotros?

—Eso parece, sí.

—¡Putos bárbaros arrogantes! —Tulo cogió un trozo de cadena y la alzó—. ¿Veis esto, hermanos? ¡Esto lo tenían los queruscos para atarnos, después de derrotarnos!

La irrupción de gritos airados, silbidos e insultos subsiguientes se convirtieron enseguida en cánticos de «¡TU-LO!» y «¡GER-MÁ-NI-CO!».

—Aquí llega en el momento justo —dijo Tulo, al oír a los jinetes—. ¡Llega vuestro general! —bramó.

—¡GER-MÁ-NI-CO! ¡GER-MÁ-NI-CO! ¡GER-MÁ-NI-CO!

La ovación era atronadora.

La multitud que estaba más próxima al Visurgis dejó paso a un grupo de jinetes que iba a medio galope. Germánico iba en cabeza, seguido de Cecina, Tubero y muchos de los comandantes veteranos del ejército. Tanto Tulo como Fenestela se cuadraron y saludaron.

Germánico, que iba casi tan sucio como los soldados y totalmente sudoroso, seguía teniendo todo el porte de un general y no dejaba atisbo de duda acerca de su condición de líder victorioso.

—Este triunfo ha sido de Tiberio, Tulo, no mío —dijo sonriendo para mostrar que, a pesar de sus palabras, le satisfacía el reconocimiento.

Tiberio, en la lejana Roma, ni siquiera sabía todavía que se había librado esa batalla. Tampoco había tenido nada que ver con el ejército de Germánico, todo el mundo lo sabía. Aquello eran cuestiones de la política, pero Tulo sabía el lugar que le correspondía.

—Como digas, señor. —Acalló a los hombres con un gesto y exclamó—: ¡TI-BE-RIO!

Los rostros más cercanos mostraron sorpresa y luego cayeron en la cuenta.

—¡TI-BE-RIO! —gritaron los soldados—. ¡TI-BE-RIO!

Germánico hizo un leve asentimiento de aprobación y bajó del lomo del caballo. Un sirviente le tomó las riendas. El general hizo una seña a Tulo y Fenestela y se dispuso a inspeccionar el montículo. Tulo sintió una gran satisfacción al ver la expresión airada de Tubero, que odiaba que Germánico

tuviera tales deferencias con él. «Que te den, Tubero —pensó Tulo—. Eres un hijo de puta arrogante.»

Germánico fue haciendo paradas para examinar el armamento y los cascos. Se quedó mirando la cota de malla ensangrentada y el casco abollado del «cuerpo».

Tulo se había quedado satisfecho con el *tropaeum*, pero de repente se puso nervioso.

—Tal vez deberíamos haber registrado una zona mayor del campo de batalla —musitó a Fenestela—. Quizás hubiéramos encontrado trofeos mejores.

—Ahora ya no tiene arreglo —fue la respuesta poco reconfortante de Fenestela—. Encajó la mirada asesina de reojo que le lanzó Tulo con expresión inocente.

—Bonita muestra —acabó comentando Germánico. Hizo una señal de agradecimiento hacia Piso y sus compañeros, que sonrieron de oreja a oreja como tontos.

Tulo, sumamente aliviado, lanzó una mirada a Germánico.

—¿Doy la orden, señor?

—Sí.

—¡Levantadla, hermanos! —gritó Tulo.

Piso y sus compañeros se pusieron manos a la obra con ganas. Alzaron la cruz y encajaron la base en el agujero que habían practicado en la parte superior del montículo. Cuatro hombres la cargaron sobre sus hombros de forma que quedara casi paralela al suelo, mientras Piso y Metilio se desplazaban para colocarse al otro lado frente a ellos. Armados cada uno con una cuerda, la pareja tiró a la voz de tres. Sosteniendo la cruz por debajo, los cuatro soldados, que subieron al montículo mientras Piso y Metilio tiraban de la cuerda, la introdujeron en los puntos de apoyo.

Se oyó una fuerte ovación a medida que se alzaba. Con manos hábiles, Piso y sus compañeros pusieron rocas alrededor de la base de la cruz para que se mantuviera en vertical. Una vez hecho esto, soltaron las cuerdas y se apartaron.

Germánico chasqueó los dedos y un escriba se le acercó enseguida con un pergamino de piel de becerro. Se hizo un silencio expectante mientras

Germánico lo desenrollaba; incluso a Tulo le embargó la emoción.

—Este altar ha sido erigido para celebrar la famosa victoria de hoy, y se dedica a la gloria de los dioses Marte, Júpiter y Augusto. En este lugar fueron derrotadas las tribus germánicas, causándoles miles de muertos. Los queruscos, los angrivarios, los marsos y los sicambrios. Los usipetos, los catos, los bructeros y los dolgubnos, ¡todos aniquilados por el ejército de Tiberio César! —Germánico miró en derredor y observó con fijeza a cada uno de los presentes—. Vosotros habéis sido los artífices de esto, ¡todos vosotros!

—¡TI-BE-RIO! ¡TI-BE-RIO! ¡TI-BE-RIO!

Germánico escuchó las alabanzas de sus soldados con expresión satisfecha. Tulo miró de hurtadillas a los oficiales de alto rango. Cecina y los demás parecían contentos, pero Tubero tenía una expresión capaz de agriar la leche. Lo único que ese imbécil veía, pensó Tulo, era a él al lado del gobernador. Tubero era incapaz de darse cuenta de que Germánico estaba reconociendo los logros de sus soldados pero también aumentando todavía más su lealtad hacia él.

Los gritos de los legionarios fueron amortiguándose. Cuando volvió a reinar el silencio, Germánico habló de nuevo.

—Hoy hemos sufrido pocas bajas, por lo que damos gracias a los dioses. Han caído menos de mil de los nuestros, mientras que el enemigo ha perdido esa cantidad multiplicada por siete. Una pérdida que lamentamos profundamente es la del *primus pilus* Basio de la legión V. Era un buen oficial que llevaba casi cuarenta años al servicio del ejército. Nunca le olvidaremos. —Germánico inclinó la cabeza en señal de respeto.

Todos los presentes imitaron el gesto, incluidos los oficiales al mando.

El dolor de Tulo, que había reprimido hasta el momento, apareció con toda su fuerza. «Descansa en paz, Basio, viejo amigo», pensó. Ya casi había decidido incinerar el cuerpo de Basio junto a la base del *tropaeum* al caer la tarde. Bajo ningún concepto le enterrarían. Los miembros de las tribus locales, que irían a profanar el altar, lo desenterrarían y le mutilarían el cuerpo. Así pues, Tulo y sus hombres contemplarían cómo las llamas consumían el cuerpo de Basio, tal como hacían los romanos de antaño. A su regreso a Vetera, colocaría una buena lápida en la calzada que salía del fuerte

de la legión. Tulo se encargaría de ello.

—Dado que el ejército sigue en guerra, la legión V necesita un nuevo *primus pilus*.

A Tulo el corazón le dio un vuelco, pues Germánico le miraba directamente a él.

—No se me ocurre un oficial mejor para ocupar el cargo que el centurión Lucio Cominio Tulo.

Los soldados allí reunidos profirieron rugidos para mostrar su acuerdo. Tubero puso cara de haberse tragado una avispa.

Más azorado de lo que había estado jamás, Tulo clavó la mirada en el suelo ante los pies de Germánico.

—¡Acércate, centurión! —ordenó Germánico.

Tulo avanzó con paso decidido, consciente de que estaba cubierto de polvo y sangre seca por todas partes.

—¡SEÑOR! —bramó. Se puso firme.

Antes de hablar, Germánico recorrió con la mirada a quienes observaban.

—Por el poder que me ha sido conferido, te nombro *primus pilus* de la gloriosa legión V.

Cuando los soldados mostraron su aprobación de viva voz, Germánico añadió:

—Que sirvas tan bien como Basio.

—¡Haré todo lo posible, señor!

—Sé que así será —declaró Germánico con una sonrisa.

—Una petición, señor. —Por arriesgado que fuera, tenía que aprovechar la coyuntura.

Germánico enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Pediría pasar a algunos de mis hombres a la primera centuria, señor. Soldados que estaban en la XVIII conmigo. —Tulo se humedeció los labios reseco.

—Teniendo en cuenta el apuro del que los sacaste, no me incumbe a mí separaros. —La expresión de Germánico reflejaba auténtico respeto—. Llévate a todos los que quieras.

—Gracias, señor. —A Tulo le escocían las lágrimas en los ojos.

Le pareció que lo más correcto era que Piso, Metilio y el resto de sus hombres de la XVIII compartieran su victoria con él.

Piso y sus compañeros estaban desperdigados por el exterior de su tienda. Hacía demasiado calor como para plantearse siquiera dormir en los confines cerrados de la bochornosa tienda. Además era tarde, el sol se había puesto hacía horas pero no hacía tanto que habían regresado del campo de batalla. Las conversaciones iban apagándose con rapidez. El perro callejero blanco y negro que el *contubernium* había adoptado, *Macula*, se había quedado dormido y meneaba las patas en sueños.

A Piso, que disfrutaba del sopor que producía el exceso de vino, le pareció que el día había sido memorable. La victoria sobre los germánicos había resultado vivificante y erigir la cruz del *tropaeum* delante de Germánico, un premio inesperado. El ascenso de Tulo al rango de Basio y su propio ascenso a la primera centuria ponían de manifiesto que Fortuna gozaba de muy buen humor.

Como estaban ansiosos por proteger a sus compañeros caídos de las tribus locales, los legionarios habían pedido que se incineraran todos los cadáveres. Tulo había aceptado. Habían traído hachas del campamento para cortar árboles. El olor a carne chamuscada que emanaba de las piras había sido horroroso, pero Tulo se había encargado de que hubiera vino a mano. Los legionarios habían estado de parranda en el campo de batalla varias horas después del atardecer, orgullosos de la victoria que tanto les había costado obtener, dolidos por la muerte de sus compañeros y ablandados por el vino.

Metilio rompió el silencio amodorrado.

—Ha sido una buena manera de despedirnos de ellos, ¿verdad? Basio

habría estado de acuerdo.

—Mejor quemarlos que dejar que esos bárbaros los desentierren, de eso no hay duda —convino Piso, aunque estaba cavilando acerca de Vitelio. Tras la batalla de los Puentes Largos del año anterior, le habían enterrado en un lugar aislado, confiando en que eso bastaría para evitar que descubrieran su sepultura.

—No podríamos haber incinerado a Telio —masculló Metilio, leyéndole el pensamiento a Piso—. Recuerda que era otoño y que llovía todos los días. Aunque hubiéramos conseguido encender una hoguera, el humo habría atraído a todos los guerreros a millas a la redonda.

Piso exhaló un suspiro. No había habido alternativa, pero le seguía doliendo haber enterrado el cadáver de Vitelio a millas de distancia de cualquier sitio. Los buenos soldados como él no deberían morir, pensó Piso. La amargura le recorrió el cuerpo mientras pensaba en un hombre como Tubero, que parecía poder ir por la vida sin que le pasara nada malo. Ningún soldado de la legión le tenía el menor aprecio, por lo arrogante y desafecto que era. Y lo que era peor, por culpa de su estupidez en una ocasión Tulo y veinte hombres habían estado a punto de morir. ¿Por qué no había muerto Tubero?, se preguntó Piso.

De repente se le ocurrió una idea maléfica. Si tuviera que poner al legado en su sitio, a Tulo le agradaría y divertiría, siempre y cuando no se enterara de quién había sido. La broma tampoco les devolvería a Vitelio, pero haría reír a su sombra. La primera idea de Piso fue cortar la cincha de la silla de montar del legado, pero era demasiado arriesgado. Aunque Tubero solo resultara herido, no escatimarían esfuerzos para encontrar al culpable y el castigo sería muy severo. Piso decidió, no sin cierto pesar, que era preferible algún acto degradante. Algo humillante.

Como tenía la cabeza embotada por el alcohol, no se le ocurría nada factible por mucho que se esforzara. Metilio roncaba a su lado y la somnolencia enseguida se apoderó de Piso. Estaba casi dormido cuando un terrible hedor lo devolvió a la realidad. Cuando se dio cuenta de que *Macula*, el perro, se había tirado un pedo, Piso hizo una mueca y se dio media vuelta. Al cabo de un instante, una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

Sabía cómo burlarse de Tubero.

—¿Que quieres hacer qué? —siseó Metilio con descrédito.

Como se dio cuenta de que Tulo le había oído, Piso hizo caso omiso de su amigo. Era por la mañana temprano y las centurias primera, tercera y quinta se dirigían hacia el Visurgis para aprovisionarse de agua para la cohorte entera. Después de la batalla habían quedado infinidad de cadáveres germanos junto al río, por lo que Tulo los hacía marchar río arriba.

—Ya acabaremos encontrando agua limpia —declaró.

Piso esperó a que encontraran un lugar adecuado y sin contaminar antes de volver a dirigirse a Metilio.

—Hay que darle una lección a Tubero —dijo mientras llenaban el primero de muchos odres de agua.

Metilio le dedicó una mirada de resignación.

—Igual que a la mayoría de los de su calaña, pero eso no va a pasar. Es como intentar arrancar el sol del cielo. Hacen lo que les place, Piso, y nosotros hacemos lo que nos dicen. Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

—Esto funcionará —insistió Piso, sonriendo de oreja a oreja.

Metilio puso los ojos en blanco.

—No me digas que ya has hecho algo...

—¡Tranquilo! No soy imbécil. —Piso comprobó que no había nadie cerca antes de susurrar—: *Macula* me dio una idea. —Sonrió al ver la expresión confundida de Metilio y le susurró algo al oído.

—¿Te has vuelto loco? —Varias miradas se posaron en ellos y Metilio bajó la voz—. ¿Cómo lo harías?

Piso volvió a susurrar.

—¡Hay centinelas!

—Que caminan siguiendo un circuito. Si lo planificamos bien, podemos entrar y salir sin que nos vean.

—¿Podemos?

—Eso es. —Piso dedicó una sonrisa pícaro a Metilio—. Tú vas a ayudarme.

El día, otra vez abrasador, fue transcurriendo. Los exploradores de Germánico, formados por una combinación de la caballería y de la infantería

auxiliar, salieron a cientos con la misión de localizar a Arminio y sus guerreros. Volvieron a media tarde con la noticia de que el jefe querusco y sus fuerzas se encontraban a menos de cinco millas de distancia. Tulo, experto en sonsacar información a los demás, averiguó que, según varios exploradores, los germanos estaban construyendo una especie de terraplén. Contentos al pensar que no habría represalias en un futuro inmediato, Piso y sus compañeros dieron poca importancia a la noticia.

Tulo les dejó a su aire, diciendo:

—Descansad. Mañana o pasado mañana habrá lucha, ya veréis.

Así pues, Piso y sus compañeros se tumbaron a la sombra asfixiante de su tienda. Mantenía a *Macula* cerca puesto que el perro resultaba primordial para su plan. El ambiente se llenó de conversaciones intrascendentes. ¿Arminio volvería a enfrentarse a su ejército? ¿Cuándo? ¿Sería posible encontrar ese verano los dos estandartes de las legiones que seguían en manos enemigas? ¿Acaso las ocho águilas que habían visto el día anterior predecían una victoria romana en el siguiente enfrentamiento contra los germanos?

En dos ocasiones a lo largo de la tarde, Piso dejó a *Macula* a cargo de Metilio y fue a pasear hacia el centro del campamento, con la misma despreocupación con la que lo haría si estuviera en el asentamiento de Vetera. La enorme tienda de Tubero estaba situada en la zona de los tribunos de la legión, a poca distancia del cuartel general. Con el pretexto de hacer apuestas sobre la posibilidad de que hubiera batalla al día siguiente, Piso habló con los centinelas que estaban de guardia junto a las tiendas de los tribunos. No se arriesgó a acercarse a los soldados que estaban en el exterior de la de Tubero, pues cuantas menos pistas hubiera, más posibilidades de que no llegaran a descubrirle jamás. Eso si tenía éxito, pensó Piso. La actitud alerta y el porte erguido de los seis soldados que vigilaban los aposentos de Tubero le hizo ser consciente del peligro de lo que iba a intentar. De todos modos, siguió fisgoneando.

Piso descubrió que los centinelas iban a hacer el cambio de turno al anochecer y que los nuevos guardias estarían de servicio hasta el amanecer. Este descubrimiento modeló su plan: el mejor momento para actuar era cuando los guardas estuvieran cansados. Así pues, tenían que intentarlo al

atardecer, cuando Tubero estaría todavía dedicándose a sus menesteres en el cuartel general del campamento. Si esperaban a cuando faltara poco para el amanecer, se arriesgaban a que el legado se despertara y se encontrara a uno de sus soldados en su dormitorio. Piso no quería ni pensar en cuál sería el castigo para tal infracción.

Sus compañeros no sabían nada aparte de que la pareja iba a «una misión». Piso confiaba que su ignorancia les protegiera en caso de que los pillaran. El bienestar de sus compañeros de tienda, tal como Metilio le había advertido sombríamente, sería la menor de sus preocupaciones si eso ocurría.

—Todo irá bien —repuso Piso, confiando en estar en lo cierto.

Cuando faltaba poco para que Metilio y él salieran, la situación dio un vuelco inesperado y dramático. Piso volvía a seguir a *Macula* y estaba a punto de añadir otra boñiga calentita a las cinco cagadas que ya llevaba ocultas en un trozo de tela harapiento.

—¿Qué llevas ahí?

La voz de Tulo sobresaltó a Piso. Se volvió y esbozó su mejor sonrisa.

—Recoger mierdas de perro es un trabajo sucio, pero es mejor que pisarlas.

—Es peor por la noche, señor, si vas descalzo —añadió Metilio en el momento oportuno.

—*Scylax* caga donde le da la gana —dijo Tulo en tono comprensivo. *Scylax* era el nombre que le había puesto al cachorro que había rescatado junto a Artio. Como mascota de la muchacha, vivía en la taberna de Sirona con ellas. Todos los legionarios de la cohorte conocían y estimaban al animal —. Es horroroso cómo se pega a las tachuelas, ¿verdad?

—Sí, señor —convinieron Piso y Metilio.

Tulo les dejó hacer con un asentimiento.

Piso exhaló un suspiro entrecortado.

—Todavía estamos a tiempo de cambiar de opinión —le siseó Metilio al oído—. No habrá cachondeo. Los únicos que lo sabemos somos tú y yo.

Piso vaciló durante unos instantes, pero entonces, pensando en la expresión engreída de Tubero y en la ira que el legado manifestaba contra Tulo y su compañero muerto Vitelio, sacó el mentón.

—Quédate si quieres, yo voy.

—Eres un cabrón, Piso —susurró Metilio—. No puedes hacerlo solo.

—¿Eso crees? —Sustituyó el cinturón metálico por otro de cuero sencillo para no alertar a los centinelas con el tintineo de la «falda», Piso recogió el paquete de mierdas—. Volveré dentro de un rato —anunció al resto de sus compañeros.

Le siguieron las miradas curiosas pero no Metilio.

Piso sintió una profunda decepción una vez se hubo alejado cincuenta y después cien pasos de su tienda. Metilio era un compañero de fatigas de lo más solvente, debería haber acompañado a Piso, aunque no estuviera de acuerdo con él.

—Eres un cabrón estúpido —gruñó Metilio junto a su codo izquierdo.

Piso se volvió en redondo, encantado.

—¿Vienes?

—Si vas solo, seguro que la cagas.

Sonriendo como un poseso, Piso dio una docena de pasos antes de volver a caer en la cuenta de la cruda realidad.

—Si Tubero está en su tienda, abortamos el plan.

—Por supuesto.

—Si alguien ronda por la parte trasera de la tienda, nos largamos.

—Si alguno de los centinelas nos lanza una mirada sospechosa, lo dejamos correr.

Las posibilidades de éxito parecían tan exiguas que Piso volvió a vacilar.

—A lo mejor...

Para su sorpresa, fue Metilio quien le animó.

—Vamos a hacerlo. Por Tulo y por Vitelio.

Piso se recorrió la boca seca con la lengua. Paseaba por la parte trasera de la tienda de Tubero, con las mierdas envueltas sujetas contra el cuerpo. A la izquierda tenía la pared lateral de un gran pabellón que formaba el cuartel general del campamento. Metilio, a treinta pasos, estaba arrodillado fingiendo atarse una sandalia junto a la esquina de la gran tienda, aunque en realidad vigilaba a los centinelas. Según sus cálculos, Piso tenía cien segundos — ochenta y cinco para entonces— para entrar sin ser visto. Una vez allí, tendría

tiempo de sobra para cumplir con su misión, siempre y cuando fuera contando los latidos y saliera cuando los centinelas hubieran pasado. «Tiempo de sobra —pensó Piso con amargura—. Esto es una jodida locura.» Tubero no estaba allí pero tenía muchas posibilidades de ser descubierto por un sirviente. Piso flaqueó... pero volvió a animarse. Llegó a la conclusión de que ya no podía echarse atrás. La suerte estaba echada.

Antes de que volviera a fallarle la determinación, Piso lanzó una mirada a su alrededor. Como no vio a nadie más aparte de Metilio, se arrodilló, levantó el panel inferior de la tienda y atisbó en el interior. Había escogido una antesala, tal vez cercana al comedor. Había mesas llenas de platos, cristalería y cubertería limpios. Había escobas apiladas hechas con ramitas. Había una hilera de pies de lámpara de bronce ornamentados en forma de garras de león. No había nadie a la vista, así que dejó el paquete en el interior y rodó detrás de él, y dejó que el cuero cayera a continuación.

Ya estaba sudoroso pero el calor sofocante de la tienda y el miedo que le atenazaba porque ahora estaba en situación comprometida le hicieron sudar todavía más. «Tranquilízate», se dijo, respirando hondo. Según sus estimaciones, el centinela iba a aparecer de un momento a otro. Al cabo de veinte segundos, el paso regular y el tintineo de la cota de malla confirmaron su teoría.

«Estoy dentro —pensó Piso—. Ya puestos, mejor que mire a mi alrededor. Preso de la curiosidad, se acercó con sigilo al tabique que separaba aquella estancia de la siguiente.

Se trataba del comedor, también vacío, pero iluminado por lámparas de aceite titilantes. Había lujosos divanes reclinables dispuestos del modo habitual. Las mesas y sillas más bonitas que Piso había visto jamás ofrecían un modo sencillo de sentarse y comer. Agachado, paquete en mano, entró furtivamente. Había dos salidas; desde el otro lado de una oyó voces. Presa del pánico, se dirigió a la otra. Retiró la partición un dedo y echó un vistazo a la estancia contigua. Se sintió esperanzado. Parecía una salita de estar, o zona en la que relajarse; existía la posibilidad de que condujera al dormitorio de Tubero.

Piso tenía pocas opciones aparte de probar. Entró de puntillas, rodeando unos sillones cubiertos de cojines y una estatua pintada de una grácil Diana

medio desnuda, para dirigirse a la «pared» del fondo. La suerte seguía sonriéndole, pues en la estancia adyacente tampoco había nadie, pero a juzgar por los baúles de madera para guardar cosas, había llegado a los aposentos privados de Tubero. Sus esperanzas recibieron confirmación cuando levantó la tapa de uno de ellos y halló bonitas túnicas y prendas de ropa interior. Con un destello de inspiración, dejó caer una mierda apestosa en la ropa. Aquello le parecía tan divertido que hizo lo mismo con el contenido del segundo baúl y escondió la mierda entre los pliegues de una toga prístina.

Con seguridad renovada, se encaminó a otra estancia y descubrió encantado que se trataba del dormitorio de Tubero. Dominado por una enorme cama de madera, tenía más muebles que la casa entera de Piso, todos ellos bonitos y caros. El abismo que lo separaba de Tubero nunca le había resultado tan evidente y Piso sintió una profunda amargura. Metilio tenía razón. Él y sus compañeros pasarían toda su vida en lo más bajo de la escala social mientras que Tubero y los de su clase vivían con todos los lujos en la cima.

Con furiosa determinación, Piso embadurnó de mierda las sábanas de Tubero, después de levantar con sumo cuidado la colcha estampada. Piso se guardó su mejor idea para el final. Confiando en que entrara primero Tubero y no un sirviente, dispuso las últimas mierdas en fila a lo ancho del umbral. Una vez cumplida la misión, había llegado la hora de marcharse. Piso no tenía ni idea de dónde estaba el centinela que patrullaba pues hacía mucho rato que se había olvidado de contar hasta cien.

Se dirigió al comedor antes de que Fortuna, que debía de estar carcajeándose para sus adentros, interviniera. En ese mismo instante, un criado, que hablaba con un compañero por encima del hombro, entró en la estancia, pero desde el lado contrario. Aterrado, Piso se puso a cuatro patas y se escondió debajo de una mesa. Conteniendo la respiración, observó cómo el criado rodeaba la mesa, tan cerca que Piso podría haber estirado el brazo para tocarlo.

—¡Vuelve aquí! ¡Te necesito! —exclamó una voz procedente de lo que Piso supuso que era la cocina.

—Ya voy, ya voy —gruñó el criado, que estaba junto a la mesa. Olisqueó—. ¿Tubero tiene otro perro?

—No he visto ninguno. ¿Por qué?

—Aquí huele a mierda de perro.

Cuando el sirviente se marchó por donde había venido, Piso reprimió una carcajada. Si en esa estancia olía mal, en el dormitorio de Tubero sería infinitamente peor, y eso antes de que ese imbécil pisara las mierdas que había en el umbral.

En cuanto Piso consiguió salir a hurtadillas de la tienda de Tubero, lo que más le habría gustado habría sido quedarse por allí. Según lo que Piso dijo a Metilio con una amplia sonrisa, habría dado el salario de un mes por escuchar la reacción del legado cuando pisara la mierda de *Macula* o encontrara las sábanas hechas un asco.

—O de dos meses —respondió Metilio, carcajeándose.

Sin embargo, permanecer allí resultaba demasiado arriesgado. Su mera presencia en la zona les habría puesto en peligro, por lo que regresaron tranquilamente a la posición de su centuria, riéndose a gusto mientras imaginaban la reacción del legado indignado. Cuando sus compañeros les interrogaron, la pareja cedió y les contó la historia, no sin antes hacer jurar a todos que les guardarían el secreto. La situación dio lugar a una gran hilaridad y un desconcertado *Macula* recibió más atenciones que nunca.

Aquella noche Piso durmió como un tronco. Cuando se despertó con el toque de trompeta al amanecer, tardó unos instantes en recordar lo que habían hecho. Dejó escapar una risita.

Metilio abrió los ojos.

—¿Qué?

—Espero que Tubero tuviera sábanas de recambio —susurró Piso.

Los dos se partían de la risa.

—¡Levantaos de la cama, gusanos! —El bastón de Fenestela golpeó el cuero que tenían por encima de la cabeza. Asomó la cabeza por la puerta abierta y los miró con expresión asesina—. ¿De qué coño os reís?

—De nada, señor. —Piso salió de la tienda con dificultad, seguido de Metilio y del resto de sus compañeros.

—No me mientas, Piso. Os estabais riendo como dos niños. —Fenestela

lo pinchó en el pecho con la base del bastón—. ¿A qué vienen tantas risas?

Presa del pánico, pues no tenía una mentira preparada, Piso se movió con nerviosismo.

—Pues... nosotros...

—Estábamos hablando de la visita de Calvo al burdel cuando regresemos a Vetera, señor —dijo Metilio, alzando la voz para que le oyeran.

Calvo se puso colorado como un tomate cuando una oleada de comentarios predecían que no sería capaz de aguantar la erección, que acabaría antes incluso de desvestirse o que pillaría la sífilis.

Fenestela hizo una mueca y dedicó una mirada suspicaz a Piso antes de largarse para despertar al resto de la centuria.

—¿Quieres que nos descubran? —siseó Metilio.

—Por supuesto que no —replicó Piso, avergonzado y enfadado.

—¡Pues entonces ten preparada una mentira!

Poco después del desayuno, la noticia de que Tubero tenía sed de sangre se propagó por las hileras de tiendas. Piso era consciente de que su broma podía acarrear un castigo muy severo pero había decidido no pensar demasiado en ello. Nerviosos, él y Metilio no podían hacer otra cosa que mantener la cabeza gacha y confiar en que la impopularidad del legado hiciera que, aunque alguien tuviera una ligera idea acerca del responsable, no dijera nada.

Poco después llegó un mensajero oficial. En cuanto se hubo marchado, Tulo obligó a los legionarios a ponerse en fila delante de las tiendas.

—Parece ser que anoche un desgraciado entró a hurtadillas en la tienda de nuestro legado y dejó mierda de perro esparcida por su dormitorio —anunció—. Estaba en la cama de Tubero, entre su ropa, por todas partes.

Con un gran esfuerzo, Piso disimuló lo mucho que se estaba divirtiendo. Varios compañeros dejaron escapar unos grititos ahogados pero enseguida recobraron la compostura. Si se reían en ese momento, la ira de Tulo caería sobre ellos.

—Tubero está furioso. ¡Rojo de ira! A todos los centuriones de la legión se nos ha encomendado averiguar si alguno de sus hombres es responsable de

este crimen execrable. —Tulo clavó su mirada glacial en los ojos de cada uno de los soldados al pasar—. Presentaos si podéis arrojar luz sobre al asunto.

Nadie movió ni un músculo y ni mucho menos rompió filas para reconocer la culpa.

Entonces Piso empezó a preocuparse. Qué imbécil había sido. Su comportamiento impulsivo quizás acabara con su cuello bajo la hoja del verdugo.

Tulo caminó por segunda vez a lo largo de las filas de hombres.

Piso se asustó sobremanera al ver que se acercaba. Para cuando Tulo hubo llegado a la altura de él y de Metilio, el corazón le latía como un pájaro enjaulado. Impertérrito, Piso dejó la mirada clavada a media distancia. Sintió un profundo alivio al ver que Tulo pasaba de largo sin pararse.

—Es un orgullo para mí que ninguno de vosotros esté implicado en este asunto. —El chasquido de la *vitis* de Tulo en una de sus grebas era un claro recordatorio de su poder—. Olvidémonos de este tema, hay asuntos más importantes que tratar. Preparaos, Germánico hace marchar al ejército para encontrarnos con Arminio. Nos vamos dentro de una hora.

Los legionarios se llenaron de entusiasmo. Se apresuraron a ponerse las sandalias y enfundarse los *subarmales*. Los hombres rebuscaron las armaduras y las espadas entre las pilas de equipamiento. Como no se atrevía a hablar del tema con Metilio —ya hablarían más tarde, cuando Tulo no estuviera cerca—, Piso se entretuvo preparando el equipo.

—¿Has visto a *Macula* últimamente?

Piso se sobresaltó. No había oído la llegada de Tulo.

—¿*Macula*, señor? —A Piso se le revolvió el estómago mientras miraba a su alrededor—. No.

—Mi sirviente se lo ha llevado a un mulero de la caravana de carretas —dijo Tulo en voz baja—. Es mejor que quienes tienen perro no tengan al animal cerca por ahora, ¿verdad?

«Lo sabe —pensó Piso cada vez con más pánico—. Lo sabe, joder.»

—Sí, señor —dijo Piso, apenado por no haber previsto que todos esos hombres podrían ser interrogados.

—*Macula* puede volver cuando todo esto haya pasado.

—Si tú lo dices, señor... —repuso Piso, cubriéndose las espaldas.

—Lo que hiciste fue una temeridad, pero bien hecho.

Sin saber todavía si podía reconocer su culpabilidad, Piso adoptó una expresión inocente.

—¿Hacer qué, señor?

—¡No me vengas con evasivas, gusano! Entrar en la tienda de Tubero a escondidas con un fardo lleno de mierdas de *Macula*... ¡a mí no se me habría ocurrido un plan mejor!

A Piso estuvieron a punto de fallarle las piernas. Tulo lo sabía, ¡se alegraba!, y no iba a delatarle ante Tubero.

Pero Tulo no había terminado. Pinchó a Piso en el pecho con fuerza.

—¡No vuelvas a cometer semejante estupidez nunca más!

—¡No, señor! —masculló Piso, cuyo júbilo momentáneo se disipó.

—Te aprecio demasiado como soldado como para perderte. Igual que a Metilio. —Tulo le dedicó una mirada lasciva—. Oh sí, claro que sé que fue contigo. Sois más brutos que un arado y Fenestela os ha oído reír esta mañana.

Piso arrastró los pies y esperó que el castigo que Tulo tenía en mente no fuera demasiado severo.

—No lo olvidaré.

Piso se quedó boquiabierto.

—¿Qué estás mirando? —bramó Tulo, que volvía a ser el centurión que todos conocían—. Germánico os quiere listos para la batalla. ¡Venga ya o notarás la *vitis* en la espalda!

Piso no perdió la sonrisa mientras se apresuraba a obedecer. Lo habían hecho y la reacción de Tulo significaba que había valido la pena.

El día había vuelto a amanecer claro. El sol todavía no se apreciaba por el horizonte pero la temperatura había empezado a subir. Sería otro día abrasador, como los dos que habían transcurrido desde la victoria romana en Idistaviso. A varias millas al este del campo de batalla, Arminio estaba sentado cerca de su tienda en el tronco sólido de un árbol caído. Tenía la pierna izquierda estirada delante de él y observaba cómo el curandero le retiraba la venda de la pantorrilla.

Arminio sintió una punzada de miedo mientras le desenvolvía el vendaje, rígido por culpa de la sangre reseca. Cerró los ojos porque ya no quería mirar. Había llevado el vendaje desde la batalla y había estado demasiado ocupado manteniendo unidos a sus aliados como para hacer que le examinaran la herida. Seguía estando convencido de que podían derrotar a Germánico en verano, lo único que necesitaban era el terreno adecuado. Contra todo pronóstico, Maelo había encontrado el lugar perfecto, situado a varias millas de distancia. Sumamente animado, Arminio había aprovechado su carisma al máximo para convencer a los jefes de clan. Como consecuencia de ello, varios miles de guerreros seguían en el enorme campamento, deseosos de vengarse de los romanos.

Notó un dolor palpitante en la pierna y, de repente, se puso nervioso y volvió a abrir los ojos. ¿Pagaría un precio elevado por haber retrasado la inspección del curandero? Aunque no olía mal y el dolor le había resultado soportable, el corte podía haberse infectado. A lo largo de los años había visto a infinidad de hombres que enfermaban y morían por culpa de heridas

más leves que aquella. Primero se inflamaba. Después supuraba y la rojez se extendía por toda la extremidad. Luego aparecía la fiebre, un fuerte malestar y la gangrena.

Arminio pidió a los dioses que no le dejaran morir de esa manera. Tenía la impresión de que le habían clavado agujas cuando le retiraron el último trozo de venda tirando con fuerza.

—¿Y bien? —preguntó.

En vez de responder, el curandero, un amable marso con edad suficiente para ser su padre, se acercó los trozos de gasa acartonada a la nariz y los olisqueó con fuerza.

Arminio se imaginó lo peor.

—¿Se ha infectado?

El curandero lanzó una mirada a Maelo, que estaba al lado de Arminio.

—¿Es siempre tan tenaz?

—Sí, casi siempre —reconoció Maelo entre risas.

Molesto, Arminio se inclinó hacia delante para inspeccionarse la herida, un corte poco profundo que le recorría la pantorrilla por el lado. Los bordes eran de color rojo oscuro pero el tejido contiguo presentaba un color normal. Un fluido sanguinolento supuraba del corte pero no vio pus. Se sintió aliviado.

—¡No se ha infectado!

—Todavía no, por lo menos —fue la respuesta cortante del curandero. Dio un manotazo a Arminio para que apartara los dedos—. ¡No toques!

Arminio mantuvo la calma. Ya había escasez de curanderos para tratar a todos los guerreros heridos y ese hombre tenía fama de ser el mejor de todos.

El curandero palpó con la yema de los dedos la línea que describía el corte. Sonrió mientras Arminio siseaba de dolor.

—Esto lo notas. Bien. ¿Y aquí? —Presionaba el tejido a tres dedos de distancia del corte.

—Duele pero no tanto.

—¿Aquí? —El curandero había llegado a la parte posterior de la rodilla de Arminio.

—Nada. —Observó la cara del curandero—. Lo cual es bueno.

—Va bien, teniendo en cuenta que solo has dejado de estar de pie para

dormir. Te aconsejé que permanecieras tumbado el máximo tiempo posible.

—Es más fácil de decir que de hacer cuando hay un ejército que dirigir y jefes de clan con los que reunirse —replicó Arminio—. ¿Cuánto tardará en curarse?

—¿Totalmente? Un mes. Diez días antes no sangrará si no usas la pierna demasiado.

Arminio dejó escapar un bufido sarcástico.

—Sabía que dirías algo así. Me temo que Germánico no esperará.

Chasqueando la lengua, el curandero hurgó en su cesto. Abrió el tarro de un ungüento de olor acre y aplicó una capa fina en el corte.

—Haz lo que tengas que hacer pero ten presente que cuantas más horas pases de pie, más posibilidades de sangrado e infección.

—Estaré a lomos de mi caballo.

El curandero le dedicó una mirada despectiva.

—Eso es prácticamente lo mismo y lo sabes. Por lo que respecta a luchar... en fin...

—Te agradezco el tratamiento, viejo, pero descansar se me da tan bien como volar como un pájaro. El ejército de Germánico está cerca. Se avecina otra batalla y tengo que estar ahí para dirigir a las tribus. De lo contrario... —Arminio calló porque no quería expresar la preocupación que le corroía por dentro, que sus guerreros, derrotados hacía dos días, quizá no resistieran cuando los ejércitos volvieran a enfrentarse—. Aplica el mejor tratamiento posible a la herida y deja lo demás en manos de los dioses.

Chasqueando la lengua otra vez, el curandero aplicó una venda nueva.

—Te durará un día, si descansas. Si no, esto te será útil. —Entregó tres rollos de gasa y un ungüento en un tarro pequeño—. ¿Sabes qué hacer?

—He vendado unas cuantas heridas, sí —respondió Maelo.

Al curandero le crujieron las rodillas cuando se incorporó.

—Entonces ya he terminado mi trabajo.

—Deja que te pague —dijo Arminio haciendo ademán de coger el monedero.

—Derrotar a Germánico es la única recompensa que necesito. —El curandero hizo una mueca de dolor.

—¿El año pasado perdiste a algún familiar? —preguntó Arminio. Las

tribus marsas habían sufrido sobremanera cuando las legiones habían hecho incursiones en su territorio.

—Mi esposa. Hacía treinta y dos abriles que estábamos casados.

—A mi mujer también se la llevaron —dijo Arminio, atezado por tan sombríos recuerdos—. No está muerta pero no volveré a verla.

—Me he enterado de lo que hicieron los romanos. Fue una crueldad. —El curandero miró fijamente a Arminio con los ojos llenos de lágrimas—. Prométeme que machacarás a Germánico y a sus legiones.

Arminio asintió, conmovido.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—No puedo pedir más que eso —dijo el curandero, que se marchó renqueando.

—Lucharía si estuviera en condiciones —comentó Arminio.

—La venganza es una emoción poderosa —reconoció Maelo—. Te da alas.

Arminio veía el rostro de Tusnelda cerca del de él, con los labios prestos para besarle. Parpadeó y enterró la dolorosa imagen. Agradeció que Maelo le diera un apretón en el hombro.

—Me imagino lo duro que es para ti. Tengo suerte de no tener esposa ni hijos.

—Seguro que te gustaría tener un hijo —dijo Arminio intentando aligerar el ambiente—. Me imagino a un Maelo pequeño correteando por ahí y causando estragos allá donde va.

—Algún día, vete a saber. Antes mejor ganamos la batalla, ¿vale?

—Sí. —Arminio trazó líneas en la tierra con una ramita para representar la disposición del terreno que rodeaba su gigantesco terraplén, que sus guerreros apodaban «el muro angrivario» debido a su posición en el territorio de esa tribu. El terreno lo había descubierto Maelo y la construcción terminaría el día siguiente. Teniendo en cuenta que había un río y una ciénaga en un lado y un bosque en el otro, la defensa proporcionaría una ventaja considerable a sus guerreros con respecto a la altura sobre los romanos que avanzaban—. Primero repasaremos mi plan y luego hablaremos con los jefes de clan.

El mediodía, soleado y abrasador, se les echó encima al día siguiente antes de que el ejército de Germánico se hubiera desplegado. Conocedor de la posición de las fuerzas de Arminio gracias a los exploradores, había sido incapaz de dejar pasar la oportunidad de batalla y de obtener otra victoria contra las tribus. Los exploradores de Arminio le habían informado que las legiones marchaban en su dirección desde hacía horas. A cubierto y a la sombra de los árboles que flanqueaban un lateral del campo de batalla, había aguardado la llegada del enemigo y luego que las legiones se prepararan para el combate. Era un proceso lento pero conocido, en el que había participado infinidad de veces durante sus años de servicio al imperio.

Primero venían los auxiliares, una mezcla de arqueros, honderos e infantería. Las legiones formaban el siguiente rango, hoy cuatro y, con ellos, Germánico y sus cohortes pretorianas. El tercer rango lo formaban otras cuatro legiones. Los flancos estaban protegidos por grupos de caballería. Era un ejército enorme que superaba en número a las fuerzas menguadas de Arminio por lo menos en diez mil hombres. Se convenció a sí mismo de que aquello no suponía ningún problema. Rodeados por un terreno cenagoso y un bosque denso, y con el paso bloqueado por el terraplén que tenían ante ellos, a los romanos les costaría hacer entrar a más de un tercio de sus hombres en la contienda.

Maelo se le acercó con sigilo.

—¿Seremos capaces?

—Tan sincero como siempre —dijo Arminio con cinismo.

Maelo se encogió de hombros.

—No le veo el sentido a ser de otra manera.

—Seremos capaces si todo sale según lo planeado, sí.

—Ahuyentar al enemigo del campo de batalla es lo máximo a lo que podemos aspirar. No tenemos ninguna posibilidad de aniquilar a ocho legiones. Si eso fuera posible, ya lo habríamos conseguido.

Arminio asimiló la cruda realidad que entrañaban las palabras de Maelo.

—Puede ser, pero si hoy le damos un escarmiento a Germánico, su campaña tocará a su fin. Sus líneas de abastecimiento no dan más de sí. Cuando sus fuerzas se dividan, podemos hostigarlas hasta casa. Tarde o temprano, Roma se dará cuenta de que sus legiones tienen el mismo

recibimiento cada vez que cruzan el Rhenus.

—Será una contienda reñida. —Maelo había clavado la mirada en la vasta hueste enemiga.

—La vida no es un camino de rosas. —Arminio dio un golpe a Maelo en el brazo.

Un bufido de diversión.

—Supongo que no.

—¿Recuerdas tu misión?

—¿Me tomas por un viejo chocho? —Maelo cedió al ver que Arminio fruncía el ceño—. Yo me quedaré aquí. Mi caballería atacará el flanco enemigo mientras avance hacia tu posición en el terraplén. Mis guerreros formarán una segunda racha para atacar cuando lo considere oportuno. —Maelo inclinó la cabeza ante Arminio—. Pero tus hombres serán quienes reciban la mayor parte del ataque de las legiones.

—Que vengan. Estaremos preparados. —A pesar del tono fanfarrón, Arminio no se veía capaz de librarse de la duda. La reprimía lo mejor posible. La escena estaba preparada y los dos ejércitos en sus puestos. Pronto empezaría la batalla. Había poco que hacer aparte de elevar una última plegaria a Donar y confiar en sus guerreros.

La herida que Arminio tenía en la pierna le producía un dolor palpitante mientras se acercaba al borde del terraplén arrastrando los pies. Cuando notó algo pegajoso en la bota se dio cuenta de que volvía a sangrarle. Envalentonado por los esfuerzos de sus guerreros, pues el suelo que pisaba estaba plagado de heridos y muertos romanos, no pensaba en nada más. La lucha había comenzado hacía rato, una hora quizá, y durante ese tiempo los romanos habían lanzado dos ataques masivos en el terraplén, ambos con gran determinación. Ahora el enemigo se había retirado a escasa distancia para descansar y reagruparse. Las nuevas unidades que avanzaban hacia la línea de frente levantaban nubes de polvo a su paso. Los jinetes cabalgaban de un lado para otro, transmitiendo órdenes.

Los guerreros que acompañaban a Arminio, una mezcla de angrivarios y sus propios queruscos, estaban exultantes. Muchos de ellos aprovechaban la

pausa para saltar desde el terraplén y despojar a los legionarios y auxiliares muertos de las cotas de malla, los odres de agua y otros objetos de valor. De acuerdo con sus instrucciones, dejaban a los heridos enemigos vivos. Ni siquiera a los romanos les gustaba pisotear a sus compañeros, anunció Arminio, lo cual provocó un coro de carcajadas.

—Recoged todas las lanzas que estén en buenas condiciones —gritó—. Las jabalinas y escudos también. Haced correr la orden.

Los guerreros más cercanos sonrieron e hicieron un gesto de asentimiento.

Arminio entrecerró los ojos para ver a pesar del resplandor de la luz y miró a su derecha, hacia el espacio estrecho situado entre el final del terraplén y el terreno cenagoso. En los días previos a la batalla, había ordenado que construyeran el terraplén hacia el interior de la ciénaga, pero los guerreros elegidos no habían hecho un buen trabajo. Acelerado porque intentaba hacer una docena de cosas a la vez, Arminio no lo había descubierto hasta que fue demasiado tarde. Lo máximo que había podido hacer era apostar a Malovendo y sus mejores guerreros en el punto más débil de la defensa.

No le había sorprendido que un romano avisado se percatara del fallo. Astuto como un zorro, Germánico había enviado a cuatro cohortes para intentar el ataque cuando la lucha había empezado. Gracias a la ola de calor prolongada, la ciénaga se había secado y ofrecía un terreno sólido sobre el que luchar. A continuación se produjo una lucha encarnizada y, a pesar de los grandes esfuerzos de los guerreros, se habían tenido que ir retirando poco a poco. Un mensajero había alertado de la situación a Arminio y este había enviado a la mitad de sus reservas a ayudar a Malovendo. Los quinientos guerreros queruscos habían cubierto la brecha durante un tiempo pero incluso ellos habían tenido que luchar. Si el resto de la línea romana no se hubiera visto obligada a retirarse, caviló Arminio, las cuatro cohortes habrían acudido en masa a amenazar su flanco derecho. Tal como estaba la situación, tenían que retirarse o se arriesgaban a quedar aislados.

En cuanto se reiniciara la batalla regresarían, igual que una mujer despechada sedienta de venganza. Arminio volvió a preguntarse si debía dirigir desde el punto débil, pero no era factible. El lugar más importante en el que podía estar era ahí, en el centro. Malovendo haría lo que podría y la ampliación del terraplén hecha con cadáveres romanos apilados resultaría un

elemento de disuasión brutal para los legionarios que atacaran.

La atención de Arminio se desvió hacia el flanco izquierdo y los árboles que ocultaban a Maelo y sus fuerzas. Las nubes de polvo y la distancia entre sus posiciones suponían que no habría sido fácil saber qué ocurría durante la contienda. La interrupción de las hostilidades puso de manifiesto la gran cantidad de muertos: dado el resplandor de las armaduras bajo la luz del sol, Arminio llegó a la conclusión de que eran romanos en su mayoría. Maelo estaba cumpliendo con su cometido, pensó con satisfacción. Si la situación seguía así, había posibilidades de ganar la batalla.

Cerró los ojos y rezó. «Gracias por tu ayuda hasta el momento, gran Donar. Quédate con nosotros.» El retumbo de un trueno a lo lejos sugirió que el dios les observaba. Arminio se animó.

Oyó los gritos de los oficiales desde las líneas enemigas. Las sandalias marchaban con paso pesado. Se levantó una polvareda, las cohortes se movieron. Las unidades de la caballería empezaron a desplegarse en el flanco derecho romano.

—Se acercan —gritó Arminio hacia los guerreros situados bajo el terraplén—. ¡Volved a subir aquí!

—Todavía hay tiempo —respondió un guerrero fornido con tatuajes en forma de remolino en el pecho.

Un breve zumbido, similar al de un enjambre de abejas enfadadas, inundó los oídos de Arminio. Volvió a oírlo, una y otra vez. Asombrado, miró hacia las posiciones de los romanos. Unos hombres vestidos con túnicas sencillas, sin armadura, se estaban colocando delante de las legiones. Unos zumbidos más agudos poblaban el aire abrasador. Al cabo de dos segundos, unos golpes sordos y flojos en la tierra situada en la base del terraplén anunciaron la llegada de proyectiles. Arminio se dio cuenta entonces de lo que sucedía.

—¡Honderos! ¡Honderos enemigos! ¡Volved aquí arriba, INMEDIATAMENTE! —bramó.

El guerrero fornido seguía sonriendo cuando el plomo lanzado con una honda le golpeó en un lado de la cabeza. Adoptó una ligera expresión de sorpresa al caer muerto antes de llegar al suelo.

Había sido un golpe de suerte, los honderos todavía intentaban calcular la distancia adecuada para lanzar, pero los guerreros restantes subieron por el

terraplén como pudieron y con presteza. Arminio hizo que todos se retiraran treinta pasos. Enseguida se formó un muro de escudos tribales hexagonales y variopintos contra otro de escudos romanos curvos, dispuestos hacia delante y por encima de sus cabezas. Se oyeron más zumbidos y los golpes secos de los proyectiles al caer. Cuando los honderos encontraron el ritmo adecuado, las ráfagas eran continuas y parecían una violenta granizada impactando contra el tejado de un barracón. Arminio agradeció llevar escudo; la muerte del guerrero fornido había sido de chiripa pero los proyectiles de plomo del tamaño de un huevo de gallina eran mortíferos. Sin embargo, gracias al muro de escudos, se produjeron pocas bajas más.

—Que lancen hasta que se harten —declaró un joven de complexión gruesa—. Dedicó una mirada a Arminio—. ¿Esto es a lo máximo que llegan los romanos?

Arminio atisbaba por entre un hueco entre los escudos. Detrás de los honderos veía legionarios acarreando grandes estructuras de madera.

—Esas ráfagas no han sido más que el comienzo —dijo, crispado.

—¿El comienzo? —preguntó el joven.

—La batería de la artillería pesada viene a continuación.

La sonrisa del joven se esfumó y se hizo un silencio incómodo.

Desde lejos, Arminio oyó el sonido conocido de unas barras de torsión girando hacia atrás. Nunca había imaginado que sería el blanco de la maquinaria mortífera de las legiones. Si la memoria no le fallaba, cada legión contaba con cincuenta y cinco lanzadores de flechas. La bilis se le agolpó en la garganta.

—¡Preparaos! —gritó.

Tulo se puso de mal humor en cuanto marchó con sus hombres por la ciénaga y la llanura delimitada por árboles. Se parecía demasiado al terreno en el que Arminio había tendido una emboscada a las legiones de Varo y la táctica que el líder querusco iba a emplear quedaba clara. Pero era otro día, se dijo Tulo. Una batalla distinta. Germánico era mejor general que Varo y su enorme ejército superaba en número a las fuerzas enemigas, que ya habían perdido miles de hombres. Aquella constatación templó los nervios de Tulo, si bien no dejó de estar alerta.

Transcurrió más de una hora y el ejército de Germánico seguía achicharrándose bajo un sol inclemente. Se habían lanzado dos ataques sobre las posiciones enemigas. La lucha no había beneficiado a los romanos; de hecho, la mayoría de los auxiliares y de los legionarios habían salido peor parados. Intentar alcanzar a un enemigo situado encima del terraplén —tan alto como un hombre— que habían construido los hombres de Arminio era sumamente difícil, pero, de todos modos, seguían animados. Germánico se había encargado de que todo el mundo se enterara de que cuatro cohortes se habían abierto camino por el terreno cenagoso en el extremo izquierdo de los terraplenes. Aquel punto débil se explotaría en el siguiente ataque, después de que los honderos y la artillería debilitaran al enemigo. Germánico también había ordenado a las cohortes pretorianas y a las cuatro legiones que entraran en combate. A Tulo volvió a embargarle una emoción loca. Él y sus hombres todavía no habían desenvainado las armas pero se acercaba el momento, y Germánico dirigiría al ejército en persona.

—Hoy es nuestro día. ¡Nuestro día! Lo siento en mi interior —dijo a sus soldados.

—¿Cómo vamos a escalar el terraplén enemigo, señor? —preguntó Calvo. La mayoría de los hombres se preguntaban lo mismo, pensó Tulo. Miró a Piso.

—¿Te acuerdas del tronco de árbol en el bosque?

—Sí, señor. —Piso nunca lo olvidaría. Había sido el tercer día, cuando la matanza había sido casi absoluta. Él y sus compañeros, salpicados de barro y sangre, exhaustos y próximos a la rendición, habían seguido a Tulo porque... pues... porque era Tulo y no iba a dejarles descansar. El fin les había parecido cercano cuando encontraron un haya enorme volcada delante de ellos para impedirles el paso. Habían oído el canto del *barritus* desde todos los rincones mientras cientos de guerreros se preparaban para aniquilarlos, y entonces la orden disparatada de Tulo les había llegado desde no se sabía dónde. De alguna manera había funcionado y habían podido cruzar al otro lado.

—Díselo a Calvo. Díselo a todos —ordenó Tulo con una sonrisa feroz.

—Formaremos una especie de testudo contra el terraplén —dijo Piso, orgulloso de ser el elegido—. Tiene la altura de una persona, así que bastará con dos filas, la primera arrodillada y la segunda agachada. El resto izaremos los escudos hacia el enemigo. Sencillo.

A sus compañeros les gustó cómo sonaba el plan.

—Astuto —dijo Calvo.

—Tulo, tan bueno como siempre —declaró otro.

—Yo quiero formar parte del testudo —dijo un guasón desde la profundidad de la fila. Algunos hombres sonrieron y otros soltaron una risita.

—He informado a todas las cohortes y a las demás legiones —gritó Tulo—. Todos haremos lo mismo. ¡Esos putos bárbaros no sabrán lo que se les viene encima!

Piso y sus compañeros le vitorearon y, cuando sonó el avance poco después, marcharon hacia las posiciones enemigas con determinación renovada.

—Los pretorianos están a nuestro lado, hermanos —musitó Tulo mientras recorría el lateral de su centuria—. ¡Mirad a esos cerdos arrogantes!

Los comentarios despectivos de los hombres llenaron el ambiente.

—Son todo armadura brillante y cascos pulidos. Dudo que haya un solo veterano entre ellos.

—¿Han usado alguna vez esas espadas en la batalla?

—¡Cobráis demasiado, hijos de perra arrogantes!

Como sabían que Tulo era *primus pilus*, los enfurecidos pretorianos no se atrevieron a responder a las pullas hasta que Tulo se movió y supieron que ya no les oía.

El rifirrafe con los pretorianos mantuvo a sus soldados ocupados durante buena parte del tiempo que tardaron en cubrir la distancia que los separaba del terraplén enemigo. A partir de ahí, se hizo un silencio sombrío, puesto que el tramo final estaba repleto de cadáveres y soldados romanos moribundos. Era una escena conocida pero desoladora por su crudeza. Las súplicas de ayuda, las peticiones de agua y gritos más quejumbrosos llenaron los oídos de Tulo. Importunadas por la llegada de sus hombres, varios enjambres de moscas se alzaron de las heridas abiertas, de las órbitas de los ojos cuya mirada se había quedado clavada y de las espirales de intestinos brillantes. Con una capacidad infalible para detectar la carroña, varios grupos de buitres sobrevolaban la zona.

—Madre —gimió un auxiliar con el vientre atravesado por una lanza—. Madre.

Un legionario con expresión impertérrita estaba sentado acunándose el brazo derecho ensangrentado, al cual le faltaba la mano.

—Salchichas calientes, cuatro por un *as* —decía. El chorro de sangre que le brotaba cada vez con mayor lentitud de la salvaje herida indicaba que le faltaba poco para morir—. Salchichas calientes, cuatro por un *as*. Salchichas calientes, cuatro por un *as*.

Tulo no hacía más que oír esas palabras en su cabeza.

Cien pasos más allá y los guerreros germanos que vigilaban la parte superior del terraplén se pusieron a gritar como posesos.

—¡HUUUUUUUMMMMMM! ¡HUUUUUUUMMMMM!

Las lanzas que arrojaron los más fuertes volaron en el aire y cayeron sobre la masa de legionarios y pretorianos que avanzaban. Se oían unos gritos débiles; ninguno de los heridos estaba cerca. «Esto cambiará pronto», pensó Tulo.

—Alzad los escudos —bramó—. ¡Seguid avanzando, hermanos!

A los sesenta pasos, las lanzas enemigas cayeron como la lluvia. Las había de hoja fina y gruesa, en forma de hoja y casi triangulares; y fueron a parar a los escudos de los legionarios. De vez en cuando, alguna se colaba por un hueco. Entonces venían los chillidos y las maldiciones, pero la mayoría eran repelidas por la armadura del hombre que había debajo. Tulo mantuvo la calma. La batería de lanzas ya tocaba a su fin. Habría un respiro al pie del terraplén, una oportunidad para que aquellos cuyo escudo no hubiera sufrido daños lo pasaran a los hombres de delante. Quizá se presentara la oportunidad de arrancar las lanzas.

Cuando hubieron dado treinta pasos más, la batería enemiga cesó. Algunos *berserkers* desnudos subían y bajaban, golpeándose el pecho y profiriendo insultos a los romanos. Uno se puso de espaldas a los legionarios, se agachó y se separó las nalgas en un claro gesto de desdén. Sus compañeros estallaron en carcajadas roncadas. El *barritus* alcanzó un nuevo *crescendo*. ¡HUUUUUMMMMM! ¡HUUUUUMMMMM!

—Que canten, hermanos —gritó Tulo—. Nos importa una mierda, ¿verdad?

—¡síííííííí! —bramaron los hombres que estaban más cerca.

—Preparad las jabalinas. Apuntad hacia lo alto —ordenó Tulo—. ¡Lanzad a vuestro aire!

Sus sudorosos hombres inclinaron el brazo derecho hacia atrás y lanzaron. De un modo más irregular que cuando estaban en el campo de instrucción, la ráfaga dañó un montón de escudos enemigos. A juzgar por los gritos, algunos guerreros también resultaron heridos.

Tulo aminoró la marcha y repitió las órdenes anteriores.

—En la base del terraplén, los soldados de la primera fila avanzarán. Id en grupos de cuatro. Dos hombres de cada grupo se colocarán contra el terraplén, con los escudos encima de la cabeza. La siguiente pareja se arrodillará detrás, cerca, con los escudos formando un ángulo contra los de los soldados de delante. ¡Pasadlo!

—¡Sí, señor!

—Sí, señor.

—Estamos preparados, señor.

—En cuanto las «rampas» estén preparadas, los hombres de la segunda fila tendrán que cargar, también en grupos de cuatro. En cuanto lleguen arriba, les seguirá la tercera fila.

Los soldados volvieron a indicar que lo habían entendido con un retumbo.

Se acercaron decididos, siguiendo el ritmo de las cohortes situadas a ambos lados. Les separaban quince pasos de la base del terraplén enemigo. El *barritus* seguía torturándoles los oídos y los bárbaros amenazaban con lo peor. Unas grandes oleadas de calor brotaban del suelo cargadas con hedores de lo más desagradable: sangre, excrementos y orines. El sol caía sin piedad y les quemaba la piel que tenían al descubierto y les calentaba los cascos y la armadura hasta que dolían al tocarlos.

—Ya está, hermanos —dijo Tulo—. Ya casi estamos.

Diez pasos. Por mucho que lo intentaran, los legionarios no podían evitar pisar a sus compañeros caídos; algunos seguían con vida, pero Tulo mantenía la mirada fija en el enemigo. En esos momentos, sus hombres eran lo único que le importaba.

Un *berserker* alto, más loco que sus compañeros, bajó de un salto para enfrentarse a los legionarios. Tropezó al aterrizar y fue incapaz de evitar la estocada limpia de Piso, que ni siquiera salió de la formación. La hoja se clavó entre las costillas unos cuantos dedos y salió. El *berserker* cayó de rodillas, como si rezara, pero el golpe seco que Piso le dio con el escudo le hizo desplomarse hacia atrás y lo dejó con los ojos en blanco contemplando a sus asombrados compañeros.

—Esta por tu estupidez. —Piso lo aplastó con la sandalia con tachuelas y sus compañeros le ovacionaron.

—Primera fila, preparada —gritó Tulo—. ¡ADELANTE!

Con el escudo alzado contra las lanzas, se puso de lado y observó. Con una eficacia satisfactoria, la docena de soldados se dividieron en grupos de cuatro. Un par de cada cuarteto fue corriendo al terraplén y alzó los escudos en alto, mientras que el tercero y cuarto hombre se arrodillaban detrás y hacían lo mismo.

—Segunda fila, ¡moveos! —Tulo anhelaba atacar al enemigo que gritaba subiendo por la rampa de escudos, pero antes tenía que encargarse de que el grueso de su centuria alcanzara la parte superior del terraplén.

Oyó el choque del metal por encima de su cabeza. Un hombre gritó. Otro maldijo, en germano. El tachón de un escudo hizo *clanc* al chocar contra algo.

—¡ROMA! —bramó una voz.

—¡Muere, hijo de puta!

Tulo notó que el aire se movía cerca de él y, con un sonido jugoso, un cuerpo aterrizó a su lado. Le siguió otro. Deseando que no fueran romanos, envió a la tercera fila al ataque.

En cuanto los doce soldados se hubieron marchado, Tulo hizo que los hombres que formaban los puentes se apartaran. Piso y Metilio se encontraban entre ellos, con el rostro enrojecido por lo esforzado de su labor.

—¿Preparados? —preguntó Tulo.

—Sí, señor —respondió Metilio jadeando.

Tulo le dio una buena palmada en el hombro.

Las siguientes rampas ya estaban en su sitio. Tulo le hizo una seña a Piso, a Metilio y a los otros dos que le acompañarían.

Desenvainó la espada y gritó:

—¡Quinta fila, preparada! —Acto seguido, se dirigió a los cuatro hombres—. ¡Seguidme!

Tulo volvió a echar una ojeada a la parte superior del terraplén mientras las tachuelas repiqueteaban contra el primer escudo. La lucha era encarnizada. Veinticuatro soldados habían subido pero había muchos menos de pie. Otro cayó mientras él miraba. Tulo empezó a plantearse si él y sus hombres no habían intentado abarcar más de lo que podían y pasó al segundo escudo, resbaló un poco en la superficie abombada y acabó en el terraplén. No había tiempo para saborear el hecho de pisar tierra firme, ninguna posibilidad de sentir algo distinto al miedo que le atenazaba. El soldado que tenía delante emitía un terrible sonido agudo, se estaba muriendo.

Tulo llegó arriba a tiempo de situarse en el hueco que dejó el soldado cuando se desplomó en el suelo y de clavarle la espada a su contrincante, un guerrero de barba canosa, antes de que fuera él quien tuviera tiempo de sacar la lanza. Barbagrís cayó con expresión sorprendida y Tulo se abalanzó hacia delante para darle una estocada al siguiente germano en la boca. El guerrero murió con la dentadura rota, sangrando a borbotones y con un terrible sonido

borboteante. Tulo, que temía quedarse aislado, dio un paso atrás y comprobó que tenía un legionario a cada lado.

Intimidado quizá por el hecho de ver a dos de sus compañeros caer tan rápido, el siguiente guerrero se acercó a Tulo con precaución. La cautela fue su perdición. Cuando bajó la mirada para cerciorarse de que no tropezaba con un cadáver, Tulo le propinó un fuerte golpe con el tachón del escudo. El guerrero se tambaleó hacia atrás y Tulo notó hombres a su espalda, refuerzos.

—¡Cuña pequeña! —bramó. Avanzó con un soldado a cada hombro. Intranquilos, los guerreros más cercanos retrocedieron y él dio tres pasos más. Un hombre con el pelo trenzado profirió un grito de guerra y se abalanzó sobre él, sujetando la lanza por encima de su cabeza, preparado para embestirlo.

Doblando las rodillas y bajando la cabeza para que solo se le vieran los ojos por encima del escudo, Tulo le clavó la espada al guerrero en el vientre antes de recibir el ataque de la lanza. No muy adentro, pues no quería que la hoja se quedara enganchada en la columna vertebral. Giró la espada levemente para cortarle las entrañas y la arrancó. El hombre se desplomó berreando como un recién nacido.

Tulo miró rápidamente a derecha e izquierda. Los guerreros más próximos estaban asustados, se les notaba en la cara.

—¡Cuña mayor! —bramó—. ¡ADELANTE! —Confiado en que los hombres le cubrirían las espaldas, dio otro paso.

Un bárbaro estuvo a punto de abalanzarse encima de Tulo. Murió profiriendo insultos con las hojas de Tulo y Piso clavadas en el pecho. Hubo más guerreros que se le acercaron, valientes a pesar de la actitud letal de Tulo, pero él estaba como poseído. Una pequeña parte de él imaginaba que cada enemigo era Arminio, y el mayor deseo de Tulo desde la carnicería producida en el bosque lluvioso era acabar con el jefe querusco tirado en el barro. Daba igual que Arminio estuviera en algún lugar desconocido del campo de batalla, pues cada guerrero era en cierto modo una parte de él. «Si mato a suficientes mierdas de estos —alcanzó a razonar Tulo con dificultad— en el fragor de la batalla, Arminio aparecerá.»

En aquellos momentos de calor extremo y vista borrosa, dio la impresión de que los dioses enviaban energía a Tulo. Sus dolores habituales, en la zona

lumbar, en las cervicales, en la pantorrilla izquierda, se desvanecieron. Como si volviera a tener veinte años, notaba unos músculos de acero y el corazón robusto como el de un buey. Todos los guerreros que se le pusieron delante murieron. Gordos, flacos, altos, delgados, jóvenes o viejos, daba igual, los mató a todos. Cuando cada uno de ellos expiraba un último suspiro camino del Hades y veía que no era Arminio, Tulo continuaba como si la espada tuviera vida propia. Era una extensión viva del brazo que nunca se le cansaba, el acero afilado anhelaba clavarse en la carne enemiga; deseaba con vehemencia partir caras en dos y cortar cuellos.

Su energía contagió a Piso y a Metilio, la pareja que se había colocado a su espalda, y ellos también luchaban como los Titanes de la leyenda. Las filas que venían a continuación, lo mismo. Con un centurión en ese estado, todos los hombres olían la victoria. Tulo siguió adelante, consciente de que el miedo se propaga a la velocidad del fuego en una casa de madera.

Si presionamos lo bastante a los germanos, se vendrán abajo.

Si se vienen abajo, huirán.

Si huyen, la batalla está ganada.



El ímpetu irrefrenable de Tulo combinado con el brillo de locura que despedían sus ojos y los de sus hombres pronto surtió efecto. Los guerreros se echaron hacia los lados para luchar contra otros romanos o retrocedieron bajo el beso de la hoja de Tulo. Avanzó diez pasos y luego otros diez. Las filas de los hombres de las tribus eran cada vez menos nutridas, pues veía terreno abierto por delante. No lo sabía pero Fenestela y otros de sus soldados habían formado sus propias cuñas. Se internaban en las filas germanas e iban aumentando el número de bajas y minando la determinación de los guerreros. Ningún hombre era consciente de que, a su derecha, Germánico y sus cohortes pretorianas se abrían su propio camino en terreno enemigo.

Cuando llegó a terreno abierto, Tulo pensó que ya lo habían conseguido, que los germanos se habían rendido. No había contado con Maelo. De repente surgió de la nada con cien o más soldados a la espalda. Habían transcurrido casi siete años desde que Tulo le pusiera los ojos encima a la mano derecha de Arminio, pero era inconfundible. Tulo sintió una profunda frustración cuando la siguiente cuña fue la más afectada por el ataque enemigo. Varios grupos de guerreros se separaron para atacar a la formación de Tulo, pero no Maelo.

—Volveos ligeramente hacia la derecha. Tranquilos. —Con cuidado y lentamente, Tulo fue dándose la vuelta manteniéndose en el mismo sitio. Los hombres le imitaron y, cuando los guerreros se acercaron, se encontraron con Tulo en el extremo, con las manos ensangrentadas y rabioso. El primer germano que se le acercó cayó de una puñalada en la mejilla. Piso y Metilio

despacharon a los dos siguientes. A medida que unos guerreros caían, otros se les acercaban. La cota de malla, los escudos y los cascos los convertían en adversarios peligrosos. Cansado después de aquella lucha encarnizada, Tulo y sus hombres deberían haber sentido que tenían que retroceder.

Deberían.

A Tulo los músculos le pedían descanso a gritos. La columna le dolía como si se hubiera pasado el día dando martillazos en la fragua. El sudor constante le irritaba los ojos y tenía la boca más seca que el fondo de un viejo tonel de vino vacío. Estocada y clavar, clavar y estocada, intercambió golpes con un guerrero tocado con un casco cónico. Era más joven que él y se incorporaba entonces a la lucha, por lo que todo apuntaba a que sería el vencedor natural. No obstante, carecía de la experiencia de toda una vida en la guerra y tampoco tenía el deseo ardiente de venganza.

—¡Soplapollas! —rugió Tulo en lengua germana—. ¡Soplapollas asqueroso!

El guerrero hizo una mueca de ira y se abalanzó hacia delante, que era exactamente lo que Tulo deseaba. Los tachones de los escudos emitieron un ruido sordo al chocar y ambos intentaron rodear el escudo del otro con la espada. Las hojas se quedaron enganchadas en las cotas de malla sin penetrar en ellas. Mientras el guerrero echaba el brazo hacia atrás para intentarlo otra vez, Tulo le asestó un golpe certero con el escudo. No podía haber elegido mejor momento, pues el guerrero cayó hacia atrás y retrasó su estocada. Tulo le clavó la espada justo por encima del escote de la cota de malla, en la base de la garganta.

Un icor caliente salpicó a Tulo y se echó a reír.

Seguía riendo cuando mató al siguiente guerrero y a otro a continuación. Se produjo una breve pausa cuando el siguiente adversario de Tulo se quedó atrás. Con el rabillo del ojo vio que Metilio caía víctima del golpe que un guerrero enorme le había asestado con una lanza de caza. Calvo ocupó su lugar pero cayó al cabo de dos segundos. Otro soldado, a quien Tulo no supo identificar, se acercó; con un rugido lobuno, el guerrero volvió a saltar al ataque.

Atenazado de dolor por Metilio, Tulo golpeó al germano en la axila cuando echó la lanza hacia atrás, preparado para atacar. Tulo estaba a punto

de ir a ver cómo estaba Metilio, pero cuando el guerrero cayó, Maelo apareció delante de él como por arte de magia.

El tiempo se detuvo.

—Maelo —graznó Tulo, en un intento por representar en una sola palabra todo el odio del mundo.

—Ya me imaginaba que eras tú. —El golpe de lanza de Maelo fue rápido como un rayo.

Tulo desvió la cabeza hacia la derecha; la hoja de Maelo pasó de largo con un silbido y luego cayó hacia atrás. Tulo intentó un golpe izquierda derecha con el escudo y la espada pero Maelo no dejó que le alcanzara al apartarse de un salto. Intercambiaron una mirada de odio mutuo.

—¿Dónde está el bastardo de tu líder? —preguntó Tulo—. ¿Oculto entre los árboles? ¿Por qué no está aquí, luchando?

Maelo no respondió. Se acercó con el sigilo de un felino. Intentó clavarle la lanza a Tulo en la cara en dos ocasiones. Tulo le repelió con el escudo. El metal chirrió mientras el extremo de su espada impactaba contra la armadura de Maelo. Tulo intentó darle un cabezazo pero Maelo vio venir el golpe y se apartó de un salto. La siguiente vez que se le acercó, bajó el escudo por el costado de Tulo con gran fuerza. Si Tulo no hubiera conocido el movimiento, habría acabado con varios dedos del pie rotos. Sin embargo, el borde inferior del escudo de Maelo se quedó encallado en la parte delantera de la bota izquierda. Alzó ligeramente el escudo y Maelo le dio una cuchillada.

Se arriesgaba a quedar mutilado, pero Tulo tenía que aprovechar la oportunidad. Sin mover la pierna, se encabritó por encima del escudo. El dolor le inundó el pie cuando la espada de Maelo se le clavó. Con dientes apretados, Tulo le dio una estocada con su hoja. Con la columna partida, Maelo se quedó lánguido. Mientras Tulo echaba el brazo hacia atrás, Maelo cayó al suelo con las piernas flácidas.

La artimaña de Tulo le había salido cara. Sentía un dolor agonizante en el pie. Preocupado, lanzó una mirada por encima del escudo. Tenía el pie izquierdo destrozado, el cuero rajado en el dedo. La herida de debajo quedaba oscurecida por la sangre que brotaba.

—¿Estás bien, señor? —Fue Piso quien le habló.

—Estoy bien, sí. —«Tengo que estarlo», pensó Tulo. La lucha iba

perdiendo intensidad pero seguía librándose con fuerza a su derecha, donde estaban los pretorianos—. ¿Cómo está Metilio?

—Sobreviviré, señor —masculló una voz antes de que Piso tuviera tiempo de contestar.

Tulo se volvió encantado. Con el rostro ceniciento, Metilio se había incorporado y se acunaba el brazo izquierdo con el otro. Tulo se puso tan contento que su propio dolor disminuyó por momentos.

—¡Estaba convencido de que habías muerto!

—Si el golpe hubiera impactado en cualquier otro sitio, lo estaría, señor. —Metilio señaló un pequeño agujero de la cota de malla en su hombro derecho—. Ese bruto era tan fuerte como Hércules. Me ha roto algo, estoy seguro.

—¡Más vale eso que estar camino del submundo! —Tulo dedicó un asentimiento aprobatorio a Metilio.

—Calvo no ha tenido tanta suerte, señor. —Con ojos vidriosos, Piso estaba de pie junto al cuerpo manchado de sangre y vísceras de su compañero. La lanza del guerrero gigantesco le había abierto una herida enorme y profunda en la garganta. Las moscas se agolpaban sobre la sangre que iba coagulándose y en los ojos abiertos, con la mirada perdida. Tenía los labios agrietados y entreabiertos como si quisiera inspirar por última vez.

—No debió ni de saber lo que le pasaba, pobre diablo —dijo Tulo. Apartó a Calvo de sus pensamientos y volvió a buscar indicios del enemigo; como no vio a ninguno, hizo llamar a Fenestela. El *optio* apareció, igual de mugriento y ensangrentado como se sentía Tulo, pero ileso. Los dos intercambiaron una breve mirada, llena de alivio—. Quiero un recuento. Rápido. Informa a los demás centuriones que hagan lo mismo —ordenó Tulo.

El número de bajas de su centuria era elevado pero no tan grave como podría haber sido. Había diez soldados muertos o que pronto lo estarían. Cinco de los once heridos no volverían a luchar hasta la primavera siguiente, pero en cuanto a la media docena restante le vendaran las heridas, podrían presentarse junto a sus compañeros ante Tulo.

—Cuarenta y seis hombres preparados para servir, señor —dijo Fenestela, saludando. Al ver la expresión demacrada de Tulo, bajó la mirada—. Estás herido.

—Un rasguño.

—Quítate la bota. Déjame ver.

—No hay tiempo. —Pensó que tardaría una eternidad en deshacerse los cordones, por no hablar de volvérselos a atar después de que Fenestela le inspeccionara el regalo que Maelo le había dejado antes de marcharse—. Ya me las apañaré.

—¿Estás seguro? Sigue sangrando.

—Solo un poco. —La pérdida de sangre no le mataría, pero el dolor estaba alcanzando nuevas cotas. Tulo ya no podía soportar peso con el pie izquierdo. Perseguir al enemigo resultaría difícil y mucho más enfrentarse a él.

—Debería echar un vistazo —dijo Fenestela con voz preocupada.

—¡Déjalo estar!

—Sí, señor —replicó Fenestela encolerizado.

Poco después de que Tulo recibiera el informe de bajas de la cohorte — cincuenta y tres muertos, ochenta heridos— llegó un mensajero procedente de la posición de Germánico. El enemigo se había venido abajo por la izquierda y la XXI y los auxiliares estaban terminando con ellos. Las demás legiones debían girar hacia la derecha y dirigirse, con dos cohortes de ancho, hacia los árboles que bordeaban el campo de batalla, donde Arminio y sus mejores guerreros se habían retirado. No era ni mucho menos una retirada completa, pues, según el mensajero, muchas de las cohortes pretorianas seguían enfrascadas en una lucha encarnizada.

—Tenemos una historia con la que regodearnos, hermanos. Nosotros hemos hecho retroceder al enemigo delante de los guapos de los pretorianos —dijo Tulo a sus hombres mientras los toques de trompeta repetían la orden del mensajero—. ¡La gloriosa quinta!

Sus soldados enderezaron los hombros.

—¡QUINTA! ¡QUINTA! ¡QUINTA!

Los hombres de otras centurias oyeron las palabras de Tulo y se sumaron al grito. Se extendió a otras cohortes mientras marchaban y aumentó de volumen hasta que los sonidos de la lucha que se libraba más allá de su posición se ahogaron.

A la derecha de la fila delantera Tulo consiguió como pudo caminar a

paso normal, cojeando y soltando improperios. Hizo caso omiso del dolor que le sajava la pierna, las salpicaduras de sangre que dejaba con cada paso de la bota izquierda mientras contaba en silencio. Cien pasos le parecían factibles. Después de darlos, tendría que volver a dar otros cien. Duplicar eso tampoco se le antojaba imposible, pero llegar a quinientos le parecía una batalla perdida.

Nunca se había sentido tan aliviado al oír que se tocaba el alto. El sudor le surcaba la cara y apoyó ambos brazos en el escudo que tenía clavado en el suelo. Enseguida se le formó un charco de sangre alrededor de la bota izquierda. «Maldita sea», pensó.

—¿Estás bien, señor? —preguntó Piso.

—Sí —replicó Tulo, no tan convencido como antes. Odiaba reconocer su debilidad, era innegable que sería un estorbo en la lucha venidera. No le preocupaba su persona pero no estaba convencido de ser capaz de sobrellevar la responsabilidad de la muerte de uno de sus hombres por su propia negligencia—. *¡Optio!* ¡Ven aquí! —gritó.

Fenestela acudió raudo y veloz con su mueca característica en la cara.

—¡Aquí estoy, señor!

—Más cerca —ordenó Tulo. Nunca había tenido que ceder el mando a Fenestela durante una batalla y sentía su orgullo herido. Por Júpiter, él era el *primus pilus*. Tulo bajó la voz—. No puedo continuar.

La expresión de amargura de Fenestela se desvaneció rápidamente.

—¿Por el pie?

—Todavía me sangra y no puedo caminar. Moriría más rápido que Calvo cuando se reemprenda la lucha. O eso o alguien moriría por mi culpa.

—No es culpa tuya —dijo Fenestela.

—¡Una puta herida en el pie!

—Podrías perder la pierna —espetó Fenestela—. Mejor retirarse ahora, antes de hacerte más daño.

Tulo pensó que Fenestela estaba en lo cierto.

—Hazte cargo de la centuria. El centurión de la segunda centuria tomará el mando de la cohorte. Infórmale.

—¿Y tú?

—Saldré de en medio, cojeando. Ya encontraré a algún médico lejos de

donde se libra la batalla.

—Te llevarás a media docena de hombres como escolta.

La luz feroz que despedían los ojos de Fenestela hizo que el deseo de protesta de Tulo no pasara del intento.

—De acuerdo. —Sintiéndose desgraciado, vio cómo Fenestela llamaba a Piso y le murmuraba algo al oído. Piso lo miró enseguida y Tulo lo fulminó con la mirada.

—¡Mensaje para el *primus pilus*! —gritó una voz.

Tulo espío al pretoriano que se encontraba a cincuenta pasos de distancia, trotando a lo largo de la posición de la V mientras le buscaba.

—¡Aquí! —gritó Tulo.

El pretoriano rondaba los veinticinco años; era un hombre de rostro delgado y ojos hundidos y reflexivos. Tenía el brazo de la espada manchado de sangre, señal de que había estado en el fragor de la batalla. Hizo el saludo con rapidez.

—Órdenes de Germánico, señor.

—Habla. —Tulo se preguntó lo que opinaría Germánico del hecho de que tuviera que dejar el campo de batalla corroído por la vergüenza.

—Hay legiones frescas que avanzan desde la tercera línea, señor. La V y la XXI deben retirarse y hay que levantar los campamentos de día. La V y la XXI serán las que empezarán.

Tulo echó la cabeza hacia atrás y rio.

—*Optio*... No hace falta que Piso vaya a ningún sitio.

Fenestela intuyó la razón y sonrió.

—Muy bien, señor.

El mensajero se les quedó mirando confundido.

—¿De qué informo, señor?

—Dile al gobernador que será un honor para la V ayudar a levantar los campamentos.

Cuando el mensajero se fue por donde había venido, Tulo alzó la vista a los cielos. «Gracias, Fortuna —pensó—. Esta la necesitaba.»

Arminio se había internado en el bosque entre las hayas y las piceas, confiando en estar a media altura de la línea de batalla de sus guerreros. Era imposible saberlo a ciencia cierta. La confusión reinaba por todas partes y así había sido desde los ataques de la artillería romana, que habían minado la moral de sus hombres. No es que las piedras y las flechas hubieran causado muchas bajas, o los proyectiles sibilantes lanzados desde las hondas, pero el miedo y el caos que habían sembrado se había generalizado. Arminio llegó a la conclusión de que era difícil culpar a los guerreros de su aprensión. ¿Qué ánimos de un hombre no se verían afectados por las piedras capaces de aplastar cráneos que caían a toda velocidad desde lejos?

Bastante bien se habían reagrupado en cuanto la artillería había dejado de disparar, y los presagios para proteger el terraplén habían sido buenos. Miles de guerreros preparados para la batalla de pie en un terraplén alto como un hombre por encima de los romanos. Cientos de refuerzos más enviados al terreno cenagoso, incluyendo casi cincuenta *berserkers*. Sin embargo, Arminio no había contado con la energía renovada de los legionarios. Animados al ver a sus enemigos amilanarse bajo la descarga de artillería y alentados por la presencia de Germánico, habían atacado con una determinación sanguinaria. Un espectador no habría imaginado que habían perdido varios cientos de hombres en los dos ataques fallidos previos.

«Habría sido más sensato permanecer allí —caviló Arminio— y dejar

sangrar mi dichosa pierna. Si me hubiera quedado, podríamos haberlos retenido.» Durante un tiempo sus guerreros habían hecho eso precisamente, repeliendo a los legionarios mientras intentaban trepar desesperadamente. Como había empezado a pensar que todo iría bien, Arminio había cometido su primer error. Como le preocupaba que los hombres que tenía en el bosque no estuvieran atacando el flanco romano tal como se les había ordenado y porque no había obtenido respuesta a pesar de haber enviado a dos mensajeros, había decidido ir él mismo y remediar la situación.

Enfurecido, golpeó una mano contra la otra. Tenía que haberlo imaginado. Sin su magnetismo, su liderazgo, era inevitable que los legionarios consiguieran meter un pie en el terraplén. Desde el albor de los tiempos, los soldados luchaban con más determinación si su comandante estaba cerca.

Su segundo error había sido no dejar a Maelo al mando completo de las fuerzas durante su ausencia. Por supuesto, Arminio lo había sugerido, pero las protestas de los jefes de clan habían sido airadas. Su mayor motivo de queja era que Maelo no lideraba ninguna tribu. ¿Por qué debía decirles qué hacer? Frustrado, con un intenso dolor en la pierna, Arminio había discutido, convencido con halagos y perdido la compostura. Al final se había salido con la suya, pero la hosquedad de los jefes de clan implicaba que sus guerreros no lucharían bien. Exasperado por su tozudez, Arminio, furioso, había dejado la situación tal como estaba y había cabalgado hacia el bosque.

Desde entonces no había vuelto porque había estado muy ocupado disponiendo la defensa en la línea de los árboles. Huelga decir que había dedicado buena parte del tiempo a negociar con jefes de clan tozudos reacios a escuchar buenos consejos. Debilitado por la herida, abatido por culpa del calor extremo, Arminio había tardado una eternidad en dejar las cosas de forma satisfactoria. En esos momentos tenía la sensación de que Donar se reía de él, puesto que la situación del centro se había deteriorado. A pesar del sol deslumbrante, que impedía mirarlo desde la sombra de los árboles, y de las nubes de polvo que rodeaban el campo de batalla, había quedado claro que los romanos habían conseguido subir al terraplén. Lo peor era que mantenían la posición, lo cual significaba que los legionarios acudían en tropel desde la llanura. A Arminio le entraron ganas de llorar. Era como si cada maldito romano hubiera salido de las mismas entrañas. Eran valientes

como leones. Disciplinados y testarudos. Esos cabrones nunca se daban por vencidos.

Con la cabeza hecha un torbellino, Arminio había vacilado —odiaba verse tan indeciso y dolorido— y pensaba regresar al terraplén cuando había recibido noticias acerca de Maelo. Las cohortes de pretorianos de Germánico se encontraban en lo alto del terraplén, pero no estaban solas. Los soldados de otras legiones también habían conseguido situarse allí.

—Maelo está a punto de atacar con sus últimas reservas —le había dicho el mensajero entre jadeos—. Ha dicho que hará lo que pueda pero la situación es compleja.

Arminio le había quitado hierro a la noticia ante sus guerreros, pero, en su fuero interno, le carcomía la preocupación. Conocía bien a Maelo. Si otra persona hubiera pronunciado esas palabras, el mensaje podría haber significado que el resultado de la batalla estaba en el aire, pero en el caso de Maelo daba la impresión de ser un último adiós. Se sintió atenazado por el dolor. Su amigo bien podía estar muerto.

Arminio no podía dejarse consumir por el pesar. La batalla todavía estaba en juego y había llegado el momento de ver qué estaba pasando. Espoleó al caballo con la rodilla, para que fuera hacia la línea de los árboles. Los guerreros se apartaron a su paso. Le prodigaron un reconocimiento silencioso con expresión adusta. Un asentimiento por aquí. Una mandíbula que baja por allá, una cabeza inclinada más allá. No hubo ninguna ovación. Ninguna amenaza acerca de cómo harían una escabechina con los romanos. Incluso los pocos *berserkers* que quedaban guardaban silencio. Arminio, absorto en sus pensamientos y preocupado, evitó hacer gestos de reconocimiento.

—Nos prometiste la victoria —gritó una voz—. Desde aquí no parece muy probable que vaya a producirse.

—Ni tampoco desde donde estoy yo —dijo un guerrero con cara de pocos amigos situado cerca de Arminio—. Germánico tiene ocho legiones a su disposición y no ha necesitado más que dos o tres para tomar el terraplén. Nosotros, ¿cuántos somos? ¿Diez mil en el bosque? Podríamos derrotar a una o dos legiones, pero ¿ocho?

Arminio perdió los estribos.

—Si vuestros putos jefes hubieran obedecido mis órdenes aquí y en el

terraplén —gritó—, yo habría estado donde se me necesita, allí. Vosotros habríais atacado el flanco romano mientras los obligábamos a alejarse de nuestra posición. ¡Si hubierais hecho eso, cabrones de mierda, a lo mejor ahora no estaríamos a las puertas de la muerte!

El guerrero con cara de pocos amigos se quedó boquiabierto.

Arminio le dedicó una mirada de desprecio y escudriñó con la mirada los demás rostros anonadados.

—He dicho la verdad. —Chasqueó la lengua y volvió a dirigir al caballo hacia la línea de los árboles. Se le erizó el vello de la nuca, notaba cientos de ojos posados sobre él, sentía el resentimiento de los guerreros. Había recorrido aproximadamente un cuarto de la distancia cuando oyó el primer grito.

—¡No eres mejor que nosotros, Arminio de los queruscos!

Con la espalda bien recta, Arminio fingió no haber oído el comentario, pero le llovieron más.

—Te piensas que eres el rey de las tribus, ¿verdad, cerdo? ¡Cabrón arrogante! ¡Tusnelda debe de haberse alegrado de perderte de vista!

A Arminio se le nubló la vista e hizo girar su montura en un círculo estrecho.

—¿Quién ha dicho eso? ¿QUIÉN HA DICHO ESO? —bramó, cabalgando hacia ellos y aprovechando la fuerza del caballo para abrirse paso.

Los guerreros ya se habían quedado mudos. Pocos eran capaces de mirar a Arminio y los que lo hacían parecían incómodos, incluso avergonzados. Algunos mascullaron frases del tipo:

—Tusnelda era una buena mujer. Es terrible que se la llevaran de esa manera.

Arminio no les hizo ningún caso. Con las narinas blancas de furia y el corazón palpitante, iba girando la cabeza a un lado y a otro preguntando:

—¿Quién ha sido? ¿Quién me ha insultado? ¡Da la cara, pedazo de mierda!

Al oír eso, un guerrero de espalda ancha salió al encuentro de Arminio. A juzgar por el estampado de los bombachos, era brúctero y el pecho descubierto le brillaba de sudor. Un escudo hexagonal abollado le colgaba del puño izquierdo. Tenía la hoja de la espada manchada de sangre. Lanzó una

mirada asesina a Arminio con expresión dura.

—He sido yo.

—¿Has sido tú?

—Sí. —El guerrero de espalda ancha separó un poco más los pies—. Yo.

—Capullo bastardo. Eres un cerdo folla ovejas.

El guerrero abrió la boca para replicar de forma airada. No llegó ni a ver que la espada de Arminio cortaba el aire. No sintió cómo le cortaba hasta que la hoja le hubo cercenado la tapa de los sesos y, para entonces, ya era demasiado tarde. La materia gris y la sangre salieron a borbotones. Cayó con los labios en posición de hablar. La parte cercenada de su cráneo, con pelo y todo, fue a parar a diez pasos de distancia. El cadáver cayó de lado e hizo que los hombres que estaban cerca se separaran.

—¿Alguien más desea injuriar a mi esposa? —Arminio sujetaba las riendas con fuerza e hizo dar un giro completo al caballo.

Nadie respondió.

—Bien. —Se inclinó y escupió sobre el cuerpo del guerrero—. Si tuviera tiempo, le cortaría también la polla, pero hay una batalla por librar. Es decir, si a alguno de vosotros le quedan agallas. —Lanzó una mirada asesina a su alrededor; nadie osaba mirarle a los ojos.

—¿Lucharéis... o huiréis como chuchos apaleados? —gritó—. Si pensáis huir, mejor que lo hagáis ahora.

Una calma aparente se apoderó de Arminio ante el silencio que se produjo a continuación y entonces fue consciente de la barbaridad que acababa de cometer. «He ido demasiado lejos. Excesivamente lejos —pensó—. Podría haberlos perdido.» Suavizó la expresión severa e intentó infundirles ánimo.

Pasaron otros diez segundos.

—Yo no voy a huir. —Gervas habló en voz bien alta—. Los romanos han matado demasiados hombres de mi tribu. No sería capaz de ir con la cabeza alta si huyera.

—Yo me quedo —dijeron dos de sus compañeros.

—Y yo —exclamó un hombre que no se veía, situado a la izquierda de Arminio.

Al igual que el viento cuando cambia bruscamente de dirección, la atención de los guerreros pasó de Arminio al asunto que tenían entre manos.

No empezaron a cantar tal como habría deseado, pero muchos hombres golpearon los escudos con las lanzas.

El alivio de Arminio fue breve.

Sus guerreros lucharían, pero ¿se impondrían?

Tulo estaba sentado cerca de la zanja defensiva del campamento que se estaba construyendo con expresión adusta. Los rayos del sol seguían cayendo sin clemencia y el calor resultaba insoportable. Las moscas revoloteaban alrededor de la bota ensangrentada y volvían por mucho que él no dejara de espantarlas. Quizás había transcurrido una hora desde que recibiera la orden de Germánico. Desde el campo de batalla llegaban rumores de que los guerreros de Arminio estaban siendo repelidos. La noticia era positiva, pero Tulo se sentía incluso más frustrado por el hecho de no estar allí.

Estaba rodeado de heridos. Los gemidos y las maldiciones entre dientes se mezclaban con las voces de los oficiales médicos. Había docenas de soldados formados especialmente para ello que trataban a los heridos dispuestos en filas sobre el duro terreno, colocados ahí por otros oficiales que, una vez concluida su misión, volvían corriendo al campo de batalla a recuperar más hombres. La mitad de los legionarios que estaban en condiciones de trabajar excavaban la zanja mientras el resto hacía guardia, formando una pantalla entre el campamento y el campo de batalla. Grupos numerosos iban y venían al río Visurgis cargados con odres de agua.

A Tulo no le importaba que le vieran sentado, pero habían encontrado un médico que le examinara el pie aunque todavía no habían montado la tienda hospital. Tendría que quedarse en el suelo. El médico, griego como la mayoría y de piel oscura, era delgado, casi calvo y de aspecto nervioso. Sacó la punta de la lengua por entre los labios mientras deshacía los cordones de la bota de Tulo.

—Dime si el dolor es intenso, señor.

—Me duele un cojón, hagas lo que hagas —repuso Tulo con una mueca.

—Tengo un poco de jugo de amapola...

—Dale.

El médico se encogió de hombros.

—Tendré que cortar la bota para sacarla, señor —dijo enseguida.

—Haz lo que toque. De todos modos está hecha un asco. —En esos momentos, lo que preocupaba a Tulo no eran las botas sino lo que el médico pudiera encontrar. A no ser que Fortuna estuviera de un humor de perros, no moriría por culpa de esa herida, pero era perfectamente posible que su carrera tocara a su fin. Un soldado incapaz de marchar, por muy *primus pilus* que fuera, no resultaba útil para nadie.

A pesar de sus tribulaciones, Tulo no se había molestado en buscar a un médico hasta que llegaron al lugar elegido para montar el campamento. Las protestas de Fenestela habían caído en saco roto.

—Hay hombres que están más necesitados de atención que yo —había gruñido Tulo, con lo que había dado por concluida la conversación.

Poco después, los carros que habían trasladado las tiendas de los soldados se habían organizado para que transportaran las bajas del campo de batalla y ahora el trajín era continuo. Según los últimos muleros en llegar, la lucha continuaba siendo encarnizada, pero los germánicos se estaban retirando. Tulo llegó a la conclusión de que la victoria parecía segura aunque no lo dijo en voz alta.

—¡Hades! —Un dolor agónico le subía por la pierna izquierda.

—Lo siento, señor. Había un coágulo entre el pie y la bota. Tuve que separarlos. —El médico se lavó las manos en el cuenco de bronce que tenía al lado y luego usó un paño para secarse que le pasó un oficial médico.

—Ha vuelto a sangrar —dijo Tulo.

—Eso no puede evitarse, señor. Así limpiaré la herida.

Tulo bajó la mirada, pero como el médico estaba inclinado encima de la parte inferior de la pierna había poco que ver, así que se recostó en las manos y miró a su alrededor con expresión irritada.

—¡Eh, vosotros! —gritó.

Varios soldados de la zanja cercana, que solo se veían de cintura para

arriba, miraron a su alrededor.

—¡Eh! —gritó Tulo, señalando a un hombre con orejas de soplillo al que reconoció de la tercera centuria de su propia cohorte—. ¡Te estoy viendo, vago! Dale al pico con más ganas o te lo partiré en la cabeza. El resto, ¡volved al trabajo!

De repente, todos los soldados se interesaron por el fondo de la zanja y el golpeteo rítmico de los picos al hundirse en la tierra fue ganando velocidad.

El médico exhaló un suspiro y Tulo volvió a centrarse en su pie.

—¿Y bien? ¿Es grave? —preguntó Tulo.

—Los he visto peores, señor. —El médico palpó con los dedos y Tulo siseó al notar la molestia.

—¿Sí? ¡Yo también! ¿Qué daño hay? —Tulo quería preguntar si se quedaría cojo, pero un curioso temor le impidió mover la lengua.

—Los dedos cuarto y quinto están intactos, señor. El dedo gordo y el tercero han quedado lacerados por la hoja que te atravesó la bota. Con un par de puntos quedarán bien. —El médico alzó algo para enseñárselo a Tulo—. El segundo dedo ha quedado medio amputado.

Tulo se dio cuenta asqueado de que el pedazo sanguinolento de carne que le mostraba el médico era el extremo de su dedo.

—Púdrete en el Hades, Maelo —masculló.

El médico pareció no entender el comentario.

—Maelo es el guerrero que me hizo esto.

El médico enarcó las cejas.

—¿Lo conocías, señor?

—Era la mano derecha de Arminio. Lo conocí antes de que se convirtiera en traidor.

—Entiendo que está muerto, ¿señor?

—Sí. Esta herida es el precio que he tenido que pagar por liquidarlo. —Tulo se inclinó hacia delante para examinar los daños. Notó enseguida el olor a queso acre del pie sucio mezclado con el olor a cobre de la sangre. No tenía buena pinta. Unos coágulos y unas manchas alargadas de color negro rojizo le cubrían el pie desde el punto medio del arco hasta los dedos de los pies. Aparte de ver que el segundo dedo medía la mitad del original, era difícil distinguir gran cosa. El descontento de Tulo no menguó—. Tiene mala pinta.

—Parece que la hemorragia va reduciéndose, señor, lo cual es bueno. Sé que desobedecerás mi consejo de no estar de pie —entonces el médico puso cara de resignación—, así que, cuando acabe, aplicaré un vendaje de presión, que surtirá efecto. Durante varios días habrá que cambiarlo a diario, para comprobar que no hay indicios de sepsis.

Tulo notó cómo una sensación de pavor le recorría la espalda. «Fortuna, no permitas que se me infecte —pidió—. Cualquier cosa menos gangrena.»

—¿Cuáles serán las consecuencias a largo plazo? Soy un centurión chapado a la antigua, ¿sabes?, y a menudo marchó con mis hombres.

—Cojearás ligeramente el resto de tu vida, señor. Quizá también necesites una funda de cuero para el trozo de dedo que te queda, pero no veo motivos por los que no vayas a poder marchar en cuanto cicatrice.

A Tulo le entraron ganas de besar al médico.

—Gracias —masculló—. Gracias.

—Me limito a hacer mi trabajo, señor.

—Sí, bueno. —Tulo tosió—. Mis modales antes... discúlpame, ¿vale? Estaba preocupado. El ejército lo es todo para mí. Si tuviera que dejarlo por culpa de un puto dedo del pie... —Avergonzado ante su reacción, sorprendido de sí mismo, Tulo fue apagando la voz.

—Entiendo.

A Tulo le costó mirar a los ojos del médico, aunque solo encontró compasión en ellos. Asintió.

Con rapidez y seguridad el médico le limpió la zona con vinagre, cosió los dedos cortados y le vendó el pie.

—Ya está. Si me disculpas, señor. Me necesitan en otro sitio.

—Por supuesto.

Seguido por el oficial, el médico se dirigió hacia los hombres heridos.

—¡Doctor! —llamó Tulo.

Se giró.

—¿Sí, señor?

—¿Cómo te llamas?

—Arimnestos.

—Gracias, Arimnestos.

El médico alzó una mano complacido y siguió adelante.

Cuando se quedó solo, mientras sus hombres trabajaban bajo la vigilancia constante de Fenestela, Tulo no supo qué hacer. Como no quería quedarse ahí sentado sin más, cogió lo que quedaba de su bota izquierda. Había quedado inservible, pues Arimnestos había separado casi por completo la parte superior de la suela, por lo que hizo que Piso le quitara unas sandalias a un soldado muerto. La izquierda no le iba del todo bien pero sirvió. Así no llevaba el pie herido encerrado y lo más importante es que podía andar. Unas punzadas de dolor le subieron desde el dedo en cuanto apoyó el pie. Se movió con cuidado dando pasos de diez en diez hasta que se alegró de que no le volviera a sangrar el dedo. Tenía la impresión de que un herrero le había dado con el martillo más grande en el pie pero le daba igual. Ya podía moverse.

El cielo se oscurecía en lo alto. La luz que emitía el sol al ponerse hacía que las volutas de las nubes altas adoptaran tonos rosados, rojizos y todos los matices intermedios. Cientos de golondrinas bajaban en picado y se sumergían en el agua, alimentándose de insectos. Sus graznidos agudos servían para recordar la proximidad del verano. Piso podría haberse quedado observando a los pájaros eternamente, pero el sueño amenazaba con llevárselo antes de tener esa oportunidad. Estaba tumbado de cualquier manera junto a su tienda, agotado. Exhausto. Luchar con aquel calor infernal le había chupado toda la energía, pero ayudar a construir uno de los campamentos del ejército a continuación le había arrebatado los últimos reductos de fuerza. Incluso el dolor que sentía por la muerte de Calvo le parecía leve.

La tarde había ido pasando antes de que los últimos germanos se batieran en retirada. La mayoría de las tropas romanas habían regresado, pero seguían llegando columnas desde el campo de batalla. A los soldados se les veía agotados. Se decía que los hombres caían no solo por culpa de la extenuación e insolación, sino de sed.

Piso, que también tenía la boca seca, se apoyó en un codo y tomó un trago del odre de cuero. Al amanecer habría que realizar otra visita al Visurgis, Tulo le había dado permiso para que se llevara a una docena de hombres. Piso estaba decidido a sumergirse de forma subrepticia en el río cuando tuviera ocasión, pues quitarse la sangre, el polvo y la mugre del día sería fantástico.

El aroma delicioso del pan en el horno hizo que le gruñera la barriga. Se incorporó.

Le tocaba cocinar a Metilio, pero la clavícula maltrecha le impedía usar una de las manos. El médico le había hecho regresar junto a sus compañeros. «Estoy en mejor forma que la mayoría de los pobres desgraciados del hospital», había dicho, y se aprovechó al máximo de su discapacidad.

—Venga, Dulcio —pinchó—. Esos panes están empezando a chamuscarse.

—Sí, Metilio tiene razón —dijo Piso, contento de poder meter cizaña.

Dulcio, que tenía las mejillas más rojas que nunca por culpa del sol y del fuego que vigilaba, frunció el ceño.

—¡Toma! —exclamó, blandiendo unas largas pinzas de hierro hacia Metilio—. La mano izquierda la tienes bien, ¿verdad?

—¡Están ardiendo! —exclamó Metilio, señalando en vez de aceptar las pinzas.

Con una maldición que helaba la sangre, Dulcio cogió uno de los panes ácimos que decoraban las grandes piedras planas que rodeaban el fuego. Eran un alimento básico mientras estaban en campaña. Se cocían rotándolos de forma continuada hacia el calor, tarea que exigía unas grandes dosis de vigilancia y no poca paciencia.

—¡Cógelo! —Dulcio lanzó el pan y obligó a Metilio a agacharse si no quería que le golpeará en la cabeza. Fue a parar al suelo detrás de él.

—Está lleno de polvo. Y quemado —se quejó Metilio, aunque todos estaban demasiado ocupados riéndose como para oírle.

—Como si tú no hubieras hecho lo mismo otras veces —dijo Piso cuando la diversión decayó.

Metilio adoptó una expresión furiosa mientras sostenía el pan ácimo sobre la rodilla y le sacudía el polvo.

—Piso. —Dulcio lanzó otro pan.

Piso lo agarró con ambas manos. Estaba ardiendo, chamuscado en algunos puntos y medio crudo en otros, pero sabía mejor que muchas comidas propiamente dichas que había tomado.

—¿Alguien tiene un poco de vino?

—Yo —repuso Metilio con tono amargo.

—Pues sácalo —exigió Piso.

—Sí, estoy seco —dijo Dulcio.

Metilio pasó su odre a regañadientes. Fue detrás del recipiente mientras daba la vuelta a la hoguera. Cuando Dulcio extendió la mano, Metilio cogió rápidamente el odre.

—Tú no vas a tomar ni gota, capullo, hasta que me des otro pan. Ese de ahí. El mejor.

Dulcio, huraño, le tendió un pan bien cocido y de buen aspecto. Metilio, que había tenido la prudencia de dejar el vino detrás de él, lo tomó con una sonrisa complacida.

—Aquí tienes —dijo, empujando el odre con la sandalia—. Un trago, que conste.

Disimulando, Dulcio sacó su vaso de arcilla y, mientras Metilio le hincaba el diente al pan, se sirvió una buena cantidad.

—Gracias, hermano —dijo al tiempo que dejaba el odre flácido ya a los pies de Metilio.

Metilio se dio cuenta enseguida de lo ocurrido.

—¡Cerdo! —Con la mano buena llena de pan, solo fue capaz de abalanzarse sobre el vaso de Dulcio, quien, entre risas, le esquivó pero pisó el fuego con la sandalia sin querer. Saltaron chispas, la madera crujió y él se apartó de un salto con un rugido de asombro.

Piso, Metilio y los demás se troncharon de la risa. Dulcio fue dando fuertes pisadas sintiéndose herido en su orgullo más que otra cosa y tomando sorbos de vino, enfurecido.

—Pagaría una buena cantidad de dinero por ver esto en un escenario —dijo Piso, secándose las lágrimas de los ojos—. Vosotros dos deberíais asociaros cuando dejéis el ejército. Ya me imagino las noticias: «Metilio y Dulcio, payasos, acróbatas y tontos en general. Tres funciones al día.»

Tanto Metilio como Dulcio le dijeron lo que podía hacer con tal sugerencia, y Piso, sonriendo, se encogió de hombros.

—No serviréis para gran cosa más. Yo me lo pensaría seriamente.

—¿Quién no servirá para qué? —bramó Tulo, que se acercaba a la hoguera cojeando.

Piso se explicó, encantado de ver a Tulo sano y relativamente bien. No

había ni un solo hombre en la centuria o la cohorte a quien no le hubiera preocupado la herida de Tulo, pensó Piso.

—Qué bien verte otra vez andando, señor —dijo.

—Hace falta algo más que una herida superficial para tenerme quieto. —Tulo recorrió a los hombres con la mirada—. Siempre pasa lo mismo. ¿Cuánto tiempo tengo que pasarme aquí de pie para que me ofrezcáis algo de beber? No te creas que no he visto el odre que tienes, Metilio.

Enseguida sacaron un vaso, lo llenaron y se lo tendieron. Tulo asintió a modo de agradecimiento y esperó a que todos los hombres se pusieran en pie, con el vaso o la copa en la mano. Alzó el brazo.

—Un brindis. Por Calvo. Por el resto de nuestros compañeros muertos, hoy han perdido la vida demasiados. No les olvidaremos.

—Por Calvo —repitió Piso. Aunque había procurado no congeniar demasiado con el granjero larguirucho, su muerte le dolía—. Por los compañeros muertos.

Todos apuraron sus copas. Intercambiaron una mirada con expresión sombría. No hacía falta hablar, pensó Piso. Él y sus compañeros estaban vivos, lo cual era más importante que la victoria de la jornada.

—Pronto sonarán las trompetas. —Tulo soltó una risita malvada al ver que se ponían tensos—. No hay de qué preocuparse. Germánico se dirigirá a las tropas, primero en este campamento. Debemos reunirnos en el *intervallum*. —Aquel gran espacio entre la cara interna de las murallas del campamento y las primeras tiendas servía de protección de los proyectiles enemigos y también de lugar de reunión.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Piso, aliviado.

—Sabes tanto como yo. —Tulo guiñó el ojo—. No temas, no tendrá que ver con *Macula*.

—No, señor. —Piso se sonrojó, preguntándose si Tulo sabía que había ido a ver al perro el día antes. El mulero que Tulo había elegido cuidaba bien de *Macula*, pero aún tenía que transcurrir algún tiempo hasta que fuera seguro retornar el animal a la centuria. Tubero no era de los que olvidaba rápido.

Sudorosos a pesar de haberse quitado la armadura, se ciñeron el cinturón con la espada y se pusieron en formación con el resto de los hombres. En las diez hileras de tiendas cercanas, la cohorte entera también se estaba

preparando. Liderados por Tulo y Fenestela, marcharon a paso ligero. Los soldados de otras unidades, más interesados en cocinar, comer o descansar sin más, les prestaron poca atención. Las avenidas estaban tranquilas, la mayoría del tráfico provenía de los mensajeros o de los pobres desgraciados que estaban en misión oficial.

Piso había tenido la corazonada de que Tulo los llevaba al *intervallum* temprano para conseguir un buen sitio y no se equivocó. Los condujo hacia una sección de la muralla próxima a la entrada principal. Las antorchas llameaban desde lo alto de las defensas, una gran hoguera cercana a la muralla iluminaba la escena otorgándole un resplandor anaranjado. Una centuria de pretorianos ya estaba en su sitio. Tal vez había doscientos soldados más esperando, otros hombres con oficiales avispados, pensó Piso. Tulo se detuvo cerca del resplandor, justo debajo de la pasarela que discurría a lo largo de la parte superior de las defensas. Dedicó un asentimiento al oficial pretoriano más cercano, un *optio* con un casco abollado al que le faltaba el penacho.

El *optio* saludó.

—*Primus pilus*.

—Hoy la lucha ha sido dura —dijo Tulo—. He oído decir que tu grupo salió bien parado.

—Así es, señor —repuso el *optio*.

Transcurrieron diez segundos y quedó claro que el *optio* no tenía intención de mencionar a los soldados de Tulo, que habían sido los primeros en llegar al terraplén enemigo.

Tulo ensombreció el semblante ante aquel agravio deliberado. Al final, echó un vistazo rápido por encima del hombro.

—Sois buenos chicos. Mejores que cualesquiera otros soldados —declaró.

«Putos pretorianos», indicó Piso a Metilio moviendo los labios, que a su vez hizo discretamente un gesto obsceno en dirección al *optio*.

Poco después, los trompetas convocaron a las dos legiones que había en el campamento en el *intervallum*. Pasó el tiempo. La oscuridad iba ganando terreno en el cielo sereno y empezaron a aparecer estrellas. Lo único que permanecía brillante era el horizonte por el oeste. A pesar de estar muy bien situados, Piso y sus compañeros no tardaron en aburrirse. A Piso, que estaba

enfurecido por la falta de respeto del *optio* pretoriano, seguro de sí mismo después de la broma que le había gastado a Tubero, se le ocurrió una idea maléfica.

—¿Señor?

Tulo enarcó una ceja.

—¿Sí?

—¿Tengo permiso para ir a orinar?

—Que sea rápido.

—Así será, señor. —Ignorando la pregunta que Metilio le había susurrado acerca de lo que iba a hacer realmente, Piso se marchó sigilosamente como si fuera hacia las letrinas.

La misión de Piso fue más larga de lo esperado. Cuando regresó, ya se había hecho de noche y las dos legiones estaban en su sitio. No había oído ovaciones, lo cual significaba que Germánico todavía no había llegado, por lo que no se había perdido nada. A Tulo le habría molestado su tardanza, pero no habría mayores consecuencias. Evitando la mirada de los oficiales, Piso se apresuró entre las filas de los hombres, empleando la luz del fuego para llegar a su centuria.

—En nombre de Hades, ¿dónde coño te has metido? —siseó Metilio en cuanto Piso se hizo un hueco entre ellos.

—Debes de tener cagalera —dijo Dulcio con una sonrisa de desdén—. Menos mal que no estaba cerca.

Siguieron haciéndole preguntas y comentarios en voz baja. A Piso primero le había gustado que sintieran curiosidad, pero luego había acabado cargándole y no contestó nada.

Aunque estuviera en la sexta fila, Tulo no tardó en verle.

—¿Por qué has tardado tanto? —bramó.

—Lo siento, señor. Diarrea, señor. —Las risitas burlonas de sus compañeros empezaron de inmediato. Nunca oía lo que acababan diciendo, pensó Piso, pero no le iba a servir ninguna otra excusa.

Tulo frunció el ceño y estaba a punto de añadir algo más cuando la llegada de Germánico se lo impidió. La ovación fue inmediata y espontánea.

Miles de sandalias con tachuelas tronaron contra el suelo. Los pretorianos se pusieron firmes. La armadura de Germánico relucía mientras ascendía a la pasarela situada en la parte alta de la muralla. Alto, majestuoso, impresionante, se colocó frente a los soldados apelotonados.

—¡GER-MÁ-NI-CO! —Los gritos ganaron el doble de intensidad.

El contraste entre el gobernador y los legionarios mugrientos y manchados de sangre no podía haber sido mayor ni más inspirador. Bronce bruñido con incrustaciones de plata. Penachos color carmesí. Banda de seda roja. Cuero brillante. Todo lo que llevaba Germánico rezumaba poder, riqueza y estatus. Se hizo el silencio, pero, en vez de hablar enseguida, dejó que la expectación de los soldados fuera en aumento.

«Menudo general —pensó Piso con un orgullo feroz—. ¡Nuestro general!»

—¡Soldados de Roma! —Germánico habló con voz aguda para que se le oyera bien—. La batalla de hoy ha sido larga y dura.

Asentimientos de cabeza. Los hombres dieron palmadas a sus compañeros en el hombro, emitiendo gruñidos para mostrar su acuerdo.

—A pesar del calor, las condiciones y la determinación del enemigo, habéis prevalecido. ¡Sois los verdaderos hijos de Roma! ¡Os rindo homenaje por vuestro valor, aguante y devoción! —Germánico extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

Piso bramó junto con los demás, largo y tendido, y no paró hasta que se le quebró la voz.

Tranquilo y sereno, Germánico esperó a que el clamor menguara.

—¡Muchos de vuestros hermanos han caído hoy, pero su sacrificio siempre será recordado! —Las tropas volvieron a agradecer su aprecio con un rugido. Germánico continuó—: En cuanto amanezca, enviaremos grupos de trabajo a buscar todos y cada uno de los cadáveres, ya sean legionarios o auxiliares. Las piras funerarias se verán a millas de distancia, una advertencia para los bárbaros de que seguimos en su territorio. Cuando regresemos al Rhenus, todos los soldados caídos tendrán una lápida a su nombre, a mi costa. Se dará dinero a las familias de los difuntos. Los soldados cuyas heridas exijan que sean licenciados del ejército tampoco se irán con las manos vacías. Ni vosotros, hombres valerosos, cuando llegue la próxima

paga: cada uno de vosotros recibirá un extra de setenta y cinco *denarii*.

Los legionarios estallaron en vítores para mostrar su agradecimiento.

Acto seguido, Germánico anunció que la campaña de verano había terminado, lo cual propiciaría más celebraciones. Cuando llegaron unos carros para repartir sus reservas personales de vino, los soldados enloquecieron. Pocos se fijaron en que el gobernador bajaba las escaleras y se marchaba, precedido por sus pretorianos.

—Tres meses de paga y un odre lleno del vino del gobernador, no está nada mal por una batalla —opinó Metilio.

—Esto se merece un brindis —dijo Piso mientras se agachaba y daba un buen sorbo del odre que justo acababa de sacar. Gracias a la luz tenue, nadie se había fijado en su «panza», que en realidad era la bolsa de cuero que tenía bajo la túnica a la altura del vientre y que sujetaba con los cinturones—. Toma —Le tendió el odre a Metilio.

—No tardaste porque tuvieras cagalera, ¡has ido a robar esto!

Piso se encogió de hombros con indiferencia.

Metilio se limpió los labios y le tendió el odre a Dulcio, que sonreía de oreja a oreja.

—¿De dónde lo has sacado? ¿No será de la estancia de Tubero?

—Ni siquiera yo soy tan estúpido como para arriesgarme otra vez de esa manera. Lo he sacado de... —Piso se calló de golpe al recibir un fuerte codazo de Metilio en las costillas.

Fue demasiado tarde. Tulo... ¿de dónde demonios había salido? —se preguntó Piso presa del pánico—. Ya le había arrebatado el odre de vino a Dulcio.

—No has ido a las letrinas, Piso. —Tulo habló con tono amenazador—. ¿De dónde has hurtado esto?

—Es mío, señor. Volví para recogerlo, pensé que estaría bien hacer un brindis por Germánico. ¡Más que nada porque nos ha llevado hoy hasta la victoria! —La voz de Piso se apagó.

Tulo se abrió camino a empujones para colocarse frente a Piso.

—¿Tú me tomas por imbécil o qué?

—No, señor. —A Piso se le había secado la boca de golpe. Los compañeros que tenía a ambos lados estaban rígidos como palos. Robar a

otro soldado era un delito grave y todos lo sabían. Desde tiempos inmemoriales, el castigo era morir apaleado por los compañeros de tienda. En la actualidad, los malhechores recibían latigazos y perdían la paga, lo cual no impedía que la pena de muerte también pudiera aplicarse.

Tulo puso la cara a un dedo de la de Piso.

—Por favor, dime que no se lo has quitado a nadie de la V.

—Por supuesto que no, señor.

—¡No me vengas con «por supuestos», gusano! —Tulo clavó el dedo índice en el pecho de Piso una vez y otra más—. De. Dónde. Lo has. Sacado.

—De la tienda de un pretoriano, señor.

Era inaudito que su centurión no supiera qué decir. Piso observó asombrado cómo Tulo abría y cerraba la boca. Y volvía a abrirla.

—Ya veo —dijo al final Tulo—. Ya veo.

El temor de Piso volvió a aparecer. Ya estaba. Sus últimos recuerdos serían de puños y tachuelas que lo aplastaban y lo condenaban a la pérdida de conciencia.

Para su sorpresa, Tulo alzó el odre en alto.

—Si es de uno de esos capullos, más vale que lo pruebe.

Piso lanzó una mirada rápida a Metilio mientras Tulo bebía. «¿Qué significa esto?», intentó decirle sin palabras. Metilio se encogió de hombros, como diciendo «no sé», lo cual no fue de gran ayuda.

—No está mal. Es mejor que los orines que bebéis vosotros, eso seguro —dijo Tulo, relamiéndose.

—Pues... sí, señor. —Aterrado, Piso todavía no sabía qué iba a pasar.

Tulo dio otro sorbo. Todos le miraban de reojo. Impresionados. Nerviosos.

Pum. El odre golpeó a Piso en el pecho. Lo cogió por instinto.

—Deshazte del odre cuando esté vacío. Muy lejos de las hileras de nuestras tiendas, pero que muy lejos. —Tulo ya estaba a varios pasos de distancia—. La primera noche que vayamos al Buey y el Arado, pagas tú. Toda la noche.

—¡Sí, señor! —Era imposible negarse, pensó Piso, sonriendo. Su centurión era el mejor de todo el puto ejército.

La luz tenue que se apreciaba por el este presagiaba el amanecer, aunque el terreno siguiera sumido en la oscuridad. El aire era fresco, vigorizante, nada que ver con las temperaturas abrasadoras. Varios bancos de niebla emblanquecían zonas del terreno abierto. El rocío brillaba en los montículos de hierba, goteaba de las orejuelas de arroyo. Los árboles se veían altos y amenazadores en la penumbra. Los ciervos gráciles y cautelosos pastaban en parejas o tríos, alzando la cabeza a intervalos regulares para ver si había algún peligro.

Arminio cabalgaba de nuevo hacia el campo de batalla con Gervas y una docena de guerreros. Los compañeros de Arminio estaban atentos, reaccionaban al menor ruido mientras que él, movido por una profunda pena y una ira abrumadora, no miraba ni a derecha ni a izquierda.

No había descansado nada. Al término del día anterior, con la batalla perdida, se había sentido tan agotado que apenas había sido capaz de articular palabra. El sueño no había tenido la clemencia de acompañarle. El hecho de que llegara la oscuridad no había supuesto ningún cambio, ni tampoco que saliera la luna. Furioso, frustrado, ardiendo en deseos de venganza, la había observado trazando un camino lento y gradual en el cielo. Había permanecido despierto mientras las lechuzas ululaban desde el bosque y los gemidos de los guerreros heridos llenaban el ambiente. Atormentado por las posibilidades que habían dejado escapar, preocupado por las enormes bajas de su ejército y el intenso dolor que le producía su herida, había dado vuelta tras vuelta toda la noche en la manta empapada de sudor.

Ahora le escocían los ojos y estaba demacrado. Recorrió con la mirada el terreno que tenía por delante en busca de movimiento, de alguna señal del enemigo. De vez en cuando volvía la vista hacia sus acompañantes, que iban rezagados.

—¡Seguidme el paso, hijos de puta! —rugió.

Avergonzados, cubrieron la distancia sin hablar.

«Ya es mala suerte volver a un campo de batalla en el que te han derrotado», pensó Arminio. Y peligroso. El horizonte ya se había teñido de rojo por el este. Germánico no habría dejado ningún soldado ahí pero regresarían en cuanto hubiera luz del día, no le quedaba la menor duda de ello. En vez de disuadirle, el peligro espoleaba a Arminio. Maelo yacía, rígido y frío, en algún punto del terraplén. No podía dejarlo ahí, como carroña para los animales salvajes, un banquete para cuervos y milanos. En esos momentos lo único que le importaba era recuperar el cadáver de su amigo. Maelo merecía un entierro de guerrero por ser su servidor más fiel, leal y valiente.

Era más de lo que recibirían el resto de los muertos, pensó Arminio cuando el primer olor a putrefacción le asaltó la nariz. Los cadáveres aparecieron poco después, y con ellos las moscas. Los enjambres de moscas verdes y azules, de un tipo que no había visto nunca, se alzaban a su paso, volaban en círculo y volvían a alimentarse. Se le revolvió el estómago al pensar en el fuerte olor a carne podrida cuando llegara la noche.

La batalla se había librado a cierta distancia, así que esos hombres habían huido y habían muerto a consecuencia de las heridas antes de ponerse a salvo. Tal vez los legionarios que les perseguían les hubieran matado. Daba igual. Con las extremidades flácidas, la boca abierta, manchados de sangre, yacían contemplando el cielo que iba iluminándose, o boca abajo en la hierba, o medio hundidos en charcos de fango. Ninguno de ellos volvería a moverse. Algunos estaban solos, otros con compañeros, tumbados juntos en el frío abrazo de la muerte. Las flechas emplumaban los cuerpos de varios hombres situados alrededor de la base de un árbol. Arminio apretó los labios pues aquello ponía de manifiesto que algunos guerreros habían servido de diana a los arqueros enemigos. «Basura romana», pensó.

La cantidad de bajas aumentó rápido y Arminio enseguida tuvo que ir

haciendo zigzag para esquivar cuerpos despatarrados. Incómodo ante el hedor intensísimo a muerte, excrementos y carne putrefacta, de vez en cuando su caballo se resistía a continuar. Despiadado, Arminio le obligaba a continuar a base de golpes con la fusta. Como no podía ayudar a los caídos y convencido de que ninguno de ellos era Maelo debido al lugar donde estaban, él tampoco prestó ninguna atención a los muertos.

Unos fuertes gruñidos llamaron la atención de Arminio. Volvió a revolvérsele el estómago cuando espizó por entre los árboles a un grupo de jabalíes, machos, hembras y crías, alimentándose de cadáveres. Escupió pero no hizo ningún intento de ahuyentar a las criaturas, pues en cuanto se fuera regresarían. Redobló su determinación de encontrar el cadáver de Maelo. No quería que su amigo acabara mordisqueado, ni que las aves le picotearan los ojos. Ninguna mutilación por parte de legionarios vengativos. Ningún enjambre de huevos de mosca, ninguna infestación por gusanos. Ningún hueso roído. Ninguna descomposición larga y gradual hasta convertirse en polvo bajo el frío cielo.

Maelo se pudriría, sería pasto de los gusanos pero lo haría en la profundidad de la tierra, después de que se pronunciaran las palabras apropiadas. Vestido con ropa bonita, con armas y armadura de la mejor calidad, pasaría al otro mundo tal como merecía un hombre de su valor y estatura. «Brindaremos por ti hasta bien entrada la noche, hasta que las estrellas vayan apagándose en el cielo del amanecer —pensó Arminio, mientras las garras del dolor se le clavaban en el cuerpo—. Nunca te olvidaremos, eras el hermano que debería haber tenido.»

Su montura volvió a hacer un amago. Cuando Arminio alzó la fusta maldiciendo se dio cuenta de que habían llegado al borde del terraplén. Se arrepintió de haber tratado mal al caballo y le dio una palmada en el cuello. El animal soltó un bufido, desasosegado todavía ante tanta carnicería. Consciente de que estaban expuestos en aquel lugar, Arminio dedicó unos instantes a contemplar la llanura que se extendía ante ellos. Cuando se cercioró de que no había rastro del enemigo, se concentró en el terreno más próximo.

Los primeros cien pasos desde la base del terraplén hacia fuera estaban cubiertos de muertos romanos, había tantos legionarios y auxiliares como

guerreros en lo alto. A partir de ahí, observó con creciente amargura que iban disminuyendo. A doscientos pasos de distancia, había muy pocos y, más allá, ninguno. Era una prueba brutal de la diferencia de bajas producidas entre ambos bandos.

Dejó su ira de lado. Tenía que encontrar a Maelo lo antes posible. Arminio desmontó y tendió las riendas a uno de sus compañeros, e indicó a los demás que hicieran lo mismo.

—Nos dividiremos, dos filas, diez pasos entre cada uno de nosotros. — Señaló—: La mitad id por ahí y la otra mitad venid conmigo.

Arminio había librado muchas batallas durante el tiempo que había pasado en las legiones, pero la matanza que había orquestado en el bosque había sido la mayor contienda con diferencia y, hasta el momento, la única cuyo escenario había visitado después. Aunque estaba acostumbrado a los cadáveres y a la humillación que supone la muerte, aquel lugar era difícil de digerir. En el bosque, nueve de cada diez cadáveres habían sido romanos. Aquí era al contrario. Una mezcla tóxica de ira y pesar se le formó en el pecho y le dificultó respirar el aire fétido. «Tú tienes la culpa —le gritaba su conciencia—. Tú eres el culpable de esta matanza. De este osario.»

Arminio se resistió a que la idea creciera en su interior. Habría sucedido de todos modos. Germánico pensaba cruzar el río ese verano de todas maneras. «Aunque yo hubiera muerto, el hijo de puta habría venido a vengarse de las tribus, y cada una de ellas habría sido aniquilada, deslavazada. Si los jefes de clan me hubieran hecho caso, si hubieran hecho lo que yo les dije desde un buen comienzo, podríamos haber vencido. No habría sido a la misma escala que hace siete años, pues el ejército de Germánico es demasiado numeroso. Pero podríamos haber matado suficientes hombres como para poner punto final a su campaña. Se habrían retirado al Rhenus ensangrentados y maltrechos, convertidos en el blanco perfecto para las tribus a lo largo de todo el camino.

A Arminio las ideas le daban vueltas en la cabeza en círculos cada vez más cerrados, pensando distintas tácticas o terrenos que podía haber escogido para la batalla. Llegó a la conclusión de que ninguno habría funcionado, no con la cantidad de guerreros que él tenía y la tozudez de los jefes de clan que los lideraban. Todo se reducía a una verdad indigerible. La mejor opción

habría sido evitar la batalla. Podían haber pasado el resto del verano buscando y aniquilando grupos de exploradores romanos y pequeñas patrullas.

No obstante, Arminio llegó a la conclusión de que un enfoque más conservador habría provocado que su alianza acabara desmembrándose en las tribus que la formaban. Su pueblo, irascible y valeroso, no habría dejado que el enemigo saqueara sus tierras sin hacer nada. Ellos solos se habrían enfrentado a los legionarios cara a cara y habrían perdido. Así pues, las batallas de los días anteriores habían sido necesarias. Si hubieran cumplido sus órdenes, el resultado habría sido distinto.

La derrota amenazaba con tener consecuencias graves para Arminio. En vez de enseñar a los jefes obediencia o una buena disposición para escuchar, daba la impresión de que el baño de sangre propiciaría la división en el seno de la ya de por sí débil coalición. Los hombres derrotados se aprestaban a señalar con el dedo, a olvidar que habían desobedecido sus órdenes, para empezar. «Imbéciles —pensó Arminio—. No pueden, o no saben, ver la batalla como lo que ha sido: falta de obediencia.»

—¿Qué ha sido eso? —Gervas caminaba a su izquierda.

Arminio se dio cuenta de que iba hablando solo.

—Nada —masculló.

Le parecía curioso que Gervas, guerrero de otra tribu, buscara su compañía. O no —reflexionó Arminio—, porque al fin y al cabo el joven había perdido a Gerulf, que había sido su principal influencia. Los demás jefes de clan usipetos eran valientes pero desorganizados. Ninguno sobresalía, como Malovendo con los marsos. O él mismo, Arminio, que lideraba las tribus. Era natural que Gervas se sintiera atraído por su capacidad de liderazgo, su carisma. «Cultiva un poco su amistad y quizá se convierta en una mano derecha útil.» El sentimiento de culpa le encogió el corazón. Ahí estaba él pensando eso cuando Maelo no llevaba ni un día muerto.

—¡Mira!

Arminio giró la cabeza. El guerrero más próximo al borde del terraplén había hablado.

—¿De qué se trata? —preguntó Arminio.

—Ahí, en el extremo de la llanura.

Arminio centró la mirada en el terreno distante, desde donde las malditas legiones de Germánico habían venido el día anterior. Unas elocuentes polvaredas se elevaban desde la zona del Visurgis. Arminio profirió una maldición. Debían de ser tropas romanas.

—Han venido a recoger sus muertos, malditos sean.

—Mejor que nos vayamos —dijo uno de los guerreros de mayor edad, un tipo de barba entrecana a quien Arminio conocía desde la niñez. Varios hombres mostraron que estaban de acuerdo, pero se fijó en que Gervas no era uno de ellos.

—Todavía no hemos encontrado a Maelo —dijo Arminio.

—Si te quedas aquí, lo único que encontrarás será la muerte —dijo el guerrero mayor, mirando a Arminio a los ojos con dureza.

—¿Es que ya no tienes agallas? ¡Están a más de media milla de distancia! —exclamó Arminio. Hizo bocina con la mano para que el otro grupo le pudiera oír—: Todavía tenemos tiempo. ¡Seguid buscando!

Intimidados por su furia, los guerreros obedecieron, incluido el viejo guerrero, aunque estuviera gruñendo para sus adentros.

«Ayer me diste la espalda, Donar —pensó Arminio—. Lo que te pido ahora es una nimiedad. Permíteme encontrar el cadáver de mi amigo.»

Al cabo de unos veinte segundos, le pareció que sus plegarias habían obtenido respuesta. Arminio se topó con un cuerpo que desde atrás se parecía al de Maelo en muchos sentidos. Pelo castaño, complexión media. Una túnica buena bajo la cota de malla. Unos pantalones de punto grueso de color verde oscuro y marrón. Nervioso, Arminio dio la vuelta al hombre. La decepción fue instantánea. A pesar del corte de espada que tenía en la cara y de la sangre coagulada por todas partes, y el barro en la boca, no era su amigo. «Descansa en paz —pensó Arminio—, dejando caer el cuerpo de nuevo de frente.»

Examinó a otros tres guerreros y luego fueron cinco. Ocho. Se negaba a mirar hacia la llanura, hacia los romanos que se aproximaban. «Que les den —pensó Arminio—. Que venga esa chusma. Los mataré a todos.» Sabía que sus pensamientos eran pura fantasía, pero su dolor había dado pie a una testarudez disparatada.

—Los romanos nos han visto. No pienso quedarme aquí para morir

porque sí. ¿Venís? —preguntó el guerrero viejo a sus compañeros. Todos menos Gervas dijeron que sí.

Arminio desató su furia.

—¡Quedaos donde estáis! —bramó—. ¡Yo no os he dado permiso para marcharos!

—Esto por tu permiso. —El guerrero viejo hizo un gesto obsceno—. Que yo sepa, eres jefe de los queruscos, no un rey ni un centurión romano, y yo soy un hombre libre, no un esclavo ni un puto legionario. —Se encaminó hacia los caballos a paso ligero. Los demás le siguieron. El segundo grupo enseguida se dio cuenta y les imitaron. Igual que el guerrero que sujetaba las monturas, que soltó un grito en tono de disculpa diciendo que había atado los caballos de Arminio y Gervas para evitar que siguieran a los demás.

—Cabrones estúpidos, cuelllicortos y testarudos —gritó Arminio. Se le hincharon las venas del cuello—. Igual que todos los dichosos guerreros bajo el sol, ellos son los más listos. ¡Lo que tendrían que hacer es escuchar y obedecer! —Enajenado, no se fijó en la expresión extraña del rostro de Gervas. Arminio retomó la búsqueda de su amigo muerto mascullando para sus adentros.

—A Maelo no le gustaría esto, no querría que desperdiciaras tu vida —declaró Gervas.

—¿Y tú qué sabes? —espetó Arminio, pensando «hace no mucho tiempo, Maelo estuvo a punto de cortarte el cuello y enterrarte en el bosque»—. ¡Vete, vete! ¡Tú no tienes por qué morir!

—Me quedo.

—Como quieras. —Arminio se encogió de hombros en un gesto fatalista. Al final, la muerte le supondría un alivio. Su ejército se había visto obligado a rendirse y miles de sus hombres habían muerto. Lo que quedaba de sus fuerzas se vendría abajo en los próximos días. Al igual que perros apaleados, los guerreros regresarían cabizbajos a sus aldeas con la esperanza de que los romanos les dejaran en paz.

Durante el largo invierno que estaba por venir, acomodados en las casas comunales y con nada que hacer aparte de beber y hablar, los supervivientes rumiarían y empezarán a repartir culpabilidades. Arminio no se imaginaba que los jefes de clan volvieran a aceptar su liderazgo, no después de esto. Era

difícil imaginar siquiera a su tío Inguiomero dejando a sus guerreros al mando de Arminio una vez más, y cuando las legiones de Germánico cruzaran el río la primavera siguiente, como sin duda harían, la resistencia estaría fracturada. La derrota estaba garantizada.

Si hubiera tenido la posibilidad de ver a su esposa e hijo, Arminio habría tenido motivos para anhelar el futuro, pero estaban cautivos en algún lugar de la lejana Italia; a efectos prácticos era como si estuvieran muertos. Si lo mataban ahora, pondrían fin a su sufrimiento. Si se reunía con Maelo en el otro lado, disfrutaría de buena compañía mientras esperaba a Tusnelda.

—¡Mira!

Arminio se volvió y se quedó boquiabierto. Gervas estaba de pie junto al cuerpo empapado de sangre de Maelo. A Arminio se le encogió el corazón al ver a su amigo tan céreo. Gris. Muerto.

—Le has encontrado —dijo embobado.

—Ve a buscar los caballos —dijo Gervas.

Arminio miraba fijamente a Maelo, aturdido por el dolor.

—Trae los caballos, ¡venga!

Tambaleándose como un borracho, Arminio obedeció. En el borde de su campo de visión, vio que los jinetes romanos frenaban. Oyó que un oficial gritaba en latín: «¡Cuidado! Podría tratarse de una trampa.»

Arminio no tuvo problemas en llevarle los caballos a Gervas y juntos cargaron el cuerpo plomizo de Maelo en la cruz de uno de los animales. Arminio sonrió y volvió la vista atrás mientras cabalgaban. El escudo de Donar les protegía. ¿Por qué si no cincuenta jinetes romanos se abstenían de perseguir a dos cansados germanos?

Al fin Maelo recibiría la sepultura que se merecía.

TERCERA PARTE



Verano, año 16 d.C.

EN LA GERMANIA PROFUNDA

Era tarde. Tras otro día achicharrante, se aproximaba una noche tranquila y cálida. Miles de estrellas salpicaban la enorme extensión de cielo. La paz reinaba en el campamento de la legión donde Tulo y sus hombres estaban acantonados. Algunos centinelas recorrían las murallas, pero la mayoría de los hombres se habían retirado. Tulo no. Inquieto, con el dedo del pie cortado dolorido, había ido a situarse en lo alto de las defensas para quedarse a solas con sus pensamientos. Había acostumbrado los ojos a la oscuridad y aguzado el oído cuando dejó la mirada perdida en la lejanía, preguntándose si Arminio tendría agallas suficientes para lanzar un ataque sorpresa. Sin embargo, nada enturbió la calma. Todo estaba como tenía que ser. Las lechuzas ululaban desde el bosque. El agua correteaba por encima de las piedras del río cercano. Por entre la maleza, los animalillos de hábitos nocturnos se dedicaban a sus menesteres.

Había transcurrido casi un mes desde que las legiones aplastaran a los guerreros de Arminio en la gigantesca muralla de tierra, a la cual muchos prisioneros denominaban «muro angrivario». Durante aquel tiempo habían sucedido muchas cosas y por mucho que sus hombres lo desearan, pensó Tulo, todavía no estaban en casa. Ni tampoco estaban fuera de peligro. Les separaban más de cien millas del río Rhenus y de la seguridad. La alianza de Arminio se había roto, pero eso no implicaba que las tribus se hubieran doblegado ante Roma. Ni mucho menos.

—Hay que ver lo testarudos y valientes que son esos cabrones —masculló Tulo para sí—. Los pueblos deberían ser capaces de aceptar una derrota.

—¿Tú lo harías? ¿Y yo? —Unos crujidos anunciaron la llegada de Fenestela por la escalera más cercana—. Lucharíamos hasta el final, por amargo que fuera.

—Sí, es cierto —reconoció Tulo, exhalando un suspiro. Arminio y sus hombres eran unos cabrones asesinos, pero su resistencia resultaba comprensible. Los romanos habían invadido su territorio y no al revés.

—¿Otra vez estás hablando solo? Es lo que hacen los viejos, supongo.

—¿A quién estás llamando viejo? —replicó Tulo sin acritud.

Fenestela apoyó los brazos en los maderos toscos que formaban la parte superior de las fortificaciones.

—Parece que fue ayer cuando estábamos en esta zona con Druso.

—Un cuarto de siglo, ¿eh? Por todos los dioses, qué rápido ha pasado.

—Fíjate en nosotros. Ya casi ancianos de barba blanca.

—Solo va a haber un anciano entre nosotros ¡y no voy a ser yo!

—Nunca has entendido su utilidad, ¿verdad? —Fenestela pasó los dedos por el vello espinoso que le adornaba el mentón—. Calentito en invierno, atractivo para las mujeres todo el año. A mí me da... *gravitas*.

—Mira que dices tonterías, Fenestela —espetó Tulo, aunque también se estaba riendo.

Permanecieron en silencio durante un rato mientras se iban pasando el odre de vino de Fenestela como buenos amigos.

Fenestela fue el primero en hablar.

—¿Has venido aquí arriba porque no podías dormir?

—Sí.

—¿Pensando en el águila?

Tulo soltó un bufido.

—¿Tan obvio es?

—Para mí sí. —A Fenestela le brillaban los ojos cuando se volvió hacia Tulo—. Porque a mí me pasa lo mismo.

Ninguno de los dos tuvo que añadir nada más. Arminio había sido derrotado y sus seguidores se habían desperdigado por todas partes. Algunas tribus seguían resistiendo, primero habían sido los angrivarios al volver de su campaña con Arminio, y ahora eran los catos y los marsos quienes se habían rebelado, pero el enorme ejército de Germánico los sometería a todos, unos

tras otros. A la mayoría de los soldados les bastaba con eso; sin embargo, todos los veteranos de las legiones XVII y XVIII tenían una herida abierta en el alma. Seguían sin encontrar las águilas que habían perdido. Se les acababa el tiempo: como mucho un mes y medio más y las legiones estarían de vuelta en las fortificaciones, y la campaña del año se daría por concluida. Sí, cruzarían el Rhenus para renovar hostilidades cuando llegara la primavera, pensó Tulo, pero eso no garantizaba nada.

—Tenemos que aceptarlo, quizá nunca recuperemos nuestra águila. Tal vez nunca apresemos a Arminio ni le matemos. —Fenestela escupió por encima de la muralla.

—Sí —gruñó Tulo, que había estado pensando en bien poco desde su victoria en el muro angrivario. Aunque fuera una parte minúscula pero importante de la ingente maquinaria que era el ejército de Germánico, no podía hacer sino cumplir con sus obligaciones y rezar para que todo tuviera el mejor desenlace posible.

—¿Qué harás si eso es lo que pasa?

Tulo pasó un brazo por encima de los hombros de Fenestela.

—Daré las gracias a los dioses por ti y por todos los granujillas de la XVIII. Vuestra pandilla está viva cuando tantos han muerto. Eso vale mucho. Mucho.

—Sabias palabras. —Fenestela habló con una voz más grave de lo habitual.

Tulo alzó el odre.

—Por los amigos y compañeros. —Fenestela dio dos buenos sorbos y luego otro más.

Tulo inspiraba y espiraba. Inspiraba y espiraba. Durante los largos y amargos años desde la emboscada en el bosque, cualquier cosa que no fuera vengarse de Arminio y recuperar la vieja águila de la legión le habría parecido impensable, una traición a los muertos. La realidad obligaba a Tulo a ser pragmático. Había dado el máximo en la campaña de verano. Germánico lo había hecho bien, mejor que cualquier otro general romano desde su padre, pero no habían conseguido todos los premios. Así era la vida a veces, pensó Tulo. A un hombre podía no agradaarle su destino, pero tenía que lidiar con él. Aceptarlo. De lo contrario, la amargura le corroería por

dentro, como gusanos en el vientre de un cadáver. Tulo no quería convertirse en un viejo borracho y amargado, de esos que se quejaban arrimados a la bebida y al que los demás evitaban.

—Estaba pensando que, cuando regresemos, ascenderé a Piso a *tesserarius*. ¿Qué te parece? —El *tesserarius* de la centuria había muerto en el muro angrivario.

—Buena idea. El año pasado y el anterior fue buen soldado. A veces hace el imbécil, pero eso cesará pronto si se le dan responsabilidades.

—Asunto zanjado, entonces —declaró Tulo complacido—. Incluso podría recomendarte como centurión.

Fenestela puso cara de incredulidad primero y de asombro después.

—¡Ni se te ocurra!

—¿No te gustaría? —Tulo formuló la pregunta en el tono más inocente posible.

—Ya sabes que no, «señor». Demasiada responsabilidad. —Soltó una maldición cuando Tulo empezó a reírse a gusto—. ¡No le veo la puta gracia!

—Nunca falla —dijo Tulo, secándose las lágrimas de los ojos.

—Que te den, «señor».

Tulo empujó el odre hacia Fenestela.

—Me voy a la cama. ¿Tú vas a dormir?

Después de dar un buen trago, Fenestela bajó el odre.

—Sí. Aquí ya no queda nada.

Tulo se alegró de tener la cabeza despejada a la mañana siguiente. Como *primus pilus*, no tenía la necesidad imperiosa de supervisar a sus hombres mientras vigilaban la entrada principal del campamento y una parte de las defensas, pero tras tantos años teniéndolos bajo su mando, lo seguía haciendo. Su presencia supuso que fuera testigo de la llegada casi al mediodía de un mensajero exhausto, manchado de barro en un caballo sin aliento. Iba acompañado de treinta auxiliares, de aspecto igualmente cansado. Tulo bajó ruidosamente por la escalera y recibió al jinete mientras obligaba a su montura a ir por la pasarela.

—¡Saludos! —dijo Tulo.

Con el saludo de rigor, el mensajero hizo ademán de seguir adelante. Hizo una mueca cuando Tulo le sujetó las riendas.

—¡Traigo noticias importantes para los legados!

—Soy el *primus pilus* de la V, imbécil. —Tulo le dedicó una sonrisa glacial—. ¡Puedes llamarme «señor»!

—Discúlpame, señor. ¿Puedo pasar ya?

Tulo sintió cierto desasosiego.

—Confío en que no haya sucedido nada terrible, ¿es así? ¿Germánico está bien? —El gobernador había zarpado con un grupo del ejército hacía varios días con la intención de bordear el extremo sur del mar de Germania antes de llegar al refugio que ofrecía el Flevo Lacus.

—Ha habido una tormenta, señor. Germánico está bien, pero muchos barcos de la flota naufragaron o fueron arrastrados a mar abierto. Se han ahogado cientos de hombres.

Tulo volvió a agradecer que su legión no hubiera sido elegida para regresar en barco.

—Demos gracias a los dioses por haber dejado ileso a Germánico. ¿Dónde está ahora?

—En el territorio de los chaucios, pero marcha hacia aquí.

—Y debemos ir a recibirle.

—No me corresponde a mí decirlo, señor.

—Por supuesto que no. Adelante. —Tulo se apartó.

Con un saludo respetuoso, el mensajero entró cabalgando en el campamento seguido de su escolta.

Tulo alzó la mirada hacia Fenestela, que estaba de pie en la muralla.

—¿Has oído eso?

—Sí, señor. Menos mal que Germánico está vivo.

—Desde luego que sí —convino Tulo—. Lo que menos le conviene al ejército es perder a un líder tan carismático.

—¡Se acerca otro mensajero, señor! —bramó Piso.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Tulo mientras quitaba el pie del primer peldaño de la escalera. Regresó a su posición. Ese mensajero le conocía y frenó el caballo en cuanto Tulo se interpuso en su camino.

—¡Señor!

—¿Vienes de lejos? —preguntó Tulo.

—Del sur, señor. Los marsos se han reagrupado y están atacando a nuestras patrullas. —El mensajero desvió la mirada hacia el centro del campamento y su destino, el cuartel general.

—Adelante —indicó Tulo—. Tubero y los demás legados tienen que oír tus noticias. —Observó cómo se alejaban el mensajero y la escolta antes de reunirse con Fenestela en la pasarela. Intercambiaron una mirada sombría.

—Parece que no vamos a volver a casa en un futuro próximo —aseveró Tulo.

Arminio soñaba con Maelo, con sangre y con muerte todas las noches. Maelo, vivo, riendo y luego muriendo cuando un romano anónimo le asestaba una puñalada en el cuello. Cada vez, Arminio le avisaba a gritos y se esforzaba por llegar hasta Maelo antes del golpe fatídico. Siempre fracasaba y se despertaba empapado de sudor y sollozando para intentar respirar. Aunque estaba desesperado por mantenerse despierto para poner fin a la pesadilla, Arminio volvía a dormirse una y otra vez y el horror continuaba.

La sangre que veía no solo cubría a Maelo sino a miles de cadáveres en el campo de batalla del muro angrivario. Goteaba de los picos de los cuervos que comían. Manchaba de rojo el hocico de los jabalíes. Unos grandes charcos de sangre coagulada llenaban los surcos y grietas del terreno polvoriento. La sangre se endurecía en los brazos y el cuerpo de Arminio. Si se tocaba las mejillas, los dedos se le quedaban rojos. Nunca tenía claro si eran sus propias heridas o las de otros, pero era incapaz de limpiarse por mucho que lo intentara.

A veces veía a Tusnelda de pie con su bebé en el terreno sembrado de cadáveres. Sentía un pellizco doloroso en el corazón y extendía los brazos, pero nunca estaban lo bastante cerca para tocarlos y ella nunca oía los gritos de saludo que él le dedicaba. Lo más doloroso de todo era que Arminio nunca llegaba a ver el rostro de su hijo. Siempre quedaba oculto por el cuerpo de Tusnelda o por una parte de los pañales. En una ocasión se acercó tanto que con otro paso habría tocado a su hijo en la mejilla; le habría hecho girar la cabeza, pero entonces le despertó un centinela para informarle de que

acababa de llegar un mensajero. Para cuando Arminio hubo regresado a la cama, ansioso por retomar el sueño, el cielo había empezado a palidecer y el campamento a cobrar vida. El sueño le había esquivado y Arminio habría jurado que había oído reír a Donar.

Gerulf también aparecía en sus atribuladas visiones nocturnas. Con cara de pocos amigos y voz maliciosa, arengaba a Arminio y le acusaba de tener pretensiones de ser rey, de ser un mal líder y de poseer una arrogancia abrumadora.

—Estás muerto —dijo Arminio. Gerulf se le rio en la cara.

—Maelo me asesinó, pero tú también tienes las manos manchadas con mi sangre, Arminio, junto con la de miles de otros. Nunca deberíamos haberte hecho caso.

—Si no me hubierais hecho caso, todo el territorio formaría parte del Imperio romano —gritaba Arminio.

Era como si Gerulf no pudiera oírle.

Durante otra repetición de la pesadilla, Arminio sacaba toda su furia. Embestía a Gerulf decidido a matarle. Gerulf se reía y le esquivaba con facilidad. Por mucho que Arminio le persiguiera, su presa se movía más rápido. Arminio se despertó, dando zarpazos al aire. Solo. Unas tenues manchas de luz se filtraban por las costuras de la tienda, pronto amanecería. Arminio dejó escapar un grito inarticulado de rabia, dolor y frustración y se golpeó los puños contra la cabeza, regodeándose en el dolor, pues quería dar por concluida su propia agonía.

Posó la mirada en la espada. «Acaba de una vez —pensó—. Clávate la hoja bien adentro, igual que hizo Varo. La agonía será corta y luego terminará. El sentimiento de culpa y la vergüenza se esfumarán. Los imbéciles que me rodean desaparecerán.» Presa de la desesperación, Arminio sacó la espada de la vaina hasta la mitad. Era de un plata apagado, marcada con infinidad de hoyos y arañazos pero letalmente afilada, le brindaría un final rápido.

«Cobarde —dijo una voz en su interior—. Si te matas ahora, Donar se encargará de que no entres jamás al panteón de los héroes. Los que se quedan de brazos cruzados después de una paliza, los que optan por la vía fácil, no merecen sentarse junto a los héroes que murieron en la batalla, hombres que

demonstraron su valentía hasta el final. Hazlo si quieres, canijo, pero que sepas que nunca verás a Maelo al otro lado ni a tu familia cuando les llegue el momento de cruzar.»

Con la mandíbula bien apretada, Arminio volvió a introducir la espada donde estaba y ahí la dejó.

Su dolor continuaría y encontraría la manera de vivir con él. «La vida es dura —se dijo—. Brutal. Los dioses a veces dan pero también quitan. A veces nos siguen la corriente, pero, en su mayoría, sonrían ante nuestras ridiculeces, se ríen de nuestras desgracias y nos observan mientras vamos dando tumbos por nuestra miserable vida. Lo único que podemos hacer es seguir viviendo. Seguir intentándolo mientras nos quede fuerza en el cuerpo.»

Arminio echó hacia atrás el alerón de la tienda. Hacía el fresco característico que precede al amanecer y el campamento estaba todavía en silencio. Aunque no era más que una fracción de su tamaño anterior, pues ahora solo quedaban sus hermanos queruscos, seguía llenándole de orgullo. «Todavía no nos han derrotado —pensó—. Mi pueblo me considera su líder, incluido mi tío Inguiomero. Seguiremos luchando contra Roma, haciendo lo que haga falta para continuar siendo libres.»

Arminio enseguida sintió el aguijón de la frustración. Estaba muy bien tener planes para el futuro, pero, a corto plazo, había poco que hacer. Era impensable volver a enfrascarse en una batalla contra los romanos ese verano. Apaleados y desmoralizados por la lucha en la que se habían enfrascado, sus guerreros queruscos ilesos ascendían a poco más de cuatro mil. Mil quinientos más sobrevivirían, pero una cantidad incluso mayor nunca regresaría a casa. A otras tribus les había ido peor, más de la mitad de los angrivarios habían sido aniquilados. Los marsos de Malovendo habían perdido una cantidad similar de guerreros.

Era difícil saber lo que los jefes de clan pensaban ahora de Arminio. Mientras las legiones de Germánico hostigaban a las tribus, no se habían pensado dos veces ir a lamerse las heridas a un campamento. Un perro apaleado busca su caseta, pensó Arminio, pero era dudoso que las tierras de cada tribu supusieran un lugar seguro contra el vasto ejército enemigo. Los informadores que tenía entre los auxiliares romanos, unos cuantos, lo cual agradecía, habían informado de que buena parte del ejército de Germánico ya

se había marchado para lidiar contra los catos. Malovendo, uno de los pocos jefes de clan que había buscado a Arminio antes de marcharse, también había mostrado su preocupación por ello.

—A ti te va bien, Arminio. Tu pueblo vive lejos del Rhenus y los romanos no pueden pasar tanto tiempo lejos de sus fortificaciones. Para los marsos es distinto. Distinto para los usipetos —añadió, mirando a Gervas, que había asentido con gesto amargo.

Un atisbo de esperanza asomó al corazón de Arminio. Gervas le apoyaría cuando llegara el momento de volver a unir a las tribus. Es lo que había dicho antes de marcharse. Lo cierto era que los usipetos no eran muchos y que su fuerza había disminuido desde la lucha contra Roma, pero, para ganar aliados, había que empezar teniendo alguno. «Ojalá fuera tan sencillo», pensó Arminio, frotándose los ojos cansados. Para el fin del verano, algunos de sus partidarios recientes se habrían sometido al yugo romano. Tales acuerdos no eran eternos, bastaba con pensar que sus propios queruscos habían sido aliados del imperio antes de la emboscada hacía siete años. No obstante, era probable que las tribus que habían sufrido una derrota reciente y sonada en la batalla fueran reacias a emprender una nueva campaña.

Arminio se dio cuenta de la amargura de la situación y le flaqueó su recién encontrada determinación. No era de extrañar que los dos veranos de choques no concluyentes y fuertes pérdidas hubieran minado el deseo de lucha de las tribus. Le preocupaba que su carisma personal, que tan útil le había sido en el pasado, no bastara para ganarse otra vez a los jefes. «Necesito ayuda», pensó Arminio. Gervas estaba predispuesto, pero su juventud iría en su contra cuando se encontrara ante hombres que le doblaban la edad. Malovendo le iría bien pero tendría que volver a aceptar el liderazgo de Arminio.

Arminio volvió a recordar la noche en la que había forjado su alianza, cuando los jefes de clan le habían escuchado atentamente y su nombre había resonado hasta las vigas. El águila, reluciente a pesar de su cautiverio, había centrado la atención de los hombres, como potente recordatorio del destino de las legiones de Varo. Arminio rio ante la simplicidad de la situación. Con un águila en su poder, seguro que los hombres le escucharían. El ejército de Germánico había recuperado la que había regalado a los brúcteros, pero los

marsos y los chaucios todavía conservaban la suya. Arminio recelaba de entrar en territorio chaucio, pues demasiados de ellos luchaban para Roma y además habían rechazado sus intentos de ganarlos para su causa. Sin embargo, los marsos odiaban el imperio y Malovendo seguía teniendo una buena predisposición hacia él.

Asunto zanjado, pensó Arminio con satisfacción. Convencería a Malovendo para que entregara el águila que tenía la tribu. Si el jefe del clan marso se negaba a entrar en razón, ya encontraría otros métodos.

En esos momentos las legiones estaban demasiado lejos de la costa y de los ríos navegables para recibir grano de las fortificaciones del Rhenus, por lo que Piso estaba rebuscando provisiones. Desde el regreso de Germánico y sus fuerzas, el ejército había recuperado su envergadura anterior y necesitaba cantidades ingentes de comida a diario. Fuertes destacamentos de tropas recorrían el campo a ambos lados de la columna que marchaba con el objetivo de localizar depósitos de grano, ganado y cualquier otra cosa de la que valiera la pena apropiarse. La tarea recaía sobre todo en los auxiliares, pero el volumen de provisiones necesario había exigido que legionarios regulares se dedicaran también a esos menesteres. Como *primus pilus*, Tulo se habría librado de tal tarea, al igual que sus hombres, pero necesitaba quitarse las telarañas de la cabeza y tomar un poco de aire fresco.

—Si hubiera sabido cuánta burocracia exige este cargo cuando lo acepté, hermanos, nunca lo habría hecho —había revelado para diversión de sus hombres.

Aquello lo había dicho hacía unas horas. A unas ocho millas de la columna del ejército, la centuria de Tulo y otra más peinaban el paisaje seguidos de una docena de carretas tiradas por mulas. Faltaba poco para el mediodía y las temperaturas, que seguían en ascenso, empezaban a resultar incómodas. Una neblina producida por el calor rielaba en el ambiente y el terreno agostado por el sol irradiaba una desagradable calidez. A Piso le escocía la piel, sobre todo en los puntos de contacto entre la túnica, el pañuelo del cuello y la armadura. Se pasó un dedo por la zona, tirando del

tejido aquí y allá donde tenía la piel aprisionada. Estaba totalmente acostumbrado a las prendas de lana, pero las condiciones hacían que le costara soportarlas. «Mejor que esté nublado, que haga frío o incluso llueva», pensó, lanzando una mirada amarga a la órbita ardiente del sol. No se le escapó la ironía de su opinión. Si hubiera hecho mal tiempo, entonces se quejaría por ello. Los hombres se quejaban para pasar el rato, para mantener el miedo a raya. Buena prueba de ello era escuchar a Metilio lanzando peroratas sobre lo poco que habían encontrado.

—¿Con cuántas granjas nos hemos encontrado? ¿Diez? —Metilio miró en derredor para saber la respuesta.

—Nueve —puntualizó Piso.

—Diez —contraatacó Dulcio, con una sonrisa complacida.

Metilio estaba enfurecido.

—¿A quién coño le importa? Las carretas no están ni a un cuarto de su capacidad.

—Para los bárbaros somos como una plaga de langostas —dijo Piso—. No quieren morir de hambre durante el invierno, así que lo han escondido todo.

—¡No me digas que te compadeces de ellos! —exclamó con desprecio un hombre de la fila de atrás.

—¿Quién estuvo en el Saltus Teutoburgiensis, gusano? ¿Tú o yo?

—Yo no te he insultado —dijo el soldado, amilanándose ligeramente ante la mirada enfurecida de Piso.

—Cuidadito con lo que dices.

El comentario le había tocado la fibra. Si hubieran encontrado guerreros en las granjas y casas comunitarias, Piso no habría tenido ningún tipo de reparo en matarlos, pero las únicas personas con las que se habían encontrado eran viejos, cojos o enfermos y los pocos que no estaban dispuestos a abandonar sus casas. No todos estaban muertos, pero algunos sí. Empalados en espadas y jabalinas. Muertos a patadas. Incluso había visto a un anciano apaleado con un trozo de leña que había acabado en el otro mundo. Con respecto a las mujeres, el hecho de que estuvieran desdentadas y tuvieran las tetas arrugadas no había impedido que las violaran. Tulo y Fenestela no justificaban tal comportamiento, pero no podían estar en todas partes a la vez.

—Morir de hambre en invierno o morir hoy a golpe de espada... ¿qué diferencia hay? —preguntó Metilio.

Piso no tenía respuesta. Quizá por ello Tulo no había castigado a nadie. Tal vez fuera mejor una muerte rápida que morir de hambre lentamente durante los largos y oscuros meses que estaban por venir. Esa era la suerte que correrían muchos germanos, dado que Germánico había ordenado que incendiaran los campos de trigo y cebada que todavía no se habían cosechado siempre que fuera posible.

—Si no nos los podemos llevar, esos bárbaros tampoco los disfrutarán. —Había dicho Tulo al comienzo de la patrulla.

«Malditos sean todos —decidió Piso—. ¿Por qué no pueden ponerse de rodillas, aceptar el mando romano y dejar de luchar?» Aquella patrulla, toda aquella campaña no sería necesaria. ¿Tan difícil era pagar tributos y llamar dios al emperador? Millones de personas en todo el imperio lo hacían y llevaban una existencia pacífica. Las tribus acabarían aceptándolo a las malas, pensó. Todos acababan igual.

—¿Crees que los marsos volverán a enfrentarse a nosotros? —preguntó Metilio. Tras una oleada de ataques a las patrullas romanas, Germánico conducía a más de la mitad de su ejército al territorio de la tribu. La V, junto con otras varias legiones, formaba parte de la fuerza.

—Sería de imbéciles hacerlo. Les superamos en número seis o siete veces. Esa chusma se rendirá en cuanto lleguemos allí. —Aquel era un deseo ardiente de Piso, compartido, supuso, por sus compañeros de tienda. La campaña de verano no había sido demasiado larga pero había resultado brutal. Lucharían si era necesario, pero sería mucho mejor poder regresar a las fortificaciones sin perder a más compañeros.

—Si no es así, esos capullos verán lo que les espera. —Metilio adoptó una expresión lasciva y desagradable.

—¡Piso!

El grito de Tulo hizo que Piso regresara de golpe a la realidad.

—¿Señor?

—Una granja, ahí. —Tulo señaló hacia la izquierda. A un cuarto de milla aproximadamente se veía una única casa comunal rodeada de varios campos pequeños y unas cuantas construcciones anexas—. Coge a veinte hombres y

una carreta. A ver qué encontráis. Luego seguidnos el rastro.

A Piso se le hinchó el pecho de orgullo, Tulo no era de los que prodigaba reconocimientos en público y tales misiones tendían a recaer en Fenestela u otro de los oficiales jóvenes.

—¡Sí, señor!

Piso se separó de la fila y llamó a Metilio, Dulcio y a los dos compañeros de tienda restantes para que le acompañaran, así como a algunos de los hombres de otros tres *contubernia*. Piso envió a un hombre al final de la patrulla con instrucciones de que un carro fuera tras ellos por el sendero estrecho y lleno de surcos que conducía hacia la granja.

—En formación, cuatro de ancho por cuatro de largo —bramó—. Seguidme. —Estaba un poco cohibido ante aquella nueva responsabilidad, pero se encaminó por el sendero.

Tras una docena de pasos, empezaron los comentarios.

—Fijaos cómo habla —musitó Metilio—. ¡Como todo un *optio*!

—Querrás decir «centurión» —intervino Dulcio.

—A mí me ha parecido que hablaba como un tribuno —añadió otra voz entre risas.

Piso se debatió para sus adentros. Mejor apagar las llamas ahora en vez de dejar que se propagara el fuego, decidió, y más teniendo en cuenta que Tulo le observaba.

—¡Basta ya! —bramó Piso—. Mantened los ojos bien abiertos y las jabalinas preparadas. Podría haber guerreros ocultos en las edificaciones.

En los pastos contiguos a la casa comunal, un pobre ternero mugía llamando a su madre, que pastaba cerca.

—Escuchad, es su llamada a las armas —declaró Metilio.

Se oyeron los bufidos de las carcajadas contenidas.

Piso giró en redondo, furioso.

—¡Metilio, cállate la puta boca!

Metilio juntó los labios pero no contestó. Piso escudriñó al resto de sus compañeros con expresión pétrea. Algunos se mostraron ariscos y resentidos pero guardaron silencio. La mayoría evitó su mirada, lo cual era de agradecer. A Piso le resonaba la voz de Tulo en la cabeza. «Disciplina. Todo se basa en la disciplina. Ellos lo entienden.»

Observó al ternero y a la vaca preguntándose por qué un ganado tan valioso no estaba oculto. La vaca, respondiendo a los bramidos, empezó a caminar hacia su cría. Tenía una cojera pronunciada y, desde más cerca, Piso vio que tenía el corvejón izquierdo hinchado. Llegó a la conclusión de que la vaca estaba demasiado coja para llegar al bosque y que el ternero se había quedado porque todavía necesitaba la leche de su madre para sobrevivir. Sujetó la jabalina con más fuerza.

—Alguien se habrá quedado aquí para vigilar a estas bestias, ¡manteneos alerta!

En esta ocasión no se oyeron comentarios de sabihondo. Dividió a sus hombres en tres grupos, envió a dos a registrar los anexos mientras hacía ir a media docena de hombres a la casa comunal. Era de menor tamaño que la mayoría; el tejado enmohecido, la puerta combada y las paredes ruinosas eran la prueba fehaciente de la falta de mantenimiento. Piso redujo ligeramente su nerviosismo, pues no le pareció que fuera una granja que llevara un padre con muchos hijos. Lo más probable era que sus moradores fueran ancianos, tan lentos sobre el terreno como la vaca del exterior.

Su germano no era bueno pero sabía hacerse entender.

—¿Hay alguien en casa? —gritó cuando estuvieron a veinte pasos de la puerta—. ¡Salid al exterior! —No hubo respuesta y Piso se acercó más con paso pesado. Lanzó una mirada rápida a los demás grupos y no vio motivos para preocuparse. A diez pasos del umbral, repitió la orden—. ¡Salid!

Algo o alguien se movieron en el interior, pero seguía sin aparecer nadie en la puerta.

Piso se pasó la lengua por los labios resecaos.

—¡Poneos en fila! ¡Preparad las jabalinas! —Cuando sus hombres obedecieron, gritó—: ¡Salid! ¡Si vais desarmados, no tenéis nada que temer!

Unos pasos que se arrastraban en el interior le hicieron apuntar con la jabalina. Sus compañeros hicieron lo mismo con expresión tensa. Piso dejó escapar una risa de incredulidad y alivio a partes iguales cuando un hombre encorvado y de pelo blanco apareció ante ellos arrastrando los pies. Llevaba una túnica andrajosa, unos bombachos estampados y necesitaba un bastón para caminar. Por lo menos tenía ochenta años. Observó a Piso con ojos legañosos y gruñó.

—Matadme a mí, pero dejad tranquilos a mis nietos.

A Piso se le volvió a formar un nudo en el estómago.

—¿Nietos?, ¿cuántos? ¿Dónde están?

—Tres. —Ojos Legañosos inclinó la cabeza—. Dentro.

—¡Diles que salgan! —espetó Piso porque no quería asumir el riesgo potencial de entrar en la penumbra de la casa comunal—. ¡Ahora mismo!

—¿No les matarás?

—Estamos aquí porque queremos comida y provisiones —informó Piso—. No haremos daño a nadie. —Clavó la mirada en la de Ojos Legañosos—. Pero si nos vemos obligados a entrar ahí...

Ojos Legañosos exhaló un largo suspiro.

—Lo sé. —Giró la cabeza hacia la puerta—. Salid, chicos, poco a poco. No tenéis nada que temer.

Más ruido en el interior. A Piso le latía el corazón con fuerza, pero sonrió al ver a un niño de unos siete años con el pelo revuelto que parpadeó al salir a la luz brillante del sol. Fue corriendo al lado de su abuelo y observó a Piso y a sus compañeros con expresión aterrada.

El segundo en salir fue una versión más robusta del primer niño. Tenía unos cuantos años más y una expresión agresiva. Se plantó en el umbral sujetando una vieja *framea*.

—¡Deja eso! —graznó Ojos Legañosos.

—¡Suelta la lanza! —ordenó Piso.

El muchacho no obedeció.

—¡Has matado a mi padre! —exclamó.

—No hemos matado a nadie —repuso Piso en tono amable—. Deja la lanza y podrás ir con tu abuelo.

—¡Los tuyos mataron a mi padre! Estaba en los Puentes Largos y nunca regresó. ¡Malditos seáis todos! —Unas lágrimas gruesas resbalaron por las mejillas del chico mientras alzaba la lanza.

—¡Quieto! —gritó Piso. Escuchó las reacciones de sus compañeros demasiado tarde. Se volvió demasiado tarde para ordenarles que se quedaran quietos. Tres jabalinas pasaron silbando y dejaron al chico clavado en el suelo como un pincho de carne—. ¡Pedazo de idiotas! —gritó Piso—. No iba a lanzar. Estaba demasiado asustado.

Mientras las protestas de sus compañeros subían de tono, unos pies pisaron el terreno con fuerza. Piso se volvió. Se produjo una sucesión de movimientos borrosos en el umbral de la puerta. Un joven fornido, con el rostro contraído por el dolor y la rabia, salió al ataque. Lanzó una mirada a su hermano muerto, alzó la *framea* con el puño derecho y lanzó.

Piso todavía estaba alzando el escudo cuando la lanza le alcanzó en la garganta. Empezó a ver las estrellas y una agonía cegadora le consumió el cerebro. Caía, estaba cayendo. No notó la tierra con la que chocó de espaldas, pero por encima de él veía el cuenco azul brillante que formaba el cielo y el disco blanco amarillento del sol. Por todos los dioses, qué hermosura. Ya no fue capaz de pensar en nada más porque todo oscureció. Intentó levantar una mano para tirar de la lanza que tenía clavada en la carne, pero le suponía demasiado esfuerzo. «¡Piso! ¡Piso!», oyó una voz que le decía y que parecía provenir de un largo pasadizo.

¿Era Metilio? ¿O Vitelio? Piso no estaba seguro.

Se dejó llevar.

El terreno llevaba un mes abrasándose, por lo que todos los caminos y senderos estaban duros como piedras. Por eso Tulo escuchó el repiqueteo de las tachuelas mucho antes de ver a los soldados que corrían. Se volvió suponiendo que era uno de los hombres que iba con él. No oyó gritos de alarma, ni gritos de guerra enemigos. Llegó a la conclusión de que una de las carretas debía de haber perdido una rueda. Tal vez hubiera llegado un mensajero desde la columna del ejército con noticias frescas.

Por consiguiente, le sobrevino una sensación desagradable al reconocer a Metilio y Dulcio, con la cara roja por el esfuerzo, corriendo junto a la patrulla.

—¡Alto! —indicó Tulo a los hombres. Se acercó a la pareja dando grandes zancadas—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

La pareja frenó de golpe dando un patinazo. Intercambiaron una mirada sombría.

A Tulo le entró un sudor frío.

—Por Hades, ¿qué sucede?

—Piso, señor. —Metilio hizo una mueca.

—Es Piso, señor —dijo Dulcio jadeando—. Está... —Le embargó la emoción.

—Muerto —concluyó Tulo—. ¿Está muerto?

Los dos asintieron.

«Se han vuelto locos o yo estoy soñando», pensó Tulo. Apretó la mandíbula hasta que le dolió. Metilio siguió llorando. Dio la impresión de

que Dulcio estaba a punto de vomitar. Tulo se secó la frente y tomó aire lenta y profundamente.

—Patrulla, ¡media vuelta! —gritó—. Caminad conmigo —ordenó a los dos soldados—. Contadme cómo ha sido.

Tulo había librado tantas batallas que tendían a aparecérsese borrosas en la mente, pero recordaría el resto de su vida aquella escena sencilla pero cruda acaecida en la casa comunal. El azul vívido del cielo y el sol abrasador en lo alto. La pesadez y quietud del aire. El camino estrecho y lleno de surcos. Los hayedos que rodeaban las construcciones de la granja. La vaca coja que amamantaba a su ternero satisfecho. Sus hombres, de pie por allí, con expresión de asombro y pesar. Los cadáveres de Piso, de un niño robusto y de un joven fornido tumbados uno al lado del otro. Las lanzas ensangrentadas esparcidas por el suelo. Un anciano de pelo blanco de rodillas, abrazando a un niño pequeño de pelo revuelto.

A Tulo se le encogió el corazón al situarse junto a Piso. Otro hombre de la XVIII que moría, otro cadáver que nunca sería enterrado con sus compañeros, pensó. Le embargó la desolación. Nadie podía haber salvado a Piso, ni el mejor médico de Roma. La abertura que tenía en la garganta le había quitado la vida en menos tiempo del que se tarda en contar hasta veinte.

Con expresión pétrea, Tulo observó a los hombres que se habían quedado allí mientras Metilio y Dulcio corrían a su encuentro.

—¿Habéis encontrado algo que valiera la pena llevarse?

—Un poco de grano, señor. Un jamón. Unas cuantas hortalizas. Y la vaca y el ternero, por supuesto.

Piso había muerto por nada, joder, pensó Tulo, pero disimuló la agitación que sentía.

—Encargaos de llevar las provisiones a los carros y sacrificad a los animales para que tengamos carne y después prended fuego a las construcciones.

—Sí, señor. ¿Qué hacemos con los prisioneros? —Fue Metilio quien preguntó.

Tulo lanzó una mirada furibunda al anciano que estaba sollozando, al

igual que su nieto. No sintió ni pizca de compasión. Era como si la pena que le habían dado los granjeros de la zona los días anteriores se hubiera desvanecido. Notaba sabor a ceniza en la boca.

—Crucificadlos. —Con gran frialdad, repitió las palabras en lengua germana.

El anciano gritó y, más nervioso todavía, su nieto empezó a gemir.

Dulcio no pudo disimular su asombro.

—¿Al niño también, señor?

—¡Ya me has oído, coño! —vociferó Tulo, escupiendo saliva—. Estos dos cabrones no se diferencian en nada del hijo de puta que mató a Piso. Harían lo mismo si tuvieran media oportunidad. Crucificadlos a los dos, primero el niño, para que así el pederasta de su abuelo pueda mirar. ¡Hacedlo ya!

La última parte del viaje de Arminio había sido la peor. Acostumbrado a esquivar a las fuerzas romanas, él y sus cien acompañantes habían tenido que emplearse a fondo para evitar que los descubrieran en las últimas cinco millas que los separaban del poblado de Malovendo. El enemigo acechaba por todas partes. Los auxiliares, tanto de infantería como de caballería, campaban a sus anchas en su búsqueda de hombres de las tribus hostiles. Los legionarios regulares peinaban la zona para ver si encontraban alimentos y ganado, destruyendo las granjas a su paso, y eran más que capaces de lidiar con la pequeña fuerza de Arminio. Al final, dividió a sus hombres y convinieron encontrarse en el bosque cerca del poblado de Malovendo. Ocultos de miradas indiscretas pasaron las horas afilando las espadas y ahuyentando las moscas mordedoras hasta que llegó el atardecer amenazador.

Rabioso ante la necesidad de moverse con secretismo, pues al fin y al cabo aquellas eran tierras tribales y no el imperio, Arminio se puso en camino con Osbert y una veintena de guerreros. La aldea marsa parecía abandonada o casi, pero Arminio no quería arriesgar a toda su fuerza. Los romanos podían haberles tendido una trampa.

Enseguida relegó sus preocupaciones. No había ni un solo legionario a la vista. Solo había un puñado de casas comunales de cuyo tejado saliera una espiral de humo. Por ahí no rondaba ningún grupo de niños charlando ni correteando por entre las piernas de los adultos. En vez de la cacofonía habitual de ladridos que competían entre sí de los perros del lugar, el silencio era absoluto. Los jóvenes no se entretenían, no había grupos de abuelos

sentados recordando tiempos pasados.

Arminio y sus compañeros se internaron en el poblado antes de que alguien se diera cuenta y mucho menos cuestionara su presencia.

—¡Alto! —La cota de malla tintineó cuando apareció un guerrero alto debajo del alero de una casa comunal. Apuntó con la lanza—. ¡Dad vuestro nombre e intenciones!

¿Un centinela? La primera idea que a Arminio le vino a la cabeza fue que Malovendo había caído en desgracia, y la segunda que la debilidad podía resultar útil si el líder marso se resistía a cooperar.

—Soy Arminio de los queruscos —dijo en tono cordial—, vengo a parlamentar con el jefe de tu clan.

El centinela se le acercó y escudriñó a Arminio. Sonrió.

—Eres tú.

—Ya te lo he dicho —repuso Arminio con sequedad—. ¿Está Malovendo?

—Sí, entra. Anunciaré tu llegada.

Arminio siguió al guerrero, acompañado de Osbert. Nada más cruzar el umbral, le asaltó el aroma de carne asada y se le despertó el apetito. Llevaba varios días comiendo a base de pan seco y queso. El olor era todo lo que quedaba del ambiente agradable con el que se había encontrado en su última visita. La casa comunal estaba prácticamente vacía, había media docena de guerreros tumbados sobre pieles, hablando en voz baja. Un esclavo de aspecto aburrido se ocupaba de una pierna de buey que asaban al fuego. Varias mujeres preparaban comida en la zona de la cocina. Malovendo estaba sentado solo a la mesa con la cabeza inclinada sobre un vaso de cerveza donde los jefes de clan habían debatido qué hacer.

Arminio se le acercó con paso sigiloso.

—Malovendo.

El jefe de los marsos se sobresaltó e hizo una mueca de sorpresa.

—¿Arminio?

—Aquí estoy. —Malovendo lo miró con buenos ojos, pensó Arminio, y algo más. ¿Cautela? ¿O era algo más que eso?

—Esto sí que no me lo esperaba. ¡Bienvenido! —Malovendo se levantó para dar un fuerte abrazo a Arminio. Hizo lo mismo con Osbert—. ¡Venga,

sentaos! —Malovendo chasqueó los dedos—. Traed vasos y más cerveza. — Se dirigió a Arminio—: No habrás venido solo, ¿no? ¿Tienes hombres en el exterior?

—Algunos, sí.

—Habría sido demasiado esperar que hubieras traído a toda tu fuerza. — Malovendo hizo un gesto con la mano cuando Arminio empezó a hablar—. No hace falta que des explicaciones. Aunque hubiéramos decidido seguir luchando contra los romanos, habrías desperdiciado la vida de tus hombres si se hubieran unido a nosotros. Mi tribu es más débil que nunca. —Llamó a un centinela—. Que entren los acompañantes de Arminio. Aunque pasemos estrecheces, hay que dar un buen recibimiento a las visitas.

—Gracias. —Arminio contempló a sus guerreros entrando en la casa y vio que duplicaban o incluso triplicaban en número a los hombres de Malovendo. Él se fijó en eso, pero al jefe marso pareció no importarle, lo cual era positivo. «Me apoderaré del águila de un modo u otro», pensó Arminio—. Tu aldea está vacía, ¿tu gente se ha ido al bosque?

—Sí. Los romanos están cerca y son muy numerosos. Es lo mejor que pueden hacer. —La expresión de Malovendo era de ira y pesar—. El viaje debe de haber sido difícil. Está plagado de legionarios.

Arminio hizo un gesto de desdén.

—Mis problemas no son nada comparados con los que tú tienes en estos momentos. ¿Germánico ha intentado reunirse contigo y con los demás jefes de clan?

—Todos mis vecinos que no han muerto han tenido que jurar lealtad al emperador. Quienes se negaron han sido asesinados junto con su pueblo. — Malovendo dio un golpe en la mesa—. Yo seré el próximo. Hoy ha venido un mensajero romano con la orden de que me presente ante Germánico por la mañana.

—¿Obedecerás?

Malovendo exhaló un suspiro.

—No me queda más remedio, Arminio, a diferencia de ti. Mi pueblo está mirando a la muerte a los ojos. Si esta vez escapáramos, mis tierras se encuentran lo bastante cerca del Rhenus como para estar siempre en peligro. Hincaré la rodilla y aceptaré el castigo de Germánico. Tú harías lo mismo.

—Pues sí —reconoció Arminio, más contento que nunca de los cientos de millas que separaban su hogar del imperio.

—Disculpa mi estado de ánimo. Debería hacer de anfitrión. —Malovendo cogió los vasos que había traído la viuda con la que Arminio había compartido el lecho el invierno anterior—. Llenó los vasos de Arminio y Osbert y alzó el de él—. Por tiempos mejores.

—Por tiempos mejores —dijo Arminio antes de beber. Vio que la viuda lo estaba mirando y se le despertó la entrepierna. Quizá más tarde tuviera tiempo para darse un revolcón en la paja. Apartó de sus pensamientos aquella idea tan atrayente. Verter su simiente no importaba nada comparado con garantizar la posesión del águila.

Malovendo apuró su bebida. Se secó la boca con el dorso de la mano, eructó y volvió a llenar los vasos. Ensombreció el semblante.

—Por muy bienvenido que seas, Arminio, dime, ¿qué te trae a mi casa?

Arminio estaba listo para dar un discurso breve y se lo había preparado.

—Las derrotas que hemos sufrido este verano han sido graves pero no suponen el fin de nuestra guerra contra Roma. Ya se nos presentará otra oportunidad de destruir sus legiones.

—Quizá. —Malovendo se lamió el bigote—. Algún día, puede ser. Pero mi pueblo ha terminado la lucha por ahora. No puedo prometer nada...

—No pido lanzas marsas. —Arminio clavó la mirada en Malovendo—. Quiero el águila que te regalé después de la emboscada a Varo.

—Por eso has venido. —Malovendo adoptó una expresión astuta—. ¿Por qué no se lo pides a los chaucios?

—Sus tierras están mucho más lejos.

—Sin embargo, es más seguro viajar hasta ellas.

—La mayoría de sus jefes de clan ya no están bien predispuestos hacia mí.

—¿Y eso por qué?

Arminio se encogió de hombros con despreocupación.

—Pedí varias veces su apoyo y aun así sus guerreros prefirieron luchar con Roma. A fin de asegurarme de que entendían cómo estaba la situación entre nosotros, envié la cabeza de su último mensajero en un cesto.

Malovendo dejó escapar un silbido de incredulidad.

—¡Estás loco, Arminio!

—Me dejé llevar por la furia.

—¡Desde luego! Acabarás lamentándolo, fíjate bien en lo que te digo.

—Tal vez. —Arminio volvió a encogerse de hombros.

—Y por eso acudes a mí.

—Sí. —Intercambiaron una mirada. Pasaron un rato en silencio. Al final, Arminio se dio cuenta de que Malovendo no iba a plegarse a sus deseos. Probó por otras vías—. Los hombres que han sido derrotados olvidan sus victorias pasadas. Debo tener una prueba visible de que aplastamos a los romanos.

Malovendo negó con la cabeza con evidente tristeza.

—Ya lo sé, pero no puedo darte el águila.

Arminio se esforzó por mantener la calma.

—¿Por qué no?

—Germánico es un cabrón despiadado, como todos los de su calaña. Las condiciones que impondrá serán exigentes. El águila es una baza poderosa para negociar y pagará un alto precio por ella.

—¡No! Te prohíbo que la intercambies.

Del rostro de Malovendo desapareció todo rastro de amabilidad.

—¡No me digas qué puedo o no puedo hacer en mi propia casa!

Volvieron a mirarse de hito en hito y Arminio pensó: «Podría clavarle el puñal entre las costillas antes de que deje el vaso. Pero si lo hago, quizá nunca llegue a saber dónde está el águila.» Así pues, asintió y dio un sorbo a la cerveza.

—No pretendía ofenderte.

—Por supuesto que no. —La sonrisa de Malovendo no se reflejó en sus ojos.

—Me marcharé, pues. Gracias por la bebida. —Arminio se levantó.

—Quédate a comer con nosotros. —La propuesta no fue muy vehemente.

—Gracias, pero no. —Cuando vio la mirada de Osbert, Arminio le hizo el gesto acordado, un leve asentimiento de cabeza. Sus hombres, que lo habían estado esperando, se colocaron discretamente delante de cada guerrero marso. Arminio, que estaba detrás de Malovendo, que seguía sentado, sacó el puñal y lo presionó contra el cuello de su anfitrión.

Malovendo se quedó inmóvil.

—¿Osas sacar un puñal bajo mi techo?

—No me dejas otra opción —replicó Arminio. Malovendo se puso tenso, como si estuviera a punto de dar un salto, y Arminio presionó la punta del puñal lo suficiente para que saliera una gruesa gota de sangre—. Piensa antes de moverte. Tus hombres también morirán.

—Purria —siseó Malovendo, aunque volvió a relajarse en el taburete—. Haz lo que te dé la gana. Nunca revelaré dónde está escondida el águila.

—¿No? —Arminio lanzó una mirada a Osbert—. Retén al guerrero más joven, el rubio. Arráncale los ojos.

Malovendo profirió un fuerte grito. Arminio le rodeó el cuello con el brazo a la velocidad del rayo y apoyó el puñal con más fuerza.

—Continúa —susurró Arminio—. Te enviaré gustoso al otro lado.

Temblando de rabia, Malovendo se aplacó. Arminio observó satisfecho cómo conducían al joven guerrero, que gritaba y pataleaba, hasta la mesa, y lo dejaban caer con fuerza boca arriba delante de Malovendo. Osbert miró a Arminio, cuchillo en mano.

—¿Dónde está el águila? —volvió a preguntar Arminio.

—¡Que Donar se te lleve, hijo de puta! —bramó Malovendo.

Arminio asintió hacia Osbert, que se inclinó hacia su víctima.

Unos pies se arrastraron con suavidad. Arminio notó a alguien detrás de él. No podía ser uno de los guerreros marsos, pues estaban todos vigilados. Como no podía soltar a Malovendo porque no sabía cómo reaccionaría, giró la cabeza. Antes de distinguir a alguien, notó un dolor intenso. Un cuchillo le atravesó la túnica en el costado derecho.

—Mi marido me dijo en una ocasión que el hígado está en esta zona. — La voz gélida de la viuda no tenía nada que ver con el tono seductor que había empleado cuando se habían acostado juntos—. Si clavas la hoja lo suficiente, la hemorragia no se detendrá. Una muerte lenta, dijo, y desagradable.

Arminio se echó a reír.

—No serías capaz. —Las palabras acababan de salir de su boca cuando la viuda le clavó el cuchillo en la carne. Arminio gritó. Varios de sus hombres alzaron las armas.

—No me tientes —advirtió la viuda.

—¡Quedaos donde estáis! —bramó Arminio—. Sus guerreros obedecieron a regañadientes.

—Soltad al chico —dijo la viuda—. Que tus hombres se marchen de la aldea, sin aspavientos.

—¿Y yo?

—Tú te quedas aquí de garantía —declaró Malovendo, que había recuperado el buen humor.

—En cuanto mis guerreros se marchen, me cortaréis el cuello.

—No todos somos perros traicioneros como tú. —Malovendo se quitó de encima el brazo de Arminio con expresión fría y contenida—. En reconocimiento de nuestra vieja amistad, serás puesto en libertad indemne. Lo juro ante Donar, portador del trueno.

Arminio miró de hito en hito a Malovendo un buen rato, pero no vio muestras de engaño. Asintió y aceptó la derrota por mucho que la furia le consumiera.

—Soltad al chico, Osbert. Lleva a los hombres a nuestro campamento. Ya os encontraré allí. —Osbert vaciló y Arminio bramó—: ¡Hazlo! La zorra loca me destripará.

Encolerizado, Osbert obedeció. Cuando él y los demás se hubieron marchado, la viuda se apartó de Arminio con un comentario desdeñoso acerca de su virilidad. Los guerreros marsos ocuparon su lugar entre risas, pero, fieles a las palabras de Malovendo, no le pusieron ni un dedo encima sino que le ofrecieron un plato de pan y carne asada.

La comida le supo a ceniza. Arminio no estaba acostumbrado a sentirse desesperado, pero era la emoción que le embargaba en esos momentos. Sin la icónica águila, sus posibilidades de ganar aliados entre las tribus recién derrotadas eran ínfimas.



Bajo el cálido sol matutino, a lomos de su caballo, Tulo esperaba con los oficiales de alto rango de cinco legiones: la de él y las otras cuatro elegidas por Germánico para volver a someter a los marsos. Todos los soldados de la V estaban concentrados en unos campos que se extendían detrás de ellos, cohorte tras cohorte. Por delante y a escasa distancia se encontraba la mayor aldea marsa, hogar de Malovendo.

Habían pasado tres días desde la muerte de Piso y el ejército había llegado a su destino. La marcha no había estado exenta de contratiempos. Unas bandas de guerreros marsos, iracundos ante la nueva táctica de los romanos de destruir todas las granjas que encontraban a su paso, habían organizado ataques contra la columna. Todas habían sido repelidas con un buen número de bajas y en un caso habían aniquilado hasta el último hombre. Tulo y sus hombres habían desempeñado un papel destacado. Profundamente dolidos por la pérdida de Piso, no les había hecho falta que les ordenaran que no dejaran prisioneros.

Las zonas agrícolas se habían vaciado antes de la llegada de tal oleada de destrucción y el acercamiento final a la aldea de Malovendo, varias millas de camino de madera bien marcado, parecía fantasmagórico: no habían encontrado ni un alma ni en las casas comunales ni cerca de ellas. Los únicos que habían visto a gente huyendo a los bosques cercanos habían sido los auxiliares exploradores. Entre los legionarios briosos circulaba el rumor de que el poblado principal también estaba abandonado, pero la llegada de un mensajero solitario hacía una hora lo había cambiado todo. Llevaba una rama

de muérdago en señal de tregua y traía la noticia de que Malovendo se reuniría con Germánico o con el oficial designado para llegar a un entendimiento.

Temiéndose una trampa, Germánico había ordenado a la caballería auxiliar que registrara el poblado. La noticia de que el lugar estaba vacío aparte de la casa comunal de Malovendo, donde había alrededor de cien guerreros reunidos, fue recibida con gran alborozo. Desconfiado y poco amante del riesgo, Germánico no se había arriesgado y había desplegado a una legión entera para que fuera testigo de una reunión inmediata. Las legiones restantes estaban cerca y eran fáciles de convocar en caso necesario.

A Tulo, que seguía profundamente afectado por la muerte de Piso, le decepcionó tal falta de resistencia. Ardía en deseos de matar más enemigos. Piso valía más que mil soplapollas bárbaros que se follaban a sus hermanas e hijas, pensó. Más. Piso valía mucho más que todos los salvajes juntos que caminaban sobre la faz de la tierra.

Con escozor en los ojos, la boca seca y un martilleo constante en la cabeza por culpa del odre de vino que había engullido la noche anterior, se preguntó cada vez más cabreado cuándo aparecería Germánico. No le correspondía a él decir nada, ni tampoco a los demás *primus pilus* o los tribunos. Incluso el legado Tubero, situado a veinte pasos y sudoroso bajo el casco con penacho, tenía que esperar.

Al cabo de poco, las trompetas anunciaron la llegada de Germánico. Parecía Marte, el dios de la guerra, venido a la tierra: el gobernador estaba impresionante con una armadura brillante, la banda roja de general y un casco con incrustaciones de plata. Asintió contenido a cada uno de los oficiales presentes mientras hacía colocar su caballo en la posición adecuada.

—¿Alguna señal de Malovendo? —preguntó a Tulo.

—No, señor. Debe de estar esperando que lo citéis.

Germánico esbozó una débil sonrisa.

—Da la orden, Tulo.

Miró a la docena de músicos situados cerca.

—¡Trompetas, tocad!

La llamada larga y penetrante que se oyó a continuación transmitió el mensaje, comprensible en cualquier idioma. «Preséntate.» Malovendo debía

de estar mirando escondido porque apareció apenas transcurridos treinta segundos, flanqueado por un pequeño séquito de guerreros. «Así me gusta, gusano, preséntate cuando te llama tu amo», pensó Tulo.

—No puede tener a nadie a su lado mientras hablamos —dijo Germánico—. Encárgate de ello, Tulo.

—Señor.

En circunstancias normales, a Tulo le habría parecido un suicidio cabalgar solo hacia un grupo de germanos hostiles. Sin embargo, ese día sintió una enorme satisfacción ante tal muestra de poderío. Si los guerreros atacaban, tendría la oportunidad de abatir a Malovendo, uno de los principales secuaces de Arminio. Si lo mataban a él, se reuniría en la otra vida con Piso, Vitelio y el resto de los hombres muertos. Teniendo en cuenta lo abatido que estaba últimamente, era de agradecer. Dio unos buenos rodillazos al caballo para que trotara y luego galopara.

Cabalgó hasta la línea defensiva que los guerreros habían formado delante de su jefe y se regocijó al ver cómo se estremecían y retrocedían de forma involuntaria.

—¿Dónde está Malovendo? —preguntó en lengua germana.

—Aquí estoy —repuso un bruto pelirrojo de rasgos bastos que llevaba una cota de malla oxidada y unos bombachos verde oscuro—. ¿Y tú quién eres?

Tulo hizo caso omiso de la pregunta.

—Germánico hablará contigo, a solas. Sin guardia de honor. Sin guerreros. Sin armas.

Malovendo se sonrojó ante tal falta de respeto pero asintió para mostrar que accedía a tales peticiones.

—Sígueme —ordenó Tulo, que giró el caballo describiendo un círculo tan cerrado que varios guerreros tuvieron que quitarse de en medio. Se marchó sin mirar atrás, deleitándose con el odio invisible que quedó flotando detrás de él. No había más que cien pares de ojos mirándole desde el asentamiento, pero la imagen humillante de su jefe caminando solo y desarmado hacia Germánico quedaría grabada en su cabeza y el mensaje implícito pronto sería transmitido a la tribu y más allá: «Resistirse es en vano. Roma es todopoderosa. Hincad la rodilla ante el emperador o sufrid las

consecuencias.»

—Quédate a mi lado, *primus pilus* —dijo Germánico cuando Tulo se situó junto a él—. No me fío del salvaje de Malovendo, aunque esté solo.

—Es un honor, señor.

Malovendo se paró y bajó la cabeza.

—Germánico.

—¿Eres Malovendo? —preguntó Germánico, haciendo un gesto hacia el intérprete, un auxiliar chaucio.

—Así es. —No hablaba bien latín pero se hacía entender.

—No te conformas con sumarte a la rebelión de Arminio sino que tu pueblo sigue atacando a mis legiones. —Germánico estaba enfadado.

Malovendo tardó en contestar porque esperó a que el intérprete tradujera.

—Te pide perdón —dijo el intérprete—. Fue un error alzarse contra el imperio. Su pueblo también lo lamenta.

—¿Lo lamenta? —Germánico hizo una mueca de desdén—. ¡Díselo a mis legionarios muertos! ¿Acaso el «lo lamento» recuperará los carros destruidos o los equipos quemados?

Malovendo negó con su cabeza peluda, «no», cuando el intérprete le transmitió las palabras de Germánico. Tuvo cuidado de mantener la vista clavada en el suelo pero no paraba de abrir y cerrar los puños. «Continúa, pensó Tulo, con los dedos en la empuñadura de la espada. Intenta algo, gusano.»

—Tu pueblo pagará a Roma por su traición —declaró Germánico—. Monedas, ganado, pieles, esclavos. Me da igual cómo pero el valor total será de mil miles de *denarii*.

El intérprete hizo su trabajo.

—Demasiado —dijo Malovendo en latín con un acento muy marcado—. Mi pueblo... no rico.

Germánico soltó una risa áspera.

—Encuentra la manera, imbécil, o toda la furia de mis legiones caerá sobre vosotros.

Los dos hombres se observaron entre sí, Malovendo embargado por una rabia impotente y Germánico con frialdad y desdén.

—Tengo una cosa que deseas —dijo Malovendo en germano.

Tulo se inclinó hacia delante movido por la curiosidad, pero Germánico tuvo que esperar a que el intérprete tradujera la frase.

—¿Qué vas a tener tú que yo quiera? —se burló Germánico.

—*Aquila* —dijo Malovendo—. Tengo... águila.

El mundo dejó de girar. Anonadado, Tulo se mordió la cara interior de la mejilla hasta que le salió sangre. Clavó la vista en Malovendo con expresión gélida.

—¿Tú tienes un águila?

Malovendo asintió mientras el intérprete decía en latín:

—Tiene el águila de una de las legiones de Varo.

Una oleada de emoción embargó a los oficiales que observaban la escena. A Tulo le palpitaba el corazón en el pecho.

—Demuéstramelo —exigió Germánico.

El intérprete tradujo; Malovendo meneó la cabeza y contestó.

—Lo demostraré —dijo el intérprete—, pero su pueblo solo pagará un cuarto de la cantidad exigida.

Germánico se levantó en la silla de montar.

—¡Pagarán hasta la última moneda que yo les diga o serán masacrados!

Pero Malovendo no se retractó.

—Mátalos a todos —informó el intérprete—. Así nunca recuperarás el águila.

Se produjo un punto muerto durante el cual ambos hombres se miraron con expresión furibunda.

Tulo carraspeó.

—¿Puedo hablar, señor?

Una mirada de Germánico.

—Sí.

—¿De qué águila se trata? —Tulo le soltó un berrido a Malovendo en germano—. ¿A qué legión pertenecía?

—A la XVIII.

Tulo se balanceó en la silla del mareo que le sobrevino. Oyó la respuesta de Malovendo traducida al latín desde muy lejos. Los marsos tenían el águila de su antigua legión. Estaba cerca, tenía que estarlo. Después de tantos años...

—Tulo, ¿te encuentras bien? —preguntó Germánico.

Parpadeó y forzó una sonrisa.

—Estoy bien, señor.

—Era tu águila, ¿verdad?

—Sí, señor. —A Tulo le costaba hablar. Quería suplicarle a Germánico, rogarle que aceptara las condiciones de Malovendo, pero su orgullo se lo impedía. Se mordió el labio rezando para que el gobernador albergara los mismos sentimientos acerca del águila.

Germánico iba oscilando la mirada entre Tulo y Malovendo y viceversa y luego la dejó perdida en la distancia.

Un buitre graznó en lo alto y con su grito solitario se burló del drama que estaba produciéndose.

Mientras Tulo observaba a Malovendo se le ocurrió una solución. Torturar a ese cabrón hasta que revelara la ubicación del águila. Por atractivo que resultara, nunca ocurriría. Germánico, que tan pragmático era, querría tanto el estandarte como el máximo de tributos que los marsos pudieran proporcionar.

—Nos darás el águila y quinientos mil *denarii* —dijo Germánico, confirmando así las sospechas de Tulo.

Dio la impresión de que Malovendo estaba a punto de hablar, pero Germánico le cortó.

—No estás en condiciones de negociar. Si rechazas mi oferta, mis legiones reducirán tu aldea a cenizas. Tu pueblo será esclavizado o masacrado, incluidos los ancianos y los bebés. Lo juro ante Marte y Júpiter.

Con los nervios a flor de piel, Tulo observó al intérprete mientras traducía.

Malovendo encorvó los hombros.

—Muy bien.

Germánico adoptó una expresión triunfante. Tulo no cabía en sí de gozo. Después de todos los tormentos por los que había pasado, el águila de la XVIII regresaría a donde pertenecía.

—El estandarte está oculto cerca de aquí —declaró Malovendo.

—¿Está vigilado? —preguntó Germánico.

—Diez guerreros y un sacerdote.

Tulo tenía ganas de gritar de alegría.

Germánico miró a Tulo con ojos de lince.

—Creo que deberías encargarte de esta misión. ¿Aceptas?

Tulo se puso firme.

—No hay nada en el mundo que haya deseado más, señor.

Arminio seguía en el escondrijo cercano al poblado de Malovendo, situado a poco más de dos millas de distancia. Había pasado la noche pensando en maneras de obligar al jefe marso a desvelar la ubicación del águila, pero las había descartado todas, una detrás de otra. Haber irrumpido a la fuerza en la casa comunal de Malovendo habría sido la que más probabilidades habría tenido de tener éxito. Sus guerreros habrían ganado la batalla pero muchos habrían muerto, y Malovendo quizá también habría perecido, llevándose su secreto a la tumba.

No le quedaba más remedio que regresar a casa, decidió Arminio con amargura. Quizá pudiera llegar a algún acuerdo con los chaucios durante el otoño y el invierno. Era una débil esperanza, ¿en qué había estado pensando cuando decidió ejecutar a su mensajero?, pero no tenía nada más a lo que aferrarse. Con la manta enrollada, la tienda desmontada y las armas comprobadas, Arminio contempló el claro.

—¿Preparados?

Sus guerreros mostraron su acuerdo con un murmullo.

—Nos dividiremos, como antes. Malovendo ha dicho que las fuerzas de Germánico han acampado al sur de este poblado, así que nos dirigiremos al norte para empezar. Nuestro lugar de reunión al atardecer... —Arminio inclinó la cabeza. Alguien se acercaba de forma muy ruidosa. ¿Romanos?, se preguntó. ¿Guerreros marsos? No había forma de saberlo—. ¡Desplegaos! ¡Atacad cuando os dé la señal! —ordenó, ocultándose entre los arbustos. En un abrir y cerrar de ojos sus hombres habían formado un círculo mortífero de

cara al claro.

La tensión se palpó en el ambiente cuando el intruso se acercó más. Arminio no dejaba de barajar distintas posibilidades en su cabeza. ¿Era un ardid para desviar su atención mientras otros enemigos les flanqueaban? ¿Acaso Malovendo había cambiado de opinión?

La confusión de Arminio fue en aumento cuando apareció un guerrero desarmado al que no reconoció, con los brazos en alto en un gesto universal de paz. Estaba en la flor de la vida, moreno, fornido y vestido con una sencilla túnica marrón y los pantalones estampados típicos de los marsos.

—Busco a Arminio de los queruscos —declaró.

—¿Quién eres? —gritó Arminio.

—Me llamo Degmar. Traigo noticias urgentes.

—¿Te envía Malovendo?

El guerrero negó con la cabeza.

—No tiene ni idea de que estoy aquí.

Arminio seguía albergando dudas.

—¿Vas solo?

—Sí. —Degmar se volvió hacia la voz—. ¿Arminio?

Arminio salió al claro.

—Encantado. —Degmar bajó la cabeza en señal de respeto.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Arminio, receloso.

—No todos los marsos están de acuerdo en que la mejor idea sea someterse al yugo romano. —Degmar echaba chispas por los ojos—. Algunos queremos seguir luchando, librar una guerra desde los bosques. Malovendo no quiere ni oír hablar de ello. No estáis cortados por el mismo patrón.

—¿Quieres unirse a nosotros? —preguntó Arminio, pensando «un guerrero no supondrá ninguna diferencia».

—En parte.

Arminio dejó entrever su ira.

—No me hagas perder el tiempo.

—Sé dónde está escondida el águila.

—¿Cómo?

Una sonrisa.

—Una noche seguí a algunos de los guerreros elegidos para vigilarla. — Hizo una pausa—. Dicen que quieres el águila para reunir a las tribus, para continuar la lucha contra Roma. ¿Es eso lo que piensas hacer?

—Hasta mi último aliento —juró Arminio—. Estar en posesión de un águila demuestra a los hombres que las legiones romanas pueden derrotarse, que pueden aniquilarse.

Degmar asintió satisfecho.

—Más vale que actuemos rápido. La primera oportunidad que tuve de marcharme sin ser visto ha sido cuando Malovendo salió a caballo para reunirse con Germánico, hace casi una hora. A saber lo que habrá aceptado hacer desde entonces.

—¡Llévanos allí! —instó Arminio—. No hay tiempo que perder.



Tulo se había adentrado en el bosque abriéndose camino por un sendero estrecho y lleno de maleza. Las zarzas crecían en los huecos que había entre los árboles, lo cual le dificultaba la visión, pero, según sus cálculos, por lo menos habían recorrido dos de las tres millas descritas por Malovendo. Los rayos de sol se filtraban de forma entrecortada por entre las copas densas de los robles albares, hayas y carpes. Unas piedras redondeadas recubiertas de musgo flanqueaban ambas orillas de un arroyo borboteante.

Era un mundo vegetal y plácido comparado con el infierno viviente que Tulo había soportado como parte del fatídico ejército de Varo. Pisaba un terreno firme y llevaba la ropa seca. El cielo despejado excluía toda posibilidad de lluvia y mucho menos tormenta. Júpiter estaba de buen humor, pensó Tulo, y no era de extrañar. Un águila perdida estaba a punto de volver a recaer en manos romanas, lo cual significaba que sus hombres y él contaban con la protección del dios del trueno. Sonrió de oreja a oreja. Había llegado la hora de Roma.

Dos centurias de legionarios seguían a Tulo en fila india. Otras dos columnas hacían lo mismo, a cincuenta pasos de distancia cada una, abriéndose camino por un sendero paralelo. Unos exploradores chaucios que iban en pareja precedían a los legionarios con la misión de avistar a centinelas marsos e informar a Tulo a intervalos regulares. Por el momento no habían visto a nadie, lo cual encajaba con la información de Malovendo. Les había dicho que el bosque era sagrado y que daba mala suerte internarse en él sin el beneplácito de uno de los sacerdotes de la tribu. Tulo y sus tropas

solo encontrarían al encargado de custodiar el águila y a los diez guerreros que la guardaban. El resultado de la misión parecía claro.

Tulo, que gozaba de la confianza de Germánico y estaba a punto de ver cumplido su tan anhelado sueño, no había caminado con tanta alegría desde hacía años.

Crac.

Tulo se detuvo de inmediato. Se le puso la carne de gallina cuando el cuervo volvió a graznar. *Crac. Crac.* Escuchar un cuervo no tenía nada de especial, pues eran aves muy comunes, pero en aquel lugar, sagrado para los marsos, aquel sonido repetitivo y chillón producía una sensación mística, divina. Tulo dejó de lado su desasosiego. Ningún pajarraco iba a impedirle coger lo que le pertenecía. Nada se interpondría en su camino a esas alturas. Infundió ánimos al soldado que tenía detrás y retomó la marcha.

Aunque tenía los nervios a flor de piel a pesar de su determinación, Tulo caminó a paso ligero a partir de entonces. Cuando uno de los exploradores chaucios salió de entre los arbustos, sacó la espada y apuntó en un abrir y cerrar de ojos.

—No ser enemigo —dijo el guerrero, un tipo de aspecto demacrado casi desdentado—. Amigo.

—Pues entonces no aparezcas así —espetó Tulo, molesto por no haber oído que el explorador se acercaba—. ¿Qué noticias traes?

—Somos... cerca. —El guerrero no hablaba latín muy bien—. Lugar sagrado... cerca.

A Tulo le palpitaba el corazón.

—¿Has visto el águila?

Negó con la cabeza.

—Es... escondida. Ver... guerreros y sacerdote.

—¿Cuántos?

—Nueve guerreros. Un sacerdote.

—Malovendo dijo diez guardias.

El chaucio se encogió de hombros.

—Quizá uno durmiendo. O cagar... en los árboles. O Malovendo equivocado.

Un guerrero más o menos no cambiaría la situación, pensó Tulo. Asintió

para mostrar su aprobación y envió mensajeros a las demás columnas, que debían estar paradas hasta que él y el guerrero hubieran hablado con los centuriones. No habría un plan mal concebido: todos sabrían su cometido a fin de asegurar el éxito de la misión.

Tulo estaba en un círculo rodeado de sus compañeros centuriones. El guerrero demacrado se encontraba junto a él con un esbozo del santuario marso —el mejor apelativo para el lugar— en el suelo, a sus pies. Un trío de altares de piedra dominaban el centro de la zona sagrada. Cerca había varias cabañas de madera con tiendas, cobertizos y fogatas en medio. Teniendo en cuenta que el águila no estaba a la vista, según el guerrero lo más probable era que estuviera dentro de un edificio. A Tulo le había parecido lógico. Las demás estructuras temporales debían de ser para los guardas y el sacerdote.

—Vuelve a darnos la ubicación de los guerreros —ordenó Tulo.

El guerrero pinchó con el palo el punto donde se unía el terreno abierto con la línea de los árboles.

—Aquí camino al poblado. Dos guerreros. —Pinchó la fogata de mayor tamaño—. Cinco aquí, cocinan, sentados. —Delante de una tienda—: Dos aquí, limpiar armas. —Junto al altar—. Sacerdote aquí, reza.

—Dices que el claro tiene unos doscientos pasos de ancho, ¿no? —inquirió Tulo.

—Sí.

Con rapidez y precisión, Tulo ordenó a cuatro centurias que se acercaran desde el norte, el oeste y el sur. Él se aproximaría desde el este con sus unidades. La señal de moverse sería un silbido sostenido con el silbato.

—Ninguno de esos cerdos puede huir, ¿entendido? —Escudriñó a los demás hasta que le quedó claro que le habían entendido.

—Volved con vuestros hombres. Os veré ahí, con el águila. —Añadió en voz baja—: ¡Roma Victrix!

La furibunda respuesta de sus compañeros no fue capaz de acallar el pataleo de otro de los exploradores chaucios. Con el corazón palpitante y la cara bañada de sudor, se colocó delante de Tulo.

—¡Alguien en bosque!

A Tulo se le removió el estómago.

—¡Explícate!

—Ruido en árboles... hacia sur. Grupo grande se mueve... hacia lugar sagrado.

—Malovendo, perro traicionero. —Tulo lanzó una mirada a los centuriones—. Regresad junto a vuestros soldados. Dirigíos al claro lo más rápido posible. ¡Cuando lleguéis, haceos con el águila a cualquier precio! ¡VENGA!

Entonces él volvió junto a sus hombres a todo correr.

Mientras corría, Tulo notaba el fantasma de Piso detrás de la espalda. ¿Por qué había dado el mando a Piso en ese preciso instante? Fenestela habría lidiado mejor con la situación; él habría anticipado lo que había ocurrido y se habría preparado para la lanza del último muchacho. Era un deseo inútil pero Tulo no podía quitárselo de la cabeza. «Soy un imbécil —pensó—. Un viejo imbécil.»

Si hubiera visto la sombra de Piso detrás de él, habría visto que reía. «Si fracasas en tu intento de recuperar el águila, me avergonzarás a mí y al resto de mis compañeros muertos para siempre», le susurraba al oído. Tulo forzó todavía más la marcha soltando juramentos, hasta que vio otra vez al guerrero demacrado. Unas ramas de zarza se le habían cruzado por la cara y tiraban del penacho de su casco. Las espinas le dejaron unos puntos de sangre en la mejilla pero ni se dio cuenta.

Habría dado cualquier cosa por tener veinte años menos. Los legionarios que corrían detrás seguían el ritmo sin problemas, daba la impresión que el peso muerto de su armadura y las armas eran la mitad del equipamiento de Tulo. Las rodillas se le quejaban y crujían a cada paso; los músculos de las piernas le dolían casi tanto como las caderas; el cuello y las muñecas también le dolían por culpa del peso del casco y el escudo. El fantasma de Piso y la imagen candente del águila mantenían a Tulo en movimiento, le permitían no hacer caso de la faja de presión que notaba en el pecho, de la vieja con una aguja que le pinchaba la pantorrilla y de la agonía punzante del dedo del pie herido.

Como tenía la vista clavada en el sendero irregular, chocó contra el guerrero demacrado. El legionario que le seguía se esforzó para no estamparse contra Tulo.

—Escucha —dijo el guerrero.

Tulo obedeció. Un miedo frío le atenazó por dentro cuando oyó gritos y chillidos por entre los árboles. No eran en latín.

—¿Quiénes son? ¿Marsos?

—No sé.

—¿Cuántos?

Se encogió de hombros.

—Muévete. —Tulo empujó a Demacrado para que siguiera adelante.

—Podrían ser... muchos. Demasiados.

—Me la suda. Guíanos o notarás la punta de esto. —Tulo señaló su espada.

El guerrero obedeció con expresión huraña.

El corto respiro había insuflado nueva vida a Tulo, al igual que la cercanía del águila. Con el corazón henchido de orgullo, casi le daba igual la cantidad de bárbaros que hubiera en el santuario. Contaba con más de cuatrocientos de los mejores soldados del imperio, incluidos todos los veteranos de la XVIII. Lucharían como semidioses para recuperar el estandarte perdido.

Irrumpieron desde los árboles en una escena de caos absoluto. No había ni rastro de los dos centinelas que había mencionado el guerrero demacrado. Un sacerdote delgado y barbudo estaba encima del altar mayor, blandiendo un cayado y dando órdenes a gritos. Los guerreros, vestidos con cota de malla, estaban alineados de un lado del claro al otro, en una fila frente a Tulo. Detrás, los hombres se apresuraban entre las tiendas y cabañas y más allá se cernían los árboles. Tulo captó el objetivo de los guerreros. Si impedían el avance de los legionarios hasta que se llevaran el águila al bosque, se perdería otra vez, probablemente para siempre.

—Primera centuria, ¡desplegaos! Formad una fila, veinte de ancho por tres de fondo. ¡MOVEOS!

Entonces vio cómo emergían los hombres de la segunda centuria. Tulo volvió a bramar las mismas órdenes y lanzó una mirada desesperada a las cabañas. Un brillo metálico, algo que llevaba un hombre barbudo que salía de

una cabaña, le hizo cambiar de opinión. Tiempo, no tenía tiempo.

—Primera centuria, vosotros, en cambio, formad cuña. ¡Detrás de mí! Segunda centuria, ¡formad cuña y seguidme! —Sin tener la menor idea de si su orden había llegado a la segunda unidad, sopló por el silbato para anunciar un ataque sin cuartel del resto de la cohorte.

Tulo bullía de impaciencia mientras sus hombres se apresuraban detrás de él. Metilio y Dulcio estaban allí. Otros de sus veteranos de la XVIII habían formado una tercera fila, pero los demás soldados estaban tardando una eternidad en colocarse en su sitio. Tulo volvió a mirar con fijeza. Era imposible de discernir desde tan lejos pero habría jurado que el hombre que portaba el águila se parecía a Arminio. «¡Cabrón! —pensó Tulo—. Sería típico de él intentar apoderarse del águila.» Tulo hizo nuevas comprobaciones: ahora la cuña tenía cinco filas, demasiado pocas para tener el éxito garantizado, pero si esperaba más...

—¡Conmigo! —bramó y fue a la carga.



—¡Arminio! —bramó Tulo. Ahora que estaba cerca de la fila de guerreros, vio al líder querusco parlamentando con varios de sus hombres. El águila, deslucida y sin los rayos característicos, destellaba sobre su hombro—. ¡Te estoy viendo, hijo de puta! —vociferó.

Arminio no dio muestras de haberle oído. Señalaba aquí y allá, dando órdenes, y luego se alejó de las líneas de batalla. Afligido, Tulo lanzó una mirada por encima de cada uno de sus hombros: Metilio y Dulcio estaban allí. Había más hombres detrás, pero Tulo no tenía ni idea de cuántos. Bastaría, decidió.

—Hacemos esto por Piso y por nuestros hermanos de la XVIII, ¿sí?

—¡SÍ, SEÑOR!

Tulo estaba a quince pasos de la línea enemiga. Tranquilos y bien armados, los guerreros parecían la flor y nata del ejército de Arminio. Era una locura atacar sin estar bien preparados, pero cada segundo importaba. «Júpiter, no me abandones. Fortuna... —Tulo evitó ese pensamiento—. Mejor no tentar a esa vieja zorra.»

Clavó la mirada en el guerrero más cercano, un hombre robusto con una barba pelirroja poblada similar a la de Fenestela.

—¡ROMA! —exclamó Tulo más fuerte que nunca. El guerrero se estremeció, solo un poco, tal como había esperado Tulo. Desesperado por obtener algún tipo de ventaja, repitió su grito. Sus escudos chocaron y aunque el guerrero se había preparado para la colisión, el impulso de Tulo, que tenía a más de diez hombres detrás, le hizo retroceder varios pasos. Tulo ya había

enganchado el brazo derecho en el escudo del guerrero y buscaba el contacto con la espada. Lo único que encontró fue el exterior del codo de su enemigo, pero le bastó. El guerrero soltó una exclamación y Tulo le empujó tres pasos más.

Tulo se puso de puntillas y dio un cabezazo al guerrero de forma que el saliente del casco le golpeó en la nariz, le abrió la piel y le aplastó la carne. Salió un chorro de sangre y el hombre gruñó y se tambaleó. Tulo orientó el hombro izquierdo más adelante, hacia la curva del escudo. Con un fuerte empujón con los músculos de los muslos derribó al guerrero, que cayó de espaldas con la boca abierta y miedo en la mirada. Tulo le pisoteó la cara al pasar pero no tenía tiempo de rematarlo.

—¡CONMIGO! —ordenó Tulo.

—¡Aquí, señor! —La voz de Metilio—. ¡Sí, señor! —añadió Dulcio.

Tulo pensó que el resto de sus hombres le seguirían por el hueco de la línea enemiga y así fue como consiguió que sus piernas tiraran hacia delante. No tenían más remedio. Él seguiría avanzando como fuera. Arminio iba camino de esfumarse entre los árboles a unos cincuenta pasos por delante, con guerreros a ambos lados. En la garganta de Tulo se formó un grito, pero se guardó el aliento.

Gritando a todo pulmón, el sacerdote bajó del altar de un salto delante de Tulo. Le atacó con su única arma, un cayado. El golpe lateral destrozó el penacho transversal del casco de Tulo. Su respuesta fue clavarle la espada al hombre en el pecho. Un grito ahogado y al sacerdote se le salieron los ojos de órbita. Cuando retiró la espada, Tulo no esperó a verlo caer. Consiguió atrapar el silbato con la punta de los dedos, se lo llevó a la boca y ordenó la carga con una serie de silbidos cortos. «Ojalá Fenestela los oiga y le dé caza», suplicó.

Corrieron y se internaron en el bosque unos cien pasos y luego cien más. Aquí los árboles eran mayores de tamaño y edad, con unos troncos retorcidos y nudosos de una época anterior, cuando los dioses germanos habían reinado sobre aquellas tierras con supremacía. Muchos tenían cráneos clavados de ganado con cuernos a la altura de los ojos; y también los había humanos. La luz menguó y el terreno que había debajo se ablandó. En algún lugar por encima un cuervo croó. *Crac.*

«Ha llegado la hora de Roma —pensó Tulo—, no la de los germanos, malditos sean.» No obstante, aflojó el paso. Si los guerreros de Arminio les tendían una emboscada, corrían peligro de sufrir una derrota.

—¿Cuántos somos? —preguntó por encima de su hombro.

—Diez, señor —le respondieron a gritos—. Vienen más, creo.

«Diez. Mierda», pensó Tulo. No había podido contar el número de hombres que iban con Arminio, pero eran más de los que él tenía. Vaciló de forma momentánea. Tenían que apresurarse.

—Manteneos cerca —ordenó.

Sus sospechas se vieron confirmadas al cabo de cincuenta pasos. Media docena de guerreros atacaron a gritos, tres por cada lado.

—Metilio, Dulcio. Quedaos conmigo —ordenó Tulo—. Filas tercera y cuarta, seguidme cuando podáis.

Apostó a que los guerreros no esperarían que huyera, esprintó. Para cuando el enemigo se hubo dado cuenta de la artimaña, los siete legionarios que quedaban ya los habían pillado. Un breve rictus de satisfacción se dibujó en el rostro de Tulo pero se desvaneció en cuanto el camino se dividió. Había huellas en ambas direcciones. «Qué listo eres, cabrón de Arminio», pensó Tulo cuando se paró de golpe, tambaleándose a medias. Si elegía el camino equivocado, nunca pillaría a su adversario. Si dividía más a sus fuerzas, el hombre solitario se arriesgaba a quedar en inferioridad numérica.

—¿Por dónde? —preguntó a Metilio y a Dulcio—. ¿Alguna idea?

Metilio hincó una rodilla junto al camino de la izquierda. Observó la confusión de las huellas, mascullando entre dientes y palpando la tierra aquí y allá con el dedo. Hizo lo mismo con el otro camino.

—¿Y bien?

—Este, señor. —Metilio señaló hacia la derecha.

—¿Estás seguro? —La voz de Tulo destilaba apremio.

—Las huellas de uno de los lados son mucho más profundas, señor. —Metilio advirtió la confusión de Tulo—. El águila, señor. Es de oro.

—¡Claro! —Tulo dejó a Metilio a un lado y siguió adelante—. ¡Vamos! Corrieron.

Un cuarto de milla.

Media.

Para cuando hubieron recorrido una milla, Tulo había perdido la esperanza y se sentía mal por culpa del dedo del pie herido. Todavía seguían el rastro a Arminio, las huellas eran claras pero no habían visto a su presa ni un solo momento. Había llegado el momento de tomar medidas drásticas.

—Metilio, Dulcio. Seguid adelante. Yo os seguiré.

No hizo falta que se lo dijeran dos veces y se marcharon como un par de perros de caza.

Tulo maldijo su orgullo por no haber dado la orden antes. Se llenó los pulmones de aire bochornoso y se puso a caminar. «Respira, hombre —pensó—, o no podrás luchar.» Tras una veintena de pasos, el ritmo cardíaco se le normalizó. Echó a correr a paso pesado. «Cincuenta pasos y luego camina. Veinte pasos para recuperarte, luego corre.» Así, haciendo caso omiso del dolor punzante del dedo del pie cubrió aproximadamente un cuarto de milla.

Unos fuertes gritos le llamaron la atención como si de un halcón que se cierne sobre un ratón se tratara. Tulo notó que una energía renovada le fluía por las venas y corrió por el sendero. Enseguida llegó a una colina suave que desembocaba en un río. Un grito de triunfo escapó de sus labios. El curso de agua, ancho y profundo, había acudido en su ayuda. Cuatro guerreros, Arminio incluido, intentaban vadearlo. El primer hombre tenía el agua hasta el pecho y había cruzado quizá un cuarto del río. Impelido por la fuerte corriente y demasiado cargado por culpa de la armadura, tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerse en pie, lo cual explicaba por qué Arminio, sin la cota de malla y con el águila bien agarrada, todavía no se había animado a pasar. Los otros dos guerreros hacían de centinelas, protegiendo a Arminio. Entonces dieron el grito de alarma, mientras Metilio y Dulcio bajaban disparados por la ladera.

Tulo fue tras ellos soltando un bramido.

Astuto hasta lo indecible, Arminio dejó el águila y se colocó junto a sus hombres. «Si mata a un legionario antes de que llegue —pensó Tulo— los germanos mantendrán la superioridad numérica.» Soltando juramentos, obligó a sus cansadas piernas a hacer otro gran esfuerzo. Se sintió aliviado al ver que Metilio y Dulcio permanecían ilesos mientras él iba patinando de lado para situarse ante Arminio.

Los seis hombres lucharon entre sí con férrea determinación. Metilio y

Dulcio, que eran jóvenes y gozaban de buena forma física, resistían. Tulo, cansado y con el dolor de pie, pronto empezó a flaquear. Arminio, que tenía más de diez años menos que Tulo, redobló el ataque con intenciones malévolas.

Empezó a mofarse de él.

—¿Preparado para morir cerca de tu águila? ¿Tan cerca y tan lejos a la vez?

Tulo estaba a punto de reventar de ira y rajó el escudo de Arminio con un golpe de espada. El respiro fue momentáneo. Arminio se abalanzó sobre él con un movimiento mortífero entre el tachón del escudo y la espada, que amenazaba dejar herido o matar a Tulo a cada golpe.

—Degmar, es el cabrón de Degmar, señor —exclamó Metilio.

Tulo desvió la mirada rápidamente al lado. Se quedó anonadado. Degmar era quien luchaba con Arminio. Volvió a centrar la vista al frente, justo cuando Arminio le embistió. De golpe, Tulo se quedó sin aire en los pulmones. Sin respiración, se tambaleó hacia atrás y cayó primero de culo y luego de espalda. Tuvo la lucidez de aferrarse bien al escudo para protegerse el cuello, pero soltó la espada. Arminio se agachó por encima de él con una sonrisa fiera y Tulo se dio cuenta de que la muerte le esperaba.

Arminio echó hacia atrás el brazo derecho.

La mano derecha de Tulo rebuscaba su espada por el suelo pero no la encontraba. «Qué forma tan estúpida de morir», pensó.

Un grito inarticulado rasgó el aire. Arminio se tambaleó cuando alguien chocó contra él y cayó.

—¡Venga! ¡Levántate! —Una mano apareció ante sus ojos, haciéndole señas.

Tulo cogió la mano para incorporarse. Para su sorpresa, se encontró cara a cara con Degmar, que le dedicó una sonrisa tensa.

—Devuelvo mi deuda —dijo.

Antes de que Tulo tuviera tiempo de hablar, Degmar dejó escapar un ligero «oh» de sorpresa. Hizo una mueca y perdió la fuerza. Se desplomó de lado y Tulo vio que Arminio, que había conseguido levantarse, había asestado una puñalada a Degmar en la ingle, por debajo de la cota de malla. Desarmado e incapaz de salvar a Degmar, Tulo retrocedió arrastrando los

pies para ver si encontraba la espada. La recuperó justo a tiempo de enfrentarse a Arminio, que estaba triunfante. Degmar, unos pasos por detrás, había hincado una rodilla. Por entre las manos que tenía colocadas en forma de bocina le brotaba un chorro de sangre rojo brillante.

Movido por la angustia, Tulo avanzó.

—¡Ven aquí, hijo de puta!

—¡Vejestorio! —se burló Arminio.

—¡Aquí estoy, señor! —Metilio se materializó junto al hombro derecho de Tulo con la cara manchada de sangre antes de que Arminio pudiera acercársele.

—¿Dónde está Dulcio? —siseó Tulo.

—Descuartizando al bárbaro que estaba en el río, señor.

Tulo se animó.

—Fortuna te vuelve la espalda, Arminio.

La expresión de Arminio reflejó una profunda decepción. Se puso tenso.

Tulo intuyó sus intenciones: intentar apropiarse del estandarte.

—¡Avanza, Metilio, rápido!

Se abalanzaron sobre Arminio, hombro con hombro obligándole a meterse en el agua y a dejar el águila atrás. Intentó nadar, cayó y la corriente se lo llevó. Su cabeza asomó a escasa distancia y luego se perdió bajo el agua. Tulo confiaba en que Arminio se ahogara, pero no le sorprendió ver a su enemigo salir de nuevo a la superficie y nadar con brazadas potentes hasta el lado contrario. Arminio salió como pudo, lanzó una mirada vengativa a Tulo y se desvaneció entre los árboles.

Demasiado cansado para contemplar la persecución y no preparado para arriesgar la vida de sus hombres, abrumado de emoción, Tulo se inclinó para coger el águila. El número de la legión se había caído, pero sabía que era el estandarte de la XVIII por la profunda rayada que tenía el águila en un ala, daño que se había producido cuando el *aquilifer* se había caído y el águila había golpeado contra el lateral de un edificio.

Tulo se acordó de Degmar conmocionado. El guerrero yacía inmóvil en un charco de su propia sangre.

—Aguántalo. —Tulo entregó el estandarte a Metilio, que lo tomó encantado entre sus manos.

Degmar se estremeció al notar la cercanía de Tulo.

—¿Tienes el águila? —susurró.

—Sí. —Tulo se arrodilló y tomó la mano de Degmar. La reacción fue tibia.

La alegría de Tulo por haber recuperado el águila quedó empañada por un pesar punzante. Degmar le había salvado la vida a él y a quince de sus hombres inmediatamente después de la salvaje emboscada de Arminio. Ahora se estaba muriendo y no había nada que hacer; la cantidad de sangre que le rodeaba y que tenía debajo era demasiado grande. Tulo se inclinó más hacia él.

—En otros tiempos podríamos haber sido amigos.

—Todavía podemos serlo, en el otro lado. —Una tos superficial—. Te esperaré.

Las lágrimas empañaron la vista de Tulo.

—Será un honor para mí.

—Tengo frío. Mucho frío. —Los ojos de Degmar habían dejado de enfocar—. ¿Tulo?

—Estoy aquí. —Tulo apretó con fuerza la mano de Degmar—. Estoy aquí contigo, hermano.

Degmar contrajo los labios.

—Herma...

Se murió, sin más, y a Tulo se le encogió el corazón. Permaneció un rato de rodillas deseando que las cosas hubieran ido de otra manera y, acto seguido, con la suavidad con la que habría apartado un mechón del rostro de Sirona, le cerró los ojos a Degmar.



Tulo clavó el cayado donde iba sujeta el águila en la tierra para que se mantuviera bien erguida. Él, Metilio y Dulcio se arrodillaron ante el ave dorada. Nadie habló. Tulo dejó escapar unos sollozos ahogados pero no sentía vergüenza alguna. Metilio y Dulcio también sollozaban. Después de tanto tiempo, de tanto sufrimiento y de tantas muertes, el águila de la XVIII volvía a estar en sus manos.

«Gracias, gran Júpiter. Nuestro agradecimiento, poderoso Marte. Fortuna, eres la mejor diosa que existe —pensó Tulo—. Sacrificaré un toro por cada uno de vosotros a mi regreso a Vetera.» Alzó la vista hacia el águila. A pesar de los años de cautiverio, de los daños sufridos, no había perdido ni pizca de majestuosidad. A Tulo se le erizó el vello de los brazos. Daba la impresión de que el águila le miraba, le estaba mirando. Tan imperiosa como siempre, su mirada le atravesó el alma. «Soldado de Roma —parecía decir—. Has soportado mi cautiverio. Te doy las gracias por ello.»

Tulo sintió un antiguo pesar y cerró los ojos. Revivió por enésima vez la emboscada de hacía siete años. Lluvia. Viento. Truenos. Ciénaga. Árboles. Barro, barro por todas partes. El cántico de los germanos, que se oía en el bosque sin ellos ser vistos. El silbido de las ráfagas de lanzas. *Berserkers* desnudos. El griterío de hordas de guerreros. Hombres, sus hombres, que morían en manadas, a pesar de sus intentos denodados para evitarlo.

Apaleados y ensangrentados, Tulo y los hombres que quedaban siguieron luchando, esperando sobrevivir contra todo pronóstico. Él no había estado delante cuando les habían arrebatado el águila de la XVIII. Como centurión

veterano de la segunda cohorte que era, su función no era permanecer junto al icónico estandarte, pero eso no había impedido que su pérdida le causara un dolor y una vergüenza profundos. En aquellos momentos de oscura desesperación, Tulo había querido tumbarse y morir. La vida de sus soldados, que había tenido en la palma de la mano, se lo había impedido. Sin él, tal como Fenestela había gruñido, habrían perecido. «Aun así, salvé a muy pocos», pensó Tulo, consumido por la vergüenza.

Volvió a dirigir la vista al águila y se sobresaltó. Unas siluetas imprecisas se cernían alrededor del ave dorada. Afer y Vitelio, Piso y varios grupos de sus hombres, demasiado numerosos para contarlos. Convencidos de que habían venido a maldecirle, Tulo se amilanó. No sucedió nada e hizo acopio de valor para mirar más de cerca. Se llevó una enorme sorpresa al ver que los fantasmas sonreían. Daban asentimientos de aprobación. Algunos saludaban. «Has recuperado el águila —dijo una voz en su interior—. El honor de la XVIII ha sido restaurado.»

Tulo inclinó la cabeza. Tenía el rostro surcado de lágrimas. «Hice lo que pude —pensó—. Es lo único que he hecho en la vida.» No oyó ninguna respuesta pero le sobrevino una sensación de aceptación, como si sus soldados muertos le dieran su bendición. A Tulo le embargó la emoción y lloró como un niño.

—Erais buenos chicos —susurró—. Buenos chicos.

Transcurrió bastante tiempo hasta que dejó de llorar. Seco, agotado, a Tulo no le sorprendió que las sombras de sus hombres hubieran desaparecido. El águila volvía a ser un trozo de oro esculpido. Magnífico pero inanimado. La observó un buen rato pero el ave no se movió. Tenía la mirada fiera clavada en la distancia. Tulo se preguntó si toda aquella escena había sido producto de su imaginación.

El brillo cálido de su corazón, una aceptación largamente esperada, significaba que daba igual lo que hubiera sido.

A Tulo no le importaba que estuvieran en la Germania profunda en vez de en Roma, o tener solo una cohorte por escolta, pues su regreso al ejército le pareció un triunfo. Él era el general, no iba en una cuadriga sino que

caminaba orgulloso ante los hombres que le vitoreaban por llevar el águila en alto. Fenestela, que tenía la barba erizada de la emoción, caminaba a su lado. Tulo pensó que aquel era uno de esos momentos que recordaría el resto de su vida.

Una patrulla de caballería se acercó para averiguar qué sucedía. Al ver el águila, los jinetes gritaron de alegría. Los legionarios de una partida de saqueadores azuzaron a sus hombres prometiéndoles vino. Incluso un mensajero oficial hizo una pausa para admirar la escena. Más tarde, Tulo llegaría a la conclusión de que debió de ser él quien había dado la noticia entre el cuerpo principal de la tropa. El recibimiento multitudinario a medida que se acercaban a la columna que marchaba era conmovedor. En la mente de los soldados, la recuperación de un águila perdida en la batalla se valoraba más que casi cualquier otra cosa, pero Tulo no había esperado el toque de trompetas ni que se hubiera ordenado a los hombres que salieran del camino para dejarle paso.

—¿Qué es esto? —preguntó a un centurión que sonreía.

—Todo el mundo sabe lo que has hecho, *primus pilus*. Eres un héroe. Llévale el águila a Germánico, te está esperando. —Con una reverencia, el centurión movió el brazo en la dirección donde se encontraba el gobernador.

Tulo contempló a sus hombres. Sonreían de oreja a oreja. Fenestela se rio por lo bajo. Tulo sonrió y acabó soltando una carcajada. Lo habían conseguido. ¡Lo habían conseguido, joder! Enderezó la espalda, dedicó un asentimiento firme al centurión y gritó por encima de su hombro:

—¡Seguidme!

El paseo que dieron a continuación fue como una ensoñación. Los vítores resonaban en los oídos de Tulo, igual que los gritos de «¡Roma Victrix!» y «¡Germánico!». Los soldados cantaban «¡XVIII! ¡XVIII!», lo cual hacía que volvieran a asomarle lágrimas a los ojos. Cuando llegaron a la V, los gritos se convirtieron en «¡Tulo! ¡Tulo!». Con el corazón henchido ante tal aclamación inesperada, fue asintiendo para dar las gracias hasta que le dolió el cuello. Bebió de un odre de vino que le ofreció un *optio* que conocía de la XXI y aceptó palmadas en la espalda y elogios de todos los centuriones con los que se cruzó. Tulo tenía la impresión de que iba a explotar de orgullo. No era de extrañar que los generales victoriosos tuvieran esclavos que les susurraran al

oído que no eran más que pobres mortales, pensó.

El mayor reconocimiento se lo brindó Germánico. En vez de esperar a que Tulo se acercara, bajó del caballo y caminó dando grandes zancadas para recibirle, con los brazos abiertos.

—¡Qué momento tan dichoso! Bienvenido, Tulo.

Tulo plantó el estandarte y se puso firme.

—¡Señor!

Germánico se le acercó todavía más. Sus dedos reverentes trazaron el contorno de la cabeza del águila y las alas elevadas.

—¿Estás seguro de que esta pertenecía a la XVIII?

—Sí, señor. —Tulo le contó lo de la rayada.

—Me alegro. El águila de la XVII volverá a casa algún día, pero te mereces que este estandarte sea tuyo. Te felicito.

—De no ser por ti, señor, nada de esto habría ocurrido.

Germánico aceptó el elogio bajando el mentón.

—Y sin soldados como tú, yo no podría hacer nada.

Tulo se sonrojó como un joven imberbe.

Germánico le dio una palmada en el hombro.

—¿Llevamos tu águila de vuelta a Vetera?

—¡Sí, señor! —A Tulo le pareció la mejor sugerencia que había recibido en su vida.

Habían transcurrido diez días desde el intento frustrado de Arminio de apoderarse del águila de la tribu de los marsos y estaba de un humor tan negro como las nubes cada vez más bajas. Anocheceía cuando se situó junto a la orilla de un gran lago, en lo más profundo del territorio querusco. Cerca se ultimaban los preparativos de una ceremonia muy esperada. Los martillos aplanaban los calderos. Se cortaban las planchas de las armaduras y se partían las astas de las lanzas. Los caballos atados pastaban en la maleza; los jóvenes que los vigilaban esperaban a ser convocados. Seis prisioneros desnudos y maltratados —cinco catos y un romano— estaban sentados en silencio, abatidos y vigilados por una veintena de hombres. Quienes habían ido a mirar, cientos de guerreros de distintas facciones de la tribu de los queruscos, habían formado una especie de semicírculo alrededor de los sacerdotes, que cantaban y rezaban a Donar.

Arminio no vio nada de ese espectáculo, no notó las picadas de los enjambres de mosquitos. Se puso en pie con la vista clavada en el punto de unión borroso entre cielo y tierra y se quedó inmóvil como una estatua. Desde la derrota en el muro angrivario, la muerte de Maelo y la ruptura de su alianza, la situación había ido de mal en peor. Malovendo había frustrado sus planes, Tulo le había superado en astucia y encima había perdido a la mayoría de los cien guerreros que le habían acompañado en su misión para apoderarse del águila. Sus humillaciones parecían no tener fin. Un trueno retumbó en el ambiente y Arminio se estremeció mientras lanzaba una mirada airada al cielo azul negruzco. «Te vuelves contra mí en todo lo que hago, gran Donar.

¿Por qué?»

El estruendo continuó. El relámpago destelló entre las nubes. Uno de los sacerdotes exclamó «¡Donar!» con fuerza, gesto que sus compañeros y la muchedumbre recibieron con entusiasmo. Intranquilos por culpa de los gritos, los caballos bajaron las orejas y se movieron nerviosos de un lado a otro. Los prisioneros se amilanaron conscientes de que su hora estaba próxima.

Arminio endureció la expresión. Sus llamamientos, la devoción de los sacerdotes y los sacrificios que estaban teniendo lugar no cambiarían nada. El dios del trueno guardaría silencio, como hacía tan a menudo. Le amargaba estar ahí derrotado de forma ignominiosa; le resultaba fácil pensar que, en realidad, Donar nunca le había hablado. Tal vez el cuervo que le había ayudado a encontrar la última águila estuviera buscando carne fresca y nada más. El hecho de que Tudro sacrificara su vida había sido un gesto vacuo, un suicidio sin sentido propiciado por el sacerdote.

Arminio se enojó todavía más. ¿Para qué molestarse en realizar ese ritual artificioso? Acumuló flema en la boca e hizo ademán de escupir, pero a pesar del profundo cinismo que sentía, no fue capaz de hacerlo. Maelo le habría dicho que no era buena idea poner a prueba la paciencia del dios y, aunque ninguno de los sacerdotes le viera, el omnisciente Donar, sí. Arminio sintió un profundo pesar al recordar a su hombre de confianza, enterrado no lejos de ahí. Su funeral había sido magnífico, el que correspondía a un guerrero de su categoría. Arminio se había quedado junto a la tumba mucho más tiempo que el resto de los dolientes. Sumido en un pozo negro de desesperación, en parte había deseado cambiarse por Maelo, pero el ardiente deseo de venganza de Germánico, de las legiones, de Malovendo, se lo había impedido. Eso y el hecho de que Maelo, por terco que fuera, se habría reído de Arminio en la cara por querer morir en vez de seguir adelante.

Pero él solo no podía materializar aquel deseo. Ni tampoco su carisma. Aunque no le gustara reconocerlo, necesitaba de la ayuda de Donar. Hizo una mueca de amargura. Lo más probable era que el dios del trueno estuviera escuchando sus pensamientos en aquel momento y se estuviera riendo. Todopoderoso, omnisciente y capaz de verlo todo, las deidades obraban a su antojo. Las personas no eran más que marionetas cuyos deseos ignoraban. «Así son las cosas —se dijo Arminio—. Los dioses son lo que son. Mantén la

fe el tiempo suficiente, ofréceles un sinfín de sacrificios y quizás hagan cumplir tus sueños.»

—Ha llegado el momento —dijo una voz.

Arminio se volvió. El sacerdote de mayor edad, una criatura arrugada con el pelo blanco y ralo, estaba situado junto al altar, una gran losa plana cercana al borde del agua. Las marcas y las manchas negras de la superficie ofrecían una prueba silenciosa de lo que allí se practicaba. Cerca se había erigido una plataforma de troncos y, en uno de los lados, en el suelo, un gran caldero de bronce. Alrededor de la misma se reunían los sacerdotes y sus acólitos, con cuchillos y cuerdas en mano. Varios prisioneros empezaron a gimotear. Arminio no sentía compasión alguna. Lo único que importaba era que a Donar le agradaran las ofrendas.

Los caballos fueron los primeros en morir. Fueron conducidos uno por uno al altar y les cortaron el cuello. Recogieron la sangre con baldes, y embadurnaron con ella el rostro de los prisioneros. Los acólitos vertieron el resto encima del altar de piedra y también en el lago. Una gran nube roja salió hacia fuera y manchó el agua. Arminio se acordó de los soldados de Aníbal, el general cartaginés, en el lago Trasimene hacía más de dos siglos. Con la ayuda de Donar, quizás hiciera lo mismo algún día.

Gervas apareció a su lado mientras los prisioneros eran obligados a levantarse.

—Tendrían que haber sido más.

—Hiciste bien cogiendo a seis hombres —dijo Arminio, compungido. Después del enfrentamiento contra los soldados de Tulo, lo último en lo que pensó fue en tomar prisioneros. Gervas, que era decidido y tozudo, había insistido en que era buena idea mientras viajaban hacia el este. Agotado, decaído, Arminio le había dado permiso para que saliera por la noche con unos cuantos hombres. La media docena de cautivos era el resultado: centinelas reducidos y los pobres desgraciados que se habían alejado de sus patrullas para hacer sus necesidades—. Su vida será una buena ofrenda para el dios. —«Al menos eso espero», pensó.

Gervas asintió.

Los catos fueron conducidos a la base de la plataforma. El único que desafió a la muerte, un hombre gigantesco, se ofreció ante el sacerdote que

aguardaba. Se tumbó envuelto sobre la superficie llana y dirigió la mirada hacia el caldero de bronce. Arminio sintió una admiración secreta por él, pues no se imaginaba ofreciendo su cuello al cuchillo del verdugo con tanta facilidad ni permitiendo que un acólito le sujetara por el pelo. Cuando el sacerdote pidió a Donar con voz cantarina que aceptara la vida del prisionero se hizo el silencio.

El sacerdote echó hacia atrás el brazo derecho con la misma suavidad con la que lo habría hecho después de afilar la hoja. El cuerpo del hombre dio una violenta sacudida y los pies le rebotaron en la plataforma. La sangre le salió a chorros y salpicó el caldero. La multitud dejó escapar un *ahhhh* reverente. El acólito le sujetó con fuerza para que el cadáver mantuviera la cabeza en alto y los vasos sanguíneos estuvieran abiertos. Fue pasando el tiempo. El sacerdote no volvió a moverse hasta que el chorro no se convirtió en un mero goteo. Introdujo una mano de dedos como ganchos en el caldero y removió la sangre.

«¿Cómo es posible que vea algo más que líquido y espuma rojos?», se preguntó Arminio, pero la superstición le impidió abrir la boca.

El cadáver se hizo rodar hasta el borde de la plataforma para que el sacerdote le rajara el vientre. Los bucles de intestino gris rosado enseguida estuvieron listos para la inspección. El sacerdote se los pasó por las manos como si fueran una ristra de salchichas mientras movía los labios en una conversación silenciosa.

—No veo indicios de enfermedad —anunció al final.

—Aaaahhh —exclamó la multitud.

«Imbéciles.» Arminio era incapaz de reprimir aquel pensamiento.

—Era un hombre valiente —aseveró el sacerdote—. Tiene la sangre limpia y pura. Tiene los intestinos sanos. Las señales son buenas.

—Nada que no pudiera haber dicho yo —masculló Arminio. Advirtió la expresión sorprendida de Gervas—. Es cierto. El guerrero se ha ofrecido voluntario para morir el primero. Tiene la sangre roja y ha salido rápido. Era joven y estaba sano, por lo que los intestinos eran normales.

Gervas negó con la cabeza.

—Te arriesgas a provocar la ira no solo de Donar sino de los demás dioses.

Arminio no dijo nada.

La ceremonia continuó rezumando sangre y ritos. Los cuatro guerreros catos que quedaban murieron uno tras otro. Dos gritaron como niños apaleados mientras los obligaban a ir al borde de la plataforma y la hoja afilada del sacerdote les hacía callar. Se dictaminó que tenían la sangre ácida y los intestinos sucios. Se pidió a Donar que perdonara su cobardía.

Arminio, dejando su cinismo de lado, acabó deseando que el último par de guerreros muriera de buena manera. Sintió un gran alivio cuando hicieron precisamente eso, en silencio, con la mandíbula apretada y expresión orgullosa. El sacerdote dictaminó en voz alta que los presagios que veía en su sangre y entrañas eran propicios.

—¡Donar está satisfecho! —anunció, provocando fieros asentimientos de aprobación entre la muchedumbre.

El prisionero romano fue el último en ser arrastrado hacia delante. Ahí estaba uno de los enemigos más acérrimos de su pueblo, pensó Arminio, uno de los que había matado a miles de seguidores de Donar. Seguro que el dios del trueno aprobaría su muerte.

Arminio observó satisfecho cómo el romano mostraba su valor subiendo los escalones que conducían a la plataforma y burlándose de las manos que le tendían los acólitos. Sin embargo, al cabo de un momento el prisionero se negó a tumbarse. El cabecilla de los acólitos vociferó una orden pero él no le hizo caso. Enfadado, el sacerdote se quedó mirando al romano desde donde estaba, junto al caldero.

—¡Túmbate! —ordenó.

—Nunca —respondió en latín—. Hijo de puta.

Arminio intuyó el peligro inminente pero estaba demasiado lejos para impedir lo que sucedió a continuación.

El romano, enseñando los dientes, echó hacia atrás la pierna derecha y propinó una patada al sacerdote en la cara. Las sandalias con tachuelas le partieron los dientes y le rompieron unos cuantos huesos. El sacerdote, que se puso a gritar, se tambaleó hacia atrás y chocó contra el altar. Cayó y, con un golpe seco, se dio en la nuca contra la piedra. Flácido como el pene de un anciano, fue deslizándose del altar y acabó hecho un entresijo de extremidades. Muerto.

Arminio corrió a la plataforma seguido de Gervas.

—¡Cogedle!

Los acólitos, asombrados, cogieron al romano, que se reía sin ofrecer resistencia.

Arminio comprobó el pulso del viejo.

—Está muerto —anunció con un gruñido al primer sacerdote que se le acercó, una versión barbuda y más joven de su difunto superior.

—Esto es un mal presagio —dijo el sacerdote con solemnidad.

A Arminio le entraron ganas de cortar el pescuezo esquelético. Había que salvar la situación de alguna manera. El temor empezaba a reinar entre los espectadores, lo veía.

—Diles que la mala suerte provocada por la muerte del viejo será compensada con el sacrificio del romano —le dijo en voz baja.

Mirada de asombro.

—No me corresponde predecir el futuro. Yo solo puedo hablar de lo que veo en la sangre y las entrañas del prisionero.

—Puedes decir lo que te dé la puta gana —siseó Arminio, plantándose a escasa distancia de su cara—. ¿Te crees que no lo sé?

El sacerdote dio un paso atrás cada vez más sonrojado.

—¡Sacrilegio!

Arminio vaciló, pero solo un momento. Había que decir algo positivo mientras el romano era trasladado al otro mundo, pensó. Había que sacar buenos augurios de su sangre y órganos. De lo contrario, la moral de sus guerreros caería en picado. Incluso era posible que se negaran a luchar contra las legiones en primavera. No podía ni pensaba permitir que le ocurriera eso a su pueblo. Arminio se olvidó de la prudencia.

—Escucha, imbécil. El romano va a morir de forma lenta y dolorosa. Dirás a los guerreros que a Donar le gusta su agonía. Cuando su sangre caiga en el caldero, hervirá con la furia del dios ante la brutalidad del imperio. Sus órganos estarán sanos y predecirán la derrota de Roma a nuestras manos.

El sacerdote seguía sin estar convencido.

—¿Y si no digo eso?

—Morirás en la cama. Quizá no esta noche, pero sí en algún momento, y perderás las pelotas antes de que te corten el cuello. —Arminio clavó sus ojos

grises en los ojos horrorizados del sacerdote—. ¿Entendido?

El hombre asintió con fuerza.

—Bien. —Arminio dedicó una amplia sonrisa a los acólitos que retenían al romano—. Estábamos decidiendo la mejor manera para que muera este pedazo de chusma. Primero, abridle el vientre. Luego sacadle los ojos. Luego podéis partirle los brazos y las piernas.

Desviada la atención, los acólitos obligaron al prisionero a tumbarse en la plataforma. Él pataleaba e intentaba zafarse en vano.

Arminio se cruzó de brazos. «Lo he hecho por ti, gran Donar —pensó—. Acepta el sufrimiento y la muerte de este romano como el comienzo de lo que te ofreceré. Con tu ayuda, formaré otro ejército con las tribus y destruiré a Germánico.»

—Por todos los dioses, ¿de qué iba eso? —susurró Gervas.

Arminio se encogió de hombros ligeramente.

—Me estaba asegurando de que se revelasen los presagios correctos.

—¡No puedes hacer tal cosa!

Arminio se indignó.

—¡Necesito que mi gente confíe en mi liderazgo, no que esté aterrorizada por culpa de un sacerdote idiota que no vio lo que se avecinaba! Si cuento con sus lanzas, puedo forjar otra alianza para enfrentarme a Roma.

—¡No eres el único capaz de unir a las tribus!

—Nadie más es capaz. —Arminio fulminó a Gervas con la mirada—. Nadie más tiene la habilidad de derrotar a las legiones—. Si hubiera estado atento, habría vuelto a ver la curiosa expresión que había cruzado el rostro de Gervas mientras buscaban el cadáver de Maelo, pero Arminio se había dejado llevar por el entusiasmo, por su deseo ferviente de vencer al imperio.

Los presagios para el futuro serían propicios, pensó, mientras escuchaba los gritos del romano. Cuando llegase la primavera, las tribus volverían a aliarse con los queruscos, y cuando las legiones de Germánico cruzaran el río, la victoria sería de ellos.

Arminio tenía esa corazonada.



Había transcurrido un mes desde que el ejército regresara cruzando el Rhenus y el otoño ya dominaba el paisaje. Las mañanas resultaban agradables, aunque húmedas y frescas. El rocío permanecía en los lugares sombríos hasta bien entrado el mediodía. Oscurecía temprano. Las hojas de los árboles habían adoptado un tono rojizo dorado y los arbustos estaban repletos de moras y endrinas tempranas. Era habitual que hubiera tormentas y que lloviera. Hoy hacía un día típico: frío, gris, nublado y con chubascos frecuentes.

Tulo estaba en el centro de una pequeña procesión, guiando a otros dolientes hacia la puerta principal del fuerte. Había sido un gran honor para él que los compañeros de tienda de Piso le pidieran que se hiciera cargo de la ceremonia.

Dos legionarios, los guardas que despejarían el camino si era necesario, vestidos con túnicas sencillas y cinturones de metal, encabezaban la procesión. Llevaban porras en vez de las hachas y los bastones que llevaban los guardaespaldas que marchaban en los funerales de los hombres ricos. A continuación había un par de músicos, trompetas de las centurias de Tulo. La presencia de flautistas también era normal, pero la opinión de Metilio de que no tenían lugar en el entierro de un soldado había prevalecido. Los toques duros de trompeta les habían acompañado a lo largo del triste paseo desde su barracón.

Tulo sintió que el dolor regresaba. No era un funeral verdadero, pues el cuerpo de Piso yacía en una tumba oculta en el corazón de Germania. Como

ahí no habían podido marcar su muerte de una forma especial, él y los compañeros de Piso enmendaban la situación con aquel acto de homenaje. No había dolientes contratados, mujeres con el rostro pintado de blanco para penar y tirarse del pelo con una pena fingida por la muerte de Piso —no existía tal tradición entre los soldados—, pero Tulo había encargado tres máscaras mortuorias de cera que representaran a Piso, su abuelo y su bisabuelo. No guardaban demasiado parecido con el difunto, y mucho menos con sus antepasados, pero servirían. Los dioses lo entenderían, pensó Tulo.

Un soldado que iba detrás de los músicos portaba la máscara de Piso. No paraba de contar chistes lascivos y de hacer el tonto para así mantener a raya a los espíritus malignos. Piso no había tenido esclavos, ni libertos, que habrían sido los siguientes en la procesión. A continuación venían los soldados que fingían ser su abuelo y su bisabuelo, cuyo rostro quedaba oculto tras máscaras de cera. Aunque no había ningún cadáver para enterrar, Tulo había pagado un ataúd de piedra tallada de tamaño suficiente para dar cabida a algunos enseres personales de Piso y las ofrendas realizadas por sus compañeros de tienda y amigos. Lo cargaba un carro tirado por un buey flanqueado por cuatro soldados más por delante de Tulo, Fenestela, Metilio y *Macula* en una correa, Dulcio y el resto de los compañeros de Piso de la XVIII. Varios grupos de soldados de la V ocupaban la retaguardia.

Tulo no sabía a ciencia cierta si ir bien vestido traía mala suerte o no, pero las tradiciones que regían los funerales estaban bien arraigadas. Él y los demás vestían solo una túnica, cinturones metálicos y sandalias con tachuelas. Las capas les protegían de la lluvia y del viento frío; los puñales eran su única arma. Absortos en sus pensamientos, recordando a Piso, caminaron a paso lento y medido, manteniendo el ritmo de quienes les precedían.

No importaba que los soldados que observaban no hubieran conocido a Piso. Como entendían el motivo de la procesión, dejaron de lado sus tareas y se pararon agachando la cabeza.

—Que tengas un buen paso al otro lado, hermano —decían muchos.

—Descansa en paz, hermano.

Los oficiales también mostraron sus respetos, si bien Tulo sospechó que lo hacían debido a su presencia. Piso se habría regocijado ante tanto

reconocimiento, pensó.

—¿Uno de tus hombres, *primus pilus*? —Tubero fue quien preguntó.

Tulo miró con expresión vacía y se encontró con que el legado le observaba desde lo alto del caballo, seguido de una manada de oficiales de alto rango y sirvientes.

—Sí, señor.

—¿Cayó en la campaña de verano?

—Sí, señor. Piso llevaba muchos años conmigo. Estaba en la XVIII.

Tubero enarcó las cejas.

—¿Era buen soldado?

—Sí que lo era, señor. Estaba a punto de ser nombrado *tesserarius*.

—«Una vez dejó tus aposentos llenos de mierda de perro», pensó Tulo, «y apuesto a que ahora mismo se está riendo de ti».

—Se le echará de menos, sin duda. —Con un asentimiento rígido, Tubero siguió cabalgando.

Tulo hizo el saludo.

«A ti seguro que no te echaremos de menos», pensó, deleitándose de nuevo con la noticia de que Tubero iba a regresar a Roma, donde le aguardaba una carrera en la política. Ahí podría dar todas las puñaladas traperas que se le antojaran y ningún soldado sufriría.

Los dolientes llegaron a la puerta principal, cuyos centinelas de guardia pertenecían a la V. Al ver que se acercaba la procesión, el centurión que estaba al mando hizo que sus soldados se situaran a lo largo de la muralla como si desfilaran. Les hizo poner firmes e hizo un saludo solemne en dirección al ataúd.

Tulo pasó por la pasarela con una mirada de agradecimiento, pero su desánimo reapareció enseguida. «Por todos los dioses, Piso, si hubieras matado a ese chico, todavía estarías con nosotros», pensó. Los gritos del muchacho que había hecho crucificar después de la muerte de Piso resonaban en sus oídos y Tulo hizo una mueca. No dormía bien desde aquel trágico día y solía tener pesadillas de las dos siluetas penosas en la cruz y de la casa comunal consumida por las llamas que dejaron atrás. Ya no estaba convencido de haber hecho bien, pero lo hecho, hecho estaba. No se podía resucitar a los muertos y la vida continuaba.

También tenía muchos motivos para estar agradecido. Fenestela estaba vivo, al igual que el resto de sus hombres. Sirona y Artio estaban sanas y salvas. El águila estaba segura en el santuario del fuerte. Se rumoreaba que Germánico pediría al emperador que derogara la prohibición de que los supervivientes de las legiones de Varo entraran en Italia. Arminio había sobrevivido, pero su alianza estaba destrozada y, según los rumores que llegaban del otro lado del río, había una oleada cada vez mayor de resentimiento hacia él. La campaña del año siguiente en Germania aplastaría los últimos resquicios de resistencia tribal. Después de eso, pensó Tulo, se plantearía la jubilación, quizás incluso casarse.

Pasaron bajo el gran arco de piedra y se sumergieron de pleno en un día otoñal de viento fuerte y racheado. A la derecha y más allá de la ladera descendente de una suave colina discurría la franja ancha, plateada y sinuosa del Rhenus. Los barcos patrulla resultaban visibles en el agua, encargados de garantizar que no se repetiría el ataque nocturno acaecido ese mismo año. Había grupos de barcos amarrados en los espigones de madera mientras la tripulación reparaba los daños causados por la tormenta del viaje de regreso a casa. La orilla opuesta, flanqueada de árboles y agreste, carecía de vida humana. Lo más probable es que alguien estuviera observando el fuerte, pero a Tulo no le preocupaba. Podían urdir algún plan y conspirar lo que se les antojara, porque tendrían que pagar un precio muy alto si decidían cruzar el río.

—Señor.

La voz de Metilio devolvió a Tulo al presente. Le sorprendió ver que Sirona, Artio y *Scylax* se sumaban a la procesión. Habían estado esperando a escasa distancia de la puerta principal. Sirona vestía un bonito vestido de punto de color rojo oscuro y Artio llevaba sus mejores galas. A *Scylax* le habían cepillado hasta dejarle el pelaje brillante. Su presencia pilló por sorpresa a Tulo, que a duras penas consiguió articular:

—¿Sirona?

Ella enseguida se colocó a su lado.

—Piso era un buen hombre. No solía emborracharse hasta perder el conocimiento como algunos de tus soldados. Me caía bien. A Artio también, y Piso adoraba a *Scylax*. Hemos venido a presentar nuestros respetos.

La primera idea de Tulo fue pedirles que se marcharan, pero la seguridad de la expresión de Sirona y los ojos enrojecidos de Artio le hicieron replanteárselo. Tenían derecho a estar ahí, decidió. La mujer no había conocido mucho a Piso, pero el joven soldado había sido como parte de la familia para él, la misma sensación que tenía con Sirona y Artio. Por extensión, las dos mujeres lamentaban su pérdida.

—Gracias —susurró.

Sirona respondió entrelazando un brazo con el de él. Artio tomó a Sirona de la otra mano.

Fenestela dedicó a Tulo una mirada de verdadero placer. Metilio y los demás también parecían complacidos, lo cual aumentó su azoramiento. No iba a humillar a Sirona quitándosela de encima, así que siguió caminando con la cabeza bien alta. A pesar de lo azorado que estaba, no tardó en sentirse bien. En el rostro de Tulo se dibujó una leve sonrisa. En toda su carrera, jamás se habría imaginado viéndose de ese modo.

A unos cien pasos más allá de la zanja defensiva del fuerte empezaron a aparecer las primeras lápidas. En el recinto amurallado no se podían enterrar cadáveres y la vía que conducía al *vicus* estaba flanqueada de tumbas de soldados que habían servido en las legiones locales. Algún día, Tulo también descansaría allí. Sin embargo, todavía no le había llegado el momento y esperó que faltaran muchos años para ello.

Recorrió con la mirada las losas de piedra con las tallas pintadas de legionarios, soldados de caballería y oficiales. A decir verdad, había conocido a algunos de los muertos, más de los que le habría gustado. Aquel era el precio que tenía que pagar por haber servido en Vetera durante más de dos décadas. «Por lo menos estos hombres tienen sepultura», pensó Tulo, a diferencia de sus hombres del bosque. Se quitó esos recuerdos sombríos de la cabeza. Era el día de honrar la vida de Piso, de recordarle tal como había sido. También celebrarían a los vivos, a los que estaban aquí, a los que habían sobrevivido al caldero de sangre, barro y muerte.

Sirona le apretó el brazo como si le hubiera leído el pensamiento y Tulo le dedicó una mirada de agradecimiento.

La procesión se detuvo a media milla del fuerte. Los trompetas tocaron la última serie de notas. Los portadores dejaron su carga en el suelo. Los

dolientes formaron un círculo en silencio alrededor de una lápida nueva de colores intensos y vistosos. No la había pagado Germánico sino los compañeros de Piso.

Junto con Metilio y Dulcio, Tulo había decidido dónde erigirla, en un lugar con una buena vista del fuerte, el *vicus* y el Rhenus. Lo más importante era que estaba al lado del monumento conmemorativo a Vitelio, amigo de Piso y fallecido el año anterior. Tulo había visto la piedra varias veces en el taller del cantero durante el encargo, la última vez el día antes, pero no había imaginado el golpe emocional que supondría estar frente a ella: tangible, prueba irrefutable de que Piso estaba muerto.

Entre dos columnas talladas, bajo un tejado inclinado, Piso contemplaba el mundo. Iba con toda la armadura, escudo en una mano y jabalina en la otra. Cada pieza de su equipo se había tallado con una precisión asombrosa y bien pintada. A Tulo le satisfizo. «Habrías sido un buen *tesserarius*», pensó.

—Hemos venido a recordar a nuestro hermano Piso —les dijo—. Algunos de vosotros le conocisteis mejor que otros, pero todos estaréis de acuerdo en que era un buen soldado. Valiente también y un hombre capaz de arriesgar su vida por la de otro. Piso hacía lo que fuera por sus amigos. Le gustaba hacer bromas y, a veces, su sentido del humor le colocó en situaciones de peligro. Podría decir algo sobre su perro *Macula* y la tienda de cierto legado, pero mejor ser discreto, incluso aquí. Tulo posó la mirada en sus sonrientes hombres.

Dejó que brotara al máximo el afecto que sentían por Piso durante unos instantes antes de continuar.

—La muerte de Piso fue desafortunada. No tenía que haberse producido, dirán algunos. En los días posteriores a su muerte, yo opinaba eso. Ahora lo veo de forma distinta. No nos corresponde a nosotros los mortales decidir quién vive y quién no. Los dioses dan y los dioses quitan, cuando les place. Muchos opinan que las deidades que cada uno de nosotros venera en la vida son las responsables de nuestras muertes. A Piso le encantaba Fortuna. Veo que asentís, porque la mayoría de vosotros habrá perdido dinero apostando contra él a los dados en algún momento. Yo creo que Fortuna, caprichosa como es, decidió llevarse a Piso a casa. En vez de llorar su muerte, llenad vuestra mente con una imagen de él en el otro lado, desplumando a sus

compañeros.

Todos sonrieron. Metilio incluso rio.

Tulo observó las palabras grabadas bajo la imagen de Piso y las leyó despacio en voz alta:

—Para los dioses del submundo. Marco Piso, de la tribu votante de los fabianos, de Mutina. Soldado de las legiones V y XVIII, vivió veintisiete años. Cayó en Germania. —A Tulo se le entrecortó la voz—. Sus compañeros encargaron esta lápida.

Se hizo el silencio. Inclinaron las cabezas. El viento susurraba por entre la hierba corta. *Scylax* aulló y *Macula* lo imitó, como si ellos dos también le lloraran. Tulo miró a Metilio a la cara y asintió. Los diez compañeros de tienda de Piso que quedaban deslizaron unas cuerdas bajo el ataúd y, al unísono, se situaron en el borde del orificio profundo y cuadrado que habían excavado delante de la lápida. Los dolientes se arremolinaron alrededor de la tumba. Con una mano encima de la otra, los compañeros de Piso bajaron el ataúd a la tierra y, tirando suavemente, soltaron las cuerdas. Metilio y Dulcio empezaron a echar tierra a paladas con expresión sombría. Artio dejó escapar un sollozo y Tulo le puso una mano sobre el hombro para consolarla. Agradeció la calidez de la mano de Sirona en el otro costado.

—Descansa en paz, hermano —dijo Metilio cuando el terreno estuvo nivelado—. Inclino el cuello, la señal para que todos los demás hicieran lo mismo.

Tulo recordó con los ojos cerrados a todos sus hombres que habían muerto, no solo en la emboscada de Arminio y en la campaña emprendida desde entonces sino durante los muchos años desde que fuera ascendido a centurión. Eran tantos que Tulo era incapaz de asignar una cantidad. Buenos hombres en su mayoría. Buenos soldados que habían cumplido sus órdenes y que habían arrimado el hombro con sus compañeros hasta el final. Piso había sido uno de los mejores. Tulo no podía haber pedido más. «Nunca te olvidaré, hermano. Descansa en paz.»

El silencio se prolongó un buen rato.

Al final, Tulo sintió frío y habló.

—Ha llegado el momento de brindar por la sombra de Piso. ¿Quién viene?

Se oyó un fuerte coro de aprobación.

—Al Buey y el Arado —dijo Tulo—. Hay barra libre... pago yo.

—A Piso le habría encantado eso, señor —dijo Metilio sonriendo.

—Cierto. —Cómo le habría gustado que Piso hubiera estado allí con los demás. La imposibilidad del deseo le hizo volver a sentir el desánimo mientras conducía a los dolientes a la carretera. Disimuló ese sentimiento, sonrió y fingió escuchar la cháchara de Artio.

Tulo no había ido muy lejos cuando se abrieron los bancos de nubes grises que tenían encima de la cabeza. Se volvió de repente. Los rayos del sol caían en la tumba de Piso e iluminaban su imagen.

Tulo se enterneció.

Piso les estaba observando, estaba convencido de ello.

Epílogo



Primavera, año 20 d.C.

En la Germania profunda

Un fuego enorme resplandecía en el centro de la casa comunal abarrotada y enviaba oleadas de calor hacia el rectángulo de mesas dispuestas a su alrededor. El cerdo suspendido en un espetón encima de las llamas llevaba asándose desde el amanecer; en la sala se respiraba un aroma intenso que hacía la boca agua. Unas mujeres de rostro sonrojado servían bandejas de carne humeante a los guerreros allí reunidos con la rapidez con la que la carne se separaba del hueso. Los perros de caza merodeaban por debajo de la mesa atentos a los restos que cayeran. Los chicos se movían en una procesión interminable desde los barriles apilados contra una pared lateral, llevando jarras de cerveza a los hombres sedientos. Los cánticos de los borrachos, las risas y las conversaciones a voz en grito competían en una ensordecedora cacofonía sonora.

Gervas había llegado al poblado de los catos antes, pues era uno de los miembros de un grupo selecto de seguidores escogido para acompañar a Arminio en su búsqueda de aliados. Había sido una tarea interminable desde que habían sido derrotados por las legiones de Germánico en el muro angrivario. La futilidad corría por las venas de Gervas. Ya no reagrupaban a las tribus contra los romanos. Después de que fueran transcurriendo los años

sin invasiones, parecía que, por algún motivo, las legiones no volverían a cruzar el Rhenus jamás en pie de guerra. El objetivo actual de Arminio era convertirse en el rey de las tribus. «¿Por qué le sigo sirviendo?», se preguntó Gervas. Era una pregunta que se había planteado cada vez más a menudo en los últimos meses.

De todos modos, ahora apreciaba a Arminio. Como le había faltado encontrarle un sentido a la existencia después de la victoria de los romanos hacía cuatro años, ansioso por tener una figura paterna después de la muerte de Gerulf, Gervas había preferido quedarse con Arminio a regresar con su tribu. El jefe de clan querusco era arrogante y voluble, cierto, pero también era generoso y amable y no dudaba en elogiar a los demás. Durante las primaveras y los veranos que habían pasado cabalgando entre los territorios de las tribus en busca de aliados, Gervas se había convertido en el seguidor más leal de Arminio. Como le prodigaba todas las atenciones, había enterrado sus sospechas de que su líder había sido el artífice de la muerte de Gerulf. De vez en cuando le asaltaban las dudas pero, ahora que disfrutaba de una posición destacada, Gervas hacía caso omiso de ellas.

Cambió de postura en el duro banco, pues intentaba en vano escuchar a hurtadillas la conversación que Arminio mantenía con Adgandestrio, jefe de una facción numerosa de la tribu de los catos. La ubicación de Gervas, a media altura de uno de los lados del rectángulo, y el alboroto que armaban por lo menos ochenta guerreros borrachos, frustraban sus intentos. La expresión tempestuosa de Arminio y el dedo índice con el que señalaba indicaban que no estaba contento. Nunca estaba contento del todo, pensó Gervas mientras el resentimiento borboteaba en su interior, a no ser que la gente se sometiera a sus deseos.

Estaba claro que Adgandestrio, un tipo pelirrojo con cara de comadreja, no daba su brazo a torcer, incluso entonces le gritó algo a Arminio y golpeó la mesa con el puño, por lo que los platos y los vasos salieron disparados.

«¿De qué otro modo esperas que reaccione? —pensó Gervas—. Las tribus no necesitan a un líder. No quieren un rey.»

Arminio, con expresión amargada, se levantó del asiento y se abrió camino entre la manada de sirvientes colocados detrás de su anfitrión y otros jefes de clan.

Gervas, que supuso que Arminio había ido a vaciar la vejiga, volvió a centrarse en el plato de carne que tenía delante. El vaso de cerveza casi ni lo había tocado; prefería controlar sus reacciones mientras los que le rodeaban caían en la embriaguez. Tal vez el desacuerdo fuera acerca de algún asunto que no guardara relación con el deseo de supremacía de Arminio, se dijo.

—¿Estás disfrutando del festín? —Notó el aliento de Arminio, cálido y con olor a cerveza, en la oreja.

Gervas se volvió sorprendido y esbozó la sonrisa que se esperaba de él.

—Sí, y tanto. ¿Qué tal con Adgandestrio?

—Imbécil. Es un imbécil. —Arminio escupió saliva—. No quiere hacerme caso. Dice que los catos ya están bien como están.

Gervas tenía que haberse contenido, pues Arminio estaba borracho, pero no pudo seguir haciéndolo.

—Tal vez tenga razón.

—¿Cómo? —Arminio le clavó los ojos inyectados en sangre—. ¿Razón?

—Todos los jefes de clan responden igual. Te seguirán contra los romanos o si les sirve en sus trifulcas con otra tribu, pero no quieren que los líderes. —Gervas vaciló antes de continuar—: Nuestros pueblos se indignan ante la mera idea de un reinado, Arminio.

—Te equivocas. Con anterioridad, tres jefes han acudido a mí. No están contentos con Adgandestrio. Si ayudo a deponerlo, me apoyarán en mi deseo de liderar la tribu de los catos.

A Gervas le costaba creer lo que estaba oyendo.

—¿Deponerlo?

Arminio, con una sonrisa lobuna, se pasó maliciosamente un dedo a lo ancho del cuello.

—Me ayudarás, ¿verdad?

A pesar del calor que hacía en la casa comunal, a Gervas le entró un escalofrío. Acto seguido le embargó una rabia candente. Indirectamente, Arminio acababa de reconocer que había matado a Gerulf. Gervas lo imaginó, exasperado ante el talante combativo de Gerulf, dando la orden a Maelo. «He estado ciego estos últimos cuatro años —pensó—. Ciego y sordo.»

—Hoy mismo más tarde ya encontraremos el momento adecuado. —

Arminio se inclinó más hacia él—. ¿Conmigo?

—Por supuesto. Quedaré a la espera de tu señal.

—Buen chico. —Arminio le atusó el pelo y añadió con voz áspera—: Eres como un hijo para mí.

A pesar de la ira que sentía, a Gervas se le formó un nudo en la garganta y fue incapaz de responder. Asintió.

—Voy fuera. Voy a hacer mis necesidades. —Arminio se marchó haciendo eses.

Gervas se debatió para sus adentros durante un solo instante. Decidió que Arminio no merecía compasión al recordar vivamente a Gerulf. Por muy pendenciero que fuera, no se merecía que lo ahogaran en un ventisquero. «La sangre tira —pensó Gervas—, siempre.»

Esperó a que Arminio saliera al exterior. Acto seguido, rozando con los dedos la empuñadura de su cuchillo, se encaminó como si nada hacia la puerta más cercana.

Nota del autor



Hacía años que quería relatar la emboscada que se produjo en el bosque de Teutoburgo, historia que espero que hayáis leído o leeréis en *Águilas en guerra*. Por catastrófica que fuera, el choque no supuso el fin de la presencia del Imperio romano en Germania. Tras lamerse las heridas, Roma se empeñó en vengarse. Para quienes detentaban el poder, dejar sin respuesta la matanza perpetrada por Arminio habría sido impensable.

Por varios motivos, la respuesta del imperio tardó años en fraguarse. Una guerra sangrienta en Panonia (que a grandes rasgos sería partes de la actual Austria, Hungría y ex Yugoslavia) no acabó hasta el año 9 d.C. Había que trasladar a las legiones de reemplazo hasta el Rin y encontrar un nuevo gobernador, Germánico. Hasta los años 14-15 d.C. Roma no estuvo preparada para atacar: *La caza de las águilas* cubre ese período. El libro relata los acontecimientos del año 16 d.C. Si bien he novelado algunas partes de la historia, también he recreado los eventos reales y tumultuosos y me he ceñido a la mayoría de los detalles históricos que se conservan. Pido disculpas por cualquier error que haya podido cometer en los tres libros.

Muchos de los personajes de este libro existieron, por ejemplo: Germánico, Lucio Seyo Tubero, Estertinio, Emilio, Publio Quintilio Varo, Druso, Cedicio, Arminio, Malovendo, Segestes, Tusnelda, Tumélico, Flavio y Adgandestrio. Incluso soldados rasos como Marco Craso Fenestela existieron. *Scylax* es el nombre de un perro en una obra de teatro romana; *Macula* significa «mancha» en latín; ¡mi intento de hacer humor a la romana! El centurión Tulo es invención mía, al igual que los hombres de su centuria;

los germanos Maelo, Degmar, Gerulf, Horsa y Tudro; y Sirona y Artio. Estos dos últimos son nombres de antiguas diosas galas.

Es una lástima que prácticamente no se hayan conservado nombres tribales de la época. Gerulf y Horsa datan de una época ligeramente posterior al siglo I d.C. Por necesidad inventé los de Osbert y Degmar. Espero que suenen auténticos pues he utilizado raíces de nombres de la Edad Media germana. Arminio, Inguiomero, Malovendo y Adgandestrio son versiones romanizadas de nombres germanos. El nombre verdadero de Arminio probablemente fuese «Armin» o «Ermin», no se sabe con seguridad. Cuando empecé a escribir *Águilas en guerra*, mi editora me convenció para que utilizase Arminio, espero que esto no haya hecho que suene «demasiado romano».

Se desconoce el número de supervivientes de la emboscada sufrida por el ejército de Varo. La cifra que he inventado ronda los doscientos hombres, pero es posible que fueran muchos menos. Algunos legionarios fueron hechos prisioneros por los germanos y luego devueltos a sus familias a cambio del pago de un rescate. A ellos fue a quien se prohibió el regreso a Italia, no a los hombres que se habían librado de la matanza. Según mi parecer, el hecho de haber sobrevivido suponía un estigma, pero yo he inventado que Tulo y sus hombres estuvieran incluidos en esta prohibición al igual que el hecho de que Germánico pidiera al emperador que revocara esta orden en parte. El intento de asesinato de Germánico y el incendio de los barcos también es ficción; probablemente, preguntarse por qué las tribus no intentaron tales cosas sea fruto de un pensamiento demasiado moderno. Las batallas seguían una fórmula preestablecida en la mayoría de los casos y los ataques tipo comando eran prácticamente insólitos.

Se conservan pocos detalles sobre las águilas de las legiones y buena parte de la información procede de tumbas y similares. Tiene sentido emplear números para distinguir un estandarte de otro, pero no sé a ciencia cierta si se hacía así.

En el otoño del año 15 d.C., Germánico recompensó a los oficiales que se habían distinguido por su actuación en la campaña recién concluida. Los centuriones y los soldados rasos también debieron de recibir algún reconocimiento, por lo que aproveché esta fantástica oportunidad para

restituir por fin el prestigio de Tulo.

La ofensiva militar del año 16 d.C. se produjo del modo que explico. Primero Silio fue enviado al este y luego los barcos rodearon la costa del mar del Norte. El sitio de Aliso también es real. Se desconoce el motivo por el que Germánico visitó el altar de Druso, su padre, pero se sobreentiende que tendría un fuerte componente sentimental para él. En el momento en que Druso hizo que lo erigieran, se pronunciaron malos augurios y él corrió la suerte que describo. La carrera a pie anual que celebraban los soldados de y a su monumento en Mogontiacum es real, la incluí en *The Shrine*, el relato gratuito en formato digital que sirve de precuela de *Águilas en guerra*. La encontraréis junto con otras dos en la plataforma de Internet wattpad.com.

Construir puentes sobre ríos con barcos era una práctica habitual para los ejércitos romanos. No se sabe si es lo que Druso tenía intención de hacer, pero las legiones de Julio César y otros lo hicieron. Espartaco sí que obligó a prisioneros romanos a luchar como gladiadores, pero he inventado la recreación que Germánico hace de ello. Hay constancia de que la esposa de Arminio, Tuscelda, fue apresada estando embarazada, de ahí que él se enfrentara con su hermano Flavio en el río Weser/Visurgis. Es muy probable que fuera entonces cuando Arminio se enterara de que tenía un hijo, pero no lo sabemos a ciencia cierta. Se desconoce con exactitud la suerte que corrió Tuscelda a partir del año 16 d.C., pero, a mi entender, no debió de ser feliz. Es lógico imaginar el tormento que suponía para Arminio sentirse impotente al respecto.

Un traidor germano llegó hasta el campamento romano la noche antes del enfrentamiento en Idistaviso con noticias acerca de las intenciones de Arminio, y Germánico se paseó disfrazado por entre las hileras de tiendas para cerciorarse de que la moral de sus hombres estaba lo bastante alta para luchar al día siguiente. La formación romana para la batalla está documentada, incluida la posición de los réticos, vindelicios y galos. La caballería inició las hostilidades bajo el mando de Estertinio y Emilio. Los siguientes en cruzar el río fueron los bátavos, que cayeron en la trampa de Arminio. Se avistaron águilas sobrevolando el bosque, pero yo hice que fuera Tulo en vez de Germánico quien recurría a ellas para alentar a sus hombres a luchar. Posteriormente se encontraron cadenas que se supuso que estaban

destinadas a los prisioneros romanos. Los arqueros auxiliares lanzaron flechas desde los árboles a los guerreros germanos que se escondían del enemigo. (Inciso: nótese que prefiero el uso de «lanzar» en vez de «disparar» en el texto, pues se sobreentendería el uso de pólvora. También he evitado usar la palabra «toalla», porque esta palabra se desconocía hace dos mil años.)

Es muy probable que el muro angrivario fuera una estructura física, para separar el territorio de la tribu de un pueblo vecino, o quizá no fuera más que una frontera. Decidí que Arminio ordenara su construcción; el terreno cenagoso a un lado permitía a los romanos realizar un ataque por los flancos, pero los cadáveres utilizados para impedirles el paso son un añadido truculento por mi parte. Después de que los ataques iniciales de los romanos fallaran, Germánico hizo retirar sus tropas y desplegó la artillería. Los proyectiles lanzados con la honda que silbaban no son una invención mía sino que fueron descubiertos recientemente en un yacimiento romano en Escocia. ¡Un ejemplo sin duda de guerra psicológica!

La mención de un legionario herido que hablaba de «cuatro salchichas por un as» procede de la descripción de un soldado herido en la Primera Guerra Mundial que repetía sin cesar el precio de la col. No sabemos cuántas tribus lucharon con Arminio aquel día, tal vez fueran menos de las descritas. Durante la batalla le molestó una herida que sufrió en Idistaviso, enconronazo al que sobrevivió gracias a un auxiliar cato, que dejó huir a Arminio en vez de hacerlo cautivo. Investigué sobre las lesiones en los dedos del pie y Tulo habría podido marchar tras perder parte de un dedo. Tubero desempeñó un papel prominente en la batalla. Por desgracia, no murió e hizo carrera en la política. Hay constancia de que solo se ordenó a una legión que se alejara del campo de batalla para construir el campamento del día, pero debido al tamaño ingente del ejército, me pareció que era más probable que hubieran sido dos y así pude hacer que Tulo se retirara sin avergonzarse.

Tras recompensar a los soldados por su servicio durante la campaña, Germánico volvió a casa por mar. Las tormentas azotaron la flota mientras regresaba a la desembocadura del río Rin. Muchos barcos naufragaron, mientras que otros fueron transportados a Gran Bretaña, donde los soldados fueron tomados como rehenes por las tribus locales. Las tribus germanas

asentadas en la costa, ansiosas por mostrar su lealtad a Roma después de los sangrientos acontecimientos del verano, pagaron los rescates exigidos. Tuve la tentación de hacer que algunos capítulos transcurrieran en Gran Bretaña, pero tuve que centrarme en sus intentos por recuperar el águila, ¡gracias a mi editora Selina Walker por esto! Varias tribus, como los marsos, se alzaron después de la derrota en el muro angrivario. Malovendo reveló la ubicación del águila que obraba en su poder y una misión ligera de tropas romanas la recuperó. Tulo tenía que estar al mando de esta operación, pero no sabemos con exactitud quién lideró la misión. La tercera y última águila requisada del bosque de Teutoburgo quizás estuviera en manos de los chaucios, o tal vez los catos. No se sabe realmente pues no queda del todo claro en la descripción de Dion Casio. En *Águilas en guerra*, hice que una parte de la tribu de los chaucios luchara con Arminio, pero no hay testimonio de ello. El hecho de que en la novela se diga que tenían un águila ha sido un recurso mío.

El último estandarte se recuperó en el 41 d.C., durante el reinado del emperador Claudio. Los lectores se preguntarán por qué las campañas de Germánico en Germania no continuaron a partir del 17 d.C. Poco después del fin de su última campaña, el emperador le ordenó que no las renovara. Tiberio seguía las directrices del testamento de Augusto, que decretó que las fronteras del imperio debían permanecer tal cual estaban en el momento de su muerte. Por consiguiente, la presencia de Roma al este del Rhenus fue debilitándose, aunque en años recientes el descubrimiento del campo de batalla de Harzhorn, que data del siglo III d.C., ha reabierto el debate.

Hay muchas más cosas que merecen mencionarse. Deseo que el lector sepa que la profusión de hallazgos arqueológicos significa que muchos de los objetos y detalles que menciono en mi libro son reales. Los guerreros germanos entonaban un temible canto de guerra que los romanos denominaron «*barritus*». Aunque mostraban unas prácticas salvajes durante los sacrificios: colgamientos, cortar el cuello y ahogamientos en pantanos, no diferían de los de otros pueblos del norte de Europa. Las ofrendas funerarias eran tal cual las he descrito. Construían caminos con troncos para cruzar tierras cenagosas, de los cuales se han encontrado innumerables pruebas. Se conocen ciertos detalles de la vestimenta de los germanos pero los

estampados distintos de los pantalones según la tribu es un invento propio. La palabra *berserker* es vikinga, pero a veces los guerreros luchaban desnudos.

Las tribus germanas eran contrarias a las monarquías y preferían elegir a sus jefes de acuerdo con sus méritos. La suerte que corrió Arminio da fe de ello: cuatro años después de la campaña del año 16 d.C. fue asesinado por uno de los suyos, debido a sus deseos de convertirse en rey. Según mi parecer, un hombre como Gervas (que es casi familia para él en la novela) podría haberse percatado de las verdaderas intenciones de Arminio y haber tomado cartas en el asunto. Hice aparecer a Adgandestrio en la última escena porque hay constancia de que envió una carta al Senado en el 20 d.C. ofreciéndose a matar a Arminio si los romanos le proporcionaban los medios necesarios. Tiberio rechazó su oferta arguyendo que había que lidiar con los enemigos del imperio abiertamente, con «lanzas y espadas», no de forma subrepticia.

A los legionarios radicados en Vetera les gustaba comer muchos tipos de pescado y aves, así como otros animales salvajes: ciervos, jabalíes y castores. Los bloques de viviendas de madera de Roma solían incendiarse. En los campos de batalla se erigían altares conmemorativos colocando armaduras y armas en una cruz artificial. Era habitual anunciar luchas públicas de gladiadores pintando murales en las paredes de las casas. Los funerales romanos seguían un protocolo estricto, en el Ashmolean Museum de YouTube se puede ver un vídeo que los reconstruye a la perfección. Las lápidas de los legionarios tendían a ser bastante estilizadas: la inscripción de la de Piso así lo refleja.

Hay constancia de que los centuriones llamaban a sus soldados «chicos» y también «hermanos». Cuando se sacrificaba un animal, era despedazado y la carne se daba a los pobres. En contra de lo que piensa mucha gente, a los romanos les gustaba, y mucho, maldecir. Los numerosos grafitis lascivos de Pompeya y la poesía picante que nos ha llegado de esa época son buena prueba de ello. La palabra «coño» era de las más utilizadas, así como «mamón». La palabra «joder» está menos atestiguada, pero existe el verbo latino *futuere*, que significa «follar». El uso más frecuente en la novela de «joder» en lugar de «coño» obedece a una cuestión de mero decoro. No está claro que los romanos emplearan la palabra «millón», motivo por el que he

empleado «mil miles».

A pesar de sus muchas imprecisiones, disfruté viendo la serie televisiva *Espartaco: Sangre y arena*. Me atrajo el uso arcaico del lenguaje y por eso empleo «gratitud». La expresión «en el barro» es un guiño a Joe Abercrombie, un gran autor de fantasía negra. Arimnestos es un pequeño homenaje al protagonista de las sensacionales novelas de Christian Cameron sobre las guerras médicas, ambientadas en la antigua Grecia. (Recomiendo encarecidamente las obras de Cameron, pues es el mejor escritor de novela histórica del momento.) Me encantó la novela de romanos *Norte oscuro* de Gillian Bradshaw, ambientada en Gran Bretaña durante el reino de Septimio Severo. Me inspiré en el primer capítulo para la misión de Piso en la tienda de Tubero. En la novela hay dos homenajes a la película *Gladiator*, a ver si los encuentras. Me inspiré en Russell Whitfield, buen amigo y escritor que me acompañó a recorrer el muro de Adriano junto con el compañero de profesión Anthony Riches en 2013, para reflejar las quejas internas de Piso en el capítulo XXXIV. La armadura de Russ pesaba mucho más que la mía y la de Tony, y no dejó de recordárnoslo ni un solo instante. Le gustaba quejarse sobre el clima, la armadura, la espalda, los pies... en fin, seguro que os hacéis a la idea.

Es probable que los soldados romanos emplearan la expresión «hombro con hombro», pero mi intención en esta novela es honrar a otros guerreros de la edad moderna: los jugadores de rugby de Irlanda. El *hashtag* #ShoulderToShoulder se usa en las redes sociales para dar apoyo al equipo irlandés. En *Águilas en guerra* empleé la expresión «¡levantaos y luchad!», que es la llamada a las armas del equipo de Munster. Leinster —mi provincia— encontró su lugar en este libro con una frase algo más compleja de encajar: «¡Venga, chicos de azul!»

Sabemos cómo se entrenaban los legionarios y conocemos algunos de sus métodos de lucha, pero seguimos ignorando muchas cosas. La formación en cuña existía, al igual que la de «sierra». A comienzos del siglo I d.C., los soldados llevaban dos cinturones, uno para la espada y el otro para el puñal y «delantal». La famosa armadura segmentada empezaba a utilizarse, aunque la mayoría de los legionarios seguían llevando cota de malla. Muchos crímenes se castigaban con la pena de muerte, como por ejemplo robarle a un

compañero.

Para recrear la manera en que debieron de vivir me ha resultado útil viajar a los lugares o a las zonas donde se produjeron los acontecimientos históricos. He estado en el noroeste de Alemania tres veces ya a fin de investigar para esta trilogía. Hay numerosos museos que visitar, entre los que destaca el maravilloso parque arqueológico de Xanten, la antigua Vetera. Recomiendo encarecidamente visitarlo, aunque solo sea para ver la reconstrucción exacta de una puerta de entrada a la ciudad, de tres plantas, un anfiteatro, una parte considerable de la muralla, así como talleres y una casa de huéspedes. Incluso hay una taberna y un restaurante donde se preparan recetas de la Antigua Roma. Hacia el este, no muy lejos, en Haltern am See, se encuentra uno de los mejores museos romanos que he visitado. A unos cien kilómetros más hacia el interior, está el increíble campo de batalla de Kalkriese, que muchos piensan que fue el escenario de la batalla del bosque de Teutoburgo. En el verano de 2016 se encontraron varias monedas de oro que datan de entre el año 2 a.C. y el 5 d.C. que dieron todavía más peso a esa teoría, aunque esto podría quedar contrarrestado por otro descubrimiento de cuál podría ser el trazado de un campamento romano. Los museos romanos de Colonia, Maguncia, Bonn y Trier también son excelentes y se encuentran a poca distancia en coche Rin abajo. Lo mismo puede decirse del magnífico fuerte con capacidad para una cohorte de Saalburg.

Los textos antiguos ofrecen otra vía de acceso al pasado. Sin Tácito, Floro, Velejo Patérculo, Dion Casio y Plinio me hubiese resultado mucho más difícil escribir esta trilogía. Sus palabras, que en muchas ocasiones tienden a ensalzar Roma, se tienen que tomar con cierta relatividad, pero siguen siendo de gran valor cuando se trata de investigar e imaginar la vida hace dos mil años. Quisiera aprovechar para dar las gracias a Bill Thayer, profesor de la Universidad de Chicago. En su página web, LacusCurtius, se encuentran las traducciones al inglés de casi todos los textos romanos que han sobrevivido hasta nuestros días. Sin ella, estaría perdido. Para acceder a los textos, visitad: <http://tinyurl.com/3utm5>.

Los libros de texto también son indispensables para escribir novelas históricas. Una bibliografía de todos los que he utilizado para escribir *Águilas en la tormenta* ocuparía varias páginas, de modo que solo mencionaré los

más importantes en orden alfabético por autor: *Handbook to Legionary Fortresses* de M. C. Bishop; *Roman Military Equipment* de M. C. Bishop y J. C. N. Coulston; *Greece and Rome at War* de Peter Connolly; *The Complete Roman Army* de Adrian Goldsworthy; *Rome's Greatest Defeat: Massacre in the Teutoburg Forest* de Adrian Murdoch; *Eager for Glory: The Untold story of Drusus the Elder, Germanicus, y Roman Soldier versus Germanic Warrior*, todos ellos de Lindsay Powell; *The Varian Disaster* (varios autores), una edición especial de la revista *Ancient Warfare*. Me gustaría mencionar las editoriales Osprey y Karwansaray, cuyas publicaciones me han ayudado a menudo, y el *Oxford Classical Dictionary*, siempre útil.

Gracias, como siempre, a los miembros de www.romanarmy.com por sus rápidas respuestas a mis extrañas preguntas, y a Paul Harston y a los legionarios de Roman Tours UK/Legion XX Deva Victrix por la misma razón y por aceptar proporcionar personas y materiales para las portadas de este y de los otros dos libros de la trilogía. Me gustaría dar las gracias a Adrian Murdoch y a Lindsay Powell, mencionados anteriormente, por su paciencia, su sabiduría y la generosidad con la que me han dedicado su tiempo. Además, han sido tan amables de leer tanto este libro como los dos anteriores y de ofrecerme sus sabios consejos. Ambos sois dos auténticos caballeros.

También estoy en deuda con numerosas personas de Random House, mi editorial. A Selina Walker, mi maravillosa editora, poseedora como nadie de una gran sagacidad y que me ha enseñado mucho sobre la escritura. ¡Gracias de nuevo, Selina! Gracias también a Aslan Byrne, Lizzy Gaisford, Amelia Evans, Catherine Turner, David Parrish y Jasmine Rowe, que tanto habéis trabajado para que todo saliese bien. También quiero mostrar mi agradecimiento a mis editoriales en el extranjero, en especial al equipo de Ediciones B en España. Hay otras personas que quiero nombrar para agradecer su ayuda: Charlie Viney, fantástico agente y amigo. Richenda Todd, mi correctora, una verdadera estrella. Claire Wheller, mi fisioterapeuta deportiva, que mantiene a raya mi tendinitis; Jo Lott, mi segunda fisioterapeuta deportiva, también fantástica, que me arregló la pierna derecha mientras me preparaba para el viaje en bicicleta de Aníbal.

Debo mencionar aquí el viaje en bicicleta: quizás estéis al corriente de

mis caminatas romanas en 2013 y 2014, cuando fui caminando desde el muro de Adriano a Capua y Roma para una obra de beneficencia. Fui acompañado de dos grandes escritores y amigos, Tony Riches y Rusell Whitfield. El documental de la caminata italiana (narrada por sir Ian McKellen) se encuentra en YouTube: <http://tinyurl.com/h4n8h6g> y, por favor, ¡contádselo a vuestros amigos!

Tony y Rus se me rieron en la cara en 2015 cuando les hablé de ir en bicicleta de Barcelona a Roma, siguiendo buena parte de la ruta que siguió el general cartaginés Aníbal. «Solo son 2.500 kilómetros —les dije—. La subida media diaria no es más que de unos 1.500 metros.» Como son hombres sensatos, no accedieron y decidí ir solo. Bueno, no solo, pero no con ellos. Mientras escribo esto en octubre de 2016, acabo de regresar de un viaje alucinante de un mes de duración, todavía soy capaz de caminar, de hecho no me sentía tan en forma desde que tenía veintidós años y jugaba al rugby. Me enorgullece anunciar que he recaudado más de 17.000 libras esterlinas para la organización benéfica Combat Stress, que ayuda a veteranos con TEPT, y con Park in the Past, una empresa de servicios a la comunidad que tiene intención de construir un fuerte romano cerca de Chester, en el noroeste de Inglaterra.

Gracias a todos los que donaron, apoyaron o ayudaron en la campaña de recogida de fondos. Llegados a este punto debo explicar que Calvo, el desventurado granjero convertido en legionario que murió en Idistaviso, está basado en Richard Hepple, el ganador de una rifa que organicé durante un viaje para recaudar fondos. Resulta que Richard también era un viejo amigo y me apresuro a decir que su muerte fue fruto del azar. ¡Siento lo mucho que te maltrataron los demás soldados, Richard! Quiero mostrar mi profundo agradecimiento a Robin Carter, un ejemplo de generosidad infinita, que siempre hace un último esfuerzo para donar libros y dinero, además de ayuda material. Eres todo un caballero, Robin. Un montón de gracias también para Sam Wood y Dylan Reynolds de Ride and Seek Tours: dos personas maravillosas que se han convertido en buenos amigos. Acceded a rideandseek.com si queréis más información sobre las magníficas excursiones en bicicleta que organizan. Quiero dar las gracias a Graeme Sutherland, Ben Weigl, Richie Mitchell y Jessica Shull por haber sido unos guías

extraordinarios. Tony Kean, Patti y Steve Small, Jane Clifton y Tony Duckworth, gracias por hacer que mi viaje de Aníbal fuera mucho más placentero. Y Patti: «¡TAXI!»

Muchísimas gracias de todo corazón a vosotros, mis maravillosos lectores. Sois vosotros quienes me mantenéis en este trabajo y os lo agradezco mucho. ¡Cualquier cosa con tal de no volver a la veterinaria! Vuestros correos electrónicos desde todo el mundo y los contactos en Facebook y en Twitter me alegran la vida. Por favor, que sigan llegando. A menudo regalo libros firmados y objetos romanos por las redes sociales, ¡así que mantened los ojos abiertos! También quisiera mencionar que vuestros comentarios sobre mis novelas en Amazon, Goodreads, Waterstone's, iTunes u otras páginas web me ayudan mucho. No hace falta que escribáis críticas largas y complicadas.

Todos los lectores que escriban un comentario sobre este libro (en Amazon UK o Goodreads) durante los doce meses posteriores a su publicación en el Reino Unido (marzo de 2017) recibirán una postal de edición limitada de *Águilas en la tormenta* firmada por mí. Si queréis recibir una, enviadme un correo electrónico a la dirección que indico más abajo después de haber escrito vuestra crítica. Deberéis indicar el nombre de usuario, la página web donde habéis escrito el comentario y vuestra dirección postal. Yo me encargaré del resto. ¡Gracias!

Por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mi maravillosa esposa, Sair, y a mis preciosas hijas, Ferdia y Pippa, por el amor y la alegría inagotables que aportan a mi existencia y por aguantar mi vida un tanto —¿o debería decir muy?— excéntrica.

Información de contacto:

Correo electrónico: ben@benkane.net

Twitter: [@BenKaneAuthor](https://twitter.com/BenKaneAuthor)

Facebook: facebook.com/benkanebooks

Y también en mi página web: www.benkane.net

YouTube (mis vídeos en formato documental):

www.youtube.com/channel/UCorPV-9BUCzfvRT-bVOSYYw

Glosario



Alara: el río Aller, afluente del Weser.

Albis: el río Elba.

Aliso: fuerte romano junto al río Lupia; posiblemente el actual Haltern am See.

Amisia: el río Ems.

***amphora* (pl. *amphorae*):** recipiente de arcilla de cuello estrecho con dos asas y base que va estrechándose, utilizado para almacenar vino, aceite de oliva y otros productos. Las había de distintas envergaduras, algunas incluso mayores al tamaño de un hombre. Se utilizaban de forma habitual para el transporte de larga distancia.

***aquilifer* (pl. *aquiliferi*):** el portaestandarte del *aquila*, o águila, de una legión. Las imágenes que han sobrevivido hasta la actualidad muestran al *aquilifer* con la cabeza descubierta, lo cual hace pensar que siempre fueran así. Sin embargo, durante el combate habría resultado demasiado peligroso, por lo que es probable que entonces llevaran casco. Se desconoce si llevaban un pellejo de animal igual que el *signifer*, pero así es como se interpreta comúnmente. La armadura era de escamas y probablemente portaran un pequeño escudo que podía llevarse sin emplear las manos. Durante la época inicial del imperio, el *aquila* era de oro e iba montada en un asta de madera con clavos, por lo que podía clavarse en el suelo. A veces el asta tenía brazos para transportarla con más facilidad. Aunque estuviera dañada, el *aquila* no se destruía sino que se reparaba una y otra vez. Si se perdía en una batalla, los romanos eran capaces de hacer

cualquier cosa con tal de recuperarla, como habéis leído en este libro.
(Véase también la entrada para *legión y signifer*.)

Ara Ubiorum: Colonia.

Arduenna Silva: el bosque de las Ardenas.

as (pl. asses): pequeña moneda de cobre que originariamente valía la cuarta parte de un *sestertius*, o la decimosexta parte de un *denarius*.

Asciburgium: Moers-Asberg.

Augusta Treverorum: Tréveris.

Augusta Vindelicorum: Augsburgo.

aureus (pl. aurei): pequeña moneda de cobre que correspondía a veinticinco *denarii*. Hasta la época inicial del imperio, no se había acuñado con frecuencia.

auxiliares (auxilia en latín): era habitual que Roma utilizara a ciudadanos no romanos en sus ejércitos, ya fuera en la infantería ligera o en la caballería. En la época de Augusto, los *auxilia* se habían convertido en una fuerza regular y profesional. Eran unidades de aproximadamente el tamaño de una cohorte o dos, y se dividían en tres tipos: infantería, caballería o mixtas. Las unidades auxiliares estaban bajo el mando de los prefectos, oficiales ecuestres. Es posible que Arminio hubiera sido uno de esos comandantes y así es como decidí describirle en *Águilas en guerra*.

Baco: dios romano del vino y la ebriedad, la locura ritual y la pasión. Dioniso para los griegos.

barritus: el canto de guerra de los guerreros germanos.

Bonna: Bonn.

centuria: la principal subunidad de una legión romana. Aunque en un principio estaban formadas por cien hombres, llegados al siglo I d.C. llevaba contando con ochenta hombres durante casi medio milenio. La unidad se dividía en diez secciones de ocho soldados, llamada *contubernia*. (Véase también la entrada para *contubernium* y *legión*.)

centurión (centurio en latín): los disciplinados oficiales de carrera que formaban el pilar del ejército romano. (Véase también la entrada para *legión*.)

Civitas Nemetum: Espira.

cohorte: unidad que comprendía una décima parte de la fuerza de una legión.

Las cohortes estaban formadas por seis centurias de ochenta legionarios cada una. Cada centuria estaba a las órdenes de un centurión. El centurión que encabezaba la primera centuria era el de mayor rango (el caso de Tulo al comienzo del libro); y los centuriones se sucedían en rango tras él: segundo, tercero, etc. Las cohortes seguían la misma jerarquía, de forma que los centuriones de la primera cohorte, por ejemplo, tenían un rango más elevado que los de la segunda, y así sucesivamente. (Véase también entradas para *centurión*, *centuria*, *legión* y *legionario*.)

Confluentes: Coblenza.

contubernium (pl. contubernia): grupo de ocho legionarios que compartían una tienda o barracón y que cocinaban y comían juntos. (Véase también la entrada para *legión*.)

Danuvius: el río Danubio.

denarius (pl. denarii): la moneda más básica del Imperio romano. Hecha de plata, equivalía a cuatro *sestertii* o dieciséis *asses*. La *aureus* de oro, menos habitual, equivalía a veinticinco *denarii*.

Donar: dios del trueno germano y una de las pocas deidades tribales de las que hay constancia a comienzos del siglo I d.C.

Druso: su nombre completo era Nerón Claudio Druso, hermano del emperador Tiberio. Nacido en el 38 a.C., empezó a salir de campaña a los veintitrés años. Al cabo de tres años, Augusto le encomendó la conquista de Germania. Entre el 12 y el 9 a.C., lideró campañas sucesivas y exitosas en el Rin, pero murió por culpa de una caída del caballo durante la última.

ecuestre: noble romano con un rango directamente inferior al de senador. Era posible ascender en la escala social y pasar a la clase senatorial, aunque no era fácil.

escudo: el escudo del ejército romano, o *scutum*, era ovalado y alargado y medía 1,2 metros de alto por 0,75 metros de ancho. Constaba de dos capas de madera situadas en ángulo recto entre sí y estaba revestido de lino o loneta y cuero. El *scutum* era pesado, entre seis y diez kilos. El centro estaba decorado con un gran tachón de metal, con el asa en horizontal situada detrás. La parte delantera solía llevar motivos decorativos pintados y se utilizaba una funda de cuero para proteger el escudo cuando no se usaba, por ejemplo durante las marchas.

Fates: diosa griega que determinaba el destino de los hombres. La idea de un poder de destino universal resultaba menos evidente entre los romanos, pero algunos la veneraban.

Fectio: Vechten.

Flevo Lacus: el Zuiderzee, ahora llamado IJsselmeer.

Fortuna: diosa de la suerte y la buena fortuna. Todas las deidades tenían fama de caprichosas, pero ella era la peor.

frameae (sing. framea): las lanzas largas que empleaban la mayoría de las tribus germanas. Tenían una hoja de hierro corta y estrecha y eran armas temibles. Empleadas en compañía de un escudo, se usaban para clavar, lanzar o tratar de alcanzar a un oponente.

Galia: las actuales Francia y Bélgica. La región estaba dividida en cuatro provincias que Augusto definió: Gallia Belgica y Gallia Lugdunensis, Gallia Aquitania y Gallia Narbonensis. Tres de las cuatro formaban las Tres Galliae (véase entrada correspondiente).

Germania: entre los años 9 y el 16 d.C. los romanos consideraban que los territorios situados a lo largo del Rin formaban dos provincias: Germania Inferior y Superior. El territorio que se encuentra al este del Rin se consideraba la Germania Libera, Germania «libre» o simplemente «Germania».

gladius (pl. gladii): en la primera época del principado, el *gladius hispaniensis* republicano, con la hoja estrecha en el centro, fue sustituido por el llamado *gladius* de Mainz (así bautizado por los numerosos ejemplares encontrados allí). El Mainz era una espada corta de acero, de entre 400 y 550 mm de largo. Tenía forma de hoja y el ancho oscilaba entre los 54-75 mm y los 48-60 mm. Terminaba en un extremo en forma de V que medía entre 96 y 200 mm. Era una espada equilibrada tanto para cortar como para acuchillar. El mango tallado era de hueso e iba protegido por un pomo y una pieza de madera. La vaina estaba hecha con capas de madera, enfundada en cuero y rematada en los extremos con una aleación de cobre en forma de U. El *gladius* se llevaba a la derecha, excepto los centuriones y otros oficiales de alto rango, que lo llevaban a la izquierda. A diferencia de lo que cabría pensar, es más fácil desenvainar con la mano derecha, y probablemente se colocara ahí para evitar que interfiriese con el *scutum*

mientras estaba desenvainado.

Hades: el submundo romano.

Hércules (Herakles en griego): hijo divino de Júpiter/Zeus, famoso por su fuerza y por los doce trabajos.

Illyricum (o Iliria): nombre romano del territorio que se extiende al otro lado del mar Adriático desde Italia: incluye parte de la actual Eslovenia, Serbia, Croacia, Bosnia y Montenegro. Illyricum incluía la zona llamada Pannonia, que se convirtió en provincia romana durante la primera mitad del siglo I d.C.

intervallum: zona amplia y llana en el interior de las murallas de un campamento o fuerte romanos. Aparte de servir para proteger los barracones de los proyectiles enemigos, también permitía concentrar a las tropas antes de las patrullas o las batallas.

jabalina: el *pilum* (pl. *pila*) romano. Estaba formada por un asta de madera de aproximadamente 1,2 metros de largo, unida a un vástago fino de hierro de unos 0,6 m y coronada por un pequeño extremo piramidal. La jabalina era pesada y, al lanzarla, todo el peso se concentraba detrás de la cabeza, lo cual le otorgaba una tremenda fuerza de penetración. Podía atravesar un escudo y herir al hombre que lo portara, o clavarse en el escudo e impedir su uso posterior. El alcance del *pilum* era de unos treinta metros, aunque es más probable que el alcance efectivo fuera de la mitad de esa distancia.

Júpiter: llamado a menudo *Optimus Maximus*, «El mayor y mejor». El dios más poderoso de los romanos, responsable del tiempo, sobre todo de las tormentas. Júpiter también era hermano y esposo de Juno a la vez.

lararium: santuario doméstico donde venerar a los *lares* o deidades protectoras.

latrunculi: juego de estrategia romano para dos personas. Se conserva poca información sobre sus normas, por lo que resulta difícil jugar tal como jugaban los romanos.

Laugona: el río Lahn.

legado (en latín, *legatus legionis*): oficial al mando de una legión y hombre con rango de senador, habitualmente de poco más de treinta años de edad. El legado estaba bajo las órdenes del gobernador regional. (Véase también la entrada para *legión*.)

legión (*legio* en latín): la mayor unidad independiente del ejército romano. A plena capacidad, estaba formada por diez cohortes, compuesta cada una de ellas por 480 legionarios, divididas en seis centurias de ochenta hombres. Cada centuria se dividía en diez partes, *contubernia*, de ocho hombres. Las centurias estaban lideradas por un centurión, cada uno de los cuales disponía de tres oficiales de menor rango que ayudaban a manejar la unidad: el *optio*, el *signifer* y el *tesserarius* (véase también la entrada correspondiente a cada uno de ellos). Cada centuria y cohorte tenía su propio estandarte; cada legión poseía un águila. La legión estaba a las órdenes de un legado, cuyo suboficial era el tribuno de mayor rango, el *tribunus laticlavius*. El prefecto del campamento, un ex *primus pilus*, era el tercero al mando; después de él, y en orden incierto, venían los cinco tribunos de menor rango y el *primus pilus*. Cada legión tenía adscritos a ciento veinte soldados de caballería. (Véase la entrada para *turmae*.) En la práctica, ninguna legión contaba siempre con todos sus efectivos debido a las enfermedades y a los destacamentos en otros lugares y, en tiempos de guerra, por culpa de las bajas, entre otros motivos.

legionario: soldado de infantería romano profesional. En calidad de ciudadano, se alistaba al ejército con poco más o menos de veinte años y juraba lealtad directa al emperador. En el año 15 d.C., servía durante veinte años, y cinco años más como veterano. Se le pagaba tres veces al año, después de deducir los gastos por manutención y equipamiento. Lo más probable es que encima de una túnica que solía ser de lana blanca (o roja ocasionalmente) vistieran una prenda acolchada, el *subarmalis*, que servía para amortiguar el poder de penetración de las armas enemigas que alcanzaban la armadura. A continuación llevaban una cota de malla o la famosa armadura de hierro segmentado, la llamada *lorica segmentata* (un nombre moderno). Esta última armadura empezó a usarse en esta época y se han encontrado algunos fragmentos de ellas en Kalkriese. En la columna trajana y en algunos frisos se representan con pañuelos en el cuello pero no ha sobrevivido ninguno, por lo que se desconoce su frecuencia de uso. Siempre vestían cinturones militares, que en su mayoría estaban revestidos de pequeñas placas plateadas o de latón. Era habitual llevar colgada del cinturón una especie de falda con cuatro o más cintas de cuero con

tachones de metal para proteger la entrepierna. A comienzos del siglo I d.C. se empleaban distintos tipos de cascos, de hierro, bronce o latón, a veces con piezas decorativas de aleación de cobre, latón y/o zinc. Los legionarios portaban un escudo para defenderse, mientras que sus armas ofensivas eran el *gladius*, *pilum* y puñal (véase entradas para las dos primeras). Este equipamiento pesaba más de veinte kilos. Añadido al resto de los pertrechos de un legionario: el yugo, la manta, el cazo, el suministro de grano y las herramientas, la carga sumaba más de cuarenta kilos. El hecho de que se esperaba que los legionarios recorrieran treinta y dos kilómetros en cinco horas, cargados con este inmenso peso, pone de manifiesto la buena forma física de la que gozaban. Tampoco es de extrañar que enseguida gastaran las tachuelas de las sandalias.

Lupia: el río Lippe.

Mare Germanicum o mar Germano: el Mar del Norte.

Marte: el dios de la guerra. Todos los botines de guerra se dedicaban a él, y pocos comandantes romanos iban de campaña sin visitar antes el templo de Marte para pedir la protección y bendición del dios.

Mogontiacum: Maguncia.

Neptuno (Neptunus en latín): el dios del mar.

Novaesium: Neuss.

optio (pl. optiones): oficial de rango inmediatamente inferior al de centurión; el segundo al mando de una centuria. (Véase también la entrada para *legión*.)

phalera (pl. phalerae): adorno esculpido en forma de disco en reconocimiento por el valor que se llevaba en un arnés colocado en el pecho, encima de la armadura de los soldados romanos. Las *phalerae* solían estar hechas de bronce, pero también podían ser de oro o plata. Incluso he visto una de cristal. A los soldados también se les concedían torques, brazaletes y pulseras.

prefecto del campamento: véase la entrada para *legión*.

pretorianos: históricamente, la guarda de un comandante del ejército durante la República romana. Augusto estableció una fuerza permanente en el 27 a.C. Algunos soldados estaban destinados en Roma para protegerle, pero la mayoría se encontraban en localidades cercanas, quizá debido a la

controversia política que generaba el que hubiera tropas en la capital. Se tiene constancia de la presencia de cohortes de pretorianos tanto en el ejército de Druso como en el de Germánico en Germania.

primus pilus: el centurión jefe de toda la legión y, posiblemente, el centurión jefe de la primera cohorte. Cargo de suma importancia ocupado normalmente por un soldado veterano de unos cuarenta o cincuenta años. Al retirarse, el *primus pilus* tenía derecho a entrar en la clase equestre. (Véase también la entrada para *legión*.)

Puentes Largos o Pontes Longi: carretera de madera que recorre una zona cenagosa del noroeste de Germania, construida más de diez años antes de los acontecimientos del 15-16 d.C.

réticos: confederación de tribus alpinas que vivían en zonas de las actuales Suiza central, el Tirol austríaco y las regiones alpinas de Italia y Alemania.

Rhenus: el río Rin.

Rura: el río Ruhr.

Sala: el río Saale.

Saltus Teutoburgensis: término latino para el Bosque de Teutoburgo. Es posible que la primera palabra tenga otros significados como «estrecho».

***sestertius* (pl. *sestertii*)**: moneda de latón que equivalía a cuatro *asses*; o a un cuarto de *denarius*; o a una centésima parte de un *aureus*. Su nombre «dos unidades y medio tercio» procede de su valor original, dos *asses* y medio.

***signifer* (pl. *signiferi*)**: abanderado y oficial subalterno. Era un puesto muy valorado, y solo había uno por cada centuria de la legión. El *signifer* solía llevar armadura de escamas y un pellejo de animal encima del casco, que a veces constaba de una pieza facial de bisagra, además de un escudo pequeño y circular en vez de un *scutum*. El *signum*, o estandarte, estaba formado por un mástil de madera con una mano alzada, o el extremo de una lanza rodeada de hojas de parra. Debajo había un larguero del que colgaban adornos de metal o un pedazo de tela de colores. El mango del estandarte estaba decorado con discos, medias lunas, proas de barco y coronas, testimonios de los logros de la unidad que distinguían a una centuria de la otra. (Véase también la entrada para *legión*.)

spatha: la espada de la caballería romana, con una hoja mucho más larga que el *gladius*.

subarmales: véase la entrada para *legionario*.

suevos: término que empleaban los romanos para referirse a varias tribus germanas en general.

tesserarius: uno de los oficiales jóvenes de una centuria, entre cuyos cometidos se incluía dirigir la guardia. El nombre deriva de la tablilla *tessera* en la que se escribía la contraseña del día. (Véase también la entrada para *legión*.)

Tres Galliae: tres de las cuatro provincias galas que regentaba el gobernador imperial de Germania: Bélgica, Lugdunensis y Aquitania.

tribuno (*tribunus* en latín): oficial de estado mayor en una legión. Durante el mandato de Augusto, el número de tribunos asociado a cada legión permaneció igual (seis), pero uno era de mayor rango que los demás. Este tribuno, el *tribunus laticlavus*, tenía rango de senador y era el segundo al mando de la legión, tras el legado. Solían rondar los veinte años y probablemente ocuparan el cargo un año. Los demás tribunos, los *tribuni angusticlavii*, eran un poco mayores y pertenecían a la clase ecuestre. Tendían a mantenerse en el cargo durante más tiempo y disponer de más experiencia militar. (Véase también la entrada para *legión*.)

triunfo: desfile en Roma de un general que hubiera obtenido una victoria militar a gran escala. La procesión iba del campo de Marte, situado en el exterior de las murallas de la ciudad, hasta el templo de Júpiter, en la colina Capitolina.

tropaeum: derivada de la palabra griega *tropaion*, se trataba de una muestra de armas capturadas que se erigía en el lugar donde supuestamente un ejército enemigo se desmoronaba por primera vez. La forma de reunir las piezas y construirlo era tal como lo explico en la novela. La descripción del *tropaeum* de Germánico después de la batalla de Idistaviso es uno de los relatos que han sobrevivido de tales exhibiciones.

turmae (sing. turma): unidad de caballería formada por treinta hombres. En los inicios del principado, cada legión contaba con una fuerza montada de 120 jinetes, que se dividían en cuatro *turmae*, comandada cada una por un decurión. También había unidades de caballería formadas por 500 hombres, llamadas *alae*, comandadas por prefectos, oficiales ecuestres. (Véase también la entrada para *legión*.)

Vetera: Xanten.

vicus: término romano para designar un asentamiento que no llegaba a la categoría de ciudad.

vindelicios: pueblo celta que vivía en zonas del actual noreste de Suiza y sur/sureste de Alemania.

Vindonissa: Windisch.

virtus: característica deseada en la Antigua Roma. Representaba la valentía, la excelencia y la virilidad.

Visurgis: el río Weser.

vitis: la vara de vid que llevaban los centuriones. Se usaba para marcar el rango e infligir castigos. En el siglo I d.C. un centurión abominable se ganó el apodo de «*Cedo alteram*» o «Tráeme otra».

Título original: *Eagles in the Storm*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2017, Ben Kane

Traducción: Mercè Diago y Abel Debritto

© Mapas en las guardas: Darren Bennett, D K B Creative

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN: 978-84-9069-905-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

[Águilas en la tormenta](#)

[Mapa](#)

[Lista de personajes](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Glosario](#)

[Créditos](#)

Más libros en www.DESCARGASMIX.com